

MAZE RUNNER

CÓDIGO C.R.U.E.L.

JAMES DASHNER



Lectulandia

Hubo un tiempo en el que mundo ardió.

Los bosques se incendiaron, los lagos y los ríos se secaron y los océanos inundaron todo.

Luego vino la plaga, y la Llamada arrasó con lo poco que quedaba de la humanidad. Murieron familias enteras. La violencia reinaba en todas partes.

Después se creó C.R.U.E.L. Ellos estaban buscando una respuesta. Y encontraron al chico perfecto para llevar a cabo su plan.

El joven se llamaba Thomas, y Thomas construyó el laberinto.

Ahora hay secretos. Mentiras. Lealtades. Historias que jamás habrías imaginado.

Llegó la hora de que conozcas la verdad sobre Thomas, C.R.U.E.L. y el mítico laberinto.

El tiempo se acaba y tú tienes que conocer lo que sucedió realmente.

¿Estás listo?

Lectulandia

James Dashner

Código C.R.U.E.L.

El corredor del laberinto - 5

ePub r1.0

Titivillus 23-01-2018

Título original: *The Fever Code*
James Dashner, 2016
Traducción: Silvina Poch

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para todos los fanáticos incondicionales de *Maze Runner*.
Están dementes y llenos de pasión, y los quiero.

NEVÓ EL DÍA EN QUE MATARON A SUS PADRES.

Un accidente, dijeron mucho después, pero él estaba allí cuando sucedió y sabía que no se había tratado de un accidente.

La nieve llegó antes que ellos, casi como un presagio blanco y frío que caía del cielo gris.

Podía recordar cuán confuso fue. El calor sofocante había azotado brutalmente la ciudad durante meses, que se convirtieron en años; una hilera infinita de días llenos de sudor, dolor y hambre. Él y su familia sobrevivieron. Mañanas esperanzadas se transformaban en tardes de escarbar la basura en busca de comida, de peleas estridentes y ruidos aterradores. Luego, sobrevenían los atardeceres de entumecimiento por los días largos y abrasadores. Solía sentarse con su familia a observar la luz que se desvanecía del cielo y el mundo que desaparecía lentamente delante de sus ojos mientras se preguntaba si reaparecería con el alba.

A veces, venían los locos, tanto de día como de noche. Pero en su casa no hablaban de ellos. Ni su madre ni su padre y, ciertamente, tampoco él. Parecía que admitir su existencia en voz alta podría atraerlos, como un hechizo que convoca al demonio. Solo Lizzy, dos años menor que él (pero el doble de valiente), tenía las agallas para mencionarlos, como si fuera la única lo suficientemente inteligente como para reconocer la diferencia entre superstición y tontería.

Y era tan solo una niña.

El chico sabía que debería ser el valiente; debería ser él quien tranquilizara a su hermanita. *No te preocupes, Lizzy. El sótano está muy bien cerrado y las luces, apagadas. Los malos ni siquiera sabrán que estamos aquí.* Pero siempre se quedaba mudo. La abrazaba con fuerza y la apretaba en busca de consuelo, como si fuera su propia osita de peluche. Y todas las veces, era *ella* quien le daba a *él* una palmada en la espalda. La quería tanto que le dolía el corazón. La apretaba más fuerte, juraba en silencio que nunca permitiría que los locos la lastimaran, y luego esperaba con ansias los golpecitos que ella le daba entre los omóplatos con la palma de la mano.

A menudo, se quedaban dormidos así, acurrucados en el rincón del sótano sobre el viejo colchón que su padre había arrastrado escaleras abajo. Su madre siempre los cubría con una manta, a pesar del calor: su propio acto de rebeldía contra la Llamarada, que había destrozado todo.

Esa mañana, despertaron ante una visión maravillosa.

—¡Niños!

Era la voz de su madre. Él había estado soñando algo acerca de un partido de fútbol: la pelota daba vueltas a través del césped verde del campo de juego y se dirigía a un arco despejado en medio de un estadio vacío.

Abrió los ojos y vio a su madre mirando por la ventanita, la única que había en el sótano. Había quitado la tabla de madera que su padre había clavado la noche anterior, como hacía siempre al atardecer. Una luz suave y grisácea brilló en el rostro de su madre, dejando ver una mirada brillante de asombro. Y una sonrisa que él no había visto en mucho tiempo la iluminó aún más.

—¿Qué sucede? —masculló, poniéndose de pie. Lizzy se restregó los ojos, bostezó y luego lo siguió hasta donde se encontraba su madre observando la luz de la mañana.

Podía recordar varias cosas de ese momento. Mientras miraba hacia afuera, entornando los ojos hasta adaptarse a la luz, su padre aún roncaba como una bestia feroz. No había locos en la calle y las nubes cubrían el cielo, una rareza en esos días. Se paralizó al ver los copos blancos. Caían del cielo gris en medio de giros y danzas, desafiando la gravedad. Luego, ascendían revoloteando deprisa antes de volver a descender.

Nieve.

Nieve.

—¡Pero qué carajos! —masculló por lo bajo, una expresión que había aprendido de su padre.

—¿Cómo puede ser que esté nevando, mami? —preguntó Lizzy, los ojos vacíos de sueño y llenos de una alegría que le oprimió el corazón. Se estiró y le dio un tirón en la trenza, esperando que ella supiera que, en gran parte, era quien le daba sentido a su miserable vida.

—Ah, ya sabes —respondió su madre—, todo eso que dice la gente. El sistema climático mundial quedó hecho pedazos por las Lllamaradas. Simplemente disfrutemos del espectáculo, ¿sí? Es realmente extraordinario, ¿no creen?

Lizzy contestó con un suspiro de alegría.

Se preguntó si alguna vez volvería a ver algo semejante. Los copos volaban de un lado a otro, hasta que finalmente aterrizaban y se derretían apenas tocaban la acera. El alféizar de la ventana estaba salpicado de manchas húmedas.

Permanecieron así, observando el mundo exterior, hasta que unas sombras cruzaron por la parte de arriba de la ventana. Aparecieron y desaparecieron en un segundo. El chico estiró el cuello para ver qué era lo que había pasado, pero miró demasiado tarde. Pocos segundos después, se oyeron unos golpes fuertes arriba, en la puerta de entrada. Antes de que terminaran de golpear, su padre ya estaba de pie, repentinamente despierto y alerta.

—¿Vieron a alguien? —preguntó con voz un poco ronca.

El rostro de su madre había perdido el brillo de un momento antes y había sido reemplazado por las más familiares arrugas de ansiedad y preocupación.

—Solo una sombra. ¿Contestamos?

—No —respondió papá—. Por supuesto que no. Roguemos que se marchen.

—Podrían entrar a la fuerza —susurró mamá—. Sé que yo lo haría. Tal vez piensan que la casa está abandonada, que quedó alguna lata de comida.

Papá la miró largamente mientras su mente trabajaba en el transcurrir del silencio. Luego, *bum, bum, bum*. Los fuertes golpes en la puerta sacudieron toda la casa, como si los visitantes hubieran traído con ellos un ariete.

—Quédate aquí —dijo papá con cautela—. Quédate con los niños.

Mamá comenzó a hablar, pero se detuvo y posó la mirada en sus hijos, sus obvias prioridades. Los atrajo hacia ella y los abrazó, como si sus brazos pudieran protegerlos. Dejó que el calor del cuerpo de su madre lo tranquilizara y la estrechó con fuerza mientras su padre subía las escaleras sin hacer ruido. El piso de arriba crujió bajo sus pasos, que se dirigieron hacia la puerta del frente. Después, silencio.

El aire se volvió denso, opresivo. Lizzy se estiró y tomó la mano de su hermano. Finalmente, encontró palabras de consuelo para su hermanita y las dejó brotar libremente.

—No te preocupes —susurró con voz apenas audible—. Deben ser personas que buscan comida. Papá compartirá un poco de lo que tenemos y luego continuarán su camino. Ya verás —le apretó los dedos con todo el amor que conocía, sin creer una sola de las palabras que le había dicho.

Luego, siguió una avalancha de ruidos.

La puerta se abrió de golpe.

Voces fuertes y airadas.

Un estrépito, después un ruido sordo que hizo repiquetear las maderas del suelo.

Pasos enérgicos y aterradores.

Y, a continuación, los desconocidos ya estaban descendiendo la escalera con pisadas estrepitosas. Dos hombres, tres, una mujer: cuatro en total. Los recién llegados estaban bien vestidos para la época en que vivían. No lucían ni amables ni amenazadores, sino absolutamente solemnes.

—Ignoraron todos los mensajes que les enviamos —declaró uno de los hombres mientras examinaba el lugar—. Lo siento, pero necesitamos a la niña. Elizabeth. Lo siento mucho, pero no tenemos opción.

Y, así nomás, el mundo del niño se terminó. Un mundo que ya contenía más cosas tristes de las que un chico era capaz de enumerar. Los extraños se abrieron paso a través de la atmósfera de tensión. Se aproximaron a Lizzy, la sujetaron por la camisa y empujaron a su madre —frenética, enloquecida, a los gritos—, que intentaba aferrar a su pequeña hija. El chico corrió hacia delante y golpeó a un hombre desde atrás, en los hombros. Un mosquito atacando a un elefante.

Al ver la expresión del rostro de Lizzy durante la inesperada locura, algo frío y

duro se hizo añicos dentro de su pecho y los trozos filosos cayeron y lo desgarraron. Era insoportable. Profirió un grito salvaje y se arrojó con más fuerza sobre los intrusos, lanzando puñetazos frenéticamente.

—¡Suficiente! —gritó la mujer. Una mano azotó el aire y le pegó en el rostro, una picadura de serpiente. Alguien le dio un golpe a su madre en la cabeza y ella se desplomó. Y, a continuación, se escuchó un sonido semejante al rugido de un trueno, cerca y en todas partes al mismo tiempo. Los oídos del niño repiquetearon con un zumbido ensordecedor. Cayó contra la pared y contempló el horror.

Uno de los hombres tenía un disparo en la pierna.

Su padre estaba en la puerta, con un arma en la mano.

Su madre se levantaba chillando e intentaba alcanzar a la mujer, que había extraído su propia arma.

Papá disparó dos tiros más: un silbido metálico y el chasquido de una bala al chocar contra el hormigón. Erró ambos.

Mamá jaló del hombro de la mujer.

Después, la mujer la apartó de un codazo, disparó, giró y disparó tres veces más. En medio del caos, el aire se volvió más denso y todos los sonidos se retrajeron; el tiempo se transformó en un concepto extraño. El chico observó la caída de sus padres mientras el vacío se iba abriendo bajo sus pies. Transcurrió un momento prolongado en el que nadie se movió, especialmente su madre y su padre. Ellos no se moverían jamás.

Todos los ojos se dirigieron hacia los dos huérfanos.

—Agárrenlos a *ambos*, maldición —dijo finalmente uno de los hombres—. Al otro lo pueden usar como recluta de control.

La forma en que el hombre lo señaló, con tanta indiferencia, como quien elige finalmente al azar una lata de sopa de la despensa, no la olvidaría jamás. Se precipitó hacia Lizzy y la atrajo entre sus brazos. Los extraños se los llevaron de allí.

Fecha 22.11.28 | Hora 9.23 a.m.

STEPHEN, STEPHEN, STEPHEN. ME LLAMO STEPHEN.

Había estado repitiéndolo una y otra vez para sus adentros durante los dos últimos días, desde que lo habían apartado de su madre. Recordaba cada segundo de los últimos instantes con ella, cada lágrima que había caído por su rostro, cada palabra, el calor de su mano. Era pequeño, pero entendía que era lo mejor. Había visto a su padre desplomarse en la más completa demencia, puro enojo, hedor y peligro. No podía soportar contemplar que a su madre le pasara lo mismo.

Aun así, la tristeza de la separación lo devoró. Como un océano que lo succionaba hacia abajo con una frialdad y una profundidad interminables. Estaba tumbado en la cama de su pequeño dormitorio, las piernas recogidas contra el pecho y los ojos apretados, hecho un ovillo, como si eso fuera a atraer el sueño. Pero desde que se lo habían llevado, el sueño solo había venido de forma esporádica, en fragmentos llenos de nubes oscuras y aullidos de fieras. Se concentró.

Stephen, Stephen, Stephen. Me llamo Stephen.

Pensó que tenía dos cosas a las que aferrarse: sus recuerdos y su nombre. Seguramente no podrían quitarle los recuerdos, pero estaban intentando robarle su nombre. Durante dos días, lo habían presionado para que aceptara su nuevo nombre: Thomas. Se había negado y se había aferrado con desesperación a las siete letras que los de su propia sangre habían elegido para él. Cuando las personas de chaquetas blancas lo llamaban Thomas, no respondía; actuaba como si no pudiera oírlos o como si pensara que le estaban hablando a otro. No era algo fácil cuando solo había dos personas en la habitación, que era lo usual.

Stephen todavía no tenía ni cinco años y, sin embargo, su único vistazo del mundo había estado lleno de oscuridad y tristeza. Y luego vino esa gente y se lo llevó. Parecían decididos a hacerle entender claramente que las cosas solo podían empeorar, cada lección era más dura que la anterior.

Sonó un zumbido en su puerta y luego se abrió de inmediato. Ingresó un hombre vestido con un traje de una sola pieza de color verde, que parecían pijamas para adultos. Stephen quería decirle que se veía ridículo, pero basado en los últimos encuentros que había tenido con esas personas, decidió guardarse su opinión. Su paciencia estaba comenzando a agotarse.

—Thomas, ven conmigo —dijo el hombre.

Stephen, Stephen, Stephen. Me llamo Stephen.

No se movió. Mantuvo los ojos bien cerrados, esperando que el desconocido no hubiera notado que había espiado furtivamente cuando ingresó. Se había presentado una persona diferente cada vez. Ninguno se había comportado de manera hostil, pero de todas maneras, ninguno había sido muy agradable. Todos parecían distantes, abstraídos en sus pensamientos, lejos del niño que estaba solo en la cama.

El hombre habló nuevamente, sin tratar de ocultar la impaciencia en su voz.

—Thomas, levántate. No tengo tiempo para juegos, ¿entiendes? Nos están haciendo trabajar mucho para que armemos todo y oí que eres uno de los últimos en resistirse al nuevo nombre. Ayúdame un poco, hijo. ¿Realmente te parece que vale la pena pelear por esto? ¿Después de que te salvamos de lo que está sucediendo afuera?

Stephen se obligó a quedarse quieto y el resultado no fue más que una rigidez que era imposible que pareciera que estaba durmiendo. Contuvo la respiración hasta que finalmente tuvo que inhalar una gran bocanada de aire. Dándose por vencido, giró sobre su espalda y le echó al extraño una mirada asesina directamente a los ojos.

—Pareces un estúpido —comentó.

El hombre intentó ocultar la sorpresa, pero no pudo; una expresión divertida atravesó su rostro.

—¿Disculpa?

La ira se agitó dentro de Stephen.

—Dije que pareces un estúpido. Ese ridículo overol verde. Y deja de actuar. No pienso hacer lo que tú quieres que haga. Y de ninguna manera me voy a poner nada que se parezca a esos pijamas de viejo que llevas. Y no me llames Thomas. ¡Mi nombre es Stephen!

Dijo todo sin detenerse a respirar, y luego tuvo que tomar otra gran bocanada de aire, esperando que eso no arruinara el momento ni lo mostrara débil.

El hombre rio, y su risa sonó más divertida que condescendiente, pero igualmente Stephen sintió ganas de arrojarle algo.

—Me dijeron que tenías cualidades... —el hombre hizo una pausa y echó una mirada al anotador electrónico que llevaba—... adorablemente infantiles. Me temo que no las veo.

—Eso fue antes de que me dijeran que tenía que cambiarme el nombre —argumentó—. El que me dieron mi mamá y mi papá. El que ustedes me quitaron.

—¿Te refieres al papá que se volvió loco? —preguntó—. ¿El que estaba tan enfermo que casi mata a golpes a tu mamá? ¿Y la mamá que nos pidió que te lleváramos y que cada día está más enferma? ¿Esos padres?

Stephen permaneció en la cama, ardiendo de indignación, pero no dijo nada.

El hombre vestido de verde se acercó a él y se inclinó.

—Mira, eres solo un niño y obviamente, uno brillante. Realmente brillante. También inmune a la Lllamarada. Tienes mucho a tu favor.

Stephen percibió la advertencia en la voz del visitante. Lo que viniera a

continuación *no* sería bueno.

—Tendrás que aceptar la pérdida de algunas cosas y pensar en algo que vaya más allá de ti mismo —prosiguió—. Si no encontramos una cura en pocos años, no habrá más seres humanos. De modo que esto es lo que sucederá, *Thomas*. Te vas a levantar, saldrás conmigo por esa puerta y no te lo volveré a repetir.

El hombre esperó un instante, la mirada firme; luego, se incorporó y dio media vuelta para marcharse.

Stephen se levantó y salió tras él.

Fecha 221.11.28 | Hora 9.56 a.m.

EN EL CORREDOR, TUVO EL PRIMER VISTAZO FUGAZ DE OTRO chico desde su llegada. Era una niña. Tenía cabello castaño y parecía ser un poquito más grande que él. Sin embargo, no estaba seguro; solo pudo observarla brevemente mientras una mujer la acompañaba hacia el interior del dormitorio que estaba junto al de él. La puerta se cerró con un ruido sordo justo en el momento en que pasaba junto a su acompañante, y notó que había una placa en el frente de la superficie blanca: 31K.

—Teresa no tuvo ningún problema en adoptar su nuevo nombre —señaló el hombre de verde mientras continuaban andando por el corredor largo y poco iluminado—. Claro que eso podría ser porque quería olvidar el que tenía.

—¿Cómo era? —preguntó Stephen, con un tono cercano a los buenos modales. En verdad deseaba saberlo. Si la chica había renunciado tan fácilmente, tal vez él también podría recordar su nombre: un favor a una potencial amiga.

—Te resultará suficientemente difícil olvidar el tuyo —llegó la respuesta—. No quiero cargarte con otro nombre más.

No lo olvidaré nunca, se dijo Stephen. *Nunca*.

En algún confín de la mente, se dio cuenta de que ya había cambiado su postura muy levemente. En lugar de insistir en llamarse a sí mismo Stephen, había comenzado a prometerse simplemente no *olvidar* a Stephen. ¿Acaso ya se había entregado? ¡*No!* Casi lo gritó.

—¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó para distraerse.

—Randall Spilker —contestó el hombre sin cambiar el paso. Dieron vuelta una esquina y arribaron a un grupo de elevadores—. En otras épocas, yo no era tan idiota, te lo aseguro. El mundo, las personas para las que trabajo —hizo un ademán indefinido a lo que lo rodeaba— transformaron mi corazón en un trozo negro de carbón. Lamentablemente para ti.

Stephen no respondió, ya que estaba ocupado preguntándose adónde se dirigían. Cuando sonó la campanilla y se abrieron las puertas, ingresaron al elevador.

STEPHEN SE SENTÓ EN UN EXTRAÑO SILLÓN CON instrumentos adosados que le sujetaron con fuerza las piernas y la espalda. Le ajustaron sensores inalámbricos que apenas tenían el tamaño de una uña, en las sienes, el cuello, las muñecas, la cara

interna de los codos y el pecho. Observó la consola que estaba junto a él mientras recolectaba información con sus pitidos y silbidos. El hombre de los pijamas para adultos se sentó en otro sillón para observar, las rodillas a pocos centímetros de las de Stephen.

—Lo siento, Thomas. Normalmente, esperaríamos más tiempo antes de hacer esto —dijo Randall. Sonaba más agradable que en el pasillo y en el dormitorio—. Te daríamos un poco más de tiempo para que decidas adoptar tu nuevo nombre voluntariamente, como lo hizo Teresa. Pero el tiempo es un lujo que ya no poseemos.

Levantó un trozo diminuto de metal brillante, un extremo era redondeado y el otro, estrecho y terminado en una punta afilada.

—No te muevas —dijo mientras se inclinaba hacia delante, como si fuera a susurrar algo al oído de Stephen. Antes de que pudiera interrogarlo, sintió un dolor agudo en el cuello, justo debajo del mentón; luego, la inquietante sensación de que algo escarbaba en su garganta. Profirió un aullido, pero concluyó tan rápido como había comenzado, y solo sintió el pánico que inundaba su pecho.

—¿Q-qué fue eso? —tartamudeó. Intentó bajar del sillón, a pesar de todo lo que tenía conectado.

Randall lo empujó nuevamente en su asiento. Fácil de hacer, ya que era el doble de grande que él.

—Es un estimulador del dolor. No te preocupes, se disolverá y lo eliminarás de tu organismo. Tarde o temprano. Para entonces, es probable que ya no lo necesites —se encogió de hombros, como diciendo *¿Qué puedes hacer?*—. Pero siempre podemos insertar otro si es necesario. Ahora, tranquilízate.

A Stephen le costó mucho volver a respirar normalmente.

—¿Qué me hará?

—Bueno, eso depende... *Thomas*. Tenemos un largo camino por delante, tú y yo. Todos nosotros. Pero por hoy, ahora mismo, en este momento, podemos tomar un atajo. Un caminito a través del bosque. Lo único que tienes que hacer es decirme cómo te llamas.

—Eso es fácil. Stephen.

Randall dejó caer la cabeza en las manos.

—Hazlo —dijo, su voz poco más que un cansado suspiro.

Hasta ese momento, Stephen no había conocido más dolor que los rasguños y magullones de la niñez. De modo que cuando explotó la feroz tempestad en todo su cuerpo, cuando la agonía hizo erupción en las venas y en los músculos, no tuvo palabras para definirlo, ni capacidad para comprenderlo. Solo brotaron los gritos que apenas lograron llegar hasta sus oídos antes de que la mente se cerrara y lo salvara.

STEPHEN VOLVIÓ EN SÍ RESPIRANDO PESADAMENTE Y empapado de sudor. Continuaba en el extraño sillón, pero, en algún momento, lo habían asegurado con

correas de cuero suave. Cada uno de los nervios de su cuerpo zumbaba con los persistentes efectos del dolor infligido por Randall y el dispositivo que le habían implantado.

—¿Qué...? —susurró Stephen con un sonido ronco. El ardor en la garganta le decía todo lo que necesitaba saber acerca de cuánto había gritado en el tiempo perdido—. ¿Qué? —repitió, mientras su mente luchaba por armar el rompecabezas.

—Intenté decírtelo —comentó Randall con quizás, *quizás*, algo de compasión en la voz. Posiblemente remordimiento—. No tenemos tiempo para juegos. Lo siento. De veras. Pero tendremos que probar una vez más. Supongo que ahora entiendes que no estamos bromeando. Es importante para todos los que estamos aquí que aceptes tu nuevo nombre —apartó la vista y se quedó mirando fijamente el suelo.

—¿Cómo pudiste lastimarme? —preguntó Stephen con la garganta herida—. Soy apenas un niño —pequeño o no, él entendía cuán patético sonaba.

También sabía que los adultos parecían reaccionar ante lo *patético* de dos maneras: se les ablandaba un poquito el corazón y se retractaban. O la culpa ardía como una hoguera en su interior y se volvían duros como la piedra para extinguir el fuego. Randall eligió la segunda posibilidad, su rostro se puso rojo cuando le gritó.

—¡Todo lo que tienes que hacer es aceptar un nombre! Ya no estoy jugando. ¿Cómo te llamas?

Stephen no era tonto, y decidió fingir por el momento.

—Thomas. Me llamo Thomas.

—No te creo —repuso Randall, los ojos como dos estanques negros—. Otra vez.

Stephen abrió la boca para responder, pero Randall no le había hablado a él. El dolor regresó, más fuerte y más rápido. Apenas tuvo tiempo para registrar la agonía antes de perder el conocimiento.

—¿CÓMO TE LLAMAS?

Stephen apenas podía hablar.

—Thomas.

—No te creo.

—No —gimió.

El dolor ya no era una sorpresa ni tampoco la oscuridad que llegó después.

—¿CÓMO TE LLAMAS?

—Thomas.

—No quiero que lo olvides.

—No —gritó mientras temblaba por los sollozos.

—¿CÓMO TE LLAMAS?

—Thomas.

—¿Tienes otro nombre?

—No. Solamente Thomas.

—¿Alguna vez alguien te llamó de otra manera?

—No. Solamente Thomas.

—¿Alguna vez olvidarás tu nombre? ¿Alguna vez usarás otro?

—No.

—Muy bien. Entonces te lo recordaré por última vez.

MÁS TARDE, YACÍA OTRA VEZ EN SU CAMA, HECHO UN ovillo. El mundo exterior parecía muy lejano y silencioso. Se le habían agotado las lágrimas, tenía el cuerpo entumecido, excepto por un desagradable hormigueo. Era como si todo su ser se hubiera quedado dormido. Podía ver a Randall frente a él, la culpa y el enojo mezclados en una forma potente y letal de rabia, que transformaba su rostro en una máscara grotesca mientras infligía el dolor.

No lo olvidaré nunca, se dijo a sí mismo. No debo olvidarlo nunca.

Y luego, dentro de su mente, repitió una frase familiar, una y otra vez. Aunque no podía definirlo con precisión, había algo que *realmente* parecía distinto.

Thomas, Thomas, Thomas. Me llamo Thomas.

Fecha 222.02.28 | Hora 9.36 a.m.

—POR FAVOR, QUÉDATE QUIETO.

El doctor no era malo, pero tampoco era amable. Era simplemente impasible y profesional. También olvidable: de mediana edad, altura promedio, tamaño mediano, cabello corto y oscuro. Thomas cerró los ojos y sintió cómo la aguja se deslizaba dentro de su vena luego de ese rápido pinchazo de dolor. Era curioso cómo le temía durante toda la semana, pero luego duraba menos de un segundo, seguido por la corriente de frío en el interior de su cuerpo.

—¿Ves? —comentó el doctor—. No dolió.

Sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Le resultaba difícil hablar desde el incidente con Randall. Le resultaba difícil dormir, comer y también casi todo lo demás. Recién en los últimos días había comenzado a superarlo, poco a poco. Cada vez que el vestigio de un recuerdo de su verdadero nombre brotaba en su mente, lo apartaba, pues no quería volver a pasar por esa tortura nunca más. *Thomas* le parecía muy bien. Tendría que serlo.

La sangre, tan oscura que casi parecía negra, ascendió por el tubo angosto desde su brazo e ingresó en el vial. No sabía qué análisis le estaban haciendo, pero no era más que uno de tantos y tantos pinchazos, algunos diarios y otros semanales.

El doctor detuvo el flujo de sangre y selló el vial.

—Muy bien. Con esto ya terminamos el análisis de sangre —extrajo la aguja—. Ahora te pondremos en la máquina de escaneo para capturar otra imagen de esa mente que tienes.

Thomas quedó paralizado, la ansiedad se escurrió en su interior y le tensó el pecho. La ansiedad siempre regresaba cada vez que ellos mencionaban su mente.

—Bueno, bueno —lo reprendió el médico, al notar la tensión—. Lo hacemos todas las semanas. Es rutina, nada de qué preocuparse. Tenemos que capturar imágenes habituales de tu actividad ahí arriba. ¿De acuerdo?

Thomas asintió y cerró los ojos con fuerza durante un momento. Quería llorar. Respiró profundamente y resistió la necesidad.

Se levantó y siguió al doctor a otra habitación, donde había una máquina enorme semejante a un gigantesco elefante, una cámara con forma de tubo en el centro y una cama plana extendida esperando que él se deslizara en su interior.

—Súbete.

Era la cuarta o quinta vez que había hecho eso y no tenía sentido oponerse. Se subió a la cama de un salto, se recostó boca arriba y se quedó mirando las luces brillantes del techo.

—Recuerda —advirtió el doctor— que no debes preocuparte por los ruidos y golpeteos. Es normal. Forma parte del juego.

Se oyó un *click*, la máquina emitió un crujido y la cama se deslizó dentro del ancho tubo.

THOMAS SE SENTÓ EN UN ESCRITORIO, SOLO. ADELANTE, DE pie junto a una pizarra, se encontraba el señor Glanville, su maestro: un hombre hosco, gris, casi sin cabello. A menos que uno contara sus cejas tupidas, que parecían haber reclutado todos los folículos del resto del cuerpo. Era la segunda hora después del almuerzo y hubiera entregado al menos tres dedos de sus pies para tumbarse ahí en el suelo y dormir una siesta. Solo cinco minutos.

—¿Recuerdas lo que hablamos ayer? —le preguntó el señor Glanville.

Thomas asintió.

—IRIC.

—Sí, correcto. ¿Y qué significa?

—Intento de Recuperación de la Información sobre la Catástrofe.

El maestro sonrió con evidente satisfacción.

—Muy bien. Veamos —se volvió hacia la pizarra y escribió las siglas CPC—. C... P... C. Esto es Coalición Post Catástrofe, que fue un resultado directo del IRIC. Una vez que recibieron noticias de todos los países con los que pudieron comunicarse y reunieron a los representantes y demás, pudieron comenzar a ocuparse del desastre espectacular causado por las llamaradas solares. Mientras el IRIC investigaba todas las ramificaciones de las llamaradas y a quiénes había afectado, la CPC intentaba empezar a arreglar las cosas. ¿Te estoy *aburriendo*, hijo?

Thomas se enderezó de golpe, completamente inconsciente de que su cabeza se había caído. Era probable que se hubiera quedado dormido durante un momento.

—Lo siento —se disculpó restregándose los ojos—. Lo siento. IRIC, CPC, entendí.

—Mira, hijo —señaló el señor Glanville. Con unos pasos, acortó la distancia que los separaba—. Estoy seguro de que encuentras más interesantes las otras asignaturas. Ciencia, Matemáticas, Aptitud Física —se inclinó hacia abajo para mirarlo directamente a los ojos—. Pero es necesario que entiendas tu historia. Lo que nos trajo aquí, por qué estamos en todo este lío. Nunca descubrirás adónde vas hasta que entiendas de dónde viniste.

—Sí, señor —dijo Thomas en tono sumiso.

El señor Glanville se enderezó y le lanzó una mirada asesina por encima de la nariz mientras estudiaba su rostro en busca de alguna señal de sarcasmo.

—Muy bien. Conoce tu pasado. Volvamos a la CPC. Hay mucho que debatir.

Mientras el maestro regresaba al frente del aula, Thomas se pellizcó lo más fuerte que pudo, esperando que eso lo mantuviera despierto.

—¿NECESITAS QUE LO REPASEMOS UNA VEZ MÁS?

Thomas levantó la mirada hacia la señorita Denton. Tenía cabello y piel oscura, y era hermosa. Ojos afables e inteligentes. Era probable que fuera la persona más inteligente que había conocido hasta ese momento, lo cual era evidente por los desafíos que le proponía constantemente en forma de acertijos y problemas en su clase de Pensamiento crítico.

—Creo que ya lo entendí —respondió.

—Entonces, repítemelo otra vez. Recuerda...

La interrumpió y citó lo que ella le había dicho miles de veces.

—Uno debe conocer el problema mejor que la solución, o la solución se convierte en el problema —estaba sumamente seguro de que eso no significaba absolutamente nada.

—¡Muy bien! —lo felicitó la maestra con burlona exageración, como si estuviera impresionada de que él hubiese memorizado sus palabras—. Entonces, adelante nomás, repite el problema. Visualízalo en tu mente.

—Hay un hombre en una estación de tren, que perdió el boleto. Hay ciento veintiséis personas con él en el andén. Hay nueve vías distintas, cinco van hacia el sur y cuatro hacia el norte. Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, veinticuatro trenes llegarán y partirán. Otras ochenta y cinco personas entrarán a la estación durante ese tiempo. Al menos siete personas abordan cada uno de los trenes que llegan y nunca más de veintidós. Además, por lo menos diez pasajeros se bajan en cada arribo, y nunca más de dieciocho...

Esto continuó durante otros cinco minutos. Detalle por detalle.

Memorizar los parámetros era suficiente desafío, no podía creer que ella realmente esperara que resolviera esa estupidez.

—¿... cuántas personas quedan en la plataforma? —concluyó Thomas.

—Muy bien —dijo la señorita Denton—. La tercera es la vencida, supongo. Todos los detalles están bien, lo cual es el primer paso para encontrar la solución. Entonces, ¿puedes resolverlo?

Cerró los ojos y analizó los números. En esa clase, todo se hacía en la cabeza, sin dispositivos y sin escribir. Tuvo que forzar su mente como nunca y verdaderamente le encantó.

Abrió los ojos.

—Setenta y ocho.

—Incorrecto.

Se tomó un par de minutos más y luego lo intentó nuevamente.

—Ochenta y uno.

Le tomó unos pocos intentos más, pero finalmente se dio cuenta de que la respuesta podría no ser un número.

—No sé si el hombre que perdió su boleto se tomó un tren o no. O si algunas de las otras personas del andén viajaban con él y, de ser así, cuántas.

La señorita Denton sonrió.

—Ahora sí que estamos progresando.

Fecha 223.12.25 | Hora 10 a.m.

EN LOS DOS AÑOS DESDE QUE LE HABÍAN ROBADO EL nombre, Thomas había estado ocupado. Clases, estudios y análisis llenaban sus días: Matemáticas, Ciencia, Química, Pensamiento crítico y más desafíos físicos y mentales de los que él habría pensado que existían. Había tenido maestros y lo habían estudiado científicos de todo tipo, pero ni una sola vez había vuelto a ver a Randall ni había oído nada de él. No estaba seguro de qué significaba eso. ¿Acaso el trabajo que realizaba habría concluido y lo habían dejado ir? ¿Se habría enfermado, habría contraído la Llamarada? ¿Había abandonado el servicio de sus cuidadores, consumido por la culpa de hacerle semejantes cosas a un niño que ni siquiera tenía la edad suficiente para comenzar la escuela?

Thomas estaba muy feliz de olvidar a Randall para siempre, aunque no podía evitar el pánico que lo asaltaba cada vez que un hombre vestido de verde doblaba una esquina. Siempre, solo por un instante, pensaba que podría tratarse otra vez de aquel hombre.

Dos años. Dos años de muestras de sangre, diagnósticos físicos y supervisión constante, clase tras clase tras clase, y los acertijos. Tantos acertijos. Pero nada de información real.

Hasta ahora. Eso esperaba.

Se levantó, sintiéndose bien tras una noche de sueño excelente. Poco después de haberse vestido y haber desayunado, una mujer que nunca antes había visto interrumpió su horario normal. Lo convocaban a «una reunión muy importante». No se molestó en pedir ningún detalle. Ya tenía aproximadamente siete años, era lo suficientemente grande como para no aceptar todo lo que los adultos querían que hiciera, pero después de dos años de lidiar con esas personas, se había dado cuenta de que nunca recibía respuestas. También se había dado cuenta de que había otras formas de obtener información, si era paciente y utilizaba los ojos y los oídos.

A esa altura, había vivido tanto tiempo en esas instalaciones que casi había olvidado cómo era el mundo exterior. Lo único que conocía eran esas paredes blancas, los cuadros junto a los cuales pasaba en los pasillos, las múltiples pantallas de monitores que exhibían información en los laboratorios, las luces fluorescentes, el gris pálido de su ropa de cama, los cerámicos blancos del dormitorio y del baño. Y en todo ese tiempo, solo había interactuado con adultos. Ni una sola vez, ni siquiera en

un breve encuentro casual, había podido hablar con nadie que tuviera una edad cercana a la de él.

Sabía que no era el único chico en ese lugar. De vez en cuando, veía fugazmente a la chica que dormía en la habitación de al lado. Siempre eran solo uno o dos segundos en los que sus ojos se encontraban justo en el momento en que la puerta de él o de ella se cerraban. Para él, la placa de esa puerta se había convertido en sinónimo de su nombre, Teresa. Quería, con mucha desesperación, hablar con ella.

Su vida era inmensamente aburrida, su escaso tiempo libre estaba lleno de viejos videos y libros. Muchos libros. Eso era lo único que le dejaban leer con libertad y detenimiento. La enorme colección a la cual le permitían acceder era el salvavidas que probablemente lo protegía de la locura. Durante el último mes, se había dedicado con furor a Mario Di Sanza, disfrutando cada página de los clásicos, que se desarrollaban en un mundo que apenas comprendía pero le encantaba imaginar.

—Es aquí —dijo su guía mientras ingresaban a un pequeño vestíbulo, dos guardias armados apostados en las puertas. El tono de la mujer le hizo pensar en una simulación de voz por ordenador—. El Ministro Anderson ya estará contigo —giró súbitamente y, sin hacer contacto visual, lo dejó con los hombres.

Thomas estudió a sus nuevos compañeros. Ambos llevaban uniformes negros de aspecto oficial arriba de abultados chalecos antibalas, y sus armas eran inmensas. Tenían algo distinto de los guardias que conocía. A través del pecho y en letras mayúsculas, llevaban la palabra *CRUEL*. Thomas nunca había visto eso antes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó señalando la palabra. Pero la única respuesta que recibió fue un guiño rápido y el mínimo vestigio de una sonrisa, seguido de una mirada dura. Después de tanto tiempo de interactuar únicamente con adultos, se había vuelto más valiente y, a veces, incluso osado en las cosas que decía, pero estaba claro que esos dos no tenían intención de conversar, de modo que se sentó en la silla junto a la puerta.

CRUEL. Reflexionó sobre la palabra. Tenía que ser... ¿qué? ¿Por qué alguien, un guardia, tendría semejante palabra impresa sobre su propio uniforme? No conseguía entenderlo.

El sonido de la puerta abriéndose a sus espaldas interrumpió el hilo de sus pensamientos. Se dio vuelta y se encontró con un hombre de mediana edad, de cabello oscuro, casi gris, y bolsas del color de los nubarrones debajo de sus cansados ojos castaños. Sin embargo, había algo en él que le hizo pensar que era más joven de lo que aparentaba.

—Tú debes ser Thomas —dijo, tratando sin éxito de resultar alegre—. Soy Kevin Anderson, ministro de esta magnífica institución —sonrió, pero sus ojos permanecieron oscuros.

Incómodo, Thomas se puso de pie.

—Eh, es un placer conocerlo —no sabía qué más decirle. A pesar de que en general lo habían tratado bien durante los últimos dos años, las imágenes de Randall

atormentaban su mente y había soledad en su corazón. No sabía qué estaba haciendo ahí ni por qué tenía que reunirse con ese hombre.

—Entra a mi oficina —dijo el ministro y, haciéndose a un lado, extendió el brazo delante de sí, como si develara un premio—. Siéntate en una de las sillas que están frente a mi escritorio. Tenemos mucho de qué hablar.

Thomas bajó los ojos y entró en la oficina del ministro; una minúscula parte de él esperaba que el hombre lo lastimara al pasar. Se dirigió directamente a la silla más cercana y se sentó antes de echar una rápida mirada a su alrededor. Se ubicó frente a un gran escritorio, que parecía de madera pero que seguramente no lo era, con varios portarretratos distribuidos en el frente, las fotografías enmarcadas de espaldas a Thomas. Ansiaba ver qué partes de la vida del señor Anderson se exhibían en ese instante. Además de algunos dispositivos, unas pocas sillas y una terminal de ordenadores incorporada al escritorio, la habitación estaba bastante vacía.

El ministro se deslizó con rapidez dentro de la oficina y se sentó del otro lado del escritorio. Tocó varias cosas en la pantalla de la computadora, pareció satisfecho y luego se reclinó en el sillón y juntó las yemas de los dedos unas con otras debajo del mentón. Un prolongado silencio llenó la habitación mientras el hombre estudiaba a Thomas, haciéndolo sentir aún más incómodo.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó finalmente.

Thomas había intentado durante toda la mañana no pensar en eso, lo cual no había hecho más que avivar los recuerdos de la única buena Navidad que había tenido en su vida. Lo impregnó de una tristeza tan aguda, que cada respiración le dolía como si una piedra puntiaguda le oprimiera el pecho.

—Es el comienzo de las fiestas de fin de año —respondió Thomas, esperando poder ocultar cuánta tristeza le producía. Por un segundo, le pareció oler a pino y sentir el sabor de la sidra con especias en su paladar.

—Muy bien —dijo el ministro cruzándose de brazos, como si estuviera orgulloso de la respuesta—. Y hoy es el mejor día de todos, ¿no es cierto? Sea o no religioso, todo el mundo festeja la Navidad de alguna manera. Y, enfrentémoslo, hombre, ¿quién ha sido religioso en los últimos diez años? Sin contar a los apocalípticos.

El hombre se quedó en silencio durante un momento, con la mirada perdida. Thomas no tenía idea de qué pretendía, más allá de deprimir al pobre niño que estaba sentado frente a él.

De repente, Anderson volvió a la vida y se inclinó hacia delante sobre el escritorio, con las manos entrelazadas delante de él.

—Navidad, Thomas. Familia. Comida. Calidez. ¡Y regalos! ¡No podemos olvidarnos de los regalos! ¿Cuál es el mejor presente que recibiste en una mañana de Navidad?

Thomas tuvo que apartar la vista y mover los ojos de manera tal de no permitir que brotaran las lágrimas y cayeran por su mejilla. Se negó a contestar semejante pregunta, aunque no fuera malintencionada.

—Una vez —prosiguió Anderson—, cuando era un poco más pequeño que tú, me regalaron una bicicleta. Verde y brillante. Las luces del árbol se reflejaban en la pintura reluciente. Fue magia, Thomas. Fue pura magia. En toda tu vida, eso no volverá a repetirse nunca más, especialmente cuando terminas siendo un viejo malhumorado como yo.

Thomas se había recompuesto y observaba al ministro, tratando de poner en su mirada toda la ferocidad de la que era capaz.

—Es probable que mis padres estén muertos. Y, sí, me regalaron una bicicleta, pero tuve que dejarla cuando ustedes me trajeron aquí. Nunca tendré otra Navidad gracias a la Lllamarada. ¿Por qué estamos hablando de esto? ¿Está tratando de restregármelo por la cara? —la catarata de palabras airadas lo hizo sentir mejor.

El rostro de Anderson se había vuelto pálido; cualquier rastro de felices recuerdos navideños había desaparecido. Apoyó las manos sobre la mesa y una sombra descendió en sus ojos.

—Exactamente, Thomas —exclamó—. Eso es *exactamente* lo que estoy haciendo. Para que entiendas lo importante que es que hagamos lo que sea para lograr que CRUEL sea un éxito. Para encontrar una cura para esta enfermedad, sin importar el precio. Sin importar... el precio.

Se reclinó en el sillón, lo hizo girar un cuarto de vuelta y miró fijamente la pared.

—Quiero que volvamos a festejar la Navidad.

Fecha 223.12.25 | Hora 10.52 a.m.

EL SILENCIO QUE SIGUIÓ A ESE INSTANTE FUE PROLONGADO, tan incómodo que Thomas se preguntó más de una vez si debería levantarse y marcharse. En un momento, hasta le preocupó que tal vez el ministro hubiera muerto, que estuviera muerto y congelado, los ojos abiertos, la mirada vidriosa.

Pero el pecho subía y bajaba con cada respiración mientras permanecía sentado observando la pared.

De hecho, se dio cuenta de que había comenzado a sentir pena por ese hombre. Y ya no pudo soportar más la quietud.

—Yo también quiero que volvamos a festejarla —comentó. Era simple y auténtico... e imposible, eso también lo sabía.

Era como si el ministro hubiera olvidado que Thomas se encontraba ahí. Giró la cabeza bruscamente al oír la voz del niño.

—Yo... lo siento —balbuceó, acomodando el sillón para estar nuevamente frente al escritorio—. ¿Qué dijiste?

—Que yo también quiero que todo vuelva a la normalidad —respondió—. Como era todo, incluso antes de que yo existiera. Pero no creo que eso vaya a suceder, ¿verdad?

—Pero *puede* suceder, Thomas —de alguna manera, una luz había encontrado la forma de llegar a los ojos de Anderson—. Yo sé que el mundo está hecho un desastre, pero si podemos encontrar una cura... El clima se normalizará tarde o temprano, ya está empezando a hacerlo. Los Cranks pueden extinguirse; todos nuestros simulacros nos dicen que se van a aniquilar unos a otros. Todavía quedan muchos de los nuestros que están saludables, que pueden reconstruir el mundo si tan solo podemos garantizar que no se contagien esa maldita enfermedad.

Se quedó mirando a Thomas como si él debiera saber qué decir a continuación. Pero no lo sabía.

—¿Sabes cómo se llama nuestra... institución, Thomas? —preguntó el ministro. Thomas se encogió de hombros.

—Bueno, usted dijo CRUEL hace unos minutos... y esos guardias lo tenían escrito en los uniformes. ¿Es ese *realmente* el nombre de este lugar?

El ministro Anderson asintió.

—A algunas personas no les gustaba, pero tiene lógica. Explica exactamente qué

es lo que vamos a hacer. Para qué estamos aquí.

—A cualquier precio —señaló Thomas, repitiendo lo que el hombre había dicho antes y asegurándose así de que Anderson se diera cuenta de que él había entendido lo que eso implicaba, aunque no estaba muy seguro de que fuera así.

—A cualquier precio —concordó el ministro—. Correcto —tenía los ojos brillantes—. CRUEL significa Catástrofe y Ruina Universal: Experimento Letal. Queremos que el nombre le recuerde a la gente *por qué* existimos, qué planeamos conseguir y cómo intentamos hacerlo —hizo una pausa, como si estuviera considerando algo—. Para ser justo, yo pienso que el mundo se va a arreglar solo, tarde o temprano. Nuestro objetivo es salvar a la humanidad. Si no, ¿qué sentido tiene?

Observó detenidamente a Thomas esperando su respuesta, pero, para ese momento, la cabeza le dolía demasiado como para dilucidar la mitad de lo que el hombre había dicho. Y había quedado realmente aterrado ante las palabras *experimento letal*. ¿Qué podrían significar? Parecían todavía peor que la primera de todas: *catástrofe*.

Siempre había pensado que, si llegaba a tener la oportunidad, les haría a esas personas un millón de preguntas. Y ahí estaba, con más preguntas aún. Sin embargo, en un momento, ya no parecieron ser importantes. Estaba cansado, enfadado y confundido... Lo único que quería era regresar a su dormitorio y estar solo.

—Vamos a estar muy ocupados en los próximos años —continuó el ministro Anderson—. Hemos traído aquí a varios jóvenes sobrevivientes, igual que tú, y finalmente hemos decidido que estamos listos para comenzar a trabajar. Realizaremos más análisis y estudios para ver cuáles de nuestros reclusos... cuáles de nuestros estudiantes llegarán a los primeros puestos. Hazme caso cuando digo que tienes que esforzarte todo lo que puedas. Ser inmune a la Llamada te da poder, pero aquí se requerirá más que la simple biología para triunfar. Y tenemos que edificar magníficas estructuras, construir laboratorios biomecánicos... tenemos que crear *maravillas*. Y todo eso conducirá, en último término, a un mapeo de la zona letal. Identificaremos las diferencias que provocan inmunidad y luego diseñaremos una cura. Estoy seguro de ello.

Se detuvo, el rostro iluminado por el entusiasmo. Thomas permanecía inmóvil en su silla, haciendo todo lo posible por mantener la calma. El ministro estaba comenzando a provocarle un poco de miedo.

Anderson pareció darse cuenta de que se había dejado llevar y emitió un largo suspiro.

—Bueno, supongo que esta charla de aliento ya es suficiente por el día de hoy. Estás creciendo, Thomas, y, en el programa de pruebas, tus resultados son mejores que los de casi todos los demás. Te tenemos en alta estima y yo sentí que era hora de que tuviéramos un encuentro cara a cara. Espero que hagamos muchas más cosas como esta en el futuro. Que tengas más libertad y un papel más importante dentro de

CRUEL. ¿Te parece bien?

Thomas asintió antes de darse cuenta de que lo hacía. Porque, bueno, realmente le parecía bien. A veces sentía que vivía en una prisión y quería escapar. Lisa y llanamente. Tal vez, el camino acababa de abrirse delante de él.

—¿Puedo hacer otra pregunta? —propuso, incapaz de quitarse de la cabeza esas dos horribles palabras: zona letal.

—Claro.

—¿Qué significa... *zona letal*?

De hecho, Anderson sonrió ante la pregunta.

—Ah, lo siento. Supongo que di por sentado que lo sabías. Es lo que nosotros llamamos el cerebro, el lugar donde la Llamada provoca la mayor parte del daño. Donde a la larga, bueno, termina la vida de aquellos que están infectados. Y eso es contra lo que estamos luchando. Creo que podrías decir que para nosotros, en CRUEL, es *el* campo de batalla. La zona letal o zona de la muerte.

Thomas estaba muy lejos de comprender pero, por alguna razón, esa explicación hizo que se sintiera mejor.

—Entonces ¿estamos de acuerdo? —preguntó el ministro Anderson—. ¿Estás listo para jugar un papel dentro de las cosas importantes que estamos haciendo aquí?

Thomas asintió.

El ministro tamborileó un dedo en el escritorio un par de veces.

—Fantástico. Entonces, regresa a tu dormitorio y descansa un poco. Se avecinan grandes cosas.

Sintió una oleada de emoción, seguida inmediatamente de una vergüenza que ni siquiera comprendió.

DESPUÉS DE QUE LA MISMA MUJER LO HUBIERA acompañado de regreso a su dormitorio, Thomas no pudo contenerse. Justo antes de que cerrara la puerta, puso la mano en el hueco para impedir que lo hiciera.

—Ah, lo siento —dijo con rapidez—, pero ¿puedo hacerle una pregunta?

La sombra de una duda cruzó por el rostro de la mujer.

—Es probable que no sea una buena idea. Esto... todo esto... es un ambiente controlado. Lo siento —su rostro se puso rojo.

—Pero... —Thomas buscó las palabras correctas, la pregunta correcta—. Ese sujeto... el ministro Anderson, mencionó algo de que se avecinaban grandes cosas. ¿Hay muchos más como yo? ¿Son todos niños? ¿En algún momento llegaré a conocer a algunos de ellos? —detestó que su esperanza fuera tan grande—. Como la chica que está en el dormitorio de al lado... Teresa... ¿llegaré a *conocerla* alguna vez?

La mujer suspiró, había compasión sincera en sus ojos. Asintió.

—Hay muchos otros, pero lo importante ahora es que te está yendo muy bien en las pruebas, y conocer a los demás no será algo muy lejano. Sé que debes sentirte

solo. Lo lamento mucho. Pero tal vez te ayude saber que todos están en la misma situación. Sin embargo, todo mejorará pronto. Lo prometo —comenzó a cerrar la puerta, pero Thomas la detuvo otra vez.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó, avergonzado de lo desesperado que sonaba—. ¿Por cuánto tiempo más estaré solo?

—Mmm... —suspiró—. Como dije, no mucho más tiempo. Tal vez un año.

Tuvo que retirar velozmente la mano antes de que la mujer cerrara la puerta sobre ella. Corrió hasta la cama y se desplomó sobre ella mientras trataba de contener las lágrimas.

Un año.

Fecha 224.03.12 | Hora 7.30 a.m.

TEMPRANO EN LA MAÑANA, SONÓ UN GOLPE EN LA PUERTA. Se había convertido en una rutina, como un reloj. La misma hora, pero no siempre el mismo rostro. De todas maneras, sabía quién deseaba que fuera: la doctora más simpática que él había conocido hasta ese momento. Por lejos. La misma que lo había llevado a ver al ministro dos meses antes. Lamentablemente, *no* solía ser ella.

Pero cuando abrió la puerta ese día, allí estaba.

—Doctora Paige —dijo. No sabía por qué le agradaba tanto... pero ella lo tranquilizaba—. Hola.

—Hola, Thomas. ¿Adivina qué?

—¿Qué?

—De ahora en adelante, me verás mucho más seguido. Me han asignado a ti y solo a ti. ¿Qué te parece? —le lanzó una cálida sonrisa.

Estaba emocionado, ya se sentía cómodo con ella, aun cuando solo se hubieran visto unas pocas veces. Pero todo lo que alcanzó a proferir para mostrar su entusiasmo fue «Genial».

—Realmente genial —otra franca sonrisa que parecía tan auténtica como la de la señorita Denton—. Hay muchas cosas buenas en tu horizonte. En *nuestro* horizonte.

A duras penas logró contenerse y no decir «Genial» otra vez.

La doctora le señaló la bandeja rodante que llevaba en la cadera.

—Bueno, ¿y qué tal si ahora desayunamos?

No sabía cómo lo hacía, pero cuando la doctora Paige le extraía sangre, ni siquiera sentía el pinchazo. En general, una de sus asistentes se encargaba de hacerlo, pero, de vez en cuando, lo hacía ella misma. Como ese día.

Mientras observaba cómo la sangre se deslizaba por el tubo, le preguntó:

—Entonces, ¿qué información nueva tiene acerca de mí?

La doctora Paige levantó la vista.

—¿Perdón?

—Con todos estos análisis que hacen. ¿Qué averiguaron? Nunca me dicen nada. ¿Todavía soy inmune? ¿La información sobre mí los está ayudando? ¿Tengo buena salud?

La doctora selló el vial y extrajo la aguja del brazo de Thomas.

—Bueno, sí, nos estás ayudando mucho. Cuanto más podemos averiguar acerca

de cómo tu cuerpo, tu salud... Por el solo hecho de estudiarlos a ti y a los demás, estamos descubriendo *qué* estudiar. Dónde concentrar nuestro esfuerzo para encontrar una cura. Ustedes son tan valiosos como ellos dicen. Cada uno de ustedes.

Thomas sonrió levemente.

—¿Me está diciendo esto solo para hacerme sentir bien? —preguntó.

—De ninguna manera. Si vamos a detener este virus, será gracias a ti y a los demás. Deberías sentirte orgulloso.

—De acuerdo.

—Bueno, ahora súbete a la cinta. Veamos con cuánta rapidez podemos lograr que tu frecuencia cardíaca supere uno cincuenta.

—ESTO CAMBIÓ DRÁSTICAMENTE LA VIDA COTIDIANA DE LA gente, conectó a la sociedad de una manera que nunca había...

La señorita Landon, una mujer pequeña y tímida de dientes perfectos, estaba describiendo el impacto cultural de la tecnología móvil cuando Thomas levantó la mano para atraer su atención. Estaba tremendamente aburrido. Todos conocían el impacto cultural de la tecnología móvil.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella, deteniéndose en medio de la frase.

—Pensé que pronto íbamos a hablar de la invención de la Trans-Plana.

—¿Yo dije eso?

—Creo que sí. De todas maneras, parece un poco más interesante que... esto — Thomas sonrió para suavizar sus palabras.

La señorita Landon cruzó los brazos.

—¿Quién es la maestra aquí?

—Usted.

—¿Y quién sabe mejor de qué deberíamos hablar cada día?

Thomas volvió a sonreír; por qué razón, no tenía ni idea. Le gustaba esa mujer, por más aburrida que fuera.

—Usted.

—Muy bien. Bueno, como estaba *diciendo*, puedes imaginarte lo que fue el cambio que sufrió el mundo cuando repentinamente todas las personas estaban conectadas mediante...

LA SEÑORITA DENTON TENÍA LA PACIENCIA DE UN CARACOL. Thomas llevaba treinta minutos analizando los cuarenta bloques de forma irregular que tenía en la mesa frente a él. De hecho, aún no había tocado ninguno. En su lugar, observaba cada pieza por separado, tratando de construir un mapa en su mente, tratando de abordar el problema de la manera en que su maestra le había enseñado.

—¿Querrías tomarte un descanso? —preguntó ella finalmente—. De todas

maneras, tienes que ir a tu próxima clase.

Incluso la paciencia de la señorita Denton podía agotarse, pensó Thomas.

—Puedo llegar tarde. Al señor Glanville no le importará.

La señorita Denton agitó la cabeza de un lado a otro.

—No es una buena idea. Una vez que se te acaba el tiempo, comenzarás a hacer las cosas de manera apresurada. Y no estás listo para hacer las cosas apresuradamente. Por ahora, está bien que te tomes todo el tiempo que necesites. Incluso más de varios días. Dale a tu mente un buen entrenamiento, visualiza lo que estuviste analizando mientras estés acostado en la cama por la noche.

Thomas se obligó a apartar la vista de los bloques y reclinarsse en la silla.

—¿Y por qué hacemos tantos problemas? ¿Acaso no son tan solo juegos?

—¿Eso es lo que *tú* piensas?

—Realmente no, supongo. Parece como si me hiciera trabajar la mente más que en ninguna de mis otras clases.

La señorita Denton sonrió como si Thomas le hubiera dicho que era la maestra más inteligente de toda la escuela.

—Eso es exactamente así, Thomas. Ahora vete con el señor Glanville. No deberías hacerlo esperar.

Se puso de pie.

—Bueno. Nos vemos más tarde —se dirigió hacia la puerta y luego se dio vuelta hasta quedar frente a ella—. Por cierto, hay siete bloques de más, que no pertenecen.

Increíblemente, la sonrisa de la maestra se volvió aún más amplia.

MUESTRA TRAS MUESTRA.

Clase tras clase.

Problema tras problema.

Día tras día.

Mes tras mes.

Fecha 224.09.02 | Hora 7.30 a.m.

EL GOLPE EN LA PUERTA LLEGÓ EXACTAMENTE A LA HORA correcta, tal vez algunos segundos después. Thomas abrió la puerta y se encontró con un hombre que lo miraba. Un hombre calvo que no parecía muy contento de estar ahí. Tal vez ni siquiera muy contento de estar vivo. Tenía ojos rojos e hinchados y el ceño fruncido que parecía repetirse en cada arruga de su rostro marchito.

—¿Dónde está la doctora Paige? —preguntó Thomas levemente decaído. Por mucho que a veces detestara la rutina, trastocarla lo ponía incómodo—. ¿Se encuentra bien?

—¿Puedo entrar, *por favor*? —repuso el hombre, bajando la mirada para destacar la bandeja de comida que había traído. Su voz no tenía ni una pizca de la calidez de la doctora Paige.

—Hmm, sí —se apartó y abrió más la puerta. El extraño empujó el carrito de la comida delante de Thomas y se encaminó hacia el pequeño escritorio.

—Cómete todo —dijo—. Hoy vas a necesitar mucha fuerza.

A Thomas no le gustó su tono.

—¿Por qué? Y no respondió mi pregunta, ¿le pasa algo a la doctora Paige?

El hombre se enderezó como si intentara parecer más alto y se cruzó de brazos.

—¿Por qué tendría que pasarle algo a la doctora Paige? Está perfectamente bien. Asegúrate de dirigirte a tus mayores con amabilidad y respeto en todo momento.

Thomas tenía la respuesta en la punta de la lengua —las agudas palabras que siempre parecían brotar fácilmente— pero se quedó quieto y deseó que el hombre se marchara.

—Tienes una media hora —dijo el extraño. Sus ojos nunca se despegaban de Thomas, una mirada oscura y afectada.

»Volveré a buscarte a las ocho en punto —continuó—. Puedes llamarme doctor Leavitt, soy uno de los psicólogos —por fin cortó el contacto visual y se marchó, cerrando la puerta detrás de él cuidadosamente.

Soy uno de los psicólogos.

Thomas no tenía la menor idea de lo que eso significaba, aunque ya había oído antes la palabra *psicólogo*. Su apetito era nulo. De todos modos, se sentó y comió.

LE DIO LA IMPRESIÓN DE QUE EL DOCTOR LEAVITT GOLPEÓ la puerta con más fuerza de la necesaria, justo en hora. Thomas había terminado su desayuno hacía mucho y solo deseaba poder gozar de una hora más. De medio día más. Hasta podría desear un mes más. Pero no quería ir a ningún lado con ese nuevo sujeto.

Si por alguna razón la doctora Paige se había ido, se sentiría desolado.

Cuando abrió la puerta, Leavitt seguía tan calvo y tan mustio como media hora antes.

—Vamos —dijo secamente.

Caminaron en silencio por el corredor; al pasar por la puerta de Teresa, le echó una mirada anhelante. 31K. ¿Cuántas veces había visto esa placa en la puerta y deseado poder abrirla y conocer a la chica que se hallaba del otro lado? ¿Qué posible razón tenía esa gente para mantenerlos a todos separados? Seguramente, no podía ser por pura crueldad, ¿no? ¿Cómo podía ser la doctora Paige parte de algo semejante?

—Mira —dijo el doctor Leavitt, arrancando a Thomas de sus pensamientos y devolviéndolo a las paredes blancas del corredor, bajo las luces fluorescentes—. Sé que fui un poquito antipático esta mañana. Lo siento. El proyecto de hoy ha sido una tarea de gran envergadura y hemos puesto mucho en juego —emitió una risa ahogada, que sonó como una rana electrocutada—. Se podría decir que estoy bajo mucho estrés.

—Está bien —replicó Thomas, sin saber qué más decir—. Todos tenemos días malos —agregó nerviosamente. ¿Qué podría ser lo que tenía a ese hombre tan estresado? No era a él a quien le hacían todos los análisis.

—Sí —gruñó el doctor Leavitt a modo de respuesta.

Ingresaron al elevador y el hombre oprimió el botón de un piso que Thomas nunca había visitado antes. Noveno. Por alguna razón, sintió que eso no presagiaba nada bueno. El piso noveno. ¿Le habría parecido tan inquietante de estar la doctora Paige a su lado? No lo sabía.

Las puertas se abrieron con un alegre tintineo y el doctor Leavitt salió hacia la izquierda. Thomas lo siguió mientras distinguía rápidamente un escritorio delante de una pared de vidrio. Más allá, alcanzó a ver las luces titilantes de monitores e instrumentos. Ese piso era una especie de unidad hospitalaria, aparentemente.

Tal vez algo *realmente* le había ocurrido a la doctora Paige; tal vez iban a visitarla.

Trató de sonar lo más amable y relajado que pudo.

—Entonces, ¿puede decirme qué sucede hoy?

—No —replicó Leavitt. Y luego, como una acotación adicional, agregó—: Lo siento, hijo.

Siguió a Leavitt más allá de la recepción y del vidrio. Prosiguieron la marcha por el corredor, pasando una puerta tras otra, pero más allá de los monitores médicos

afuera de cada sala, no había nada que le dijera dónde se encontraban. Las puertas estaban numeradas pero cerradas, y las paredes de vidrio esmerilado estaban cubiertas por cortinas de techo a suelo, completamente cerradas. Podía jurar que escuchó voces que provenían del interior de una habitación, y dio un salto ante un chillido agudo que no le dejó la menor duda. Continuó caminando, hasta que un grito resonó en el corredor a sus espaldas. Se detuvo y giró para echar un vistazo.

—Sigue caminando —ordenó Leavitt—. No hay nada de qué preocuparse.

—¿Qué está sucediendo? —volvió a preguntar Thomas—. ¿Qué fue ese...?

Leavitt le sujetó el brazo, sin la fuerza necesaria como para que le doliera, pero tampoco de manera precisamente amable.

—Todo estará bien. Tienes que confiar en mí. Sigue caminando... ya casi llegamos.

Thomas obedeció.

SE DETUVIERON DELANTE DE UNA PUERTA IDÉNTICA A todas las demás; junto a ella había una carta electrónica con mucha información muy pequeña para que Thomas pudiera verla desde donde se encontraba. El doctor Leavitt la estudió durante un instante y luego se estiró para abrir la puerta. Acababa de girar la manija cuando estalló una conmoción en el silencio del corredor.

Al voltear la cabeza, vio una puerta abierta y a un niño vestido con una bata de hospital y la cabeza vendada; salía tropezando hacia afuera, sostenido por dos enfermeros. Se tambaleaba como si estuviera fuertemente drogado y luego se desplomó en el suelo. De inmediato, trató de levantarse apartando a las dos personas que lo habían ayudado un momento antes. Thomas se quedó paralizado mirando al chico, que volvió a caerse y luego se puso de pie con dificultad e intentó escapar, virando de un lado a otro mientras enfilaba directamente hacia Thomas.

—No entres ahí —masculló. Tenía cabello oscuro, rasgos asiáticos y tal vez un año más que Thomas. El rostro estaba rojo y sudado; una minúscula mancha roja brotaba en las vendas que envolvían su cabeza, justo arriba de las orejas.

Thomas lo observó con pasmada incredulidad. Súbitamente, el doctor Leavitt se encontró entre Thomas y el chico que se aproximaba. Uno de los dos enfermeros que venían tras él gritó:

—¡Minho! ¡Detente! No estás en condiciones... —pero las palabras se desvanecieron en el aire.

Minho. El chico se llamaba Minho. Ahora conocía al menos otros dos nombres más.

El niño se estampó contra el doctor Leavitt, casi como si no hubiera visto que se encontraba ahí. Sus ojos estaban completamente clavados en Thomas, brillantes y aturdidos por el miedo.

—¡No dejes que te hagan esto! —gritó mientras luchaba con Leavitt, que lo había

envuelto con sus brazos. Minho era realmente muy pequeño como para liberarse del hombre, pero eso no le impidió intentarlo.

—¿Qué...? —preguntó Thomas, en voz muy baja. Luego habló más fuerte—: ¿Qué está sucediendo?

—¡Nos están poniendo cosas en la cabeza! —le gritó Minho, los ojos aún enloquecidos taladraban a Thomas—. Dijeron que no dolería, pero duele. ¡Sí que duele! Son un puñado de mentirosos...

La última palabra murió en la boca del chico mientras uno de los enfermeros le inyectaba algo en el cuello que lo hizo aflojarse y el cuerpo se desplomó en el suelo. En segundos, lo llevaron por el pasillo hacia la habitación de la que había salido, los pies deslizándose detrás de él.

Thomas se volvió a Leavitt.

—¿Qué le hicieron?

El doctor, el semblante envuelto en una sorprendente calma, dijo simplemente:

—No te preocupes, es solo una reacción a la anestesia. No hay nada de qué preocuparse.

Parecía ser su frase preferida.

THOMAS PENSÓ EN ESCAPAR. LO PENSÓ TODO EL TIEMPO mientras observaba a Leavitt abrir la puerta, mientras lo seguía al interior de la habitación, mientras escuchaba la puerta que se cerraba tras él.

Soy un cobarde, pensó. Ese chico Minho es mucho mejor que yo.

Sin lugar a dudas, parecía la habitación de un hospital. Había dos camas, ambas cerradas con cortinas. La de la izquierda estaba abierta y dejaba ver una cama recién hecha. En la de la derecha, las cortinas estaban corridas y ocultaban a quien estuviera allí: Thomas pudo ver la silueta borrosa de un cuerpo a través del fino material. El equipamiento médico que llenaba la habitación era tan moderno como el resto del equipo que había visto en los laboratorios durante los análisis. Leavitt ya se había detenido delante de uno de los monitores y leía detenidamente una pantalla con gráficos e ingresaba información.

Thomas retornó su atención a la cortina cerrada y a la cama que estaba detrás. Leavitt se hallaba a unos dos metros de él, enfrascado en lo que estaba leyendo en los gráficos. *Tengo que ver quién está detrás de la cortina, pensó.* No podía recordar cuándo había sido la última vez que un deseo lo había asaltado tan poderosamente.

A su izquierda, Leavitt se inclinó más cerca de la pantalla para leer algo en letras pequeñas. Entonces no lo dudó. Se deslizó hacia la cortina cerrada de la derecha y jaló de ella hacia un costado, la rodeó y fue deprisa hasta la cama. Había otro chico acostado allí: cabello rubio muy corto, ojos cerrados, las mantas estiradas hasta el mentón. En un segundo, Leavitt atravesó la habitación y corrió torpemente la cortina. Luego, sujetó a Thomas del brazo y lo apartó bruscamente de la cama. Sin embargo,

había logrado ver al chico. Y había alcanzado a ver dos cosas muy bien.

La primera: al igual que el chico llamado Minho, ese también tenía un vendaje y una mancha de sangre intensamente roja en un costado.

La segunda: vio el nombre en los monitores.

Newt.

Ahora eran tres. Conocía tres nombres.

Fecha 224.09.02 | Hora 8.42 a.m.

—¿EN QUÉ ESTABAS PENSANDO? —PREGUNTÓ LEAVITT MIENTRAS conducía a Thomas a través de la habitación hasta la cama vacía—. Tenemos que seguir los protocolos médicos, respetar las zonas de seguridad y tomar las máximas precauciones. ¿No eres consciente de todo eso?

—Uy, no —respondió casi riendo, sin intención de ser sarcástico. Ni siquiera tenía diez años, ¡por supuesto que no sabía esas cosas!

—Ese chico acaba de ser operado. Su estado es frágil. Hay gérmenes. Seguramente sabes que existen gérmenes, ¿no? —Leavitt hablaba con una calma escalofriante—. Y que hay muchos virus como el de la Lllamarada.

—Yo soy inmune —dijo Thomas—. ¿Acaso no somos todos inmunes?

—La mayoría —Leavitt se detuvo, suspiró y se apretó el puente de la nariz—. Olvídalo. Solo... por favor no vuelvas a abrir esa cortina. ¿Entendido?

Thomas asintió.

—Muy bien. Tengo que empezar a prepararte —Leavitt extendió las manos y echó una mirada alrededor de la habitación, como si estuviera orientándose—. El cirujano estará aquí en media hora.

Una burbuja de pánico crecía dentro del estómago de Thomas.

—Ese chico... Minho... ¿estaba diciendo la verdad? ¿Van a hacer alguna locura dentro de mi cabeza?

—Una locura, no —señaló Leavitt, la forzada paciencia evidente en su voz. Abrió una gaveta y extrajo una bata de lino—. Algo *vital*. Y repito, Minho estaba experimentando una reacción al medicamento que le dimos... sucede muy raramente. Tendremos cuidado con tu dosis, lo prometo —hizo una pausa y volteó hacia Thomas—. Escucha, tú sabes cuáles son los riesgos. Sabes que eres inmune a la Lllamarada. También sabes que la raza humana está en serios problemas. ¿Tengo razón? ¿Sabes todo esto?

Ante eso, solo cabía una respuesta.

—Claro.

—Entonces entiendes por qué es tan importante que cooperes —Leavitt le arrojó la bata de hospital—. Estamos estudiando las zonas letales de los inmunes para poder encontrar una cura. *Tú* eres inmune. Y todo lo que haremos hoy es colocar un pequeño instrumento en tu cabeza que nos ayudará a entender qué te hace diferente.

Te prometo que te recuperarás rápidamente y estarás contento de que podamos monitorear tus signos vitales de manera más eficiente. ¡Ya no tendremos que pincharte tanto el brazo! —hizo esa afirmación con forzada alegría—. ¿Ves que no todo es malo?

Thomas se encogió de hombros y asintió al mismo tiempo. El hombre lograba que sonara completamente razonable el hecho de abrirle el cerebro a un niño. Miró hacia abajo mientras sus manos jugueteaban con la bata.

—Hay un baño allí —Leavitt señaló una puerta en el rincón—. Puedes ir cambiándote y luego acuéstate en la cama. Te doy mi palabra de que todo estará bien. Estarás anestesiado, no sentirás nada. Tal vez un dolor de cabeza durante un par de días. Y tenemos píldoras para eso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo un paso hacia el baño cuando escuchó el grito de una chica en el pasillo. Volteó hacia Leavitt y sus miradas se encontraron. Por un largo momento, permanecieron así, esperando a ver quién se movería primero. Thomas lo hizo.

En un instante, ya estaba en la puerta. La abrió bruscamente y prácticamente saltó hacia el corredor, sintiendo a Leavitt casi pegado a los talones. A unos cuatro metros de distancia, se desarrollaba una escena ya conocida por él. Dos enfermeros, un hombre y una mujer, arrastraban a una chica de cabello castaño por el corredor, que gritaba y pateaba durante todo el trayecto. Era ella. La chica del dormitorio 31K. Teresa.

Lo que Thomas hizo a continuación fue totalmente ilógico. Corrió tras ella. La angustia de su rostro y el miedo en sus ojos habían hecho estallar finalmente la burbuja de pánico que crecía dentro de él.

—¡Déjenla ir! —aulló, al mismo tiempo que Leavitt le gritaba que regresara.

Los enfermeros voltearon para mirar a Thomas y se detuvieron, la curiosidad evidente en sus rostros; quizás también un dejo de diversión. Eso lo enfadó aún más. Aceleró el paso, aunque ya sabía que se trataba de una causa perdida. Al menos le mostraría a Teresa que lo había intentado.

En el último segundo, saltó, los brazos extendidos, como si se hubiera convertido en un superhéroe, listo para abatirlos a ambos...

Uno de los enfermeros levantó el antebrazo para defenderse y le pegó a Thomas en el costado de la cabeza. Un dolor agudo se desató en la mejilla y en el oído mientras el mundo se daba vuelta y él aterrizaba duramente en el suelo; su nariz chocó contra la pared con fuerza suficiente como para aturdirlo. Rodó y miró hacia arriba. Los dos enfermeros lo observaban como preguntándose *¿Qué le sucede?* Incluso Teresa había dejado de luchar, aunque su rostro expresaba algo completamente distinto: asombro, sorpresa. *¿Podría eso llegar a ser una sonrisa?*

De repente, sintió que tocaba el cielo con las manos.

Amenazador, Leavitt apareció arriba de él con una jeringa en la mano.

—Pensé que habíamos llegado a un acuerdo, hijo. Esperaba no tener que hacer

esto —se arrodilló, le clavó la aguja en el cuello y presionó la jeringa con el pulgar.

Antes de quedar inconsciente, Thomas miró otra vez a Teresa y sus ojos se encontraron durante unos pocos y preciosos segundos. El mundo ya había comenzado a desdibujarse cuando se la llevaron, pero oyó claramente lo que le dijo.

—Algún día, seremos más grandes.

TUVO SUEÑOS DELIRANTES.

Volaba por el aire con una especie de máquina sujeta en la espalda mientras observaba hacia abajo el mundo desértico, calcinado y sin vida. Vio figuritas corriendo por la arena, que luego crecieron y comenzaron a acercarse a él. Vio alas, luego rostros horrorosos, brazos extendidos, monstruos que querían alcanzarlo.

Afortunadamente, eso terminó antes de que llegaran a despedazarlo. El siguiente, fue mucho más placentero.

Thomas, su madre y su padre. Un pícnic. No sabía si era un recuerdo o un deseo, pero igual lo disfrutó. Le produjo un dolor en el pecho que pensó que perduraría durante mucho tiempo.

En un momento, soñó con Teresa. La chica misteriosa, que vivía tan cerca — literalmente al lado— y, sin embargo, no habían intercambiado más que una sola frase.

Algún día, seremos más grandes.

Se aferró a esas palabras. La vio a ella en sus sueños repitiéndolas una y otra vez. Había en ellas algo tan fuerte, tan... rebelde. Le gustó que las pronunciara. En sus sueños, Teresa y él estaban sentados en la misma habitación, *en la de él*, ella en una silla, él en la cama. No hablaban, solo estaban... ahí. Juntos. Quería un amigo tan desesperadamente que deseó que la operación continuara para siempre, que lo dejara en su sueño.

Pero después, Teresa comenzó llamarlo por su nombre, una y otra vez; pero no era su voz. En algún nivel, él sabía lo que estaba sucediendo y la tristeza le derritió el corazón. Cuanto más intentaba aferrarse a ese momento imaginario, más rápidamente se esfumaba. Pronto, solo hubo oscuridad y el sonido repetido de su nombre.

Hora de despertar.

ABRIÓ LOS OJOS Y PARPADEÓ ANTE LAS BRILLANTES LUCES de la habitación del hospital. Una mujer bajó la vista hacia él. La doctora Paige.

—Doct... —comenzó a decir, pero ella lo hizo callar.

—No digas una palabra —luego sonrió y todo pareció estar bien. Ella no le habría hecho nada malo. De ninguna manera—. Todavía te encuentras bajo una fuerte dosis de medicinas. Estarás grogui. Quédate acostado y relájate, disfruta el medicamento —la doctora rio, algo que no sucedía muy a menudo.

Se sentía realmente atontado, tranquilo. El incidente con Teresa le parecía ahora casi gracioso. Se imaginó lo que debían haber pensado esos enfermeros al ver a ese niño lanzándose por el pasillo a toda velocidad y saltando en el aire como Superman. Al menos, le había demostrado a Teresa que se preocupaba por ella, que era valiente. Emitió un suspiro de alegría.

—Guau —exclamó la doctora, echándole una mirada desde el monitor que había estado examinando—. Yo diría que te estás tomando mi consejo muy a pecho.

—¿Qué me hicieron? —balbuceó Thomas, arrastrando cada palabra con dificultad.

—No, ahora estás ignorando mi consejo. Dije que *no* hablaras.

—¿Qué... hicieron? —volvió a preguntar.

La doctora Paige se dio vuelta para quedar frente a él y luego se sentó en la cama. El movimiento del colchón le lastimó algo en algún lugar de su cuerpo. Era un dolor sordo y distante.

—Creo que el psicólogo te contó lo que haríamos, ¿verdad? —preguntó—. ¿El doctor Leavitt? —miró a su alrededor, como para asegurarse de que no hubiera regresado a la habitación, pero no estaba allí.

Thomas asintió.

—Pero...

—Lo sé. Suena horrible, eso de meter algo dentro de ti —sonrió nuevamente—. Pero ya has aprendido a confiar un poquito en mí, ¿no?

Thomas volvió a asentir.

—A la larga, será mucho mejor para ti y para todos. Ahora podemos medir la actividad de tu zona letal mucho más rápido y con mayor eficiencia. Además, no tendrás que ir al laboratorio tan a menudo para que te extraigan información. Todo será instantáneo, en tiempo real. Puedes creerme, estarás feliz de que lo hayamos hecho.

No dijo nada. Tampoco habría dicho nada aun cuando pudiera hablar normalmente. Lo que ella decía tenía sentido. La mayor parte. Solo se preguntó por qué Minho y Teresa se habían asustado tanto. Tal vez sus operaciones no habían resultado tan bien.

La doctora se levantó de la cama y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Muy bien, jovencito. Es hora de que permitas que esas drogas te devuelvan al sueño, algo que harás mucho en los próximos dos días. Disfruta del descanso —comenzó a alejarse, pero después volteó y regresó. Se inclinó y susurró algo a su oído, pero los ojos de Thomas ya estaban cerrados y se desvanecían rápidamente. Alcanzó a captar las palabras *sorpresa* y *especial*.

Luego, oyó pisadas y el ruido suave de la puerta al cerrarse.

LA CABEZA DE THOMAS SE CURÓ MUCHO MÁS RÁPIDO DE LO que hubiera imaginado. Al poco tiempo, ya estaba de vuelta en su dormitorio y yendo a clase, como si nada hubiera cambiado. Desde el día de la operación, no había visto ni rastros de Teresa, Minho o del chico llamado Newt. Ni de nadie más, para el caso. A veces, al recorrer el pasillo hacia las clases, oía voces. Eran lo suficientemente lejanas como para no poder distinguir con precisión de dónde venían, pero estaba seguro de que se trataba de chicos. Se preguntaba si tendría algo malo, ya que no se le permitía interactuar tanto como a los otros. ¿Cuándo le llegaría su turno?

Meditaba sobre eso todos los días. En ocasiones, podía justificarlo argumentando que era una parte de los experimentos. Tal vez, algunos chicos estaban juntos y otros solos. Tal vez, los intercambiarían pronto.

Una línea irregular arriba de la oreja marcaba dónde lo habían abierto, pero el cabello ya había crecido por encima y casi ni se acordaba de ello. Supuso que pronto ya ni siquiera sería capaz de sentirlo. A veces, tenía un dolor de cabeza profundo y estridente dentro del cráneo, como si una mano mágica se hubiera metido allí dentro y lo apretara. Cada vez que les preguntaba a la doctora Paige y a los instructores acerca del implante, solo le repetían lo que le habían dicho antes —estaba analizando su cuerpo—, y siempre se apresuraban a señalarle que ahora se le hacían muchos menos análisis y estudios, algo que él valoraba.

La doctora Paige le reafirmaba constantemente que existían razones para que lo mantuvieran aislado por el momento, que querían cuidarlo muy bien, que estuviera seguro. El mundo exterior era un sitio muy aterrador, había Cranks y radiación por todos lados. Y decía que tenían que entender mejor la enfermedad antes de que Thomas interactuara con otros, que ese era un caso especial... Aunque nunca entraba en demasiados detalles. Pero le traía tan a menudo libros y una tableta de juegos, que no podía dudar de su amabilidad, lo cual le reafirmaba que no estaba inventando cosas solo para apaciguarlo. Siempre hacía que se sintiera mejor con su extraña vida.

Un día, se levantó con un virulento dolor de cabeza y un fuerte mareo como nunca antes había experimentado. Le tomó hasta la última gota de voluntad levantarse y esforzarse en su rutina matinal. A la hora del almuerzo, durmió una siesta en su dormitorio y tuvo la sensación de que apenas había logrado cerrar los ojos cuando alguien golpeó a su puerta. Se sobresaltó, pero se levantó de un salto

para responder, preocupado ante la posibilidad de haberse quedado dormido y faltado a la clase de la tarde. El movimiento le produjo otra oleada de dolor, que explotó dentro de su cabeza.

Se le cayó el alma a los pies cuando vio al doctor Leavitt de pie en el corredor, las luces reflejadas en su cabeza calva.

—Ah —brotó de su boca antes de poder reprimirlo.

—Hola, hijo —saludó Leavitt, más alegre que nunca—. Esta tarde, tenemos una gran sorpresa para ti y creo que te agradará.

Thomas se quedó mirándolo mientras lo asaltaba un mareo repentino. El sonido de esas palabras le había disparado una sensación tan fuerte de *déjà vu* que pensó que tal vez aún estaba durmiendo.

—Muy bien —dijo, tratando de ocultar su molestia. Cualquier cambio en su agenda diaria era bienvenido—. ¿Qué es?

El doctor Leavitt tenía una sonrisa extraña y nerviosa.

—Nosotros... los psicólogos —comenzó el hombre con una sospechosa sonrisa—, decidimos que ya es hora de que interactúes un poco con otros. Vamos a, mmm, a comenzar con Teresa. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría conocerla y pasar un rato con ella? Tal vez las cosas vayan mejor que en tu primer, eh, encuentro extraoficial —su sonrisa se amplió, pero no llegó a sus ojos.

Hacía mucho pero mucho tiempo que Thomas no sentía nada parecido a aquello que lo quemaba por dentro en ese momento. Quería conocer a Teresa más que nada en el mundo.

—Sí —dijo—, totalmente. Creo que me gustaría mucho.

DURANTE EL CAMINO, LO ASALTÓ NUEVAMENTE ESE extraño *déjà vu*, como si hubiera hecho antes esa misma caminata con ese mismo propósito. El hombre lo condujo dentro de una pequeña oficina en su mismo piso; los únicos muebles eran un escritorio sin nada arriba y un par de sillas a cada lado. La chica llamada Teresa ya se encontraba sentada en una de las sillas y le sonrió muy tímidamente.

La sensación lo golpeó con más fuerza que antes y casi lo hizo tropezar. La habitación, Teresa, la luz... todo lo que rodeaba ese momento le pareció tan familiar que resultaba imposible que estuviera sucediendo por primera vez. La confusión opacó su mente.

—Siéntate —dijo Leavitt, con un gesto de impaciencia.

Thomas trató de calmarse. Cuando se sentó, el hombre regresó al corredor y cerró la puerta casi por completo.

—Pensamos que era hora de dejarlos charlar un poco —aclaró y luego agregó con una rápida sonrisa—: Que lo disfruten —y cerró la puerta. Sobrevino otra fuerte sensación de familiaridad.

Thomas no podía dejar de mirar fijamente el lugar donde el hombre había estado

un momento antes, demasiado avergonzado para volver su atención a Teresa. Se sentía tan incómodo... Unos minutos antes había estado emocionado; ahora se hallaba a dos segundos de levantarse y salir corriendo, desconcertado por la extraña oleada de sentimientos. Finalmente, se movió en la silla para obligarse a mirar a Teresa; descubrió que ella lo estaba observando. Sus miradas se encontraron.

—Hola —fue lo mejor que le salió.

—Hola —respondió Teresa, y esbozó otra sonrisa tímida. Una sonrisa que Thomas podía jurar que ya había visto alguna vez antes de ese día, en esa misma habitación.

Pero no era el momento para preocuparse por lo que podría haber sucedido. Más tarde, tendría todo el tiempo del mundo para pensar en lo extraño de la situación. Con un gesto, señaló lo que los rodeaba.

—¿Por qué nos pusieron *aquí*?

—No sé. Querían que nos conociéramos y habláramos, supongo.

No había entendido su pregunta. Se preguntó si eso habría sido su intento de ser sarcástica.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Desde que tenía cinco.

Thomas la miró, tratando de adivinar su edad, pero se dio por vencido.

—¿Entonces...?

—Entonces, cuatro años —afirmó ella.

—¿Solo tienes nueve?

—Sí. ¿Por qué? ¿Cuántos años tienes tú?

Thomas no estaba seguro de conocer la respuesta a esa pregunta. Se imaginaba que estaba bastante cerca.

—Igual. Solo que pareces más grande, es todo.

—Cumpliré diez pronto. ¿Tú no has estado aquí la misma cantidad de tiempo?

—Sí.

Teresa se movió en el asiento, colocó una pierna debajo del cuerpo y se sentó sobre ella. Thomas pensó que no se veía particularmente cómoda, pero le encantó que pareciera estar un poquito más tranquila. Lo mismo ocurría con él; cuanto más hablaban, más se retiraba hacia el fondo esa confusa sensación de *déjà vu*.

—¿Por qué nos mantienen a algunos de nosotros separados? —preguntó Teresa —. Yo puedo oír chicos gritando y riendo todo el tiempo. Y he visto la gran cafetería. Ahí deben comer cientos de niños.

—¿De modo que a ti también te llevan la comida al dormitorio?

Teresa asintió.

—Tres veces al día. La mayor parte sabe a retrete.

—¿Sabes cómo sabe un retrete? —contuvo el aliento y esperó que no fuera muy pronto para una broma.

Teresa contestó de inmediato.

—No puede ser peor que la comida que nos dan.

Thomas lanzó una risa genuina que lo hizo sentir muy bien.

—Je. Tienes razón.

—Supongo que debe haber algo diferente en nosotros —señaló Teresa, poniéndose súbitamente seria, lo cual lo confundió un poco—. ¿No lo crees?

Thomas hizo su mejor imitación de un gesto de aprobación inteligente y pensado. No quería que notara que esa idea nunca se le había ocurrido.

—Supongo que sí. Tiene que existir alguna razón por la cual nos mantienen separados. Supongo que es difícil deducir cuál es cuando ni siquiera sabemos por qué estamos aquí —frunció el ceño por dentro y esperó que no se notara por fuera. Había dicho dos veces *supongo* y todo el comentario había sonado estúpido.

Teresa no pareció pensar lo mismo.

—Lo sé. ¿Tu vida consiste más que nada en tareas escolares desde el despertar hasta que se apagan las luces?

—Es más o menos así.

Teresa asintió y luego agregó casi distraídamente:

—Viven diciéndome cuán inteligente soy.

—A mí también. Es extraño.

—Creo que todo tiene que ver con la Llamarada. ¿Tus padres la tuvieron antes de que CRUEL te llevara?

Toda la alegría que Thomas había comenzado a permitirse sentir, se cortó bruscamente. De pronto, vio a su padre ebrio de furia, a su madre despidiéndose de él cuando ni siquiera tenía cinco años. Trató de expulsar la imagen.

—No quiero hablar de eso —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Teresa.

—Simplemente no quiero.

—Entonces, bien. Yo tampoco —no pareció enojada.

—De todas maneras, ¿por qué estamos aquí? —una vez más, señaló con un gesto la habitación minúscula donde se hallaban—. En serio, ¿qué se supone que estamos haciendo?

Teresa cruzó los brazos y dejó caer la pierna al suelo.

—Estamos hablando. Nos están evaluando. No lo sé. Lamento que estar cerca de mí sea tan terriblemente aburrido para ti.

—¿Qué? ¿Ahora te enfadaste?

—No, no me enfadé. Pero tú no pareces muy amable. A mí creo que me gustó la idea de tener finalmente un amigo.

Thomas quería darse un golpe.

—Lo siento. A mí también creo que me pareció bien —dudaba de que ese encuentro pudiera haber salido peor.

Teresa lo perdonó con otra sonrisa.

—Entonces, tal vez pasamos la prueba. Tal vez querían ver si nos llevábamos

bien.

—Como sea —dijo, esbozando a su vez una sonrisa—. Hace mucho tiempo que dejé de adivinar lo que sucede.

Después de una larga pausa, Teresa dijo:

—Entonces... ¿amigos?

—Amigos.

Teresa extendió la mano por arriba del escritorio.

—Sellemos esto con un apretón de manos.

—OK —se inclinó hacia delante y se dieron la mano.

Teresa se reclinó en la silla y su expresión cambió otra vez.

—Ey, ¿a veces te duele el cerebro? Digo, no como una jaqueca normal, ¿sino como algo mucho más profundo dentro de tu cabeza?

Thomas pudo imaginar la conmoción que debía tener pintada en el rostro.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? ¡Sí! —estaba a punto de mencionar el terrible dolor de cabeza de esa mañana, incluso hasta la sensación de haber vivido eso antes, cuando ella se llevó el dedo a los labios.

—Silencio, alguien viene. Hablaremos de esto más tarde.

No tenía la menor idea de cómo se había dado cuenta. Él no había oído nada, pero alguien golpeó la puerta un instante después de que ella hablara. En un segundo, la puerta se abrió y el doctor Leavitt asomó la cabeza.

—Hola, niños —dijo radiante y paseó la mirada de Thomas a Teresa—. Se acabó el tiempo por hoy. Regresen a sus dormitorios. Creemos que todo salió bien, así que habrá muchas más oportunidades para que sigan conociéndose.

Thomas intercambió una mirada con Teresa. No estaba muy seguro de lo que decían sus ojos, pero realmente creía que tenía una nueva amiga. Se levantaron de las sillas y se dirigieron hacia Leavitt. Thomas estaba agradecido por el tiempo que les habían dado, por breve que hubiera sido, y esperaba que, gracias al buen comportamiento, hubiera más encuentros como habían prometido.

Estaban en la puerta cuando Teresa se detuvo y le hizo una pregunta al doctor Leavitt. De hecho, fueron dos. Y eso fue suficiente para que el semblante del hombre cambiara por completo.

—¿Qué es el detonante del neutralizador? Y ¿es cierto que murieron siete chicos durante las operaciones para colocar los implantes?

Las preguntas dejaron pasmado a Thomas, que se dio vuelta para mirar a Teresa mientras el doctor titubeaba.

—¿Cómo...? —empezó a decir y luego se detuvo al darse cuenta, al igual que Thomas, de que Teresa había descubierto algo grave, algo *cierto*—. ¿De dónde sacaste semejante tontería?

Thomas se preguntó lo mismo. ¿Cómo podía haber escuchado algo semejante? Él nunca oía nada.

Teresa se encogió de hombros.

—A veces, ustedes hablan cuando piensan que no podemos escuchar.

Leavitt no se veía contento, pero su voz permaneció inmutable.

—Y, a veces, cuando escuchan algo a escondidas, no escuchan la historia completa. No nos concentremos en lo que no les concierne, ¿de acuerdo?

Y con esa última frase, se dio vuelta y echó a andar por el pasillo. No pareció importarle si lo seguían o no, pero ambos estaban pegados a sus talones.

—Creo que esto es divertido —le susurró Teresa—. Caminar junto a mi nuevo amigo.

Thomas la miró con pasmada incredulidad.

—¿En serio? ¿Lanzas esa bomba de la muerte de chicos y ahora te comportas como si no fuera gran cosa? Eres muy rara —trató de hacer una broma para esconder lo horrorizado que se había sentido por la segunda pregunta. Debía tratarse solo de un rumor, ¿verdad?

Se sintió mejor cuando Teresa le dio repentinamente un beso en la mejilla y luego salió corriendo por el pasillo y pasó delante del doctor Leavitt.

Indudablemente, a Thomas le agradaba tener una amiga. Pero mientras la observaba correr, la sensación de pánico retornó a él. ¿Qué le había sucedido ese día? Desde el terrible dolor de cabeza hasta la apabullante sensación de *déjà vu*... sintió que perdía el equilibrio y tuvo miedo de caer. Como si no estuviera en armonía con la rotación de la Tierra.

Hizo un gran esfuerzo por no pensar en la peor respuesta posible.

Hizo un esfuerzo por no pensar en la Lllamarada.

UNA SEMANA MÁS TARDE, JUSTO DESPUÉS DE UNA SESIÓN DE problemas particularmente difíciles con la señorita Denton, Thomas se encontró una vez más en la pequeña habitación, sentado en el escritorio, frente a Teresa. Afortunadamente, nada de la extrañeza del último encuentro volvió para atormentarlo.

Había sido la semana más larga de su vida. Había pasado cada minuto de cada día preguntándose si podría ver a su nueva amiga. La única respuesta que recibió de la doctora Paige o de sus maestros o cualquiera de los demás, fue que sí, que se volverían a ver pronto. Dejar pasar una semana entera pareció ser el método de tortura más efectivo del que había oído hablar. Y, a pesar de considerarlo muchas veces, no había reunido el coraje para preguntar acerca del episodio de *déjà vu*. Le preocupaba que pudieran pensar que algo en él no estaba bien.

—Hola, es bueno verte otra vez —dijo Teresa para comenzar. Leavitt acababa de abandonar la habitación negándose a responder a la pregunta de ella sobre cuánto tiempo tendrían para estar juntos.

—Sí, por supuesto —concordó Thomas, recobrando la compostura. Pensó que se sentiría muy tonto al preguntar acerca de las extrañas sensaciones que había experimentado la última vez, de modo que tomó otra dirección—. Mira, me muero de ganas de preguntarte sobre esos chicos que dijiste que... murieron. ¿Es realmente cierto? Y a veces, la doctora Paige habla como si nos estuvieran haciendo un favor al mantenernos separados. Y también siento que tengo otro millón de cosas de las que quiero hablar.

—Guau, de a poco —dijo Teresa con una gran sonrisa. Luego levantó la mirada hacia las esquinas del techo, cada una de las cuatro, con una expresión preocupada—. Me pregunto si no deberíamos ser un poquito cuidadosos de lo que decimos. Me refiero a que es obvio que nos observan, o al menos nos oyen.

—Probablemente, ambas cosas —dijo Thomas en voz alta y burlona—. ¡Holaaaaaaa! ¡Hola, viejos! —agitó la mano alrededor de la habitación como si estuviera en un desfile, sin saber con seguridad de dónde provenía toda esa súbita euforia.

Teresa explotó en una carcajada y lo hizo reír a él. Eso prosiguió durante uno o dos largos minutos, cada uno volvía a provocar la risa del otro justo cuando estaban por dejar de reír. Sin embargo, Thomas era lo suficientemente inteligente como para

saber que, en realidad, estaba tratando de evitar pensar en las muertes en cuestión.

—No nos preocupemos demasiado —dijo Teresa cuando terminaron de reír—. Este momento es nuestro, y podemos hablar de lo que queramos. Dejemos que se diviertan.

—Exactamente —Thomas dio un golpe en la tapa del escritorio.

Teresa dio un salto de la sorpresa y después volvió a reír.

—Lo que oí sobre los chicos que murieron... no lo sé. Es probable que sea solo un rumor. Eso espero. Supongo que no lo oí tan claramente. Podrían haber estado hablando de algo que sucedió antes de que llegáramos. Solo trataba de conseguir una reacción de Leavitt.

Thomas deseó desesperadamente que las cosas fueran así.

—Bueno, ¿algo nuevo o emocionante en tu vida? —preguntó Teresa.

—No puedo decir que así sea —respondió Thomas—. Veamos: como. Voy a la escuela. Mucha escuela. Muchos análisis médicos. Ah, y duermo, también. Eso más o menos lo resume todo.

—¡Suena muy parecida a mi vida!

—¿En serio? Sorprendente.

Sonrisas, una pausa. Luego Teresa se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio.

—No sé sobre otros chicos ni ningún secreto ni nada de eso, pero escúchame. Nuestras cabezas deberían estar totalmente curadas, ¿verdad?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—Eh, claro, uno diría que sí —se tocó la cicatriz escondida por el cabello, arriba de la oreja izquierda—. Al menos, eso parece. Estoy seguro de que nuestras mentes brillantes están perfectamente.

—¿Te refieres a lo que CRUEL llama la zona letal o zona de muerte?

Thomas asintió. Había escuchado esas palabras en distintos momentos pero no sabía más que lo básico.

—Sí. Parece algo tomado de un videojuego. Pero la doctora Paige dice que es ahí donde la Lllamarada causa todo el daño.

—¿No es muy extraño que seamos inmunes? Digo, eso debería ser lo más genial del mundo... que no tengamos que preocuparnos por perder la cabeza.

—Exacto.

—Pero todo lo que hemos conseguido es terminar aquí, en este estúpido lugar. Debería llamarse ABURRIDO en vez de CRUEL. En serio, me estoy volviendo loco de estar todo el día encerrado en habitaciones.

Thomas echó una mirada a la puerta mientras reflexionaba.

—¿Es todo tan malo afuera? ¿Es por eso que no se nos permite salir?

—Debe ser malo. Siempre oyes que la radiación está disminuyendo pero todavía es bastante alta en algunos lugares. Lo único que recuerdo es una luz blanca y enceguecedora fuera del Berg que me trajo aquí. Atravesé una Trans-Plana y viajé en

un Berg... todo eso antes de los cinco años. ¿Puedes creerlo?

Thomas podía recordar bien la gran máquina voladora en la que él también había viajado. Por más triste que hubiera sido, había pensado que era genial. Esas naves se suponía que eran para personas súper ricas. Pero eso no era nada comparado con una Trans-Plana. Nunca había atravesado una, pero si CRUEL las tenía, ellos debían tener mucho dinero.

—¿Cuándo atravesaste una Trans-Plana? —le preguntó a Teresa.

El rostro de ella pasó del asombro a la tristeza.

—Apenas lo recuerdo. Nací en algún lugar del este. Perdí a mis padres y me rescataron... —bajó la vista y se quedó en silencio. Tal vez era un tema para otro momento.

—Ey —exclamó para cambiar de tema—, sobre ese dolor en la cabeza. Yo también lo tengo a veces.

Los ojos de Teresa volvieron a echar un rápido vistazo a las esquinas del techo. Si bien no había nada a la vista que colgara de allí, ambos sabían que podía haber cámaras escondidas en cualquier lugar... y micrófonos. CRUEL podía colocar cientos de micrófonos en un recinto de ese tamaño. Por no mencionar lo que les habían metido en el cerebro: era imposible saber qué podían monitorear esos dispositivos.

Teresa se puso de pie, levantó su silla y la llevó al otro lado del escritorio. La ubicó justo al lado de Thomas, lo más cerca posible. Se sentó, se inclinó hacia su amigo y apoyó el hombro contra el de él.

Le susurró al oído, tan suavemente que Thomas apenas oyó sus palabras. El aliento de Teresa contra su piel le envió un hormigueo hacia todos lados.

—Hablemos así hasta que nos interrumpan —dijo.

Thomas asintió y luego le habló al oído.

—De acuerdo —asintió. Le gustó estar sentado cerca de ella.

—El dolor de cabeza —mencionó muy débilmente—. En realidad, es más bien un escozor. Como algo que está allí dentro y tienes que rascarlo. A veces, me vuelve loca. Quiero escarbarme con algo hasta poder rascar lo que me pica, ¿entiendes?

Thomas no entendía. Eso le sonaba todavía más extraño que su *déjà vu*.

—Supongo que el mío es más o menos parecido —repuso sin mucha convicción.

Teresa rio y se apartó un segundo.

—Perfecta respuesta —dijo en voz alta. Después se inclinó otra vez hacia él para susurrar—. Sé que es extraño, pero escúchame. Hay algo allí dentro que no se está usando. Yo escuché las palabras «interruptor del detonante» cuando estaba saliendo de la anestesia. Y yo *realmente* siento que es así. Como un detonante del que hay que jalar, o un interruptor al que hay que oprimir. ¿Tiene sentido?

Thomas asintió lentamente. De hecho, la doctora Paige también había dicho algo, ¿verdad? Había dicho *especial*. Recordaba esa palabra vagamente, pero podría haber sido un sueño. Esos implantes eran un completo misterio.

Con el ceño contraído, Teresa prosiguió.

—Yo siento que hay algo conectado con mi cerebro. Algo adicional. Estuve acostada en la cama concentrándome hasta que la cabeza me dolió de eso.

—¿En qué te estás concentrando? —preguntó Thomas, estallando de curiosidad.

—En usar mi cerebro como una herramienta. Por ejemplo: en evocar algo físico en mis pensamientos, tratar de usarlo con el implante. ¿Entiendes? Como si fuera un arpón que jalara de ese detonante. ¿Algo de lo que estoy diciendo tiene aunque sea un mínimo sentido?

—Por supuesto que no —respondió Thomas.

Teresa se apartó y se cruzó de brazos con un resoplido de frustración.

Thomas le tocó el brazo.

—Pero es por eso que me interesa.

Teresa enarcó las cejas.

Thomas continuó.

—Tú me pareces totalmente cuerda —Teresa rio—, y estoy muy seguro de que la doctora Paige debe haber intentado decirme algo acerca de esto. Realmente me ha hecho pensar mucho. Ha despertado mi curiosidad.

Teresa asintió y continuó haciéndolo, los ojos llenos de alivio. Se enderezó en la silla y volvió a acercarse para susurrar.

—Voy a seguir trabajando en todo esto. Gracias por no creer que tengo la Llamada. Pero, vamos. Esta gente tiene una tecnología de locos. Tienen Trans-Planas y Bergs... —hizo una pausa y sacudió levemente la cabeza—. Lo que quiero decir es que las cosas que nos pusieron en la cabeza es probable que estén integradas de alguna manera a nuestra conciencia real. Con nuestros pensamientos reales. Eso es lo que pienso.

Thomas, un poco abrumado por ese torrente fascinante de cosas en qué pensar, acercó los labios al oído de Teresa.

—Yo también voy a tratar. Será divertido tener algo diferente en qué trabajar.

Teresa se puso de pie, una sonrisa genuina iluminaba su rostro. Trasladó la silla a su ubicación original del otro lado del escritorio y volvió a sentarse.

—Desearía que nos permitieran encontrarnos más a menudo —afirmó.

—Yo también. Espero que no estén enojados por nuestros susurros.

—Son solo un puñado de vejestorios —rio Teresa—. ¿CRUEL? ¿Escucharon eso? —gritó—. Estamos hablando de ustedes. ¡Despiértense de su siesta y vengan a detenernos!

Mientras Teresa hablaba, Thomas reía disimuladamente, pero ambos se quedaron paralizados cuando se oyó un golpe en la puerta.

—Uy, no —susurró Thomas.

La puerta se entreabrió y el doctor Leavitt ingresó en la habitación. Pero cualquier temor a ser castigados desapareció tan pronto como Thomas vio la cara del hombre: no parecía enojado en absoluto.

—Se ha terminado otra sesión —anunció—. Pero antes de que regresen a sus actividades normales, queremos mostrarles algo. Algo que los va a deslumbrar.

Thomas se puso de pie sin saber qué pensar y con no poco recelo, considerando cómo había sido la sesión. Lo mismo hizo Teresa, una mirada de preocupación ensombrecía su rostro. Tal vez se dirigían directamente hacia la oficina del ministro para una reprimenda.

Pero el doctor Leavitt parecía genuinamente entusiasmado. Abrió más la puerta.

—¡Muy bien! Prepárense para ver algo maravilloso.

Fecha 224.10.14 | Hora 1.48 p.m.

LEAVITT CONDUJO A THOMAS Y A TERESA HACIA EL ELEVADOR y los tres bajaron hasta el subsuelo; un lugar donde Thomas nunca antes había estado. Luego, los acompañó por un largo corredor que terminaba en otro grupo de elevadores. Era un sector del complejo completamente distinto. En el camino, Thomas y Teresa no dijeron ni una palabra, pero intercambiaron muchas miradas inquisitivas. Finalmente, cuando el doctor oprimió el botón del ascensor para bajar otra vez, Thomas no pudo contener más sus preguntas.

—¿Qué es eso tan increíble que nos va a mostrar? —preguntó.

—Bueno —respondió el hombre—. No corresponde que les arruine la sorpresa. Se podría decir que no tengo la autoridad para hacerlo —lanzó una risa perruna que resonó con fuerza—. Algunas personas muy importantes les van a mostrar el... proyecto. Yo doy mi opinión en estas cuestiones, pero no participo en... la ejecución propiamente dicha —no parecía muy cómodo hablando del tema.

La campanilla del elevador lo salvó de dar mayores explicaciones y las puertas se abrieron.

Dentro de la cabina había cuatro personas, y a Thomas se le hizo un nudo en la garganta. Reconoció al ministro Anderson y a la doctora Paige. Había otro hombre y otra mujer, ambos vestidos de manera muy profesional.

—Son todos suyos —dijo Leavitt; luego, sin esperar respuesta, volteó y se retiró por donde habían venido.

La doctora Paige extendió la mano para mantener abiertas las puertas del elevador.

—Entren, Thomas, Teresa. Estamos realmente entusiasmados con lo que les vamos a mostrar hoy.

—Sí, muy entusiasmados —concordó el ministro Anderson. Estrechó la mano de Thomas mientras ingresaba al ascensor y luego la de Teresa—. Estuvimos esperando mucho tiempo que los psicólogos concluyeran que ustedes dos estaban listos, y aquí estamos.

—¿Qué sucede? —preguntó Teresa—. ¿Por qué tanto misterio?

Las puertas del elevador se habían cerrado y la doctora Paige oprimió un botón para que se moviera. Un zumbido suave llenó el aire. Thomas se preguntó cómo podía ser que estuvieran yendo hacia *abajo* y no hacia arriba. En el otro grupo de

elevadores, la voz había dicho que habían descendido hasta el subsuelo. Experimentó un leve cosquilleo de miedo.

El ministro Anderson les ofreció su sonrisa más cálida.

—No hay nada de lo que deban preocuparse —afirmó—. Pensamos que la mejor manera de explicarles lo que estamos planeando es mostrárselos en persona. Pronto verán a qué me refiero.

—Pero ¿por qué nosotros? —preguntó Teresa—. Sabemos que hay muchísimos chicos más, podemos *oírlos* a través de las paredes. ¿Por qué estamos separados de ellos? ¿Les mostrarán a ellos lo que nos mostrarán a nosotros?

La mujer a la cual Thomas no había visto antes dio un paso adelante. Era baja, de cabello oscuro y tez blanca.

—Primero, las presentaciones, ¿les parece bien? Soy Katie McVoy y soy asistente del vicepresidente con supervisión especial de la producción que están por ver. Y él —señaló al otro hombre, de seria apariencia, tez más oscura, cabello gris y barba incipiente— es Julio Ramirez, actual jefe de seguridad.

Mientras se estrechaban las manos y se compartían sonrisas, Thomas reflexionó acerca de la palabra que la mujer había usado: *actual*. Resultaba extraña la manera de describir el trabajo del hombre. Casi como si no fuera a permanecer en ese cargo durante mucho más tiempo.

La señorita McVoy prosiguió.

—Con respecto a tus preguntas, a muchos de ustedes les ha ido tremendamente mejor que a todos los demás en la instrucción y en los análisis que hemos llevado a cabo. Nosotros somos tan pragmáticos como cualquiera, especialmente en el mundo de hoy, y reconocemos el valor que tienen su capacidad e inteligencia. Lo de hoy es una especie de recompensa. Ustedes serán los primeros reclutas en ver esto.

—Exactamente —subrayó Anderson con una brillante sonrisa—. *Recompensa* es una buena palabra para definirlo. Ustedes dos y otros pocos más están más allá de los parámetros normales y son perfectos para lo que necesitaremos en los próximos dos años para terminar lo que comenzamos. Ya deberíamos estar por llegar... Ah, allá vamos.

El elevador se detuvo y, según Thomas, parecía que habían caído en picada hasta el centro de la Tierra. El viaje, combinado con todo lo que acababa de oír, lo dejó todavía más intranquilo que cuando había entrado al elevador. ¿Quiénes eran esos «otros» que habían mencionado? De todas las cosas nuevas que estaban aparentemente a punto de revelarle, estar rodeado de otros chicos era lo que más lo entusiasmaba. La soledad constante había comenzado a corroerle el corazón. Pero también sonaba demasiado bueno para ser verdad. ¿Podría creerlo?

Las puertas se habían abierto mientras estaba perdido en sus pensamientos y los demás ya habían salido. Teresa permanecía en la puerta, haciéndole señas para que la siguiera. Parecía preocupada de que todo fuera a cancelarse si él no se despertaba rápidamente y se ponía en movimiento. Thomas sentía lo mismo. Al salir de la cabina

se encontró con una sala enorme, más o menos del tamaño de un gimnasio, los conductos a la vista e iluminados con luces azules. Lo único que había eran cientos de cables y tubos esperando para ser conectados, innumerables cajas y materiales de construcción. En un rincón, había algo que parecía ser una oficina: tenía múltiples monitores y terminales de computadoras, que iluminaban el espacio con su resplandor eléctrico.

—Nuestro plan —dijo el ministro Anderson— es que esto sea el centro de mando de lo que llamamos las Pruebas del Laberinto, una instalación más avanzada de la que ninguna otra institución de investigación tuvo antes. Esto debería estar terminado en un par de meses, y luego los dos laberintos se completarían en dos o tres años. Tal vez cuatro.

Había estado echando una mirada alrededor de la sala orgullosamente, pero cuando se volvió hacia Thomas y Teresa, se quedó paralizado de la sorpresa. Thomas imaginó que era porque él mismo debía lucir completamente confundido.

Teresa formuló la pregunta por ambos.

—¿Las Pruebas del Laberinto?

El ministro Anderson abrió la boca para responder, pero pareció haberse quedado sin palabras. La señorita McVoy vino en su rescate con una reluciente sonrisa.

—Bueno, nuestro estimado ministro se ha adelantado un poco, pero está bien. ¿Ven esa puerta que está allá? Detrás de ella hay unas escaleras que nos conducirán a una plataforma de observación provisoria. Queremos mostrarles algo y luego explicarles para qué se utilizará. ¿Están listos?

Thomas estaba listo. Más que listo, muerto de curiosidad. Asintió al mismo tiempo que Teresa decía «Claro que sí».

Caminaron en grupo hacia la puerta que McVoy había indicado, el serio Ramirez en último lugar mirando a su alrededor como esperando problemas. Pasaron una larga pared que no tenía más que enormes fuentes de energía eléctrica dispuestas a gran distancia unas de otras para poder ubicar algo del tamaño de un automóvil.

—¿Para qué son? —preguntó Thomas. Ya habían atravesado la mitad del gran salón.

McVoy comenzó a contestar, pero el canciller la interrumpió.

—Dediquémonos a una cosa por vez —respondió amablemente y le lanzó a McVoy una mirada que Thomas no alcanzó a descifrar bien—. Tenemos varias cuestiones en desarrollo que aún no estamos listos para compartir.

Thomas tenía demasiadas mariposas en el estómago como para darle mucha importancia al comentario. Pensó que tendría tiempo suficiente más tarde, acostado en la cama, para evaluar la avalancha de información que le estaban arrojando encima.

Siguió a Anderson a través de la salida y el grupito trepó cuatro tramos de escaleras. Luego, todos se apiñaron en la plataforma que se encontraba directamente delante de una puerta de metal completamente blindada. McVoy ingresó un código de

seguridad en una pantalla. Se oyeron fuertes silbidos y pitidos y luego, con un pesado y estridente sonido metálico, la puerta se abrió súbitamente. Anderson y McVoy la empujaron para abrirla por completo y luego se apartaron para permitir que Thomas y Teresa pasaran primero.

Thomas había estado sumamente ansioso, pero no podía imaginar con qué se encontraría. Y lo que vio delante de él casi hizo que se le detuviera el corazón por el simple impacto. La puerta abierta había creado un conducto para que el aire escapara del espacio vasto y abierto que tenía ante él. Se quedó paralizado y la brisa lo inundó mientras asimilaba todo.

Se encontraba en una plataforma que daba a una caverna tan inmensa que su mente apenas conseguía concebir su tamaño. Se veía que ese espacio había sido excavado en la tierra: el techo estaba descubierto, piedra cortada de forma irregular y salpicada con suficientes luces enormes y enceguecedoras como para iluminar todo el lugar. Era una hazaña impresionante en sí misma. Pero aún más impresionantes eran las vigas de acero que recorrían la sala; Thomas imaginó que las habían colocado allí para reforzar el extenso techo, y brillaban con el reflejo de la luz de los rutilantes focos de arriba.

Y se hallaban bajo tierra.

Parecía imposible y, sin embargo, realmente se hallaban *bajo tierra*. La caverna debía tener por lo menos varios kilómetros cuadrados y era tan alta como un rascacielos. Había materiales de construcción (madera, acero y piedra) distribuidos en pilas a lo largo del vasto piso. A lo lejos, en lo que parecía ser un kilómetro y medio o dos, había una gigantesca pared en construcción, la estructura del marco casi llegaba hasta el techo.

De repente y por reflejo, Thomas respiró profundamente, sin darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración. No podía entender lo que tenía frente a él. Era un absceso inmenso debajo de la tierra, tan grande que parecía desafiar las leyes naturales. ¿Cómo podía ser que ese techo *no* se desmoronara?

Le echó una mirada a Teresa, cuyos ojos enormemente abiertos brillaban de asombro.

—Estoy segura de que tienen muchísimas preguntas —dijo McVoy—. Y podemos responderlas de a una por vez. Las cosas serán distintas de ahora en adelante para los dos. Sabrán mucho más y estarán muy pero muy ocupados.

—¿Haciendo qué? —preguntó Teresa.

El ministro Anderson decidió responder a esa pregunta.

—Nos ayudarán a construir este lugar.

Fecha 224.10.14 | Hora 2.34 p.m.

UNOS MINUTOS DESPUÉS, ESTABAN SENTADOS EN UNA pequeña sala de conferencias alrededor de una mesa con la señorita McVoy, la doctora Paige y el señor Ramirez, quien todavía no había dicho una sola palabra. El ministro se había excusado, pero no sin antes reiterar cuán entusiasmado estaba de ascender a Thomas y a Teresa al siguiente nivel. Les aseguró que la señorita McVoy se tomaría todo el tiempo que ellos necesitaran para responder a sus preguntas.

El problema era que Thomas no estaba seguro de poder ordenar sus dudas. Después de contemplar la escala monumental de la caverna, la pequeña habitación le pareció casi claustrofóbica. Y ahora, ordenar sus pensamientos... le resultaba una hazaña increíble.

—De acuerdo —dijo McVoy, las manos cruzadas graciosamente en la mesa que tenía delante—, como podrán imaginar, lo que acaban de ver es la culminación de siete años de desarrollo. Sería imposible explicarles todo de una sola vez. Pero hagamos esto: plantéenme sus preguntas y veamos a dónde nos conducen. ¿Qué les parece?

Thomas y Teresa asintieron.

—Muy bien, Teresa. ¿Por qué no empiezas tú?

—¿Qué es ese lugar? —inquirió, la primera pregunta y la más obvia.

McVoy asintió, como si esperara exactamente esas palabras.

—Lo que vieron es una de las dos cavernas naturales que encontramos en esta área y que luego expandimos significativamente para albergar lo que planeamos construir en el interior.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Thomas.

—Un laberinto. En realidad, dos laberintos. Como dije, encontramos dos cavernas.

—¿Por qué? —quiso saber Teresa—. ¿Por qué rayos están construyendo dos laberintos?

—Como un sitio de experimentación. Como un ambiente controlado para estimular una larga lista de reacciones, tanto físicas como emocionales, de nuestros reclutas. No podíamos arriesgarnos a que estas locaciones estuvieran al aire libre, y no solo por las razones obvias como el paisaje diezmado o las potenciales invasiones de Cranks. En este momento, el mundo es un lugar muy pero muy peligroso. Pero

también es igual de importante el hecho de que necesitamos un área cerrada de experimentación para poder controlar eficientemente los estímulos.

Thomas oía todo, pero le resultaba difícil de creer. O tal vez era demasiado para procesar de golpe.

—¿Thomas? —dijo McVoy—. ¿Quieres hacer la siguiente pregunta?

—Yo... —buscó las palabras—. Es tan increíble. ¿Un laberinto? ¿Dos laberintos? ¿Qué pruebas harán dentro de ellos? ¿A *quiénes* les harán esas pruebas?

—Es complicado, como les dije. Pero básicamente necesitamos un ambiente a gran escala que podamos controlar sin ninguna influencia externa. Nuestros doctores y psicólogos piensan que este es un ambiente perfecto para conseguir lo que necesitamos —se reclinó hacia atrás y suspiró—. Pero estoy yéndome por las ramas. La respuesta simple es esta: seguiremos haciendo lo que ya comenzamos a hacer. Les haremos análisis a los inmunes, estudiaremos el funcionamiento y la biología de sus mentes y averiguaremos cómo pueden vivir con el virus de la Llamarada sin sucumbir a sus efectos. En síntesis, estamos tratando de encontrar una cura, Thomas. Estamos tratando de impedir todas estas muertes innecesarias que ahora nos rodean.

—¿Qué quieren decir con eso de que nosotros los ayudaremos a construir el lugar? —preguntó Teresa.

—Exactamente eso —respondió McVoy con una sonrisa genuina—. Decidimos utilizarlos a ti y a Thomas, así como a otros dos chicos de la misma edad, para que nos ayuden. Tal vez, algunos más. Pero ustedes cuatro... han superado tanto nuestras expectativas siendo tan jóvenes. Utilizaremos eso. Como dije antes, somos personas pragmáticas con limitados recursos. No pensamos desperdiciar el talento que ustedes tienen. La planificación, el diseño, la ejecución de estos laberintos... todo será difícil.

Thomas continuaba con su imposibilidad para hablar. Permanecía sentado y perplejo. Teresa también estaba callada; tal vez sentía lo mismo.

—Ustedes *quieren* ayudarnos, ¿verdad? —preguntó McVoy.

La doctora Paige, que se había mantenido en silencio durante toda la tarde, intervino entonces en la conversación.

—Chicos, es un honor y una fantástica oportunidad. Sé que, en este momento, la situación del mundo es terrible, pero este proyecto hasta puede resultar una diversión para ustedes. Un desafío. Tenemos mucha fe en ambos. Y también en los otros. Se llaman Aris y Raquel.

Después de un prolongado silencio, McVoy preguntó:

—¿Y bueno? ¿Qué piensan?

Thomas sabía que no tenían opción. Y que seguramente tendrían que trabajar duro y mucho. Pero la idea era excitante y algo *nuevo* en qué ocupar sus días.

—Por supuesto —dijo, apenas capaz de contener la alegría.

—Sí —agregó Teresa, con tono más serio.

McVoy se puso de pie y luego estrechó las manos de los dos.

—Será un proyecto divertido. ¡Cada día forman más parte de CRUEL! —lo dijo

como si fuera el mayor elogio que podía hacerles.

Mientras abandonaban la sala de conferencias y ambos regresaban a sus dormitorios serpenteando a través de los corredores, escaleras y elevadores del complejo, las últimas palabras de McVoy resonaban en la mente de Thomas. *Formar parte de CRUEL.*

No estaba seguro de cómo se sentía al respecto.

LA DOCTORA PAIGE LE DIJO QUE TENÍA EL RESTO DEL DÍA libre para descansar, relajarse y pensar en lo que había sucedido. Se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo. Sin embargo, lo que realmente deseaba hacer era estar con Teresa, hablar de todo. En su mente daban vueltas las cuestiones transformadoras que había escuchado y visto ese día, y necesitaba la ayuda de Teresa para procesarlo todo.

Echó una mirada a la puerta. Estaba cerrada, como siempre. Y desde que tenía recuerdos, se trababa automáticamente al cerrarse. Pero no recordaba la última vez que había intentado abrirla. Durante meses, tal vez incluso un año o dos, siempre había dado por sentado que estaba cerrada y no le había preocupado. Bueno, ahora tenía una razón para intentar abrirla.

Bajó de la cama y se dirigió a la puerta. Lentamente, estiró la mano como si fuera a electrocutarlo de solo tocarla. Sujetó la manija y la giró.

La puerta se abrió de inmediato.

La cerró y volvió corriendo a la cama, el corazón latiéndole con fuerza en los oídos. Miró a su alrededor mientras meditaba en las múltiples maneras en que lo vigilaban. Cámaras, micrófonos, sensores y seguramente muchas formas más: algunas estaban a simple vista, algunas no podía verlas de ninguna manera. El miedo que sintió súbitamente no era racional: lo único que había hecho era apenas entreabrir la puerta y luego cerrarla. CRUEL lo había tratado bien, en casi todo. Ni siquiera había visto a Randall en mucho tiempo. ¿Por qué el repentino escalofrío que congeló sus huesos?

Observaban cada uno de sus movimientos, estaba seguro. Tal vez era por esa razón que dejaron de trabar las puertas. Por lo que él sabía, ellos querían que saliera para observarlo y ver qué sucedía. O quizás era posible que su obediencia en quedarse quieto todos esos años había asegurado su ascenso a los primeros lugares junto con Teresa y los otros dos chicos. ¿Podría ser así?

Le tomó un rato, pero finalmente su corazón se calmó, y el sudor que había humedecido su rostro y sus brazos se evaporó. Observó la puerta fingiendo, aun para sí mismo, que lo que ocurriría a continuación era algo como para debatir. No lo era, y él lo sabía. Un rayo tendría que matarlo para impedir que saliera a explorar.

Pero tenía que actuar de forma inteligente. Esperaría hasta que se hiciera de noche.

El miedo se transformó en pura emoción.

LAS HORAS TRANSCURRIERON LENTAMENTE.

Estaba desesperado por dormir para estar descansado en su planeada excursión, pero le llevó una eternidad quedarse dormido, y después llegó la cena y le arruinó el sueño. Comió, descansó y finalmente se quedó dormido otra vez.

Despertó de un sobresalto en la oscuridad de su habitación. Preocupado por haber desperdiciado toda la noche, se fijó de inmediato en la hora: habían pasado unos pocos minutos de la medianoche. Se dio una ducha rápida para quitarse el aturdimiento, se vistió y luego se encontró de nuevo delante de la puerta, vacilante, lleno de dudas. Podía arruinarlo todo por salir a vagar por los pasillos. Arruinar la oportunidad de trabajar en el proyecto demente y descabellado de CRUEL de construir laberintos gigantescos bajo tierra. Arruinar su oportunidad de estar con Teresa y los demás.

Suspiró, enfadado por la caída de su entusiasmo. Tal vez existía un mecanismo de tiempo y la puerta estaría *realmente* cerrada. Pero vamos. No lo iban a castigar por abrir una estúpida puerta o por aventurarse en el pasillo. Siempre podría echar un vistazo y regresar si le parecía que no era una buena idea.

Se escuchó un *click*, y luego la puerta giró varios centímetros hacia él.

Al principio, no entendió qué había sucedido; incluso se miró las manos para ver si habían actuado por sí mismas y girado la manija. Pero estaban a los costados de su cuerpo, las palmas sudadas. No, alguien había abierto la puerta desde el otro lado.

Asomó la cabeza por el borde del marco y su corazón dio un salto al ver a un completo desconocido que lo miraba. Era un chico aproximadamente de su edad. No, *no* era un desconocido. Lucía diferente, porque no tenía el cabello rubio cubierto por un vendaje y era un poco más grande.

—Hola, soy Newt —susurró—. Y sé muy bien quién eres tú, joder. Y es por eso que finalmente decidimos venir a pillarte. Vamos, quiero mostrarte algo.

NUNCA HABÍA TENIDO QUE PENSAR TAN RÁPIDO EN TODA SU vida. Mil cosas atravesaron su mente en los dos o tres segundos antes de responderle a Newt. ¿Debería ir con él o cerrarle la puerta en la cara? ¿Cómo podía ser que apareciera en la mismísima noche en que Thomas había descubierto la puerta abierta y planeado salir por su cuenta? En un lugar como CRUEL, no creía en las coincidencias: cualquier cosa podía representar alguna clase de prueba. ¿Qué quería mostrarle ese chico? ¿Acaso era una trampa? ¿Debería invitarlo a entrar a su dormitorio e interrogarlo al respecto? ¿Y si...?

—De acuerdo —repuso finalmente mientras salía al pasillo. Cerró la puerta tras de sí y luego se aseguró de poder abrirla otra vez. Podía. Se volvió hacia Newt y le preguntó—: ¿Puede venir Teresa con nosotros? Está justo al lado.

Newt lanzó un resoplido.

—Esto no es una pijamada —pero luego sonrió con picardía—. De hecho, la desperté antes de pasar por ti. Búscala y larguémonos de una condenada vez. Se está vistiendo. Solo tenemos una o dos horas.

Aún desconcertado, Thomas se acercó al 31K y abrió la puerta. ¿Ninguna puerta estaba cerrada? ¿En serio? Cuando ingresó, Teresa se encontraba sentada en el escritorio, completamente vestida. Se levantó de inmediato, dispuesta a luchar, hasta que registró que el intruso era Thomas.

—¿Qué...? —comenzó a decir, pero no terminó—. ¿Tú sabías...? —esa frase tampoco la terminó.

—Lo único que sé es que hay un chico llamado Newt en el pasillo —le dijo a Teresa—, que dice que tiene algo que mostrarnos. Y yo creo que deberíamos ir —antes de que pudiera concluir la frase, ella ya estaba a su lado y abría la puerta.

—De acuerdo —señaló mientras la seguía hacia el pasillo.

»Hola de nuevo —le dijo a Newt, que respondió con una amistosa inclinación de cabeza.

—Oímos hablar acerca de ustedes dos —explicó el chico nuevo—, y de Aris y Raquel —de no haber sido por la expresión amable de su rostro, Thomas hubiera desconfiado de sus palabras tan directas.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Estás seguro de que esto está bien? ¿Qué ocurre si nos atrapan?

—No seas tan pesimista —contestó Newt—. Si nos atrapan, ¿qué pueden hacer? ¿Encerrarte en tu dormitorio?

Thomas sabía muy bien qué podían hacer: quitarles la nueva oportunidad de trabajar en los laberintos. Trató de comunicarle su preocupación a Teresa con la mirada. Tal vez eso era una idea terrible.

—Buen argumento —observó Teresa, volviéndose hacia Thomas con mirada desafiante—. Vamos —hizo una pausa—. Un momento, ¿adónde íbamos?

Newt rio por la nariz.

—Lo primero es lo primero. Reunámonos con Alby y Minho.

Ante esas palabras, Thomas no pudo negarse.

EL SUDOR LE CHORREABA POR LA NUCA MIENTRAS NEWT los conducía a través de diversos corredores, puertas y escaleras. ¿Quién necesitaba un laberinto cuando el complejo ya lo era? Thomas esperaba que aparecieran en cualquier momento el doctor Leavitt o alguien aún peor y los pescaran in fraganti. Ese día, la situación realmente había mejorado y no quería arruinarlo todo. Pero, al mismo tiempo, se estaba divirtiendo como nunca en su vida. Era agradable correr riesgos, asomarse al precipicio.

Llegaron a un corredor con luz tenue del subsuelo, cuya última puerta tenía un cartel que decía MANTENIMIENTO.

—Este es nuestro escondite preferido —anunció Newt, con orgullo en la voz. Abrió la puerta y los escoltó dentro de una habitación grande y polvorienta, llena de mesas de madera, elementos de limpieza, cajas y un millón de trastos más.

—¿Cómo va, gente?

El saludo provino de Minho, el chico con quien Thomas se había topado en el pasillo durante la locura del día de los implantes. Ahora se lo veía mucho más contento que entonces, cuando gritaba y aullaba como si el mundo hubiera llegado a su fin. Thomas se preguntó si recordaría esa dura experiencia.

—¿Podrías dejar de decir *gente*? —dijo otro chico, de piel oscura y mayor, con los ojos más sabios que Thomas había visto en su vida—. No es gracioso, y me está poniendo nervioso.

El reproche no molestó a Minho en lo más mínimo. Con una enorme sonrisa en el rostro, se acercó y abrazó a Thomas y luego a Teresa, lo último que ambos habían imaginado. Pero Thomas tuvo que admitir que le hizo muy bien. La doctora Paige podría ser una dama agradable, pero él no había sentido ese tipo de calidez en años. Tal vez desde que se había despedido de su madre.

Teresa parecía tan perpleja por la situación como él, pero ella también tenía una sonrisita dibujada en el rostro. Se estaban *divirtiendo*.

—Ustedes dos son más cool de lo que pensé —dijo Minho mientras retrocedía—. Esperaba a un par de raritos de pelo grasoso y dientes prominentes citando a

Shakespeare y escribiendo problemas matemáticos en las manos. ¡Realmente se los ve medianamente normales!

—¿Gracias? —repuso Thomas con tono interrogativo.

El otro chico se adelantó y apartó a Minho de su camino.

—Soy Alby —dijo—. Es bueno conocerlos, chicos. En realidad, por una vez, Minho tiene razón. Con todos los rumores acerca de lo pedantes que eran, no sabíamos con qué nos encontraríamos. Y es por eso que los trajimos hoy aquí. Para examinarlos. Es bueno ver que no están tan mal, aparentemente.

Fue el turno de Teresa de decir gracias con tono interrogativo. Eso hizo reír a todos y rompió un poco el hielo.

—Bueno —comentó Thomas sin saber por dónde comenzar—, ¿hace cuánto tiempo que vienen reuniéndose en secreto? Es obvio que no es la primera vez.

—Nop —respondió Alby—. Es tan aburrido seguir todas sus reglas, hacer todo lo que nos dicen que hagamos. Y sí, es probable que sepan lo que estamos haciendo, no somos idiotas. Pero bueno, hasta que no aparezcan y nos digan que dejemos de hacerlo, no pensamos detenernos —se volvió hacia Minho y Newt—. ¿Estoy en lo cierto, amigos?

Minho vitoreó con entusiasmo y Newt levantó el pulgar con aburrimiento.

—¿Qué son todos esos rumores sobre nosotros que mencionaron? —preguntó Teresa—. ¿Y por qué estamos separados de ustedes? Tengo la impresión de que ustedes tres hace años que se conocen. Thomas y yo *acabamos* de conocernos —lo miró a Thomas y algo en los ojos de Teresa dejó entrever que había estado a punto de mencionar los laberintos, pero se había contenido a último momento. Por ahora, los laberintos deberían ser su secreto.

Sentado en una banca junto a la pared, Newt contestó sus preguntas.

—Sinceramente, no sabemos cuál es la diferencia entre ustedes y los otros dos. Los demás venimos compartiendo la cafetería, yendo a las mismas clases y todo eso durante más de un año. Por lo que yo veo, hay dos posibilidades: o son mucho más inteligentes que nosotros, o mucho más tontos.

—Mucho más inteligentes, obvio —comentó Teresa. Su descarada respuesta dejó a todos desconcertados durante un segundo, pero después Alby aplaudió y echó a reír, y el hielo se rompió un poquito más.

—Hombre, ustedes me gustan mucho —exclamó.

—Oigan —dijo Minho—, por mucho que me gustaría decir que solo los invitamos aquí abajo porque somos simpáticos, supongo que imaginan que tenemos una razón.

—Por supuesto —respondió Teresa rápidamente.

Minho asintió, una mirada apreciativa en los ojos.

—Bien, bien. Tenemos ideas. Planes. Nada sólido. Nada demasiado excéntrico. Pero la información es primordial, y nosotros sentimos que estamos en la oscuridad al no conocerlos a ustedes dos. Aunque pasará un tiempo hasta que haya confianza

completa. ¿Les parece bien?

—Está bien —respondió Thomas—. Les contaremos lo que sabemos si ustedes nos cuentan lo que saben.

Minho sonrió.

—Genial. Pero no nos adelantemos. Habrá muchas más oportunidades para hablar. Primero, queríamos conocerlos, quizá llevarlos a dar una recorrida. Divertimos. La parte seria puede venir dentro de un par de semanas, o algo así. Cuando los conozcamos mejor. ¿Les suena bien?

Thomas y Teresa se miraron y se encogieron de hombros. Ambos giraron la cabeza y dijeron que sí.

Newt saltó de su banca y se encaminó hacia la puerta.

—Salgamos de aquí antes de que nos dé claustrofobia —dijo—. Conozco un buen lugar para comenzar el tour: mostrémosles el Grupo B.

Fecha 224.10.15 | Hora 2.03 a.m.

THOMAS NUNCA ANTES HABÍA ESCUCHADO MENCIONAR AL *Grupo B*, pero indudablemente esas dos palabras despertaron su interés. También notó que una sombra cruzaba por el rostro de Newt al mencionarlo, y una expresión de incomodidad sobrevoló a sus amigos, Alby y Minho.

Allí había algo extraño, pero eso solo consiguió que la intriga creciera aún más.

Newt condujo al grupito de cinco por el pasillo del sótano hasta que llegaron a una puerta pequeña y sin letreros, que a Thomas apenas le llegaba hasta la cintura. Había un candado y un pestillo, pero el cerrojo se había roto hacía mucho tiempo y tenía la superficie cubierta de óxido anaranjado: era evidente que esa área de CRUEL estaba apartada de las zonas más transitadas. Newt se inclinó, abrió la puertita y luego la cruzó arrastrándose. Thomas le echó a Alby una mirada inquisitiva y este se acercó para susurrarle algo al oído.

—Esto es una especie de ritual para nosotros —Teresa se había acercado para poder oír—. Newt se las ingenia para encontrar razones para llevarlo adelante. Es que ellos tienen allá a su hermanita, y cuando él dice que quiere ir a verla... Bueno, descubrimos hace muchos meses que es mejor que les hagamos caso o estaremos en serios problemas. ¿Me entienden? La familia, hombre. Es algo que la mayoría de nosotros ya no tiene. Vamos.

El viaje era polvoriento e incluía escaleras y pasadizos mugrientos apenas más anchos que la cadera de Thomas. Minho comentó algo de que se trataba de una ruta de escape secreta muy antigua. Nadie sabía realmente cuál había sido la finalidad original del edificio antes de que CRUEL se apropiara de él.

Finalmente, llegaron a destino: una especie de galpón cubierto de sucias ventanas que daban a un inmenso pabellón lleno de literas. Y esas literas estaban llenas de chicos durmiendo. Con los ojos entrecerrados, Thomas recorrió las hileras de arriba abajo. Hasta donde podía afirmar, basándose en el largo del cabello y lo que alcanzaba a ver de los rostros iluminados por la escasa luz, no había un solo varón en todo el salón.

No sabía qué pensar. Era un terrible contraste con los dormitorios privados en los cuales dormían él y Teresa.

—A nosotros nos llaman Grupo A —explicó Alby—. Y este es el Grupo B. Nosotros somos todos varones, ellas son todas mujeres. Cómo encajan en todo eso

Aris y Teresa no lo entiendo. Supongo que tiene sentido separarnos. Quién sabe.

—Entonces ¿ustedes viven en un lugar como este? —preguntó Teresa.

Minho respondió.

—Sí. Sin embargo, creo que podría soportar que me transfirieran al Grupo B. Que alguien me recuerde hacer una solicitud.

—¿Por qué somos nosotros...? —la voz de Thomas se fue apagando. La pregunta era obvia y repentinamente tuvo la absurda sensación de que si la terminaba, daría la impresión de que estaba alardeando.

—¿Especiales? —preguntó Alby—. Eso es lo que esperamos averiguar de ustedes.

—Parece que tú sabes más que nosotros —comentó Teresa con voz ausente mientras su mente no paraba de dar vueltas. Thomas se dio cuenta y deseó poder echar un vistazo dentro de su cerebro para ver qué se agitaba allí dentro.

Le echó un vistazo a Newt. El chico estaba en silencio, mirando por una ventana que se encontraba un metro por debajo de ellos. Thomas se acercó a él.

—¿Qué estás mirando? —preguntó, aunque lo sabía.

Newt se sonó la nariz y Thomas notó por primera vez que el chico estaba llorando.

—¿La ves? —dijo, la yema del dedo índice tocando el vidrio—. En la hilera más lejana, la tercera del lado izquierdo.

Thomas divisó a una niña acurrucada debajo de una manta, los brazos rodeando la almohada, el cabello oscuro extendido sobre ella.

—Sí. ¿Esa es tu hermana?

Newt lo miró sorprendido.

—Así es. Se llama Lizzy —una larga pausa, durante la cual su cabeza cayó hasta apoyarse contra la ventana—. Al menos, solía serlo. Podrán pensar que nos han lavado el cerebro a todos con los nuevos nombres, pero yo no olvidaré nunca el de ella. Ni hablar.

—¿Por cuál se lo cambiaron? —inquirió Thomas.

—Sonia —la amargura teñía su voz—. ¿Puedes creerlo? La rebautizaron *Sonia* —tosió, o sollozó. Algo así. Sus ojos brillaron en la penumbra—. Y los de CRUEL son muy malos. No me dejar verla, y tuve que fingir que me había olvidado de todo o... me castigan.

Thomas estaba anonadado. Por primera vez desde que el hombre llamado Randall lo había lastimado, sintió una súbita e impactante ira hacia la gente que estaba detrás de todo eso. Hacia CRUEL. Ahí había un chico, a pocos metros de su propia hermana, y ni siquiera podía admitir que la conocía.

—Yo hice lo que me pidieron, dejé de usar mi verdadero nombre —continuó Newt—. Creo que fui uno de los últimos en resistirse. Pero el de ella nunca lo olvidaré. Primero tendrán que matarme.

—Lo siento —susurró Thomas, sin saber qué decir. Sintió una gran pena en el

corazón al pensar en su mamá, y lo duro que le resultaría si ella estuviera acostada en una cama del dormitorio que se encontraba debajo de él. ¿Cómo haría para *no* romper el vidrio y acercarse a ella? ¿Cómo?

Newt se irguió y se secó las lágrimas. No parecía sentir ningún tipo de vergüenza al dejar que alguien lo viera llorar.

—Así son las cosas, Tommy —dijo, la voz un poco inestable—. El mundo exterior se ha ido al diablo. ¿Por qué habríamos de esperar algo distinto aquí dentro? Al menos, puedo verla mientras duerme tranquilamente. ¿Cuántas personas en este mundo se cortarían un brazo para poder decir lo mismo acerca de alguien que aman y que ya no está? Así son las cosas.

Lo dijo como si hubieran sido amigos durante años.

Teresa se acercó a Thomas por detrás y se inclinó contra su espalda.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondió—. Newt me estaba mostrando a su hermana, que está allí abajo.

—Es mejor que esta noche no tentemos a la suerte —señaló Alby—. Vayamos a dormir un poco hasta la hora del despertar, y repetiremos esto mañana. ¿Qué dicen?

Todos estuvieron de acuerdo. En la caminata de regreso, un silencio sombrío se cernió sobre ellos, y el viaje pareció incluso más largo que antes. Thomas había esperado que tuvieran tiempo para comparar lo que ellos sabían y lo que no sabían, pero dio la impresión de que tendrían que esperar. Se despidieron y cada grupo se fue por su lado.

Thomas regresó a su dormitorio sin problemas, le deseó buenas noches a Teresa —rápido, preocupado de que alguien pudiera aparecer por el pasillo— y luego entró y se tumbó en la cama sin desvestirse. Se quedó dormido más rápido de lo que habría imaginado después de todo lo que había sucedido.

Durante su acertada noche, soñó con Newt y Sonia.

Con Newt y Lizzy.

LOS DÍAS Y LAS NOCHES SIGUIENTES TRANSCURRIERON EN un torbellino de cansancio y descubrimiento; Thomas dormía menos de tres o cuatro horas cada noche. La alarma matutina era como una daga en el cráneo, y su cabeza nunca dejó de dolerle durante los larguísimos días de instrucción. Esperaba que la doctora Paige, el doctor Leavitt o uno de los maestros hicieran algún comentario acerca de sus escapadas nocturnas; o peor, que un guardia armado de CRUEL se lo llevara violentamente a un calabozo. Pero todos se comportaron como si no ocurriera nada fuera de lo normal.

En la segunda noche de exploración, descubrieron un enorme laboratorio con al menos una docena de tanques malolientes de líquido humeante. Aun en medio de la noche, personas con trajes para manejo de materiales peligrosos trabajaban entre los extraños contenedores, llevando a cabo todo tipo de pruebas. Algunas veces,

alcanzaron a distinguir algo que se parecía a enormes peces o tentáculos que se movían debajo del vapor y salían a la superficie de ese líquido repugnante en el cual nadaban. Todo eso desconcertó incluso a Newt, que dijo que había estado vigilando el lugar durante meses.

En la tercera noche, revisaron las oficinas administrativas, y hasta pescaron a un hombre y a una mujer que se habían quedado después de hora para tener un momento privado de cariño. Alby apenas logró detener a Minho a tiempo antes de que saltara súbitamente y le diera a la pobre pareja un susto mortal. Thomas casi deseó que le hubiera dejado hacerlo.

La cuarta y la quinta noche estuvieron plagadas de nuevas aventuras: más laboratorios, las cafeterías, un gigantesco establecimiento deportivo del que Thomas nunca había oído hablar. Encontraron una habitación llena de camas de hospital, sobre las cuales colgaban unos complicados dispositivos con aspecto de máscaras, con tubos y cables que se extendían como las patas de una monstruosa araña, equipada con todo tipo de aparatos de monitoreo. Thomas deseó desesperadamente quedarse más tiempo y dilucidar para qué servía todo eso, pero Alby los sacó rápidamente de allí. Era la primera vez que lo había visto realmente agitado, tenía la frente cubierta de gotas de sudor. Algo le había tocado una cuerda sensible.

Era divertido, emocionante, aterrador, estimulante. En todos esos años desde que CRUEL se lo había llevado, nunca se había sentido tan lleno de vida. Podía sentir los lazos de confianza que crecían entre ellos, aunque no tenía idea de adónde los estaba conduciendo esa confianza. Era como si el propósito inicial de sus reuniones hubiera desaparecido tras una floreciente amistad.

Alby, Minho, Newt, Teresa.

Thomas tenía *amigos*.

NEWT LES VENÍA PROMETIENDO QUE ESTABA GUARDANDO algo especial y hacía ese fastidioso gesto de cerrarse los labios cada vez que Thomas o Teresa le preguntaban *qué* era: deslizaba los dedos apretados por la boca firmemente cerrada. La débil luz de sus ojos mostraba que disfrutaba de cada segundo de la tortura.

Sin importar adónde se dirigieran, todas las noches se reunían en la sala de mantenimiento del subsuelo. Para el grupo, la vieja y polvorienta habitación se había convertido en algo parecido a un santuario. Después de la tercera salida, Newt dejó de ir a buscar a Thomas y a Teresa —ya conocían el camino— y la excitación de escabullirse por los oscuros pasillos de CRUEL se volvía para Thomas cada vez más disfrutable con cada nueva salida.

Daba unos ligeros golpecitos en la puerta de Teresa y ella abría de inmediato. Asomaba la cabeza con cautela y echaba una mirada hacia un lado y hacia el otro del pasillo para asegurarse de que no hubiera moros en la costa.

—Bueno —comentó Teresa en la cuarta noche mientras se reunía con Thomas y cerraba la puerta de su dormitorio, sin poder ocultar la sonrisa que brotaba en su rostro—. ¿Qué crees que nos tocará esta noche? —iniciaron el camino.

Thomas hizo el gesto de Newt de cerrarse los labios y eso le costó un golpe agudo en las costillas.

—Ay —se quejó secamente y aceleraron el paso.

CUANDO ENTRARON EN LA SALA DE MANTENIMIENTO, Minho y Alby estaban llevando a cabo una especie de lucha libre. Por un segundo, Thomas pensó que era una pelea genuina, pero después Alby lanzó una risa de júbilo al realizar un movimiento por el cual Minho dio una voltereta sobre su espalda y profirió un gruñido.

—¡Esta vez no, tonto! —gritó Alby. Apretó el antebrazo en el pecho de Minho y Newt dio tres golpes en el suelo.

Alby se puso de pie de un salto, los brazos levantados en una danza triunfal.

Minho se levantó con dificultad mientras se quitaba el polvo. Soltó unas pocas palabras que Thomas solía oír decir a su padre y luego agregó con muy poca sinceridad: «Buen trabajo». Alby pareció tomarse todo como un elogio. Significaba

que había ganado.

—Muy bien —dijo Newt estirando los brazos por arriba de la cabeza y bostezando—. ¿Comenzamos?

—¿Cuál es la gran sorpresa de esta noche? —preguntó Thomas—. ¿A dónde vamos?

Newt levantó la vista hacia el techo.

—Bueno, prácticamente hemos ido de un extremo al otro de este lugar.

Era difícil para Thomas no echarle una mirada a Teresa. La verdad era que Newt y sus amigos no tenían idea de lo que se escondía justo debajo de sus pies. Aunque se hubieran prometido confianza, Thomas y Teresa no podían compartir la información acerca de la caverna del laberinto de ninguna manera. Estaba realmente sorprendido de que con todas las exploraciones que hacían, todavía no lo hubieran descubierto por sí mismos. Y se suponía que había *dos* laberintos. ¿Cómo podía ser que Newt y sus amigos no se hubieran topado con ninguno de los dos?

—¿Tommy?

Thomas se dio cuenta de que Newt lo estaba mirando fijamente, las cejas levantadas.

—Perdón —dijo avergonzado—. Me distraje durante un segundo. ¿Qué dijiste?

Newt sacudió la cabeza de un lado a otro, como una forma de reprimenda.

—Trata de no distraerte, Tommy. ¿Están listos para ver la vastedad de la naturaleza?

TREPARON UNA ESCALERA OCULTA DETRÁS DE UNA PARED de bloques de hormigón, cuya finalidad original resultó un misterio para Thomas. El edificio se había construido mucho tiempo antes de que se creara una organización llamada CRUEL, y la escalera tenía un aire siniestro, como si la hubieran puesto ahí sin que lo supieran los proyectistas o dueños originales. Puesta ahí para llevar a cabo acciones deshonestas.

Mientras ascendían peldaño por peldaño, cada vez más arriba, Thomas se ahogaba con el polvo. Había quedado último, de modo que tenía cuatro personas arriba de él que le arrojaban tierra suelta, grava y cualquier otra cosa que hubieran recolectado durante todos esos años. Incluso cayeron un par de clavos, uno de ellos casi le acierta en el ojo derecho.

—Chicos, ¿podrían tener un poco más de cuidado allá arriba? —le pidió más de una vez al grupo con un grito susurrado. La única respuesta era una sonrisita de picardía. Estaba seguro de que Minho era el culpable.

Finalmente, después de subir lo que debían ser diez pisos, llegaron a una plataforma de acero que era apenas lo suficientemente grande como para contenerlos a todos. En la pared de cemento que se encontraba a la izquierda, había una pesada puerta de metal, curva y oxidada, que se asemejaba a un espantoso diente. Lo único

que no parecía tener cien años en la puerta era una manija, que estaba plateada y brillante por el uso.

—¿Cuántas veces hicieron esto? —preguntó Teresa.

—¿Doce? —respondió Alby—. ¿Quince, tal vez? No lo sé. De todas maneras, no tienen idea de lo agradable que es recibir un poco de aire fresco. Están a punto de experimentarlo por ustedes mismos. Ah, viejo, y el sonido del mar a lo lejos. No hay nada que se le parezca.

—Yo pensé que el mundo exterior era un páramo —comentó Thomas, las mariposas arremolinándose como nunca en sus tripas—. ¿Por la radiación, el calor y todo eso? ¿Detalles de poca importancia como las llamaradas solares?

—Por no mencionar a los Cranks —añadió Teresa—. ¿Cómo saben que no hay Cranks allá afuera?

—Ey, chicos —dijo Minho levantando la mano como pidiendo calma—. ¿Piensan que somos idiotas? ¿Habríamos salido unas quince veces si hubiéramos perdido un dedo cada vez a manos de un Crank o la radiación nos hubiera cocinado nuestras partes privadas? Por favor.

Newt agitó los dedos delante de la cara de Thomas.

—Todavía los tengo todos. Y aún no estoy demasiado preocupado por lo de abajo —una carcajada estalló de la boca de Thomas y pulverizó todo el lugar.

—Lo siento —se disculpó, mientras se limpiaba los labios con la manga.

Alby se hizo cargo de la conversación con un poco más de cordura.

—Las cosas están comenzando a mejorar allá afuera. Además, estamos muy al norte, que fue la zona menos castigada. Vimos nieve en los árboles un par de veces.

—¿Nieve? —repitió Teresa en tono conmovido, como si hubiera dicho *extraterrestres*—. ¿Hablas en serio?

—Sí.

—Basta de parloteo —dijo Newt—. Minho, ábrela.

—¡Sí, señor! —vociferó él. Tomó la manija y la empujó hacia abajo con un gruñido de esfuerzo. Se escuchó un fuerte sonido metálico; luego la puerta se abrió con el chirrido de las bisagras, que giraron hacia afuera.

Una brisa violenta sopló por el conducto de la escalera mientras el aire presurizado escapaba del complejo, como precipitándose hacia la libertad. Agitó la ropa de Thomas al pasar por encima de él, produciéndole un leve escalofrío, y el nerviosismo de lo que tenían delante lo asaltó con tanta fuerza que apenas podía contenerse. Minho fue el primero en salir, luego Alby. Newt le hizo una señal a Teresa para que ella saliera a continuación, y así lo hizo, no sin antes lanzarle una última mirada a Thomas. Sus ojos decían un millón de cosas, pero él no pudo descifrar ninguna de ellas.

—Tommy, es tu turno —dijo Newt—. Trata de no golpearte la cabeza, ¿puede ser?

Thomas se inclinó a través de la pequeña abertura y salió a una amplia plataforma

de hormigón, el aire exterior diáfano y frío. Cada uno de los recuerdos de la época anterior a CRUEL, cuando se le permitía salir de su casa, retornaron a toda prisa, junto con afecto, calor y sudor. Era extraño, pero fantástico a la vez, sentir la dentellada vigorizante del aire fresco —tal como Alby había predicho— y oír las olas del mar rompiendo contra los acantilados rocosos en la distancia.

—¿Qué te parece, viejo? —preguntó Minho.

Thomas miró a su alrededor, aunque no podía ver demasiado en la negrura. Desde algún lugar en lo alto, unas luces brillaban hacia abajo, oscureciendo aún más su visión. Lo único que podía distinguir era la plataforma, un pasamanos alrededor del borde y un océano de oscuridad más allá. El cielo exhibía apenas unos tenues brillitos de estrellas.

—No puedo ver mucho —respondió después de un momento de silencio—. Pero la sensación es genial, viejo.

—Te lo dije —señaló Alby. Thomas pudo oír la sonrisa en su voz.

—Aquí hay una tubería de desagüe —dijo Newt inclinándose sobre el pasamanos, en la esquina de la plataforma—. Tiene muescas, ¿ves? Eso hace que sea fácil bajar por ella, pero se requiere un poco más de esfuerzo para volver a subir. Sin embargo, a ustedes les vendría bien sudar un poco.

—Mostrémosles el bosque —sugirió Minho—. Quizá tenemos suerte y vemos un ciervo. Y tal vez nos deja que lo acariciemos.

Thomas tenía la sensación de que nunca podría estar seguro de si Minho hablaba en serio o en broma. El tono era exactamente igual —sus palabras rebosaban diversión— sin importar qué fuera lo que salía de su boca.

Alby pasó por arriba del pasamanos y comenzó el descenso. Esta vez, Newt hizo ir a Thomas en segundo lugar. Le dolieron los dedos al aferrar las muescas de la tubería de desagüe. Afortunadamente, el viaje no fue tan largo como el ascenso por la escalera del interior. Cuando los pies de Thomas aterrizaron finalmente en la tierra suave, sintió como si hubiera pisado un planeta desconocido.

Permaneció cerca de Alby mientras esperaban que los demás se unieran a ellos. No había nieve, pero el filo helado del aire presagiaba que podría estar cerca.

—¿Qué hay allá? —preguntó Thomas señalando el inmenso espacio abierto que terminaba en la oscura pared del bosque—. ¿Podemos escapar sin problemas? ¿Por qué habríamos de regresar?

—Créeme —respondió Alby—, ya se nos ha ocurrido. Pensamos almacenar mucha comida y escapar. Pero... ¿qué posibilidades tenemos, hombre? ¿Quién sabe cuánto tiempo resistiríamos? Y además de eso, estamos bastante bien ahí adentro. Tenemos comida, hace calor, no hay Cranks... Aun así, es algo en lo que pensamos —parecía haber más cosas en su mente que decidió no compartir.

Teresa fue la última en saltar la corta distancia que separaba la tubería del suelo. Thomas vio que Alby abría la boca para decir algo, pero antes de que pronunciara una palabra, unas luces brillantes se encendieron desde todas las direcciones, junto

con una serie de ruidos metálicos, como si se accionaran gigantescos interruptores. Thomas se cubrió los ojos, giró en círculo, pero no pudo ver nada, enceguecido por la luz.

Con los ojos entornados, alcanzó a distinguir gradualmente tres figuras oscuras que perforaban la luminosidad. Se aproximaron, encorvadas sobre unas extrañas armas de mano y, cuando se encontraron más cerca, pudo ver que llevaban uniformes y cascos. Luego, un hombre apareció por detrás y, al ir acercándose, Thomas sintió como si sus entrañas se disolvieran en una sustancia tóxica. Era un hombre al que no había visto desde el día en que adoptó su nuevo nombre.

Randall. Y parecía que había surgido de los matorrales verdes.

—Chicos, ustedes no deberían estar aquí afuera —advirtió con voz casi triste—. Pero no creo que necesiten que yo se los diga. Son lo suficientemente inteligentes como para haberlo descubierto por sí mismos. Parece que tenemos que enseñarles una lección sobre los peligros del mundo exterior. Hacerlos valorar un poquitito más lo que CRUEL hace por ustedes —su forma de hablar tenía una extraña cadencia, como si estuviera recitando algo que había memorizado y practicado con anterioridad.

Señaló a Newt.

—Ese no es inmune, llévenlo a su dormitorio y llamen a un doctor para que lo examine. ¡Ya mismo!

Mientras uno de los guardias se dirigía hacia Newt, Randall suspiró con fuerza y luego agitó la mano hacia Thomas y sus amigos.

—Llévenlos a las fosas de los Cranks.

THOMAS NO SABÍA CUÁNDO HABÍA SUCEDIDO, PERO ÉL Y Teresa estaban tomados de la mano. Se encontraban juntos, compartiendo el miedo repentino de lo que estaba a punto de suceder, preocupados por el castigo. Uno de los guardias, una mujer, se les acercó.

—No tengan miedo —susurró—. Randall solo quiere enseñarles una rápida lección acerca de los peligros de estar aquí afuera. Es por su propio bien y estarán seguros. Solo hagan lo que les decimos y terminará pronto. ¿De acuerdo?

Thomas asintió; las palabras *fosas* y *Cranks* todavía resonaban dentro de su mente. ¿Cuántas veces en su vida había oído hablar de los Cranks, esas personas que tenían la Llamada y que estaban mucho más allá del Final? ¿Que no eran más que animales consumidos por la sed de sangre?

¿Qué había querido decir Randall? ¿Adónde los llevaban?

—Vamos —le dijo la mujer tomándolo suavemente del brazo—. Si cooperan, estarán pronto de regreso en sus dormitorios, con tiempo suficiente para una rápida siesta antes del despertar.

Teresa le apretaba la mano con tanta fuerza que le dolía. Pero asintió y siguió a la guardia cuando ella comenzó a alejarse de la tubería de desagüe y los condujo por un sendero que corría a lo largo de toda la planta de las instalaciones de CRUEL. Otro guardia acompañaba a Alby y a Minho, que se veían tan anonadados como él.

El tercer guardia permaneció en el edificio, con Newt a su lado, la mirada en el suelo, la expresión indescifrable. Thomas buscó a Randall, pero el hombre estaba hablando por teléfono, a varios metros de su amigo.

Los perdió de vista al doblar una esquina, pero no pudo apartar de su mente lo que Randall había dicho acerca de Newt: que no era inmune. Recién en ese momento descubrió las enormes implicaciones que eso tenía. Y entonces, ¿por qué estaba Newt ahí si no era un Muni?

La voz de Teresa lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Puedes decirnos adónde estamos yendo? —preguntó—. ¿Qué son las *fosas* de los Cranks? —el grupito continuó caminando por el sendero. La mujer no respondió ni tampoco lo hizo el guardia que escoltaba a Alby y a Minho, unos pocos pasos más atrás. El silencio se llenó de los sonidos del océano y del olor a sal y a pino.

—Contéstale —dijo Thomas—. Por favor. No hicimos nada malo, solo estábamos

explorando. ¿Qué somos? ¿Prisioneros?

Estas palabras también se toparon con silencio.

—¡Di algo! —gritó Teresa.

La mujer volteó y los enfrentó.

—¿Ustedes creen que esto me agrada? —espetó. Luego miró a su alrededor, como alguien a quien atraparon robando y bajó la voz—. Lo siento. En serio. Solo hagan lo que se les dice: eso hará todo mucho más fácil. Lo único que haremos es ayudarlos a comprender por qué es mejor quedarse adentro.

Después de esa inquietante afirmación, se dio vuelta y continuó guiándolos por el exterior del edificio. Nadie pronunció una sola palabra más.

LLEGARON A UN CAMINO. HACIA LA DERECHA, SERPENTEABA a través de unos campos y luego desaparecía en el bosque que se cernía a lo lejos. Hacia la izquierda, se entrecruzaba con el complejo de CRUEL y se convertía en una rampa empinada que descendía hacia abajo del edificio. Sin vacilar, la mujer tomó el asfalto y dobló a la izquierda, hacia la oscuridad del túnel que se encontraba nueve metros delante de ellos.

Thomas levantó la vista mientras seguía a la guardia. Distinguió los altos muros de granito de las instalaciones de CRUEL y, arriba de ellos, las tenues estrellas desparramadas en el cielo negro. Había deseado desesperadamente poder ver la luna.

El camino se hundió y enseguida se encontraron debajo del edificio, en un amplio túnel sin luces. Alguien debió haberlas apagado, porque era imposible que mantuvieran ese lugar sin iluminación.

Oyó un sonido que lo hizo detenerse en medio del paso. Era siniestro, un sonido humano entre un grito y un gemido. Tal vez, no tan humano. Se le erizó la piel y un escalofrío de horror le atravesó el pecho.

Estaba tan oscuro que apenas consiguió ver la silueta de la guardia, cuando se dio vuelta y quedó frente a ellos. Extrajo una linterna y la encendió, les enfocó los rostros y después la desvió hacia la izquierda. Apareció una desvencijada verja de hierro y una cadena con candado alrededor de los barrotes para mantenerla cerrada. Sin decir nada, el otro guardia dejó a Alby y Minho y se acercó a la puerta, sacó una llave y abrió el candado. El estridente chirrido de la cadena al soltarse resonó a través del túnel.

El hombre dejó caer la cadena al suelo y abrió la verja.

—Adentro —dijo—. Esto es solo para darles un susto, ellos no podrán hacerles daño de veras. Lo prometo.

—¿Qué hay allí dentro? —preguntó Thomas.

—Cranks —respondió la mujer en un tono afable, completamente incongruente con la palabra en sí—. A veces, tenemos que recordarles cuán espantosa es esta enfermedad.

—No los lastimarán —repitió el hombre, con voz solemne—. Les darán un susto de muerte, pero no les harán daño.

—Vamos, chicos —dijo Minho desfilando por delante de los guardias—. Veamos qué hay en el interior de este antro.

Thomas no quería. Todas las pesadillas que alguna vez había tenido comenzaron a arremolinarse en su interior. La valentía de Teresa lo sacudió de su horror. Ella cruzó la verja y luego lo hizo Alby. Thomas fue detrás.

Fecha 224.10.20 | Hora 2.28 a.m.

LA OSCURIDAD ERA LA PARTE MÁS ATERRADORA. AUN cuando el guardia continuara iluminándolos por detrás, el rayo parecía perderse en una niebla negra. Un pasito tras otro, caminaban sobre la grava crujiente a lo largo de un angosto sendero bordeado a ambos lados por una verja de hierro. Los barrotes, que se elevaban desde el suelo, estaban separados unos de otros por unos doce centímetros; dos barras largas corrían a lo largo del borde inferior y superior. Si había algo del otro lado de la verja, Thomas no podía percibirlo.

—Esto es siniestro —comentó Minho en voz baja, aunque sonó fuerte en la oscuridad inmóvil—. Alby, dame la mano.

—Viejo, cálmate —fue la respuesta de su amigo.

Sus pies raspaban contra la grava provocando un eco que parecían suspiros. Al ir adentrándose en la negrura, Thomas sintió que lo asaltaba una lenta sensación de claustrofobia. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no darse vuelta y echar a correr. Prosiguieron la marcha.

Pronto, arribaron a una pared de ladrillos, donde terminaba la verja. Un callejón sin salida. Eso solo atizó las llamas del pánico de Thomas.

—¿Y ahora qué? —preguntó, detestando que el gemido en su voz revelara el miedo que sentía—. ¿Regresamos?

—Por supuesto —respondió Teresa—. Tal vez esto no fue más que una prueba para ver si hacíamos lo que se suponía...

Llevándose el dedo a los labios, Minho la hizo callar. Bajó la mirada y oyó con atención. En la luz tenue que venía de atrás, parecía un fantasma.

—Algo se acerca —anunció y señaló la verja hacia la izquierda de la pared de ladrillos—. Desde ahí atrás.

Thomas se dio vuelta para mirar lo que Minho indicaba, clavó la vista en la oscuridad, que se extendía más allá de la verja, y aguzó el oído. Y entonces lo escuchó. Aunque los cuatro no se movieran y apenas respiraran, el arrastrar de pisadas resonaba a lo largo del túnel. Thomas pensó que lo escuchaba venir también desde atrás y se dio vuelta. Pero ahora el sonido estaba en todos lados, parecía venir de todas las direcciones. Y era cada vez más fuerte.

—Cranks —susurró Alby—. Los arrojan en una prisión terrorífica debajo de su propio edificio. Maravilloso.

A lo lejos y coincidiendo con el roce de las pisadas, se vislumbraron las primeras siluetas. Cuerpos.

—En realidad, creo que los deben tener en otro lado —señaló Minho—. De lo contrario, hubieran estado apretados contra las rejas mientras caminábamos hasta aquí. Pienso que los liberaron como animales salvajes, para que nos hicieran una visita.

Gemidos y murmullos indescifrables estallaron entre la multitud de Cranks que se acercaba, que aumentaba rápidamente. No quedaba ninguna duda de que los habían divisado.

Y luego, como si hubieran accionado un interruptor, el recinto se llenó de un rugido ensordecedor. Gritos y aullidos de angustia, bramidos, chasquidos de pisadas al abalanzarse sobre las rejas. Thomas se sacudió con un miedo abrumador mientras a su alrededor los Cranks se estrellaban contra la verja y los cuerpos trepados unos sobre otros se apretaban contra los que habían llegado primero. Los brazos se extendían a través de los barrotes, las manos se abrían y se cerraban al intentar sujetarlos en vano.

Él se encontraba justo en el centro del callejón, Teresa pegada a él, Alby y Minho a un par de metros. Alby estaba de espaldas a la pared de ladrillos, y sacudía la cabeza de izquierda a derecha una y otra vez, tratando de abarcarlo todo. Minho estaba frente a él en posición de lucha, como si eso le sirviera de algo en caso de que los barrotes cedieran a la presión de la muchedumbre.

Thomas observó a los Cranks, todos ellos más allá del Final, y sintió pena y terror en partes iguales. Sus ojos emanaban un vacío como no había visto nunca, y tenían el rostro y los brazos cubiertos de rasguños. Sus ropas estaban mugrientas, llenas de sangre, hechas jirones. Algunos gritaban, otros, sollozaban; las lágrimas caían por sus rostros. Otros pronunciaban con aspereza y rapidez palabras indescifrables. Todos se estiraban e intentaban alcanzarlos, como si los chicos fueran su única esperanza de escapar de esa horrenda enfermedad, que había destrozado sus mentes.

De repente, apareció una mujer, que había luchado para llegar al frente. El rostro relativamente limpio, lo miró fijamente a Thomas mientras sus labios se movían como si tratara de resolver qué decir. Y, a continuación, comenzó a hablar, la voz entrecortada por los temblores.

—Mis bebés mis bebés mis bebés mis bebés mis bebés mis bebés —esas dos palabras una y otra vez, sin dejar de llorar. Y luego, abruptamente, atacó los barrotes como un gorila rabioso, lanzándose brutalmente contra la verja, hasta que finalmente cayó. Parecía que había quedado inconsciente. Otros Cranks caminaron por encima de ella para tomar su lugar. Thomas sintió una tristeza demoledora; una desesperación oscura llenó su pecho.

—¡Creo que ya aprendimos la lección! —gritó Alby—. ¡Regresemos ya!

Thomas sacudió la cabeza. El horror que los rodeaba lo había hipnotizado, la incredulidad lo había dejado helado. Así eran las cosas. Aun después de ver cómo su

padre se transformaba en la sombra airada del hombre que fuera, aun después de todas las historias que había oído a través de los años, nada podría haberlo preparado para eso. No podía creerlo hasta verlo por sí mismo, hasta tenerlo delante.

—¡Vamos, Thomas! —gritó Minho. Estaban todos en hilera a su lado, en el centro del camino, fuera del alcance de los brazos extendidos de los Cranks.

Thomas asintió, no tan asustado como había estado, pero hundiéndose más profundamente en ese sentimiento oscuro. ¿Acaso era eso lo que le había sucedido a su mamá? ¿Habría llorado por su bebé una y otra vez, en medio de su locura? Sintió que sus pies estaban pegados a la grava que tenía debajo y no podía moverse.

—Thomas —le susurró Teresa al oído—. Está todo bien. Es por *esto* que estamos aquí. Vamos a ayudarlos a encontrar una cura y salvaremos a la gente.

La voz de Teresa encendió un fuego en su interior. Lo hizo sentir algo. Se dio vuelta y comenzó a caminar por donde habían venido. No necesitó mirar para saber que ella lo seguía. Tenía la mano apoyada en el comienzo de su espalda, como si ella sola lo estuviera empujando hacia delante. Los Cranks llenaban el túnel a ambos lados, eran una masa interminable, los barrotes de hierro era lo único que les impedía despedazar a su próxima comida.

Thomas observó a los que se hallaban a la izquierda, luego a los de la derecha. Eran todos distintos, y trató de concentrarse en algún rasgo que los individualizara: un rostro, un color de cabello, un tipo físico. Porque en todo lo demás, eran exactamente iguales. Una masa alucinada de dementes, completamente inconscientes de sus propios actos.

Miró hacia delante y vio que alguien se interponía en su camino, a un par de metros de distancia. Se detuvo con un grito ahogado y Teresa chocó contra él. El miedo se alojó en su garganta, asfixiándolo.

Era un hombre. No se parecía en nada a los Cranks que se encontraban detrás de los barrotes, pero tampoco se veía bien. Su cabello rubio estaba sucio y desgredado, el atuendo arrugado, los ojos inyectados en sangre. Pero no tenía heridas a la vista y se mantenía erguido, quieto y tranquilo. Sin embargo, lo más extraño de todo era que llevaba una pequeña pizarra en la cara interna del brazo. Sin hablar, la tomó y utilizó el trozo de tiza que tenía en la otra mano para escribir en ella. Después, la sostuvo en alto para que el grupo leyera. Las tres palabras parecieron brillar en la luz tenue:

CRUEL es bueno

Fecha 224.10.20 | Hora 3.14 a.m.

EL EXTRAÑO SEÑALÓ LA PIZARRA Y ASINTIÓ SOLEMNEMENTE, los labios temblaron como si fuera a echarse a llorar. Luego la bajó y volvió a apoyarla en su brazo.

Thomas estaba a punto de hablar cuando el hombre se dio vuelta y comenzó a caminar. No supo qué otra cosa hacer más que seguirlo: la otra opción era internarse otra vez en las fosas de los Cranks. A cada lado, los dementes gemían, aullaban y rechinaban los dientes, los brazos extendidos, tratando de alcanzarlos. Para Thomas, casi se habían convertido en ruido de fondo, tan concentrado como estaba en el extraño que tenía delante.

Lo siguió a través del túnel cerrado hasta que notó que se habían apagado los horrendos sonidos de los infectados. Finalmente, el hombre llegó a la verja que conducía al túnel principal, la abrió y pasó por ella. Esperó que Thomas y los otros chicos hicieran lo mismo y luego la cerró. Los guardias, en el mismo lugar en donde los habían dejado, observaron preocupados la secuencia de los hechos; luego, uno de ellos dio un paso adelante, levantó la cadena y cerró el candado. Los sonidos eran ahora ecos distantes que podrían haber sido cualquier cosa.

Thomas y sus amigos se mantenían muy juntos, un círculo instintivo de protección. Alby y Minho estaban más callados que nunca y Teresa parecía tan conmocionada como Thomas, quien no podía apartar los ojos del hombre con el extraño mensaje. *CRUEL es bueno.*

Mientras reflexionaba acerca de esas palabras, el hombre se fue acercando a su grupito hasta que estuvo a un metro de distancia. Se tomó unos segundos para mirar a los ojos a cada uno; después habló por primera vez.

—Es probable que se estén preguntando quién soy —dijo. Su voz era perturbadora. Demasiado... alegre para las circunstancias—. Y no es para menos. Han visto la carga que debo soportar, el peso que debo llevar conmigo. Tres palabras, amigos míos. Solo tres palabras. Pero espero que esta noche hayan aprendido que son las tres palabras más importantes del mundo.

—¿Quién es usted? —inquirió Alby; la pregunta en la que todos estaban pensando. Thomas, sin lugar a dudas—. ¿Trabaja... aquí?

El hombre asintió.

—Me llamo John Michael. Yo... —hizo una pausa para toser, presionando el

pecho con las manos—. Yo era tan... esencial para esta organización. Hace tiempo. Hace mucho tiempo. Fui yo. Fui... yo... quien reunió a los sobrevivientes. A los líderes. Los reuní aquí. Yo tuve la idea, amigos míos. ¡Yo... tuve la... *idea!* —la última palabra brotó en un grito y voló saliva de su boca.

Thomas dio un paso hacia atrás y los demás se movieron con él.

—Pero luego, verán —continuó John Michael, los ojos un poco más desquiciados, el semblante más agitado—, luego me agarré la Lllamarada. La... maldita... Lllamarada. Luché tanto para ayudar a nuestros semejantes —dejó caer la cabeza y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. No es justo que yo sea quien se la contagie. Pronto estaré viviendo con... —su mirada los pasó de largo, los atravesó, y se concentró en las jaulas del otro lado del túnel: las fosas.

»Pero, pensándolo bien... No —dijo—. No permitiremos tan indigno final para mí. No para mí. No para el hombre que comenzó la Coalición Post Catástrofe, luchó para que sobreviviera y predicó sobre su importancia. ¿Arrojarían a alguien así a esas fosas? Se los pregunto ahora. ¿Lo harían?

El hombre se iba poniendo histérico y miraba a Thomas fijamente.

—¿Lo... harían?

Thomas sacudió la cabeza rotundamente, más asustado ahora de lo que había estado durante todo el día.

John Michael se acercó medio paso hacia el grupo, arrastrando los pies de manera ligeramente inestable. Tenía el rostro brillante de lágrimas.

—No estoy aquí para pedirles un favor —señaló—. Estoy aquí para decirles que no hay opciones en este tema. Es su... obligación ayudar a gente como yo. Ayudar a *futura* gente como yo. ¿*Entienden?* —enfaticó la última frase con una tristeza desgarradora.

Los guardias no hacían nada, permanecían inmóviles, como si estuvieran esculpidos en cera. Las sombras no dejaban ver sus ojos.

—Entendemos... —dijo Teresa con una voz mucho más firme de la que Thomas habría sido capaz de emitir—. Lamentamos que esté infectado. La mayoría de nuestros padres también se enfermaron; sabemos cómo es.

El rostro del hombre se transformó repentinamente en una espantosa máscara roja y trémula. Los ojos se le salieron de las órbitas mientras estallaba en un ataque de furia y comenzaba a escupir una airada diatriba.

—¡No tienen ni idea de lo que es esto! —aulló, la voz quebrada—. ¡¿Cómo podían estar tratando de escapar y alejarse de nuestra posibilidad de cura?!

El hombre había perdido el control de sí mismo casi por completo. Thomas no sabía cuánto tiempo más podría soportar el colapso nervioso. Minho pasó delante de Thomas y se colocó justo delante de John Michael. Asombrosamente, los guardias no hicieron nada para interferir.

—No íbamos a ningún sitio —aclaró, en un vano intento por mantener firme la voz—. Y no me parece correcto que nos trate así.

—¿Quién crees que...? —en la mitad de la frase, el hombre saltó hacia delante y extendió los brazos hacia la garganta de Minho. Antes de que pudiera moverse, le sujetó el cuello con las dos manos y ambos cayeron al suelo. Michael trepó rápidamente sobre él y depositó todo su peso sobre la garganta de Minho, presionándolo hacia abajo.

La espalda arqueada, el chico pateaba y le rasguñaba las manos mientras emitía un sonido de asfixia. Aun sin saber qué hacer, Thomas se dirigió a ayudar a su amigo, pero Alby lo apartó. Luego se lanzó contra John Michael y, clavándole el hombro, lo quitó de arriba de Minho, quien se incorporó jadeando.

Alby y John Michael rodaron un par de veces mientras cada uno luchaba por mantenerse encima del otro. Luego, el hombre se sentó a horcajadas de Alby, como lo había hecho con Minho. Thomas fue incapaz de moverse antes de que Minho se pusiera de pie y corriera a rescatar a su amigo. Con el impulso que traía, derribó a John Michael, quien se golpeó con fuerza contra el suelo.

Los guardias salieron del estupor y se acercaron para detener la súbita violencia.

—Suficiente —dijo la mujer con voz calma—. Ya basta. Es obvio que él no está bien.

Ni Minho ni Alby hicieron el menor movimiento que sugiriera que habían oído una sola de sus palabras.

La mujer amartilló el arma y luego gritó en voz mucho más fuerte:

—¡Deténganse! ¡Todos!

Thomas y Teresa consiguieron sujetar a sus amigos por el pecho y los arrastraron lejos del hombre caído. Enseguida, estaban todos de pie, haciendo esfuerzos por recuperar el aliento y observando al hombre adulto, que ahora yacía en el suelo, débil como un niño, sangrando de la nariz y con el labio hinchado. Después, estremeciendo a todos una vez más —incluso a los guardias, al parecer—, se puso de rodillas, juntó las manos y las sostuvo delante del pecho, los dedos entrelazados tan fuertemente que la piel se veía blanca y brillante.

—Por favor —dijo con voz temblorosa—. Por favor, no me juzguen. *Sálvenme*. Si no a mí, a los que vienen después. Por favor, se los ruego. Por favor, por favor, por favor —cada palabra era apenas un quejido, las lágrimas se derramaban por su rostro como si una cascada de agua fluyera detrás de sus ojos. Le temblaban los hombros, le temblaban los brazos y las manos, el pecho se estremecía en fuertes sollozos.

»Por favor, por favor, sálvennos. Encuentren una cura para nosotros —ya casi un suspiro. Los ojos se cerraron despacio; cayó hacia atrás hasta quedar sentado sobre la cadera—. Por favor, por favor, por favor —cada palabra brotaba entre sollozos, los temblores estremecían su cuerpo.

A continuación, surgió Randall de la oscuridad, como si hubiera estado observando toda la escena entre las sombras. Caminó hacia delante sin decir una palabra, hasta que estuvo justo encima de John Michael.

—*Esto* es en lo que el mundo se ha convertido —exclamó—. A menos que uno

sea inmune, por supuesto, y hasta que tengamos una cura. De lo contrario, hay dos opciones. Convertirse en una de esas... cosas que vieron en las jaulas o terminar con todo antes de llegar al Final, terminar con tu vida. Y esto es lo que este buen hombre me pidió que hiciera cuando fuera el momento oportuno. Espero que puedan apreciar el esfuerzo que le debe haber llevado esta noche armar unas cuantas frases coherentes —les hizo una señal con la cabeza a los guardias—. Llévenlos adentro. Creo que nuestro viejo amigo llegó a su fecha límite.

Randall extrajo un arma de la cintura y la amartilló.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Thomas.

Randall no contestó, lo cual fue suficiente respuesta.

Fecha 224.10.20 | Hora 4.01 a.m.

NADIE HABLÓ. NI UNA PALABRA. ENTRARON AL COMPLEJO de CRUEL y se registraron. Thomas y sus amigos permanecieron mudos como una piedra. Los dos guardias los acompañaron hasta un elevador, subieron varios pisos y luego recorrieron unos cuantos corredores. Finalmente, llegaron a otro elevador y continuaron ascendiendo. Minho y Alby fueron los primeros en salir, escoltados por el guardia. Salieron del elevador con poco más que un saludo con la cabeza, los ojos llenos de tristeza. Thomas y Teresa les devolvieron el saludo y esperaron en silencio que se cerraran las puertas. Thomas subió los pisos restantes abstraído en sus propios pensamientos.

Por fin, después de lo que pareció un viaje interminablemente largo, se encontraron frente a las puertas de sus dormitorios, la mujer de seguridad junto a ellos.

—Ya llegamos —anunció, las primeras palabras pronunciadas desde el túnel. Y fueron lo suficientemente alegres como para irritar a Thomas.

—¿Cómo pudo hacer eso? —dijo, estremeciéndose ante lo fuerte que sonaba su voz dentro de los límites del pasillo—. ¿Dispararle a un hombre en la nuca? —y *pegarle a un niño que no tenía ni cinco años*, quería agregar, pero no lo hizo.

La mujer lanzó un suspiro de profunda frustración que pareció demasiado complicado de entender.

—El propio señor Michael, el hombre que hizo posible que todos nosotros estemos hoy aquí, le *pidió* que lo hiciera —abrió la puerta de Thomas—. Vamos, es hora de ir a la cama. Es probable que pase un tiempo antes de que vuelvan a encontrarse con sus amigos, ¿de acuerdo? Ahora duerman un poco.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Thomas, sorprendido por el súbito anuncio. Entre todo lo que había sucedido, no se le había ocurrido que pudiera dejar de ver a sus amigos durante un tiempo.

—Un par de años, me dicen —fue la respuesta de la mujer—. Hay mucho trabajo que hacer y todos necesitan una buena noche de sueño. Es solo que... no habrá más fiestas por el momento. Es por su propia seguridad —se dio vuelta y se marchó deprisa.

Thomas entró a su dormitorio, cerró la puerta, luego se reclinó de espalda contra ella y se quedó mirando el aburrido interior en el que había vivido desde su llegada a

CRUEL. A pesar de todos los horrores de la noche, la partida de los guardias había sido lo más difícil de soportar.

Un par de años, había dicho la mujer. Luego, lo asaltó su preocupación anterior. ¿Y si le quitaban los encuentros con Teresa? ¿O el trabajo con el cual los habían tentado: construir el laberinto? La señorita McVoy había dicho que a CRUEL le vendría bien toda la ayuda disponible. Seguramente esa noche no podía haber cambiado eso.

Fue hasta la cama y se acostó, pero no pudo dormir. El reloj indicó que pronto sería la hora del desayuno, y su mente era un vendaval de todo lo que había visto esa noche. Cerró los ojos y repasó todas las cosas buenas y malas de ese lugar que llamaban CRUEL. Pensó en los Cranks, de quienes se había visto forzado a estar tan cerca, tan solo pocas horas antes: los ojos vacíos, el atuendo desgarrado, los gritos huecos de tristeza. Eran seres humanos pero, al mismo tiempo, estaban muy lejos de serlo. Pensó en John Michael y el penoso fin de su vida.

Pensó en la Lllamarada. En la estúpida Lllamarada.

Y CRUEL quería encontrar una cura para ella. Quería que él los ayudara. Debería querer hacerlo, ¿no? Para cuando llegó el llamado del desayuno, la cabeza le latía con fuerza. Era la doctora Paige.

Le preguntó si estaba enterada de los hechos de la noche anterior.

La mujer se limitó a sonreír con tristeza.

Fecha 225.05.11 | Hora 6.13 p.m.

ALGUNOS MESES MÁS TARDE, THOMAS TUVO UNO DE LOS peores días de su vida.

Comenzó con más estudios médicos de los que había tenido durante un tiempo. Le extrajeron sangre, por supuesto, pero también plasma, seguido de cuarenta y cinco largos minutos en la cinta con lo que parecían ser cientos de sensores conectados al cuerpo. Durante toda la experiencia, le dolió el estómago. Sintió como si le clavaran cuchillos y se puso peor con el transcurrir del día. Poco después, un dolor de cabeza se unió a la diversión y lo obligó a excusarse de la lección con el señor Glanville: no le agradó la mirada desaprobadora que le valió. Luego, la señorita Denton le había enviado una nota diciendo que había lamentado ver que se perdía la clase. El mensaje subyacente estaba muy claro.

Desde el supuesto intento de *fuga*, sus maestros y los miembros del personal habían parecido un poco más distantes. Hasta en el caso de la doctora Paige, que siempre había sido tan buena con él, su sonrisa ya no parecía tan genuina. Y siempre había algo detrás de su mirada, como si supiera miles de cosas que él no sabía, y que una parte de ella quería compartir.

Pero Thomas habría aceptado con alegría los retorcijones de estómago y un terrible dolor de cabeza por día si tan solo pudiera ver a sus amigos otra vez. Cada vez que recordaba sus nombres, el pecho se le ponía tenso. Cuánto se había divertido durante esas pocas y preciadas noches juntos, cuando se había desvanecido por un tiempo la soledad de ser un recluta de CRUEL. Incluso los encuentros con Teresa habían cesado últimamente, lo cual lo había llenado de preocupación de que también se cancelara el trabajo dentro de la caverna.

Aquellos días de reuniones en el subsuelo habían quedado muy pero muy atrás. Seguramente, alguna catástrofe cósmica había cambiado para siempre el transcurso normal del tiempo y lo había extendido.

Esa noche, Thomas yacía en su cama, la cena sin tocar arriba del escritorio. Llevaba horas sin comer casi ni un bocado y el estómago se había encargado de no dejar nada en su interior. Estaba vacío de todas las maneras posibles.

También estaba exhausto y, sin embargo, no podía dormir. En su lugar, cerró los ojos y escuchó su propia respiración.

Algo zumbaba dentro de su cabeza.

Se incorporó y echó una mirada alrededor de la habitación. Había escuchado... o mejor dicho... sentido... un zumbido profundo en su insoportable dolor de cabeza, que lo había estado molestando todo el día. Sacudió la cabeza y oprimió con fuerza los dedos contra las sienes. Se levantó para llamar a la doctora Paige y pedirle algo que lo dejara inconsciente durante toda la noche, cuando el zumbido regresó, esta vez con más intensidad.

Se desplomó en la cama, se hizo un ovillo y apoyó las manos a ambos lados de la cabeza. En realidad, el zumbido no le dolía, pero era tan extraño, tan desconocido. ¿Qué ridícula prueba se le había ocurrido ahora a CRUEL?

Zum. Zum. Zum.

Más fuerte y más estridente cada vez. Como si fuera una invasión de su cuerpo; lo asustó, lo hizo pensar en los Cranks. Volverse loco. Ver y oír cosas inexistentes.

Tal vez nos mintieron, pensó. Tal vez no somos inmunes. Habían dicho que Newt no lo era. ¿Podría ser posible que...?

ZUM.

Se puso de espaldas y se quedó mirando el techo, las manos todavía pegadas a los costados de la cabeza, como si eso lo ayudara en algo. La doctora Paige. Tenía que llamar a la doctora Paige.

Thomas.

Esta vez era una voz.

Pero, al mismo tiempo, *no* era una voz. Una vibración, un tamborileo de su mente, una perturbación que daba la sensación de que el zumbido se había convertido en una palabra consistente. Se puso de pie lentamente, estirando las manos para no perder el equilibrio.

Thomas, soy Teresa.

Se estaba volviendo loco. Se estaba volviendo loco en serio. Era el síntoma más antiguo y más común: oír voces dentro de la cabeza.

—Eh... —dijo en voz alta.

¿Está funcionando? ¿Está funcionando?

La última palabra aterrizó en medio de sus ojos como un rayo. El dolor le quitó la fuerza de las piernas y se derrumbó en el suelo. Nunca había sentido que el mundo fuera algo tan fluido debajo de él, como si no existiera nada sólido, ninguna forma ni sustancia.

—¿Teresa? —preguntó en voz alta, desorientado—. ¿Teresa?

Ninguna respuesta. Claro que no había ninguna respuesta. Había perdido la cabeza. Tenía la Llamarada; pronto sería un Crank. Su vida había terminado.

Escúchame, volvió la voz, los grupos de palabras eran como un caballo galopando en su mente. Si puedes oírme, da un golpe en tu puerta. Yo lo escucharé.

Thomas se puso de rodillas. Imaginó que ya no tenía nada que perder, de modo que, mientras el mundo se deslizaba a su alrededor, se arrastró a través del dormitorio hacia la puerta. Por insólito que sonara, la extraña voz dentro de su cabeza parecía ser

una presencia, y no sabía cómo explicarlo, pero *parecía* ser Teresa.

Logró llegar a la puerta, que le pareció alta como una montaña cuando se encontró arrodillado frente a ella.

¿Thomas?, dijo la voz. *Por favor, Thomas. Por favor, dime si esto funciona. Me ha llevado meses descifrarlo. Si puedes oírme, ¡golpea tu puerta!*

La última parte la dijo gritando, otra serie de golpes sordos que le dolieron como si le clavaran un picahielos en el cráneo.

Se estabilizó, levantó las manos hasta apoyarlas en la superficie de la puerta y luego apretar los dedos hasta cerrar los puños. *Lo que estás a punto de hacer,* se dijo, *es probable que sea la confirmación final de que tienes la Llamada. Si estás equivocado, sabrás que estás verdaderamente loco.*

Otra vez la voz. Teresa.

¿Thomas? ¿Thomas? Golpea la puerta.

Lo hizo. Llevó atrás los dos puños y luego aporreó la puerta como si fuera la última barrera hacia su libertad. *Preso por mil, preso por mil quinientos.* Lo había leído en uno de esos libros de literatura clásica que le habían dado. Durante unos buenos diez segundos, lanzó los puños sobre la dura superficie hasta que le dolieron los nudillos y el dolor subió sinuosamente por ambos brazos.

Luego, volvió a desplomarse en el suelo, mientras luchaba por recobrar el aliento. Percibió gritos por el pasillo, pisadas; alguien venía a ver si se encontraba bien. Pero antes de que llegara, una última frase afloró en su mente.

Bien, recibido, dijo Teresa, una sensación de entusiasmo parecía estar unida a su voz. *Después te enseñaré a hacerlo.*

Y luego desapareció. No solo su voz, sino también su presencia. Desapareció, como una luz que se extingue.

La puerta se abrió con decisión. La doctora Paige estaba en el umbral.

—¿Qué rayos te sucede? —preguntó.

Fecha 225.05.12 | Hora 7.44 p.m.

EL DÍA SIGUIENTE FUE UNA AGONÍA. SE LE HIZO MUY DIFÍCIL esperar para ver a Teresa en persona... por solo diez minutos. *Cinco* minutos. Todo lo que necesitaba era el tiempo suficiente para mirarla a los ojos y preguntarle. *¿Eras tú?* Lo sabría en un instante y necesitaba la confirmación desesperadamente. Mientras tomaba el desayuno, le hacían una revisión médica, iba de una clase a la otra, la misma pregunta daba vueltas en su mente.

¿Estoy loco?

Hasta había intentado consultarle a la doctora Paige acerca de sus miedos cuando lo fue a buscar esa mañana.

—*¿Y cómo sabe realmente que soy inmune?* —le había preguntado, observando su expresión atentamente mientras le contestaba.

—Es bastante claro —respondió tranquilamente mientras caminaba a su lado por el pasillo—. Hay marcadores muy específicos en la composición de tu sangre (tu ADN) y en el líquido cefalorraquídeo, que son consistentes entre todos aquellos que son inmunes. Esos marcadores faltan en aquellos que *no* son inmunes. Llevó muchos estudios llegar a esa conclusión, pero ahora es algo seguro.

Analizó la explicación. Daba toda la impresión de ser cierta, definitivamente.

—Además —agregó—, está doblemente confirmado en alguien como tú y los demás reclutas inmunes que hemos reunido.

—*¿Qué quiere decir?*

—Bueno, podemos verificar con encefalogramas que el virus se ha alojado en tu interior, que ha hecho un nido para él. Y, sin embargo, no tiene ningún tipo de efecto en tu materia física, en tu capacidad mental, en tus funciones corporales. Y has tenido el virus durante años, sin ningún cambio. A menos que sea alguna suerte de mutación masiva del virus (que nuestros estudios no han mostrado pruebas de que lo sea), entonces podemos decir con casi irrefutable rigurosidad médica y científica que eres inmune.

Thomas asintió, bastante seguro de que la doctora estaba siendo sincera con él.

—Y si yo comenzara a mostrar síntomas de la Llamarada, digamos mañana, ¿cuán impresionada estaría? ¿En una escala de uno a diez?

La doctora Paige dirigió la mirada hacia él.

—Diez, Thomas. Estaría más que impresionada. Tan impresionada como si te

saliera una tercera oreja. ¿De qué se trata todo esto?

Thomas se detuvo en el pasillo y la enfrentó.

—Doctora Paige, ¿me jura por su vida que soy inmune? ¿Que esto no es algún tipo de...? No sé, ¿algún tipo de prueba? Sé que a ustedes les encantan las pruebas. ¿Cómo sé que no soy como Newt? ¿No inmune?

La doctora le lanzó esa sonrisa... esa sonrisa que siempre lo hacía sentir un poquito mejor.

—Te lo juro, Thomas. Te lo juro sobre las tumbas de los innumerables seres queridos que han muerto... te juro que nunca te mentí. Eres tan inmune como la ciencia y la medicina pueden concluir que lo eres. Y si existiera alguna posibilidad de que algo pusiera en peligro tu vida, yo no lo permitiría.

La miró directamente a los ojos. Descubrió que realmente le creía, y eso lo hizo sentir una calidez interior... Como si un trocito de la pared que había construido para protegerse, se hubiera agrietado.

—¿Por qué me haces estas preguntas? —inquirió la doctora Paige—. ¿Cuál es el problema?

Casi le dijo la verdad. Que había escuchado una voz dentro de su cabeza. Casi se lo dijo.

—Sueños —respondió—. Siempre tengo sueños en los que me vuelvo loco. Y la peor parte es que no soy consciente de lo sucedido. ¿Acaso alguno de los Cranks sabe realmente que se ha vuelto loco? ¿Cómo sabemos que *nosotros no somos* Cranks?

La mujer asintió, como si esa fuera una pregunta perfectamente válida.

—Eso me parece que es para la clase de Filosofía. El mes que viene, creo.

THOMAS SE HALLABA EN SU DORMITORIO, PENSANDO UNA vez más en la conversación que había mantenido aquella mañana con la doctora Paige. Desde el despertar, había esperado que Teresa le hablara nuevamente y, al mismo tiempo, esperaba que no lo hiciera. Tal vez eso era en sí mismo otra señal de que la infección lo había enloquecido.

Pero cuanto más lo pensaba, más creía en la doctora Paige. Ella era sincera o la mejor actriz del mundo. Finalmente, se sintió demasiado cansado como para seguir preocupándose. Apagó las luces y esperó que el sueño lograra lo improbable y se lo llevara con él.

Fue alrededor de una hora después que, justo cuando comenzaba a quedarse dormido, Teresa le habló otra vez.

Thomas, ¿estás ahí?

No lo impresionó como la primera vez. Ahora no hubo zumbido y, de alguna manera, lo había estado esperando, por lo que no lo confundió tanto. Aun así, cualquier rastro de sueño que pudiera quedar se desvaneció ante las palabras de Teresa. Se incorporó, salió de la cama y fue a sentarse en el escritorio.

—Estoy aquí —dijo en voz alta, sintiéndose una vez más un idiota por hacerlo. No tenía la más mínima idea de cómo responderle con la mente.

Puedo sentir que estás intentando responderme, dijo ella. *Los implantes que nos colocaron en la cabeza... estuve tratando de entender qué me resultaba distinto desde que lo hicieron y, apenas hice un esfuerzo para comunicarme contigo, comprendí todo.*

Thomas permanecía sentado, asintiendo para sí como un tonto. Era consciente de lo extraño que resultaba que le pareciera casi normal tener a una chica hablándole telepáticamente dentro de la cabeza.

Tienes que concentrarte, prosiguió Teresa. *Indaga dentro de tu mente hasta encontrar el cuerpo extraño y luego concéntrate en él. Haz presión en él. No entenderás de qué estoy hablando hasta que lo intentes.*

Sus palabras ahora llegaban deprisa, ya no resultaba doloroso pero sí desconcertante.

—De acuerdo —repuso, sabiendo que ella no podía escucharlo.

Intenta hacerlo esta noche cuando estés por dormirte, le dijo. *Me conectaré contigo todas las noches hasta que me respondas. ¡No te des por vencido!*

Pudo sentir el peso que Teresa le puso a la última frase, la importancia de lo que le estaba diciendo.

—De acuerdo —repitió. A continuación, sabiendo que esas habían sido las últimas palabras de Teresa por esa noche, volvió a recostarse en la cama y comenzó a jugar con su propia mente.

DURANTE VARIOS DÍAS Y VARIAS NOCHES, SE DEDICÓ A ESO y fue la tarea más frustrante que había llevado a cabo en toda su vida. Lo único que tenía a su disposición eran herramientas mentales, nada físico. Si quizás pudiera tomar un bisturí y abrirse la cabeza, habría sido más fácil explorar y sondear hasta encontrar algo así como un enorme interruptor de los de antes que pudiera encender. Pero no, tenía que cerrar los ojos y buscar con dedos que solo existían en su propia imaginación.

Una vez, dejó de pensar de manera tradicional y fue capaz de comenzar a ver a sus propios pensamientos y a su consciencia como cosas que *podía* manipular mentalmente. Ahí fue cuando empezó a progresar. Dejó que sus pensamientos desaparecieran y se concentró en el vacío, en nada, hasta que repentinamente le resultó claro: había una zona que no parecía encajar. Y luego, siguió trabajando en contra de eso y pensando en la única palabra que quería enviar: *Teresa*.

Finalmente, una noche, le pareció sentir más que oír que Teresa recibía su mensaje. Era como si la azuzara con una picana eléctrica.

Tumbado en la cama, lanzó un grito de alegría sabiendo que estaba cerca, esperando no haberla lastimado mucho.

No te detengas, le había dicho Teresa en su mente. Ya te falta muy poco. Y la próxima vez, intenta no electrocutarme los ojos.

No tenía la menor idea de qué significaba el comentario, pero sonrió de todos modos.

Y continuó intentándolo.

Fecha 226.03.09 | Hora 8.12 p.m.

NO ME PUEDO DORMIR, LE DIJO A TERESA. HABÍA PASADO casi un año desde que finalmente había logrado dominar el implante telepático.

Tal vez sea porque apenas son las ocho de la noche, respondió ella. Y la última vez que te vi no tenías setenta años.

Ey, necesito un buen sueño reparador. ¿Cómo crees que mantengo este maravilloso rostro?

Teresa resopló. Era similar a esos zumbidos que había recibido las primeras veces que ella le había hablado de esa manera. *Claro, cada vez que te veo me quedo extasiada.*

Cosa que nunca ocurre.

Exactamente.

Siguió una pausa prolongada, pero lo bueno de ese truco que tenían era que, aun cuando ninguno de los dos hablara, el tipo de conexión que tenían dentro de la mente hacía que sintieran la presencia del otro. Después de meses y meses de práctica, casi podía creer que ella estaba dentro de la habitación con él. Ansiaba sentirlo todas las noches y lo extrañaba cada vez que estaba ocioso durante el día, cada vez que tenía un minuto libre.

¿Cómo va el plan?, preguntó Thomas finalmente, a pesar de que sabía que le molestaría. Casi disfrutaba hacerle la misma pregunta todas las noches durante semanas, justamente porque le molestaba. Pero esta vez, no recibió la misma airada respuesta.

Creo que ya lo tengo claro, contestó.

Se incorporó. ¿Realmente?

No, realmente no. Ahora vete o te quedarás sin tu sueño reparador.

Thomas puso los ojos en blanco y pudo sentir que Teresa recibía su respuesta.

AUN CUANDO LAS PUERTAS DE AMBOS HABÍAN PERMANECIDO sin llave, Thomas sabía que los observaban, y que todavía estaban sintiendo las consecuencias de su viaje al exterior. Desde aquella noche, habían intentado escabullirse algunas veces para encontrarse con sus amigos, pero apenas dejaban el dormitorio, aparecía un guardia que, amable pero firmemente, les pedía: «Por favor, regresen. Es por su

propio bien». Todo era siempre *por su propio bien*.

Y aunque no tenían el mejor cocinero, la comida era una de las pocas cosas que Thomas esperaba con ansias. Por lo menos, CRUEL consideraba que la cantidad era más importante que la calidad, y eso para Thomas era más que suficiente. Al crecer descontroladamente, siempre tenía hambre.

Sin embargo, tal vez tendría, muy pronto, algo más que comida por lo que entusiasmarse.

A Teresa, que aprendía cada día más acerca de computadoras y sistemas de información (últimamente, la dirección de sus estudios se había separado, volviéndose cada vez más especializada), le habían informado que la construcción física de los laberintos estaba casi terminada y CRUEL pronto necesitaría la ayuda de ellos dos en cuestiones como la programación del falso cielo y la realización de las pruebas de los sistemas de ilusión óptica. Aris y Raquel, dos chicos a los cuales todavía no habían conocido, también estaban en la agenda de trabajo.

Teresa tenía facilidad para manejar los sistemas informáticos, de modo que era en esa área donde realizaba la mayor parte de su entrenamiento. Y era muchísimo mejor para esas cuestiones de lo que ellos pensaban.

Muchísimo mejor.

PODEMOS HACERLO, LE DIJO TERESA UNA MAÑANA, despertándolo de un sueño profundo.

Aturdido, se restregó los ojos sin molestarse por preguntarle a qué se refería. Se lo diría enseguida. Siempre lo hacía.

Ya conozco el sistema de cámaras de seguridad como la palma de mi mano. Preparé todas las grabaciones que necesitamos para reproducir los ciclos de la noche, luego retrocedí y borré mis movimientos. Está todo armado.

En un instante, Thomas estaba totalmente despierto. Su entusiasmo casi lo hizo llorar de alegría, pero también estaba mortalmente asustado. Todavía lo atormentaba el castigo que habían recibido la última vez que los habían atrapado fuera de sus dormitorios, las fosas de los Cranks; pero después de tanto tiempo sin ver a sus amigos, estaba desesperado por intentar lo que fuera.

¿Estás segura de que no nos atraparán?, preguntó.

Muy segura. Sé cuál es la posición de los guardias. Todos los demás estarán dormidos. Y la iluminación es tan baja por la noche que será muy difícil que alguien note los ciclos. Todo saldrá bien.

¿Ciento por ciento bien?

Noventa y nueve.

Suficiente para mí.

Entonces, saldremos a explorar esta noche.

ABRE TU PUERTA EN VEINTE SEGUNDOS, LE DIJO TERESA justo después de medianoche. *Quiero estar en tu dormitorio lo más rápido posible.*

Thomas hizo exactamente lo que ella le ordenó y, menos de medio minuto después, Teresa se unió a él en su habitación. Era la primera vez que alguien que no fuera empleado de CRUEL había traspasado su puerta. La sorprendió a ella —y a él mismo— al darle un fuerte abrazo, apretándola como si fuera a desaparecer si la soltaba. Afortunadamente, Teresa le devolvió el esfuerzo con la misma intensidad.

Qué bueno verte, amiga, dijo Thomas, todavía hablando con la mente, pues se había acostumbrado mucho a hacerlo.

Ella respondió abrazándolo aún con más fuerza.

Finalmente, y tristemente, se soltaron. Thomas se sentó en la cama y Teresa, en el escritorio.

—Esperemos unos minutos, para asegurarnos de que el primer ciclo esté funcionando —le dijo Teresa, sonriendo nerviosa. Nunca la había visto tan llena de energía y entusiasmo.

—¿Qué haremos si nos atrapan? —preguntó, aliviado de volver a usar con ella su verdadera voz—. Esto podría complicarnos las cosas. Me refiero a que estaremos trabajando más en los laberintos y esas cosas. ¿Estamos *seguros* de que queremos poner eso en juego? ¿Qué sucedería si nos lo quitan?

No sabía por qué se preocupaba. La única respuesta de Teresa fue poner los ojos en blanco. Irían a explorar, y punto.

Después de unos minutos de silencio, Teresa le habló dentro de la mente.

Vamos, dijo. Y, por las dudas, usemos solamente telepatía. El video funcionará perfecto, pero no sabemos quién podría escucharnos si hablamos en voz alta. Solo podemos hablar si nos topamos con nuestros amigos, y, en ese caso, solo susurrando. ¿Te parece bien?

Es un buen plan, respondió.

Abrieron la puerta del dormitorio, miraron hacia ambos lados y luego salieron.

Lo tengo todo cronometrado, dijo Teresa. *Cuando diga que tenemos que pasar al área siguiente, nada de discusiones. De lo contrario, alguien nos atrapará cuando se detengan las reproducciones.*

Se limitó a asentir y, a continuación, ya estaban corriendo; el pecho de Thomas estaba encendido.

Unos cuantos giros, un viaje en elevador, unos giros más, siempre asomándose en las esquinas para asegurarse de que no hubiera nadie deambulando por los pasillos.

La primera parada fue en el sector del Grupo B. El objetivo era conocer a Aris y Raquel: tenían letreros en las puertas, igual que Thomas y Teresa. Pero cuando golpearon a la puerta de Aris, no obtuvieron respuesta. Luego probaron con la de Raquel. Tampoco.

Teresa le habló con su habilidad especial. *O son de sueño pesado,*

extremadamente obedientes, o están de paseo rompiendo las reglas como nosotros.

Thomas asintió. *Y bueno. Tal vez deberíamos ir a saludar a Newt y a los demás, ¿no?*

Teresa asintió y él tomó la delantera, serpenteando por pasillos y escaleras, agradecido por la tenue iluminación. Teresa le comunicaba el diseño que había armado con los ciclos de las cámaras para trazar la mejor ruta, y dónde detenerse y esperar. Finalmente, doblaron la última esquina antes del sector del Grupo A y se detuvieron en seco. Thomas contuvo el aliento. Había un niño en el pasillo; no podía tener más de siete u ocho años, y era más bien regordete. Estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared, los brazos abrazados a las rodillas y tenía el rostro cubierto de lágrimas. Al ver a Thomas y a Teresa, se puso tan pálido como la luna y se levantó de un salto.

—Lo s-s-siento —tartamudeó—. P-p-por favor, no me delaten.

Thomas cruzó lentamente la distancia que los separaba y apoyó la mano en el hombro del niño, tratando de tranquilizarlo.

—Está todo bien, hombre, somos como tú. No hay nada de qué preocuparse.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Teresa. Todo el plan estaba ahora en peligro, pero el niño parecía tan pequeño, tan inocente, tan asustado.

El chico se echó a llorar otra vez y luego contestó en medio de uno de los sollozos.

—Me quieren obligar a que me llame Charles.

Thomas sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Qué nombre más aburrido. Te llamaremos Chuck.

Fecha 226.05.17 | Hora 2.42 a.m.

—¿DUERMES EN LA HABITACIÓN COMÚN? —LE PREGUNTÓ Thomas al niño.

—¿Habitación común? No. Tengo mi propio dormitorio. Al menos por ahora.

Teresa miró a Thomas y él supo qué estaba pensando aun sin la telepatía. ¿Por qué tenía ese chico su propio dormitorio?

—¿Está cerca? —le preguntó Teresa—. Tal vez podemos ir ahí a conversar — volvió a mirar a Thomas—. Tenemos otros amigos a los que podríamos llamar. ¿Eso te haría sentir un poquitito mejor?

Chuck asintió y sus ojos se inundaron de alivio. Era probable que hubiera pensado que nunca volvería a tener amigos. Dio media vuelta y los condujo a su habitación. Thomas se sentó cómodamente en la silla del escritorio mientras Teresa iba a buscar a Newt, Alby y Minho. De acuerdo al armado que había hecho de los ciclos de las cámaras, les quedaban algunas horas antes de tener que regresar a sus propios dormitorios.

Chuck se tumbó en su cama y Thomas acercó la silla hacia él.

—¿Hace cuánto tiempo te trajeron aquí? —preguntó.

—Un par de semanas. No sé si mis padres lo sabían. ¡Ni siquiera sé si tenían la Llamada! —comenzó a sollozar otra vez y Thomas no supo qué hacer.

—No te preocupes —dijo en un patético intento por lograr que el niño se sintiera mejor—. Teresa y yo llevamos años aquí. Uno termina acostumbrándose. Sé que pueden ser unos idiotas en lo relacionado al cambio de nombre, pero después de eso todo se pone mejor... siempre y cuando hagas lo que te digan.

Chuck no pareció apaciguarse y algunas lágrimas más se derramaron por su rostro.

—¿Qué me van a hacer? —preguntó, aspirando por la nariz para tratar de contener las lágrimas—. Hasta ahora, me pincharon con agujas como un millón de veces.

—Bueno, sí. Te harán eso durante años. Te acostumbrarás —*puedes estar contento de no saber nada aún de los implantes*, se abstuvo de decir—. Pero la mayor parte de lo que hacemos es como ir a la escuela. Tendrás clases, aprenderás muchísimas cosas. De hecho, es divertido. Además, harás nuevos amigos —se preguntó nuevamente por qué estaba Chuck en un dormitorio individual y no en el pabellón con el resto de los chicos del Grupo A.

Curioso por lo que Thomas podía contarle, el niño se sentó en el borde de la cama y comenzó a disparar preguntas.

—¿Por qué crees que somos inmunes? ¿Tus padres se contagiaron la Lllamarada? ¿Los viste enloquecer? ¿Tienes más hermanos? —lanzó varias preguntas más sin permitirle un solo segundo para intentar responder alguna de ellas. Por suerte, Thomas se salvó cuando la puerta se abrió e ingresaron Alby, Minho, Newt y Teresa.

—¿Cómo va, Tommy? —exclamó Newt, el rostro lleno de genuina felicidad ante la agradable y repentina sorpresa. Thomas no podía recordar con exactitud cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo había visto—. ¡Joder! Te ves fantásticamente bien para ser las tres de la madrugada.

—¿Quién es el chico nuevo? —preguntó Minho.

Alby, un poco más considerado, se acercó a Chuck y le estrechó la mano.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Alby.

—Me llamo Chuck. Acabo de llegar.

Alby asintió.

—Genial, viejo. Seguramente te trasladarán pronto con nosotros, a la habitación común. Será divertido, no te preocupes. Este lugar no es más que juegos y diversión.

Thomas nunca había escuchado mentiras tan piadosas.

Las dos horas siguientes transcurrieron en medio de conversación trivial, muchas risas y sueños del futuro que nadie realmente esperaba que se volvieran realidad. Pero, por un ratito, de todas maneras, era agradable fingir, relajarse, permitirse pensar que *tenían* un futuro y podían hacer con él lo que desearan.

Era la mejor noche que Thomas podía recordar desde la primera vez que había conocido a sus amigos. Rio todavía más de lo que recordaba haber reído esa primera noche. También se sintió en paz mientras hablaban, en general tapándose unos a otros, teniendo que repetir muchas veces lo que habían dicho porque las voces se ahogaban en medio del griterío. Chuck había pasado de tener los ojos vidriosos y el rostro bañado en lágrimas, al júbilo y el asombro de un niño en una fiesta de cumpleaños. Y eso hizo que Thomas se sintiera bien.

Este lugar, pensó. *CRUEL*. Podía ser un millón de veces peor. Se había ahorrado tener que ver a su madre sucumbir a la Lllamarada, se había ahorrado la dura realidad del mundo exterior. Una muerte aterradora a manos de un Crank. Se había ahorrado mucha tristeza y mucho horror en su vida.

¿Y cuál era el precio? ¿Aburrimiento? ¿Algunos estudios y algunas pruebas? ¿Tener que lidiar con un puñado de adultos extraños que no siempre sabían cómo manejar chicos? Y ahí estaba, sentado con un grupo de amigos, bromeando, riendo, sintiéndose bien. Ah, y podían conseguir una cura. ¿Por qué no?

—¿Tommy? —era Newt, que lo sacaba de sus pensamientos—. Puedo ver cómo todo da vueltas allí arriba —se tocó el costado de la cabeza—. ¿Quieres compartirlo?

Thomas se encogió de hombros.

—No sé. Siempre pensamos... bueno, yo siempre pienso que *CRUEL* hizo algo

terrible al arrebatarnos de nuestras familias.

—Sí —dijo Alby, aunque la media sonrisa de su rostro mostraba que era probable que también hubiera considerado lo que Thomas estaba por decir a continuación.

—Pero no estoy seguro de que eso sea cierto.

—¿De modo que CRUEL no es malo? —preguntó Chuck, despabilándose. Había tanta esperanza en la voz del niño, que Thomas sintió algo de dolor.

Levantó los ojos hacia su grupo de amigos y luego miró a Chuck.

—Un hombre nos dio una vez un mensaje que nunca olvidaremos —señaló—. «CRUEL es bueno». Creo que nuestras vidas deben tener mucho más sentido del que podemos llegar a conocer. Pienso que no debemos olvidar que hay que mirar el panorama completo.

Ese sí que es un pensamiento profundo, comentó Teresa telepáticamente. *Te ves lindo*.

¡No! ¡Frente a los demás, no!, hizo todo lo posible por gritárselo, y sintió una pizca de orgullo al ver que ella se sobresaltaba levemente.

—Thomas, amigo —dijo Alby—, otra vez te quedas abstraído, con la mirada perdida como un idiota.

Tenía demasiadas cosas en la mente como para ponerlas en palabras.

—Solo pienso que tenemos que mirar las cosas con perspectiva. Estamos seguros, estamos cómodos, estamos bien alimentados. Estamos protegidos del clima y de los Cranks.

—Haces que esto suene como unas condenadas vacaciones —murmuró Newt.

—Podría ser mucho peor —argumentó Thomas—. Sin mencionar el pequeño detalle de que estamos tratando de ayudar a salvar a toda la raza humana.

—Y eso te incluye a ti, Newt —agregó Alby—. No quiero que un día te conviertas en un Crank y me ataques.

Ese comentario hizo que Newt recobrarla la seriedad. Incluso Teresa se veía triste. Thomas les había arruinado el momento a todos, a pesar de que había *intentado* mostrarse positivo acerca de toda esa dura experiencia.

Le echó una mirada a Minho, que se había mantenido callado durante un rato. Se encontraba sentado en un rincón, la espalda contra la pared, mirando al suelo. Captó la mirada de Thomas y se puso de pie.

—Inventen todas las fantasías que quieran acerca de CRUEL —afirmó—. Díganse a sí mismos que todo esto es por una buena causa, que nos tratan bien. Sin embargo, yo no me lo trago. Parece que soy el único que todavía sigue pensando en... —se detuvo en mitad de la frase y sacudió la cabeza—. Voy a regresar a la habitación. Nos vemos.

Se encontraba en la puerta y ya la había abierto antes de que tuvieran tiempo de recuperarse.

Alby consiguió hablar antes de que Minho desapareciera.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Minho estaba de espaldas al grupo, pero ni siquiera volteó la cabeza para contestar.

—Solíamos hablar de escapar antes de que aparecieran Thomas y Teresa —respondió—. Bueno, yo nunca dejé de pensar en ello. O de hacer un plan. Deberíamos estar aquí por nuestra propia voluntad y no por la de ellos. No deberían tratarnos como prisioneros. Espero que vengan conmigo, chicos. Cuando esté listo.

Después se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Fecha 226.11.12 | Hora 11.21 a.m.

ESA FUE LA ÚLTIMA VEZ QUE THOMAS OYÓ HABLAR DEL gran plan de fuga de Minho en seis meses. Durante ese tiempo, la vida fue divertida y fascinante. Aproximadamente una vez por semana, Teresa desplegaba sus habilidades con las cámaras de seguridad y se reunían en uno de sus dormitorios o, más frecuentemente, en la vieja sala de mantenimiento, muy por debajo de todo lo demás.

Y se trataba siempre del mismo grupo: Alby, Minho, Newt, Thomas y Teresa. Y, a veces, el pequeño Chuck, que se había convertido en la mascota del grupo. Era gracioso, inocente y crédulo, y se tomaba con calma todas las bromas. Se había convertido en el hermanito que habían perdido o, en el caso de Thomas, el que nunca había tenido.

A veces, contrabandeaban alimentos y comían mientras hablaban y reían. Después de algunos meses de esas reuniones nocturnas, casi habían olvidado el miedo que todos habían sentido. El miedo de que Randall o Ramirez aparecieran en cualquier momento y los enviaran otra vez a las fosas de los Cranks.

Tal vez, entonces, no habría verjas para protegerlos.

Se olvidaron de estar asustados y se sintieron seguros. Fue la mejor época de sus vidas.

DE ACUERDO, DIJO TERESA EN LA MENTE DE THOMAS. *Avísame cuando veas el destello de un solo punto rojo exactamente en el centro del techo.*

Copiado, respondió él.

¿Podrías dejar de decir eso, por favor?

Thomas contuvo la risa. Se encontraba rodeado por gigantescos muros de piedra que habían levantado los múltiples equipos de construcción alrededor de esqueletos de acero y fibra de vidrio. Por lo menos la mitad del laberinto estaba terminada y ya se veía espectacular. Mientras esperaba la señal de Teresa, trató de imaginarse cómo sería el lugar cuando estuviera concluido, especialmente con la tecnología de ilusión óptica colocada. La tecnología trabajaría junto a ciertas... importantes sugerencias provistas por los implantes en el cerebro de los reclutas para lograr que todo *pareciera* tres veces más alto, más amplio y más largo. Y ya era *grande* de por sí.

Aun cuando Teresa y él estuvieran ayudando en la creación de toda esa gran obra,

los supervisores de CRUEL no compartían demasiada información sobre cómo funcionarían exactamente las cosas, una vez que el laberinto comenzara a funcionar. Había oído muchas veces pronunciar la palabra *Variables*, y sabía que los psicólogos habían pasado años planeando esos experimentos de la zona letal.

También sabía que existiría un poco de severidad. Thomas y Teresa estaban lejos de ser estúpidos, y aprovechaban cada oportunidad para averiguar más acerca del proyecto en el cual estaban trabajando. Una vez, encontraron una hoja con una lista de *Variables* preliminares y hubo un par de cosas que les llamaron la atención. Palabras como *dolor forzado*, *ataque* y *eliminación del confort* estaban mezcladas con gran cantidad de escritos científicos que no siempre tenían sentido.

Pero las cosas se estaban moviendo hacia delante, aunque con un poquito de retraso. Un día, tal vez con solo unos pocos años de estudios e investigación intensos, CRUEL tendría la cura. Y Thomas siempre podría decir que había sido una gran parte de esa tarea. Había comenzado a repetírselo a sí mismo muy a menudo. Era fácil y lo hacía sentir mejor.

¿En serio no lo has visto todavía?, preguntó Teresa, enviando una descarga de fastidio junto con sus palabras.

¡Ah! Lo siento. Últimamente, estaba siempre perdido en sus pensamientos. Sí, sí, hay un punto rojo y brillante, casi justo arriba de mí.

¿Casi o está exactamente en el lugar correcto?

Ehh, bueno. De hecho, debe estar a unos tres metros. Y, mmm, tal vez haya unos diez más que están borrosos y dispersos. Lo siento.

Tenía que ser uno. Solo un punto rojo y en el centro.

Tom, tenemos que lograr que esto quede bien antes de poder pasar a otro proyecto. Y ya estoy harta de este.

Dímelo a mí. Tengo un dolor terrible en el cuello de estar mirando hacia arriba todos estos errores.

Teresa lo ignoró, había aprendido que esa era la mejor manera de responder a sus malos comentarios sarcásticos.

Lo intentaré otra vez.

Llevaban en esa tarea al menos dos semanas, probando y fallando, probando y fallando. La señorita McVoy les había asignado el Proyecto Cielo y su trabajo era programar y ajustar los sistemas para que les pareciera un cielo normal a los que estaban debajo. El cielo azul, el cielo nocturno, las estrellas, el recorrido del sol, todo. Thomas estaba ansioso por ver el resultado en todo su esplendor.

Pero primero, Teresa y él tenían que lograr el equilibrio correcto. Sospechaba que CRUEL sabía que habían estado hablando por telepatía antes de que les hubieran comunicado «oficialmente» que podían hacerlo y «enseñado» cómo usar la técnica, pero nadie decía nada. Supuso que les resultaba beneficioso que ellos ya hubieran dominado la telepatía, ya que la comunicación instantánea los volvía ideales para ese tipo de proyectos, que parecían ser abundantes.

Teresa estaba proyectando un punto rojo desde miles de fuentes diferentes alrededor de la vasta superficie interna de la caverna del laberinto, y hasta que Thomas no lo viera como un punto único, en una posición específica, los técnicos no podían seguir adelante con la proyección del software.

Media hora después, Teresa lo intentó de nuevo. Esta vez, solo había seis puntos rojos, y el más grande de todos se encontraba a solo un metro o un metro y medio del centro. Estaban muy cerca.

Terminemos esto mañana, dijo Thomas después de hacer la prueba. *Tengo que dormir una siesta antes de nuestra reunión con los muchachos.*

Bueno.

Solo una palabra y pronunciada en voz baja, pero igual sonó exhausta.

SE ENCONTRARON EN LA SALA DE MANTENIMIENTO aproximadamente a la una de la madrugada. Aunque Thomas había dormido unas buenas tres o cuatro horas, todavía se sentía grogui cuando Minho comenzó a pasar un horrible brebaje que le hizo arder la garganta. Alby tenía una bolsa gigante de patatas fritas, robada nadie sabía de dónde, pero ninguno se molestó en preguntar. La salada y crujiente generosidad de cada bocado era especialmente potente a esa hora tan tardía. Chuck comió mucho más de lo que le correspondía.

—Esta noche invité a un chico nuevo —dijo Minho, menos de diez minutos después de que se habían instalado para engullir la comida chatarra.

La mano de Thomas se quedó congelada a mitad de camino hacia la boca, sosteniendo una tentadora papita y a punto de darle un mordisco. Teresa se inclinó hacia delante, Newt enarcó las cejas y Alby dijo simplemente: «¿Disculpa?». Chuck no se detuvo ni un segundo y continuó comiendo como si la cura para la Llamarada dependiera de eso.

Minho, viendo la manera inesperada en que habían recibido su declaración, se puso de pie y agitó el brazo, como diciendo que no era algo muy importante.

—No hay nada de qué preocuparse, chicos. Parece un tipo bastante bueno —dejó de hablar, aunque sus ojos mostraban que tenía mucho más para decir.

—¿Bastante bueno? —repitió Teresa—. ¿Ese es el criterio actual para confiar nuestro secreto a alguien nuevo?

La seguridad y el pavoneo que había demostrado Minho solo veinte segundos antes, se esfumaron súbitamente.

—Se llama Gally. Y, es, eh... ¿Recuerdan el plan ese del que les hablé? ¿Para escapar?

Thomas sintió que se le oprimía un poco el corazón. Había supuesto que la idea de Minho había sufrido una muerte rápida y duradera. O, más bien, había *esperado* que eso sucediera.

—Sí, lo recordamos —dijo Alby—. También recordamos las fosas de los Cranks,

las camas donde dormimos, la comida que nos dan y las paredes que nos protegen del manicomio al que llaman mundo. ¿Qué intentas decirnos?

—Gally me ayudará —respondió Minho, echando una mirada tímida alrededor de la sala—. Debería llegar en cualquier momento.

Con una sincronización aparentemente perfecta, alguien golpeó la puerta apenas Minho hubo terminado la frase.

Fecha 226.11.13 | Hora 1.34 a.m.

APENAS ENTRÓ GALLY A LA HABITACIÓN, THOMAS SINTIÓ lástima por él. El chico no tenía nada por lo cual se destacara: cabello negro, alto y delgado, piel blanca. Tenía unos dientes horribles, pero eso no era algo muy inusual. Thomas no podía recordar haber ido alguna vez al dentista.

Aun así, había algo en Gally que lo volvía... patético. Los ojos, tal vez. En su mirada se podía ver que algo se había roto en su interior, mucho tiempo atrás.

—Chicos, les presento a Gally —indicó Minho—. Gally, te presento a los chicos. Algunos ya lo conocen o, al menos, lo han visto por el lugar. Estoy seguro de que todos nos llevaremos de maravillas.

—Buena esa —dijo Newt.

Gally les hizo una amable inclinación de cabeza a todos, un sincero intento de sonreírles. Thomas y sus amigos se esforzaron por devolverle el saludo.

Después de un incómodo y prolongado silencio, Alby preguntó exactamente lo mismo que daba vueltas en la cabeza de Thomas.

—¿Y de qué manera se supone que Gally te ayudará con ese estúpido plan de fuga?

—Dejaré que él se los diga —respondió Minho, dándole un golpe en la espalda al chico nuevo.

El muchacho se aclaró la garganta.

—Yo trabajo afuera con otros dos chicos. Hacemos más que nada tareas de jardinería: cortamos la maleza, quitamos la nieve cuando hay alguna tormenta ocasional, tratamos de hacer que crezcan los arbustos y las flores. Pero también hago trabajos de electricidad, mantenimiento, lo que sea. Los tres trabajamos bajo las órdenes de un sujeto llamado Chase.

—¿Y de qué manera los ayudará eso? —lo apresuró Alby, dejando en claro lo que pensaba de un plan de fuga—. ¿Llevarás a Minho hasta el bosque en una carretilla?

Newt dejó escapar una risita y luego se contuvo.

—Lo siento —masculló.

Gally, en vez de ofenderse, también rio.

—Si alguien va a ir en carretilla, ese seré yo. Minho está en deuda conmigo.

—¿Por qué? —preguntó Teresa.

Minho respondió.

—Porque él es la única garantía de que esto funcione.

Todos miraron a Gally, esperando una explicación. Todos excepto Chuck, que se había quedado dormido en el suelo, un sucio trapeador como almohada.

—Chase no es el tipo más inteligente de CRUEL, podríamos decir —al hablar, Gally tenía la mirada clavada en el suelo y Thomas no sabía cómo interpretar esa actitud—. Ya llevo semanas preparando algunas cositas, cositas que ayudarán a alguien a pasar las medidas de seguridad. A decir verdad, CRUEL confía en la amenaza de los Cranks y en el estado del mundo como para impedir que intentemos nada. Es mucho más difícil *entrar* en CRUEL que salir.

—¿Y qué rayos planeas hacer una vez que estés afuera, en medio de Alaska? —preguntó Teresa—. ¿Alquilar un auto e ir a buscar un lindo apartamento en Juneau?

—Viejo, cómo les gusta ser sarcásticos —comentó Gally—. ¿Acaso creen que soy estúpido? ¿Solo porque no me escapo por las noches y hago fiestitas con los artículos de limpieza?

—Tranquilo, Gally —le advirtió Minho.

Gally levantó los brazos.

—¡Ellos son los que tienen que madurar!

—¡Ey! —gritó Alby—. No vengas aquí para hacerte el engreído. Nosotros no te invitamos.

—Suficiente, me voy —dijo Gally mientras caminaba hacia la puerta. Minho saltó delante de él y le puso la mano en el pecho. Gally se detuvo.

Minho echó una mirada a sus amigos.

—Vamos, chicos. ¿Pueden confiar en mí? ¿Por qué creen que esperé meses para hacer esto? Porque soy paciente y *no* estúpido. Gally descubrió la manera de comunicarse con un primo de Canadá, que vive cerca de la frontera. Usó los códigos de Chase para el respondedor. Tendremos gente esperándonos en el bosque, a pocos kilómetros. Ya están listos.

Thomas no podía creer lo que estaba escuchando. Minho hablaba en serio. A pesar de estar mucho mejor que el resto del mundo, quería irse de ahí.

—¿Por qué? —preguntó Thomas. Esas dos palabras captaron la atención de todos—. Dinos *por qué*, Minho. Sabemos que no eres estúpido y estoy seguro de que Gally tampoco. Pero ¿por qué quieren irse?

—Porque somos prisioneros —contestó Minho—. Porque nos retienen aquí contra nuestra voluntad. No necesito más razón que esa.

—¡Pero en el exterior no estarás ni la mitad de bien de lo que estamos aquí! —exclamó Teresa casi con un grito—. ¿Y cómo puedes negarte a ayudar al mundo?

Por primera vez desde que se habían conocido, pareció que a Minho no le agradaban demasiado sus amigos.

—Supongo que tenemos distintas filosofías —respondió—. Si no pueden entenderlo, allá ustedes. No estoy de acuerdo en que me quiten la libertad sin preguntarme antes.

—Lamento que hayamos empezado mal —intervino Gally—. Supongo que estoy nervioso por estar aquí abajo. Pero les prometo que este plan puede funcionar —miró a todo el grupo y agregó—: ¿Alguno viene con nosotros?

Sus palabras chocaron contra un silencio sepulcral.

—¿Cuándo? —preguntó Newt rompiendo la calma.

Minho y Gally contestaron al mismo tiempo.

—Mañana por la noche.

Fecha 226.11.14 | Hora 3.17 a.m.

FUERON A BUSCARLO UNAS HORAS ANTES DEL AMANECER.

Randall, el doctor Leavitt y Ramirez: los tres mosqueteros. A pesar de su aturdimiento, sabía que el hecho de que vinieran los tres juntos significaba que algo realmente malo había sucedido... o estaba a punto de suceder. Estuvo de pie pocos segundos después de que lo sacudieron para despertarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó Thomas.

—Tengo el presentimiento de que sabes muy bien qué sucede —respondió Randall, la voz fuerte y nítida en la quietud de la noche—. Y es por eso que vendrás con nosotros, ahora mismo. Necesitamos tu ayuda.

Comenzó a formular otra pregunta, pero el doctor Leavitt lo interrumpió de inmediato.

—Vamos, Thomas. Todo estará bien. Solo haz lo que se te dice.

—Rápido —agregó Ramirez; era la primera vez que Thomas había escuchado hablar al jefe de seguridad.

LOS TRES HOMBRES ESCOLTARON A THOMAS A TRAVÉS DEL edificio, sujetándolo del brazo al doblar por el pasillo o salir del elevador, aun cuando él no necesitara que lo hicieran. No lo trataban con dureza, pero estaban claramente apresurados.

Se detuvieron al llegar a una puerta completamente blindada. Ramirez presionó la yema del dedo contra un panel de vidrio y dijo su nombre. La puerta se abrió. Randall le dio un empujoncito a Thomas para que la atravesara.

El chico quería respuestas, pero decidió aguantarse y permanecer callado. Randall se estaba comportando más amablemente que la noche de las fosas de los Cranks y no quería obligarlo a cruzar ningún límite que no estuviera dispuesto a atravesar aún.

Recorrió con la mirada la habitación a la que había entrado. Era nueva para él, parecía un centro de control de seguridad. Había una gran pared llena de monitores que mostraban todo: desde las habitaciones médicas a los dormitorios comunes, hasta el avance de la construcción del laberinto. Extrañamente, las transmisiones de los videos del laberinto se movían nerviosamente, como si las cámaras estuvieran sujetas en la espalda de gatos muy enojados. Enclavada en el centro de la sala, de frente a los

monitores, había una plataforma equipada con más pantallas y varias sillas colocadas detrás, en posición elevada. Había dos guardias sentados ahí, la vista fija en un monitor hacia el lado derecho de la pared.

Thomas se acercó a mirar y se sintió desfallecer. Mostraba a Minho en una pequeña habitación, amarrado a una silla —las cuerdas clavadas en la piel—, el rostro herido y ensangrentado. Miraba fijo a la cámara, decidido, y su expresión firme hizo sentir a Thomas un poquito orgulloso. Y un poquito avergonzado. No había querido que Minho escapara y, de hecho, dudaba de que fuera a intentarlo.

—Duele decirlo —comentó Randall—, pero parecería que tu amigo no aprendió de su último intento de ir al exterior. Supongo que fuimos demasiado buenos con él, con todos. Ahora no tenemos otra opción que reforzar las cosas. ¿Estás de acuerdo?

Thomas miró a Minho y él le devolvió la mirada. ¿Podía tratarse de una cámara bidireccional? Súbitamente, se sintió cohibido.

—Es probable que el silencio no sea la mejor opción para ti en este momento —dijo el doctor Leavitt—. Siéntate y hablemos. Minho y Gally son chicos que piensan que están por encima de los otros que sí hacen el esfuerzo de ayudarnos, y es por eso que tenemos que encargarnos de ellos de manera especial. Con suerte, podrás aprender algo observando.

Ramirez puso la mano en el hombro de Thomas y lo ayudó amablemente a sentarse entre los dos guardias.

—Pueden retirarse —dijo Randall.

Por un instante, Thomas pensó que se refería a los tres, lo cual habría sido realmente extraño, dado que acababan de hacerlo sentar. Pero pronto resultó claro que estaba equivocado cuando los dos guardias se levantaron y se marcharon.

Ramirez se sentó a su izquierda y el doctor Leavitt, a su derecha. Randall se colocó en el espacio entre los controles y los monitores, y luego juntó las manos en la espalda, como si fuera a dar una conferencia.

—Thomas —comenzó—, seamos sinceros. Sabes que hemos estado observándolos a ti y a tus amigos en sus reuniones nocturnas, ¿correcto? Podrás ser joven, pero eres demasiado inteligente como para pensar que habían encontrado la manera de engañarnos.

Thomas abrió la boca y luego la cerró. Al menos, había tenido la *esperanza* de que eran más astutos que ellos. No sabía por qué habían permitido que continuaran reuniéndose, pero mientras lo pensaba, entendió que había sido una expresión de deseo. Asintió.

Randall colocó las manos en el borde exterior de la plataforma de control y se inclinó hacia delante, más cerca de Thomas.

—Escucha —dijo—. No estamos aquí para darte una paliza por el error de Minho. En todo caso, pudimos comprobar que la mayoría de ustedes intentó disuadirlo. Pero hay lecciones realmente valiosas que aprender de todo esto, y aprovecharemos la situación.

Deseó desesperadamente que el hombre explicara todo de una vez.

—Vas a sentarte con nosotros y mirar cómo le damos una lección a Minho. Para ser francos, necesitamos testigos. Necesitamos que corra la voz. No podemos dejar que algo así vuelva a ocurrir. Nuestros reclutas deben saber que los actos tienen consecuencias.

—¿Qué le van a hacer? —gritó Thomas, realmente atemorizado por su amigo.

Randall se sobresaltó ante el repentino grito y luego continuó, como si no hubiera escuchado la pregunta.

—Después de hacer esto, traeremos a Teresa y haremos que lo observe. Lo mismo con Aris y Raquel en la sala de control del Grupo B. Pero queremos que todos estén solos, que tengan sus propias reacciones y que no estén influenciados por sus amigos.

—También es un gran paso en otra dirección —agregó el doctor Leavitt—. A juzgar por el ritmo que llevamos, faltan solamente uno o dos años para las Pruebas del Laberinto, ¿y esto? —abarcó la sala con un gesto—. Esto es algo que verán muy a menudo una vez que pongamos la primera tanda de reclutas en los laberintos. Así que tómate este pequeño ejercicio como práctica. ¿Te parece bien?

Thomas permaneció en silencio. A veces, podían tener una actitud tan paternalista.

—¿Thomas? ¿Te parece bien? —repitió Leavitt.

Sentía una furia tan fuerte que apenas lograba contenerla, como un fuego que busca oxígeno desesperadamente. No entendió cómo, pero, de alguna manera, consiguió mantenerla en su interior.

—Sí, me parece bien —masculló.

Randall señaló una pantalla que no era la de Minho. Allí pudo ver un extraño recipiente ovalado. Tenía una larga ranura de un lado y bisagras del otro. Parecía el ataúd de un extraterrestre gordo y acaudalado.

—¿Qué es eso? —preguntó, cayendo en la trampa. La curiosidad a menudo lo vencía.

—Son cápsulas —contestó Randall—. Cápsulas para una criatura biomecánica que las fuerzas armadas nos ayudaron a diseñar. Por el momento, los llamamos Penitentes. Todavía están en las primeras etapas de desarrollo, pero se avanzó mucho en esta última serie. Creo que estamos a solo dos o tres modificaciones de tener a nuestro perfecto monstruo del laberinto.

A Thomas lo tomó tan de sorpresa la declaración aparentemente sencilla, que pudo imaginarse la ridícula expresión que debía tener en el rostro. Cerró la boca y se obligó a parpadear varias veces.

—¿No era lo que esperabas? —preguntó Randall.

—Yo... yo no... ¿Lo que esperaba? —se quedó sin palabras—. ¿De qué hablas? ¿Criaturas biomecánicas? ¿Monstruos en el laberinto? ¿Cómo las llamaste? ¿Penitentes?

Ramirez habló con voz clara.

—Te enterarás de todos los detalles pronto. Honestamente, no teníamos intenciones de compartir esto contigo por un tiempo, pero surgió esta oportunidad y, bueno... Te diré, como alguien que estuvo en el comité al mando del desarrollo de estas armas vivientes, que son un éxito desde todo punto de vista.

—Resumiendo —agregó Randall—, si vamos a entender cómo funciona la mente de los Munis a pesar de haber contraído la Lllamarada, tenemos que ser capaces de estimular en ellos toda clase de actividades cerebrales y de sentimientos conocidos por los seres humanos. Una vez que comencemos con las Pruebas del Laberinto, estas criaturas ayudarán mucho en ese sentido. Deberías ver los informes de los psicólogos. Son muy interesantes.

Thomas sintió como si una sombra negra hubiera pasado por encima de él. Una sombra que hubiera absorbido la vida del aire y el oxígeno de sus pulmones. Todo lo que esos hombres le estaban contando... empeoraba segundo tras segundo.

—Continuemos con esto —dijo Randall. Se estiró y oprimió algo—. Adelante, Alice. Abre la cápsula.

Thomas observó cómo se abría la ranura que recorría la cápsula ovalada. Con un silbido, chorros de vapor brotaron de la abertura, oscureciendo la visión nítida del receptáculo. La habitación de la pantalla se llenó de remolinos de niebla. Thomas echó un rápido vistazo a la pantalla de Minho y el verdadero horror de lo que estaba a punto de suceder se tornó evidente. Su amigo había apartado finalmente la vista de la cámara y miraba ansiosamente hacia la derecha. Desde esa parte de la pantalla, la niebla se deslizaba en espirales a través del piso.

Thomas se levantó, tenía la piel fría.

Minho se hallaba en la misma habitación que la cápsula que acababa de abrirse.

Fecha 226.11.14 | Hora 5.52 a.m.

—¡DETÉNGANLO! —GRITÓ THOMAS—. ¡DETENGAN A ESA... cosa! —su imaginación se había desbocado, tratando de imaginar qué cosa terrible estaba a punto de develarse—. Ya entendí, ¿de acuerdo?

—¡Siéntate! —rugió Ramirez desde atrás. Lo sujetó de los hombros y volvió a sentarlo violentamente en la silla. No sabía en qué momento el hombre se había levantado de su asiento.

Randall apartó la vista de la pantalla llena de neblina.

—Si no reaccionamos ante las amenazas —explicó—, ¿cómo lograríamos controlar este experimento? Si permitimos que la gente escape, o intente hacerlo, sin que haya consecuencias, ¿qué mensaje les estaríamos dando a los demás reclutas? Minho tomó una decisión. Ahora los hechos tienen que desarrollarse de la manera que corresponde.

—Por favor —susurró Thomas, sintiendo que ya se le había agotado la fuerza para pelear. Minho (el Minho duro, inquieto y siempre bromista) tenía una expresión de tanto terror en el rostro que ya no pudo soportar seguir mirando y desvió su atención hacia la cápsula.

La neblina se había disipado lo suficiente como para mostrar el interior del contenedor. Las dos mitades estaban abiertas y apoyadas en el suelo. Mudo, Thomas se quedó mirando lo que comenzó a trepar hacia afuera.

No importaba lo que hubiera esperado, nunca podría haber soñado lo que vio a continuación. Era imposible definir su forma; la criatura era húmeda y brillante, parches de cabello cubrían partes de su superficie. Pero también tenía metal: lanzaba destellos desde sus extremidades de acero y unos discos filosos se proyectaban hacia afuera de la masa temblorosa. Thomas observó a la espantosa criatura pasar por encima de la tapa del receptáculo y caer estrepitosamente en el piso, dejando al descubierto un cuerpo semejante a una babosa del tamaño de una vaca pequeña.

Se estremeció al ver... las maniobras que realizaba ese monstruo abominable. Dirigió la mirada hacia Minho, que tironeaba con fuerza de sus ataduras mientras gritaba sin emitir sonido. Estaba envuelto por la niebla, que ahora permanecía en el fondo y se iba desvaneciendo hacia el techo.

Thomas perdió el escaso control que le quedaba.

—¡Detengan a esa cosa! —aulló poniéndose de pie. Al instante, Ramirez estuvo

junto a él y lo sentó de nuevo de un empujón—. ¡No pueden hacer esto!

Randall echó una mirada por encima del hombro —había estado mirando a Minho atentamente— y observó a Thomas con expresión cansada.

—No tenemos alternativa —dijo con sencillez.

¡Teresa!, gritó dentro de su mente. *Tienes que hacer algo. ¡Ataron a Minho a una silla y... hay una... «cosa», un «monstruo», que está a punto de atacarlo!*

Esta vez, sintió que las palabras de su mente tenían algo extraño, hueco. Como si hubiera una barrera invisible y todo lo que él decía rebotara y volviera a él.

Por supuesto, pensó. Por supuesto que CRUEL puede apagarlo. Ellos pueden hacer lo que diablos quieran.

Minho continuó forcejeando y gritando. Consiguió mover la silla deslizándola hacia atrás hasta que chocó contra la pared que estaba más lejos del Penitente. En el lado izquierdo de la pantalla, algo emitió un destello. Una masa amorfa se arrastraba por el suelo mediante púas y, justo antes de estamparse contra Minho, se detuvo y las púas de metal se retrajeron dentro de la piel.

Thomas estaba desesperado al ver a uno de sus amigos al borde de sufrir heridas severas... o hasta quizás de morir.

—¡Randall! —le rogó—. ¡Escúchame! Por favor... detén esa cosa. ¡Detenla! ¡Escucha lo que tengo para decir! Déjame hablar, y si después no cambias de opinión, la enciendes otra vez. *Por favor.*

Una parte del cuerpo de la criatura se levantó y, donde habían estado las púas, se extendieron varios trozos de metal. Eran sólidos y estaban cubiertos de objetos mortales: cuchillas, sierras y garras que se abrían y se cerraban bruscamente. Casi llorando, Thomas observó cómo las armas, muy lentamente, se dirigían hacia el cuerpo de Minho.

Inspiró profundamente y trató de adoptar una estrategia más calma.

—Por favor, Randall. Minho es demasiado valioso. Si no detienes esa cosa, no te ayudaré más. En nada. No me importa qué vayan a hacerme.

La criatura se había levantado sobre sus patas traseras y estaba casi un metro por encima de la cabeza de su amigo. Los brazos de metal, que se habían extendido desde su piel, envolvieron a Minho y lo inmovilizaron contra la pared en la cual se había apoyado.

—Randall —dijo Thomas, luchando por permanecer calmó—. Ve a buscar a la doctora Paige. A los psicólogos. Ve a buscar al ministro. ¡Tráelos a todos! Ellos me necesitan y necesitan a Minho. Tiene demasiado potencial para colaborar en las pruebas como para desperdiciarlo así.

El monstruo alzó el apéndice con la sierra; la hoja cobró vida y el brazo se acercó lentamente a la frente de Minho, que ya había apoyado la cabeza contra la pared. El rostro del muchacho se contrajo con genuino terror.

—¡La última oportunidad! —gritó Thomas—. Si él muere, yo también podría...

Se interrumpió abruptamente cuando Randall presionó otra vez el botón de

llamada.

—Pausa —ordenó con un tono levemente urgente, como si hubiera permitido que llegara demasiado lejos, como si fuera demasiado tarde para detenerlo.

La criatura se paralizó y Thomas exhaló una gran bocanada de aire mientras temblaba. Se volvió a sentar bruscamente y dejó caer la cabeza entre las manos. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no estallar en llanto.

—Míralo, por favor —dijo Randall en voz baja—. Mira la pantalla.

Levantó la cabeza y observó el monitor de Minho.

—¿Ves eso? —preguntó. Él también estaba mirando a Minho. La criatura envolvía al chico, casi como una manta—. ¿Acaso no te dije que estábamos muy cerca, que teníamos casi desarrollado al soldado perfecto?

Thomas no veía nada más allá de su amigo, que se encontraba literalmente a centímetros de la muerte, y de un hombre que parecía haber perdido el contacto con la realidad... si es que alguna vez lo había tenido.

—Supongo que no hace falta aclararlo —prosiguió Randall, su voz inspiraba un temor reverencial—, pero no debes olvidar nunca lo que viste aquí hoy. Es importante que entiendas el poder y el peligro de esas criaturas. El paradigma de tu empatía podría terminar siendo una de las piezas más importantes de nuestro rompecabezas.

A Thomas le resultaba difícil concentrarse en las palabras que el hombre pronunciaba. Lo único que podía hacer era observar a Minho y su semblante perlado de sudor. La hoja del cuchillo, aun cuando había dejado de acercarse, continuaba girando más rápidamente que nunca. Le resultaba difícil respirar, sabiendo que bastaría una palabra de Randall para terminar con la vida de Minho.

El hombre presionó otra vez el botón mágico y dijo:

—Ok, hazlo retroceder.

Segundos después, los brazos metálicos del Penitente se retiraron, se plegaron y se alejaron de Minho, retrayéndose en el cuerpo húmedo y grasiento. La criatura pareció disolverse en el suelo, en un bloque plano de carne, luego se enroscó en una bola redondeada y las púas de tracción se extendieron; finalmente, se impulsó hasta desaparecer rodando de la pantalla. Thomas dirigió la mirada hacia la pantalla siguiente y la criatura apareció girando hasta que llegó a la cápsula, retrajo las púas y volvió a meterse lentamente en su interior. La tapa de la cápsula comenzó a cerrarse aun antes de que la criatura hubiera desaparecido dentro del contenedor. Después de unos segundos y un siseo de vapor, la cápsula se cerró y la quietud retornó.

Thomas volvió la mirada a Minho, esperando ver que algún atisbo de su rebeldía hubiera retornado a él.

Pero no esta vez.

Tenía la cabeza baja y su cuerpo se sacudía entre sollozos. Thomas dejó caer la cabeza con tristeza. Estaba completamente confundido, tratando de entender lo que acababa de ver.

—Vamos a llevarte de vuelta a tu dormitorio —dijo Randall—. Todavía hay tres

reclutas más que tienen que contemplar lo que acabas de ver. Si yo fuera tú, anotaría lo que te resultó importante de lo que aprendiste hoy.

Thomas se sintió desconcertado.

—Un momento... ¿Qué dijiste?

Randall lo ignoró.

—¿Supongo que te das cuenta de que nunca habríamos permitido que el Penitente lastimara a Minho y mucho menos que lo matara? Eres suficientemente inteligente para entender eso, ¿verdad? Solo queremos que todos aprendan una valiosa lección: hay que respetar las reglas. No salir al exterior y ni hablar de abandonar el complejo de CRUEL... Ahora conoces cuáles son las consecuencias.

—Pero... —Thomas estaba tan alterado que no lograba armar la pregunta que quería formular.

El doctor Leavitt intervino.

—No te preocupes por la reacción que tuviste hoy, Thomas. Fue bastante parecida a lo que esperábamos, y no se nos pasó por alto la pasión con que trataste de salvar a tu amigo. Te digo algo, los psicólogos se harán un festín con esto. Hay muchísima información para analizar.

Finalmente, Thomas comprendió lo que el hombre decía.

—¿Qué quieres decir con eso de que hay tres reclutas más a quienes mostrarles... esto? —señaló todas las pantallas que tenía adelante, la plataforma de control, el techo—. ¿Hablas de una grabación, *verdad*? —el segundo siguiente pareció estirarse eternamente. *Por favor, por favor, por favor*, pensó. *Dime que sí, que lo grabaste*.

—Lamento decirte que la respuesta es «no» —contestó Randall—. Es más efectivo si Minho tiene que experimentarlo otra vez —suspiró—. En tantos aspectos.

THOMAS SE ESTIRÓ, GOLPEÓ EL BOTÓN DEL DESPERTADOR y dejó caer el brazo al costado de la cama. Odiaba el despertar en los días posteriores a las reuniones en la sala de mantenimiento; hasta era posible que odiara la alarma más que una casa llena de Cranks. Y de Cranks *hambrientos*.

Pero sí disfrutaba esos diez minutos después de pegarle al despertador, antes de que la alarma atronara nuevamente. Era como la gratificación extra de cada mañana.

Contento, volvió a acurrucarse, aunque solo fuera por poco tiempo.

No había visto a Minho por más de un año, aun cuando el muchacho hubiera sobrevivido al castigo con el Penitente. Bueno, al menos físicamente. Alby decía que mentalmente, emocionalmente... Minho estaba distinto. Ya no era tan locuaz ni temerario, y definitivamente nunca más había vuelto a mencionar la palabra *escapar*. Es cierto que el paso del tiempo puede curar muchas heridas, pero por la manera en que Alby describía a su amigo en común, Minho necesitaría unos veinte años más.

Los otros miembros del clan de la «sala de mantenimiento» se reunían una vez por semana. Todos menos Minho. No había aparecido ni una vez desde aquel día funesto y Newt decía que ni siquiera consideraba la posibilidad. Era apenas una sombra de la persona que alguna vez habían conocido. Thomas estaba terriblemente apenado. Minho le había caído muy bien y todo lo que tenía que ver con su situación le resultaba muy injusto. ¿Quién podía culparlo por reaccionar de esa manera después del horroroso espectáculo al que CRUEL denominó su *castigo*?

Thomas creía en la cura... al menos, eso se repetía a sí mismo. Pero que CRUEL los tratara como ratas de laboratorio... A veces, eso transformaba su tristeza en furia. A menudo, tenía que arrodillarse junto a la cama y golpear el colchón con ambos puños hasta que se desplomaba de cansancio. Quería que todo terminara, tener una cura lista; hacía todo lo que estaba a su alcance para mantener una actitud positiva al respecto. La doctora Paige repetía que siempre llegaba información y que era abundante.

Tal vez, y solo tal vez, el final ya estaba a la vista, por más lejano que se encontrara el horizonte.

Teresa y él ya casi habían terminado su tarea en el laberinto, que estaba ligeramente retrasado con respecto al ritmo del Grupo B, por lo que les habían dicho. Pero eso era todo. A Thomas cada vez le resultaba más difícil *creer* en ellos. CRUEL

continuaba manteniéndolos aislados, de modo que dependía de los últimos chismes de Alby, Newt y de su fuente más abundante: Chuck. El cerebro de ese niño parecía una esponja; absorbía los comentarios más pequeños que escuchaba tanto en persona como en secreto. Podrían burlarse de él despiadadamente, pero cuando Chuck hablaba, todos lo escuchaban.

Los diez minutos de felicidad diaria terminaron en una mezcla disonante de sonidos de bocina cuando la alarma volvió a sonar. La odiaba más que a las llamaradas solares.

LA DOCTORA PAIGE SE PRESENTÓ CON EL DESAYUNO, puntualmente. ¿Hacía cuánto tiempo que conocía a esa mujer? Seguro más que a su propia madre. Por varios años. Y ese día percibió algo distinto en sus modales, algo distinto en su sonrisa. Un dolor detrás de la brillante inteligencia que siempre mostraban sus ojos.

Quería preguntarle cuál era el problema, pero su relación nunca había conseguido recomponerse del todo luego de lo que CRUEL le había hecho a Minho. Aun así, de todas las personas que trabajaban allí, en el puesto que fuera, la doctora Paige era la que más le agradaba de todas, y tenía que luchar para mantener algún tipo de muro entre ellos. Aunque fuera un muro muy angosto, y la argamasa que lo mantenía en pie había comenzado a agrietarse.

—¿Cómo estamos hoy? —preguntó la mujer una vez que hubo colocado el desayuno en el escritorio—. Es un día de trabajo, ¿no?

Thomas asintió y luego se sentó a comer. Normalmente, hablaban un poco sobre cómo iban las pruebas, las clases, los avances en los laberintos, etcétera. Pero, antes de que pudiera comer un bocado de los huevos, la doctora Paige se dirigió hacia la puerta. Acababa de abrirla y estaba a punto de salir al pasillo cuando Thomas la detuvo.

—Espera —dijo—. ¿Puedes volver a entrar un segundo?

La mujer hizo una pausa y emitió un profundo suspiro. No obstante, después cerró la puerta, regresó al escritorio y se sentó en la otra silla. Lo miró con ojos tristes.

Thomas no pudo resistirse: la curiosidad siempre lo vencía.

—No iba a preguntar —señaló—, pero... ¿hay algún problema? —durante un prolongado momento, sintió miedo. ¿Y si uno de sus amigos había muerto? Aunque no podía ser Teresa. Él tendría que haber sentido su ausencia, o sus últimos momentos. Habría tenido algún indicio.

—Thomas... —comenzó la doctora Paige. Echó una mirada alrededor de la habitación, como si literalmente fuera a encontrar las palabras pegadas en las paredes—. Estamos muy cerca de empezar a enviar reclutas a los laberintos —emitió una risa leve y volvió a mirarlo a los ojos—. Bueno, tú tendrías que saber eso mejor que nadie. ¿Cómo va tu trabajo allí dentro?

Se refería al esfuerzo de Teresa y Thomas en la caverna del laberinto.

—Va bien. Es bastante divertido. No lo sé.

—No suenas muy entusiasmado.

—Es que me ha resultado duro superar ciertas cuestiones. Hay secretos... cosas que no nos han dicho. Algunas cuestiones no parecen correctas. Y la gente podría ser más agradable. Como Randall, Ramirez, o el doctor Leavitt —le hizo bien desahogarse.

La doctora Paige cruzó las piernas y le echó una mirada de sincera preocupación.

—No sé si lo creerás, Thomas, pero yo misma he tenido que luchar también contra esas mismas cuestiones. Podría pedirte disculpas... pero me parece que eso no es lo que quieres oír.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Incluso el hecho de que nos llamen reclutas. A lo que me refiero es que somos seres humanos y no unos ratones —su voz se había vuelto un poquito más firme, pero Paige mantenía la calma y movía la cabeza como si comprendiera perfectamente.

—Creo que esto se reduce a dos cuestiones —explicó—. Primero, aun cuando todo lo que estamos haciendo en este momento tiene que ver con las Pruebas del Laberinto, eso no significa que los psicólogos no hayan estado buscando todas las oportunidades para tratar de localizar algunos paradigmas de la zona letal. Cada segundo de cada día es importante, como estoy segura de que comprenderás. Piensa solamente durante este momento en que hemos estado hablando, ¿cuántos cientos o miles de personas se han contagiado la Llamada en el mundo exterior? ¿Cuántas han muerto?

—Entonces ¿la solución de ustedes es... desquitarse con chicos? —preguntó Thomas, a pesar de que sabía que era una estupidez. Esas personas lo habían salvado de una muerte casi segura.

La furia brilló en el rostro de la doctora Paige.

—Thomas, este es un virus duro y brutal, al que se debe enfrentar... *usando* una determinación dura y brutal. Sería bueno... que dejaras de pensar lo duras que son las cosas para ti. No tienes idea... —su voz se apagó y una expresión de remordimiento ensombreció su rostro—. Lo siento. Lo... siento. ¡Maldición! La verdad es demasiado dura como para hablar de ella.

Se puso de pie, los ojos llenos de lágrimas. Pareció estar a punto de decir algo más, pero luego le dio la espalda a Thomas y abandonó la habitación, cerrando la puerta suavemente.

Fecha 228.04.03 | Hora 8.04 a.m.

THOMAS HABÍA TOCADO UNA CUERDA SENSIBLE. LA HABÍA hecho hablar con más sinceridad que nunca, y no pensaba desperdiciar la oportunidad, sin importar cuán sorprendido estuviera por ese repentino despliegue de emociones. Se levantó y salió tras ella.

La mujer caminaba apresuradamente por el pasillo, casi corriendo, de modo que tuvo que acelerar el paso para alcanzarla. La tomó del brazo para detenerla.

La doctora se desprendió violentamente del agarre y retrocedió un paso hasta chocar contra la pared. Respirando con dificultad, lo miró con algo parecido al disgusto. Sus ojos ardían de ira. Pero luego todo se esfumó y volvió a ser la misma doctora Paige de siempre: cariñosa, amable. Aunque la tristeza que teñía sus facciones casi hizo que Thomas le pidiera disculpas y regresara a su dormitorio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? —cuando ella se limitó a sacudir la cabeza, él insistió—: Todos los días me levanto y voy a trabajar para que en su gigantesco laberinto estén un poquito más cerca de poder comenzar las pruebas. No lloro ni me quejo: lo hago, y listo. Me mato trabajando, y lo mismo hace Teresa. Ambos sabemos cuál es el riesgo que corremos.

La doctora Paige asintió.

—Sí. Tienes razón. Lo siento.

—Pero eso es exactamente de lo que estoy hablando —prosiguió—. *Porque* tuvimos que crecer rápido, merecemos que nos traten como adultos. No como bebés ni como ratones en una jaula ni como idiotas. Todos queremos lo mismo. ¿Por qué no nos tratan como socios en vez de... reclutas? Minho, Alby, Newt, todos los que conozco aquí dentro colaborarían muchísimo más si ustedes nos demostraran un poco de respeto.

La doctora Paige ya se había recuperado de aquello que la había tomado por sorpresa. Se irguió serena como siempre, los brazos cruzados, los ojos penetrantes y posados en Thomas.

—Escúchame. Cuando estábamos en tu dormitorio, te dije que todo se reducía a dos cuestiones. Primero, algunos de estos episodios de lo que tú llamas *dureza*, de hecho, han sido planeados por los psicólogos. Hay formas de estimular los patrones cerebrales antes de llegar a las grandes pruebas en el interior de los laberintos. ¿De acuerdo?

No, no estaba de acuerdo. No le agradaba, pero al menos *era* una explicación.

—Bien. ¿Y la segunda cuestión?

—Estas personas son sobrevivientes, Thomas. Sé que eras pequeño, terriblemente pequeño, pero estoy segura de que recuerdas el aterrador estado del mundo después de que se propagó el virus y llegó hasta aquí. Las cosas no se suponía que...

Hizo una pausa, y algo en sus ojos le reveló a Thomas que había dicho algo que no tenía la intención de decir.

—Pero a lo que quiero llegar... El mundo se convirtió en un lugar de horror, muerte y locura. Por naturaleza... por definición... cualquiera que haya sobrevivido a esas primeras oleadas de puro terror tiene que estar un poco endurecido. Más duro de lo normal. Es lo que los ayudó a sobrevivir. Los débiles... o murieron, o pronto lo harán.

Thomas, algo perplejo ante la catarata de palabras, no supo qué decir.

—De modo que sí —continuó la doctora—. La mayoría de las personas que están aquí no son las más agradables. No tienen el tiempo ni la predisposición para preocuparse por los sentimientos. ¿De acuerdo? Han visto las profundidades del infierno afuera, en el mundo, y están dispuestas a hacer lo imposible para encontrar una cura y frenar esos horrores. Y tú tendrás que aceptarlo.

—De acuerdo —dijo Thomas, abrumado por todo lo que acababa de oír. El apasionado discurso de la doctora le había consumido cualquier deseo que pudiera tener de continuar la discusión.

—Ahora levanta el ánimo y ponte a trabajar —exclamó la mujer. La comisura de su boca se torció en una media sonrisa, que Thomas consideró que era lo mejor que podía pedir de esa mañana.

—Eso haré —respondió con el tono más huraño que encontró.

THOMAS CAMINABA A LO LARGO DE LOS CORREDORES DEL laberinto, orgulloso del avance que habían realizado durante los últimos meses. No podía atribuirse mucho mérito por las majestuosas paredes en sí mismas... La piedra gris y agrietada, las enredaderas que se extendían como las venas a través de la superficie, la auténtica magnitud de toda la caverna. Especialmente, el avanzado nivel de ingeniería que se necesitó para mover los muros, las cambiantes configuraciones del propio laberinto. Era increíble verlo, pero no tenía idea de cómo funcionaría... los ingenieros no eran las personas más amistosas del mundo y estaban demasiado ocupados como para extraerles información.

Pero muchos de los más mínimos detalles que lo rodeaban —las pequeñas cosas que realmente conseguían que el lugar cobrara vida y pareciera real— se debían a los incansables esfuerzos de él y de Teresa.

Estaba pensando en todo lo que habían hecho mientras doblaba una esquina y recorría una larga franja del laberinto. Incluso los doctores, psicólogos y técnicos de

CRUEL estaban sorprendidos de lo valiosa que había terminado siendo la telepatía. No solo podían comunicarse instantáneamente, sino que también habían mejorado mucho en la percepción de los sentimientos del otro, anticipando sus pensamientos, entendiendo cuestiones que era imposible expresarlas. Cuando intentaba explicarlo, nadie le creía realmente, de modo que había dejado de intentarlo hacía mucho tiempo.

¿Ya estás ahí?, le preguntó Teresa desde el centro de control.

Dame un segundo, respondió. *Estoy disfrutando de nuestra obra*. Levantó la vista hacia el cielo intensamente azul, el sol asomaba levemente por encima del alto muro de piedra a su izquierda. Perfeccionar el cielo propiamente dicho les había tomado incontables días de minucioso esfuerzo, pero ver el resultado final —ver ese hermoso cielo que parecía tan real—, le hacía olvidar lo duro que había sido.

Desde atrás, se aproximó el sonido de un traqueteo de patitas metálicas y supo qué era. Las cámaras de los escarabajos, que ahora se encontraban diseminadas por todo el complejo, listas para registrar hasta el más mínimo hecho que sucediera durante las pruebas. Pensaba ignorarlo hasta que uno le saltó a la parte de atrás de la pierna y trepó por su cuerpo.

—¡Ahh! —aulló y dio un salto en el aire mientras se retorció y extendía el brazo hacia atrás, tratando de darle un rápido manotazo a la criatura. Mientras giraba en círculo, el escarabajo corría deprisa por su ropa y le pinchaba la piel con sus patitas filosas. Llegó hasta su cuello, se aferró a su piel y le clavó las patas hasta que le dolió.

¿Qué estabas diciendo?, preguntó Teresa. Sintió hasta la más mínima pizca de ironía que había en su tono de júbilo. *Es increíble el baile que estás haciendo allí abajo. No te preocupes, lo tengo grabado, listo para mostrárselos a Newt y a los demás la próxima vez que nos juntemos*.

—¡No es gracioso! —gritó en voz alta. El escarabajo estaba incrustando la cabeza en su oído, justo en un sitio que dolía terriblemente. Por fin, consiguió sujetar el cuerpo metálico y arrojar lejos a la criatura, que aterrizó sobre sus patas, salió correteando velozmente y desapareció dentro de la enredadera de la pared a su derecha.

Tú ganas, dijo Thomas. *Ya voy*. Trató de no sonreír, pero no pudo evitarlo.

La próxima vez te enviaré un Penitente, agregó Teresa. *O peor... a Randall*.

Thomas sonrió y Teresa también, una de las cosas que él sabía y sentía sin entender cómo.

Muy bien, aquí estoy. Había llegado al final del corredor, que tenía una caída de unos seis metros hacia un piso pintado de negro. Esa era una de las zonas extrañas dentro del laberinto, donde la tecnología de ilusión óptica no estaba todavía completa y te hacía creer que te habías vuelto loco. Cuando miró hacia arriba, vio un cielo perfecto. Cuando miró hacia abajo, por arriba del borde del acantilado, vio un piso negro que conducía a una pared negra: el borde de la caverna del laberinto. Pero justo adelante, el cielo y la pared no se encontraban de manera exacta... el límite entre los

dos rebotaba de aquí para allá, se unía y se separaba, se fundía y giraba. Se sintió mareado y con náuseas.

¿Puedes ver la escotilla de los Penitentes?, preguntó Teresa.

Había cerrado los ojos para impedir que su estómago continuara moviéndose, pero los abrió de nuevo. En algún lugar en el medio de ese loco caleidoscopio de ilusión y mundo real todo mezclado, vio un hueco que se elevaba desde el piso de abajo, con un círculo abierto en la punta. Ese era el agujero desde el cual los Penitentes ingresarían y abandonarían el laberinto.

Ya lo veo, le respondió a Teresa, pero continúa deslizándose hacia afuera y hacia dentro de la ilusión óptica. Estoy por vomitar.

Teresa no le transmitió ni una pizca de compasión. *Avísame cuando desaparezca por completo.*

Observó con los ojos entrecerrados, esperando que eso le ayudara a su estómago. La imagen que tenía delante titilaba, se desenfocaba, rebotaba y luego volvía a titilar. Pero pronto desapareció de vista la escotilla de la entrada de los Penitentes, y, mientras no mirara hacia abajo, la ilusión de un cielo azul interminable se abría frente a él. Esta vez, en vez de mareo, sintió una apabullante sensación de vértigo, casi como si cayera, y dio un paso hacia atrás.

¡Funcionó!, gritó. ¡Quedó perfecto!

Teresa soltó un estruendoso hurra, que a Thomas lo atravesó hasta los huesos. Llevaban un mes trabajando en esa sección y ya estaban muy cerca.

Buen trabajo, le dijo. En serio. ¿Qué haría esta gente sin nosotros?

Necesitarían por lo menos un par de años más.

Observó la vista que tenía delante, sin poder creer cuán real se veía. Como si el corredor del laberinto terminara en un acantilado en el fin del mundo, en el fin de la existencia.

Me pregunto quién será el primero en ver un Penitente, comentó. ¿Y se harán caca encima? ¿Crees que deberíamos apostar?

Le sorprendió el tono lúgubre con que Teresa le respondió. Y sus palabras le sorprendieron aún más.

¿Y quién será el primero en morir?

No dejarán que las cosas lleguen tan lejos, respondió. No lo creo.

Teresa cortó la conexión sin agregar otro comentario.

THOMAS NO PODÍA CREER TODAS LAS PERSONAS QUE SE hallaban sentadas alrededor de la mesa. Estaba toda la gente importante que conocía o de la cual había oído hablar, e incluso algunos más. Psicólogos, doctores y técnicos. Randall, Ramirez y Leavitt. La doctora Paige estaba junto a Thomas y Teresa. En la cabecera de la mesa, el ministro Kevin Anderson, con Katie McVoy a su lado. Solo había otros dos adolescentes en la habitación: Aris y Raquel. A pesar de que nunca se habían conocido, sabía perfectamente quiénes eran.

¿Alguna vez nos dejarán estar con ellos?, preguntó Teresa en su mente.

Le envió una imagen de él encogiéndose de hombros. *Estaba pensando que tal vez sea una competencia, o algo por el estilo. Tal vez esperan que los dos grupos trabajen mejor si tratan de... ser los primeros. ¡Quizás haya un premio!*

¡Una provisión de por vida de camisetas de CRUEL!

Thomas lanzó una risita ahogada.

El ministro Anderson se aclaró la garganta para comenzar la reunión.

—Me gustaría darles la bienvenida a nuestros principales candidatos a esta, su primera reunión del Comité de Ministros; un paso importante en su constante progreso. Thomas, Teresa, Aris, Raquel... estamos realmente orgullosos de ustedes. El trabajo que han realizado durante los proyectos de los laberintos ha sido fenomenal. Realmente fenomenal. Los catalogamos a ustedes cuatro como los más destacados en las etapas tempranas de este proceso y no nos equivocamos. Felicitaciones —esbozó una sonrisa tan amplia que pareció tres veces más grande de lo normal para ser auténtica, pero Thomas imaginó que el hombre debía estar bajo mucha presión.

Le echó un vistazo a Aris —piel aceitunada, cabello castaño, ojos despiertos y alertas— y luego a Raquel —tez oscura, cabello muy ensortijado, sonriente—. No se destacaban por nada en especial, pero resultaban inmediatamente agradables. Sus rostros eran amables y no tenían nada de la arrogancia o altivez que habría esperado.

—Muy bien —prosiguió el ministro Anderson—, ya han pasado diez años desde que John Michael concibió por primera vez la idea de fundar CRUEL, y hemos avanzado mucho en nuestras investigaciones desde que comenzamos a reunir a aquellos que son inmunes a la Llamada. Por supuesto que el progreso en esos primeros años fue lento. Tratamos de entender la enfermedad en sí misma, hicimos

estudios y análisis a todos nuestros reclutas para asegurarnos de que realmente fueran inmunes, aprendimos acerca del virus y de cómo interactuaba con sus cuerpos y sus cerebros. Un avance lento pero constante. No pasó un año sin que obtuviéramos algún tipo de logro significativo, y yo diría que eso es más de lo que nadie podría haber esperado.

Diez años, pensó Thomas. Le pareció muchísimo tiempo. Y era obvio que no estaban cerca de una solución, o no se estarían tomando la molestia de llevar a cabo toda esa cuestión de los laberintos.

—¿Thomas? —dijo el ministro—. Tienes la mayor expresión de duda en el rostro que jamás haya visto —y lanzó otra de sus tontas sonrisas.

—Ah... mmm... —Thomas se acomodó en la silla—. No, yo... Es que parece tanto el tiempo en que ustedes vienen trabajando en esto. No lo sé. Supongo que caí en la cuenta de que no está saliendo tan bien.

Anderson asintió, los labios apretados como si fuera una observación razonable.

—Doctor Leavitt, ¿quiere encargarse de responder?

El hombre calvo pareció entusiasmado de hacerlo.

—Repasa la historia, hijo. Te desafío a encontrar cualquier tipo de virus de los últimos cientos de años que se haya curado en *varias* décadas, mucho menos en una. Desde la gripe hasta el virus ébola o el del sida, o las etapas tempranas de ciertos tipos de cáncer. Es un proceso muy, pero *muy* largo. Y esas personas no tenían un mundo semidestruido y plagado de Cranks con la mente enferma corriendo por todos lados. El hecho de que hayamos tenido la paciencia y la resistencia para trabajar en esto con una estrategia a largo plazo es prácticamente un milagro. Pero si solo queda un diez por ciento de la población para cuando finalmente *logremos* encontrar la cura, al menos habremos evitado la extinción de la raza humana.

—¿Y qué sucederá con los Munis? —preguntó Aris—. ¿Podrá continuar la raza humana si ellos son los únicos que sobreviven?

El doctor Leavitt lo miró con expresión burlona y después pareció avergonzado de haberlo hecho.

—¿Cuántos de ellos sobrevivirán a un mundo lleno de Cranks?

Este tipo no me gusta nada, le dijo Teresa a Thomas.

Sí, a mí tampoco.

—Los argumentos del doctor Leavitt son buenos —comentó Anderson—. Hemos hecho todo lo posible para reunir a las personas más inteligentes, los recursos más avanzados y a los mejores reclutas, y luego les garantizamos la protección del mundo exterior. Desde los comienzos, planteamos que teníamos un largo camino por delante, y no pensamos detenernos hasta que tengamos en nuestras manos una respuesta a esta enfermedad y estemos listos para ofrecérsela al mundo. Y no debería ser ninguna sorpresa para los candidatos aquí presentes que hemos estado haciendo estudios y pruebas lo más frecuentemente posible desde el primer día. ¿Estoy en lo cierto?

Thomas asintió, aun cuando pensó que era una extraña pregunta para hacerles a

las mismas personas a las cuales estaban estudiando. De hecho, toda la situación, desde tenerlos a ellos ahí, parecía extraña. Quién podía saberlo, tal vez eso mismo representaba alguna clase de prueba. Una de las Variables de las que siempre hablaban.

—El comienzo de las Pruebas del Laberinto está muy próximo —continuó Anderson—. Y hemos estado preparando esto durante un tiempo. Pero el avance que hicimos en los últimos años para conseguir el plano definitivo de la zona letal... —le costaba encontrar las palabras exactas—. Creo que hemos establecido una sólida base a través de las pruebas y estudios más pequeños que hemos llevado a cabo hasta ahora con nuestros reclutas. Las posibilidades son escasas, pero tal vez podremos tener un plano después de las Pruebas del Laberinto. ¿Quién sabe? Tal vez podamos evitar la Fase Dos o la Tres. Hoy me siento optimista.

Hizo una pausa, la mirada perdida, como si su mente estuviera varios años en el futuro, imaginando el final perfecto de aquello a lo cual había dedicado toda su vida. Junto a Thomas, la doctora Paige comenzó a aplaudir. Al principio, lo hizo lentamente, hasta que otros se unieron. Pronto todo el salón estaba aplaudiendo, y el sonido incluso logró entusiasmar a Thomas. Se sintió ridículo.

El ministro Anderson levantó las manos y los aplausos se detuvieron.

—Muy bien, muy bien. Ese aplauso, por supuesto, es para todos nosotros. Y para todos los reclutas de los Grupos A y B. Yo realmente siento que estamos en el camino correcto. Realmente lo siento —sonrió, pareció dominarse y luego exhaló una gran bocanada de aire—. De acuerdo, es hora de ponerse a trabajar. Estamos a uno o dos meses (cuatro, a lo sumo) de enviar a nuestros primeros grupos a los laberintos.

Otra de sus pausas dramáticas —Thomas pensó que el hombre se merecía ser por un instante el centro de atención después de diez años de trabajo— y después el ministro *realmente* comenzó la reunión.

—Ha llegado la hora de comenzar las pruebas. A trabajar.

Fecha 229.06.12 | Hora 6.10 p.m.

ESA NOCHE, THOMAS EXPERIMENTÓ EL MAYOR CAMBIO DE su vida hasta el momento. De ahí en más, Thomas y Teresa estarían completamente integrados con los otros reclutas del Grupo A, incluyendo comidas, clases y tiempo de recreación. Parecía que ya no sería necesario escabullirse en secreto.

Claro que no fue el mejor regalo del mundo, pues la mayoría de los amigos de Thomas fueron seleccionados para entrar al laberinto con el primer grupo, dentro de los próximos meses.

Justamente Ramirez fue el encargado de escoltarlos a su primera cena en la cafetería, donde todos los demás chicos habían comido durante años. Al entrar al amplio recinto con vajilla de acero inoxidable, largas mesas de plástico y sillas hechas en serie, el lugar quedó en silencio, todos los ojos concentrados en los recién llegados.

—Escuchen —rugió Ramirez, su voz resonó en el silencio—. Muchos de ustedes han oído hablar de Thomas y Teresa. Ellos han sido considerados candidatos de Élite durante años.

¡Nos acaba de dictar una sentencia de muerte!, gritó Teresa en la mente de Thomas, la furia le llegó como una descarga eléctrica. *¿Qué diablos está haciendo?*

—... sean amables con ellos, han trabajado muy duro —decía Ramirez—. Las Pruebas del Laberinto comenzarán pronto, como todos ustedes bien saben, y hay mucho por hacer. Estos dos serán considerados como enlaces oficiales entre ustedes, los reclutas, y el personal de CRUEL que supervisará la preparación de las pruebas. Muy pronto asignaremos la agenda de entrada a los laberintos. Mientras tanto, tómense el tiempo para conocer a Thomas y a Teresa, prepárense mental y físicamente y permítanse entusiasmarse con los divertidos cambios que los esperan. Ahora, sigan comiendo.

Hizo un movimiento rígido de la cabeza, se dio vuelta y salió de la cafetería sin decir una palabra a Thomas y a Teresa.

Ese sujeto es puro encanto, comentó ella.

Antes de que pudiera responder, vio a Newt y a Alby caminando hacia ellos, los rostros iluminados con grandes sonrisas.

—Bueno, pero miren a quiénes trajo ese condenado milico —dijo Newt dándole a Thomas un gran abrazo. Antes de soltarlo, le dio varios golpes en la espalda—. Es un

poco extraño verlos sin andar a las escondidas y todo eso. Bienvenidos a la sociedad.

Alby ya había abrazado a Teresa y luego intercambiaron saludos; a continuación apretó a Thomas hasta cortarle la respiración.

—Qué bueno verte, viejo —dijo el chico mayor—. ¿Ya se te han subido los humos a la cabeza con todas esas estupideces que dicen sobre ti? ¿Quién eres ahora? ¿El ministro? Aquí nadie te va a querer mucho.

Abrió la boca para hablar, pero alguien le hizo un tacle desde la izquierda y casi lo arrojó al suelo. Era Chuck.

—¿Cómo andas, enano? —preguntó Thomas, despeinándole el cabello, tal como hacían los abuelos en los libros.

—Prácticamente dirijo este lugar, eso es todo —respondió Chuck hinchando el pecho—. Eso cuando no me escapo en secreto hasta el sector del Grupo B para que las damas me den un poco de amor.

La respuesta hizo que todos estallaran en carcajadas, y Thomas no pudo detenerse hasta que distinguió a Minho sentado cerca, con aspecto de no saber si debería levantarse o no. Thomas se acercó a él.

—Hola, viejo —lo saludó—. ¿Has enloquecido a alguien últimamente?

Minho sonrió, aunque todavía se veía un poco vencido. Sin embargo, Thomas percibió que había mejorado algo desde aquel incidente del Penitente.

—Soy un perfecto ángel —respondió—. A veces, invento palabras cuando está Randall presente. Deberías verlo... siempre actúa como si supiera que se trata de algo malo y hace como si riera un poco. Qué idiota.

No cabía duda, Minho estaba cada vez mejor.

Tom, dijo Teresa, mira hacia allá, a tu derecha. Gally.

Dirigió la vista en esa dirección hasta que encontró al chico de cabello negro que, inconscientemente, había causado todo el problema de Minho. Había algo distinto en él, y a Thomas le tomó unos segundos descifrar qué. La nariz del muchacho era el doble de lo que solía ser y estaba totalmente deforme. Como si tuviera un zapallo pegado a la cara. O peor aún: engrampado. Dolía de *solo* mirarlo.

Los ojos de Gally se encontraron con los de Thomas y, sorprendentemente, el chico le hizo lo que aparentó ser un gesto de disculpas con la cabeza, que pareció sincero. Pero pronto volvió la mirada a los chicos que estaban sentados con él.

—¿Y a él qué le pasó? —le preguntó a Minho.

Su amigo levantó un puño.

—*Esto* es lo que le pasó. Su lengua floja nos delató, estoy seguro. Es probable que haya alardeado en la ducha, o algo así. Aun si no fue su culpa, a mí me hizo sentir mejor sin ninguna duda.

Thomas esperó que riera, o que al menos esbozara una sonrisa, pero una sombra pasó por el rostro de su amigo. Thomas se limitó a enarcar las cejas y sacudir la cabeza. Alby, Teresa, Chuck y Newt se habían unido a ellos.

—Vamos a buscar algo de comida para ustedes —dijo Alby—. No es lo peor que

podrán llevarse a la boca. Después, tenemos que ponernos al día, ridiculizar a algunas personas y hacer planes.

Y, por un momento, cuestiones como las llamaradas solares y los Cranks quedaron casi olvidadas.

TRANSCURRIERON LAS SEMANAS Y EL COMIENZO OFICIAL de las pruebas se fue acercando cada vez más. Thomas iba al laberinto todo lo que podía y lo consideraba una especie de santuario. Le gustaba especialmente la parte central de la zona habitable, con sus espacios abiertos y su bosquecito; debía convertirse en un lugar de descanso y seguridad para los que serían enviados allí. CRUEL quería que la mayor parte fuera construida por los mismos reclutas —la granja, los jardines, las viviendas—, lo cual sería, probablemente, una buena oportunidad para analizar sus paradigmas de la zona letal durante un tiempo de tanta productividad.

Con respecto al laberinto, Thomas experimentaba una significativa sensación de orgullo, y se preguntó si, alguna vez, lo enviarían allí dentro. Sentía una extraña curiosidad por saber cómo sería, y cada día aumentaban sus ganas de que comenzaran las pruebas. Sus vidas necesitaban un cambio.

Pero, a medida que el día de inserción se acercaba, recordó que tenía una promesa que cumplir. Y una noche se dijo que había llegado el momento indicado. Aunque tenía más autorización para moverse que antes, igual se sintió como si estuviera cometiendo una travesura mientras recorría los pasillos que llevaban al pabellón del Grupo A. No le había contado a nadie lo que estaba por hacer, pues pensaba que sería mejor pedir perdón por algo tan inofensivo que pedir permiso. La mayoría de la gente estaba muy ocupada, incluso durante las noches, por lo tanto dudaba de que alguien los viera.

Newt lo esperaba junto a la puerta.

—¡Tommy, viniste de verdad! —exclamó al verlo, en lo que parecía ser mitad broma y mitad verdad. A Thomas siempre le preocupaba que los demás desconfiaran de él y Teresa por considerarlos miembros de Élite.

—Sip —respondió—. Soy un hombre de palabra.

Se estrecharon la mano y luego se adentraron en las entrañas profundas de las instalaciones de CRUEL.

—ES PROBABLE QUE CONOZCAS ESTE LUGAR MEJOR QUE YO —dijo Thomas mientras doblaban una esquina y se internaban silenciosamente en otro largo pasillo—. Con todas las expediciones secretas que han hecho.

—Sí, probablemente —concordó Newt.

—Bueno, creo que encontré un camino más rápido para llegar al pabellón del Grupo B. Y es menos probable que nos detengan los de seguridad.

¿Todo sigue bien?, le preguntó a Teresa en su mente. Ella ayudaba guiándolos a través de los lugares donde era menos probable que los atraparan. Más temprano, había estado estudiando las transmisiones de los videos y había dejado muy en claro que Thomas estaría en deuda con ella por mucho tiempo.

Sí, respondió. Crucen por ese laboratorio de I&D del que te hablé y no deberían tener problemas. En el extremo más alejado, hay un túnel para salidas de emergencia que corre justo al costado del pabellón.

Entendido, dijo Thomas.

Después de algunas curvas más, llegaron a una puerta de seguridad con una placa que decía INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO, una de las tantas a las cuales nunca le habían permitido el acceso.

Ahora debería estar abierta, le dijo Teresa. Era como si ella los estuviera observando en tiempo real. *Y no deberían tener problemas para regresar. Me voy a la habitación y a dormir. Si alguien los arresta o les dispara, lo lamento.* Y cortó la comunicación antes de que Thomas pudiera responder, pero no sin antes enviarle una última y pequeña imagen mental de un beso en la mejilla, que sabía que le causaría vergüenza.

—Tommy —susurró Newt, que se había inclinado junto a la puerta de I&D—. Bórrate esa condenada expresión de la cara y continuemos la marcha.

Thomas lo ignoró y empujó la puerta. Luego, entró rápidamente en la habitación mientras le hacía una seña a Newt de que lo siguiera. Una vez que la puerta estuvo cerrada, comenzaron a abrirse paso a través del laboratorio. Era un espacio grande, lleno de mesadas atiborradas de equipamiento y escritorios con terminales de computadoras y monitores. La sala estaba colmada de contenedores de vidrio y maquinaria inusual cubierta de un surtido de tubos y cables. En las paredes, había herramientas colgadas que parecían formar parte de una cámara de torturas de la

Edad Media: metal plateado brillante y la mayor parte filoso. Thomas y Newt se mantuvieron inclinados mientras recorrían el pasillo que cruzaba por el medio del enorme salón.

—¿Qué están *haciendo* aquí? —preguntó Newt y el susurro sonó como una pequeña explosión en el silencio escalofriante.

Thomas dio un salto ante el sonido y luego trastabilló. Newt tropezó con él y, a continuación, ambos reían, los brazos y las piernas enredados en el suelo. Estaban estresados o a punto de tener una crisis nerviosa.

—¿Estás seguro de que CRUEL sabe lo que están haciendo contigo? —bromeó Newt mientras se levantaban con dificultad y se acomodaban la ropa—. Pareces más un payaso que un miembro de Élite.

Thomas estaba pensando algo inteligente para decir cuando sus ojos captaron algo inusual. Oculta en la oscuridad de la habitación, había una masa verde y resplandeciente. Era extraña y fascinante, y no podía apartar la mirada. La sonrisa de Newt vaciló y luego se esfumó.

—¿Qué es? —preguntó, mirando en la misma dirección. Una niebla difusa rodeaba la luz color verde lima.

Thomas sabía que debía alejarse, continuar caminando y encontrar el pasadizo oculto que comunicaba con el Grupo B. Pero le resultaba imposible hacerlo.

—Veamos qué es —susurró, como si fuera a despertar a algún monstruo que nadaba en esa sustancia viscosa y resplandeciente. Juntos, él y Newt caminaron lentamente por delante de varios escritorios y terminales de computadoras, paso a paso, acercándose a la escalofriante luz. Al aproximarse, vio que el resplandor venía de un enorme plato verde de vidrio, de unos tres metros de diámetro, que cubría un contenedor que les llegaba a la altura del pecho. Hilos de neblina blanca se derramaban de los bordes y se enroscaban en la oscuridad de la habitación.

Thomas se inclinó sobre el vidrio, que estaba cubierto de gotas de agua, y echó una mirada a Newt. El rostro de su amigo estaba iluminado por la luz verde y, por un momento, le pareció que se sentía mal. Thomas apartó el pensamiento.

—Creo que no deberíamos meternos con esto —dijo Newt, levantando los ojos del tanque—. A mí me parece condenadamente radiactivo. Podríamos despertar en la mañana con tres dedos de más y un ojo de menos.

Thomas sonrió, aunque solo lo había escuchado a medias, y volvió la mirada al fantasmal contenedor que tenía debajo, casi hipnotizado. La neblina se agitaba debajo de la superficie, concentrándose en pequeños remolinos. Pero había algo debajo. Apenas conseguía distinguir un contorno oscuro. Casi sintió que, si continuaba observándolo, el misterioso contenido se pondría al descubierto.

—¿Tommy? —dijo Newt—. Sigamos caminando, ¿sí? Esta cosa me da escalofríos.

Thomas no podía moverse. Estaba desesperado por saber...

Dentro del contenedor, un objeto grumoso se movió y chocó contra el vidrio con

un fuerte golpe, y Thomas retrocedió de un salto. El objeto rechinó por el costado del contenedor durante varios segundos antes de desaparecer en la niebla otra vez. Era de color tostado, con líneas como venas que lo atravesaban. Un brazo. Se había parecido a un brazo.

Thomas se estremeció y se le erizaron los vellos del cuello y de los brazos. Echó una mirada a Newt, que lo miró con horror.

—¿Por qué seguimos aquí? —inquirió.

—Buena pregunta.

Se disponía a partir cuando otro bulto de carne se apretó contra el vidrio. Parecía ser el torso de alguna extraña clase de criatura. También tenía venas y la piel estaba cubierta por algún tipo de mucosidad. Tuvo que contener el estómago para no devolver la cena.

—Mira, Tommy —dijo Newt acercándose al vidrio y señalándolo—. Tiene... cosas que le salen de la piel —se alejó del contenedor, sacudiendo la cabeza mientras miraba hacia otro lado.

Thomas no podía apartar la vista hasta que vio a qué se refería Newt. Con un repentino arranque de valentía, se apoyó en el borde del contenedor y limpió la condensación. La masa de carne tenía unas cuantas protuberancias grandes y bulbosas. Parecían tumores o ampollas gigantescas. Y, a menos que sus ojos lo estuvieran engañando, podía jurar que la luz resplandeciente provenía de esas protuberancias.

Finalmente, se alejó y se frotó los ojos. Había visto muchas cosas extrañas en su vida, pero esa se llevaba todos los premios.

—¿Qué... —dijo estirando las palabras— rayos... es eso?

—No tengo ni una condenada idea —respondió Newt, negándose a mirar hacia atrás—. ¿No tuvimos ya suficiente? —hilos de niebla trepaban por su camisa y se separaban alrededor de su cabeza.

—De sobra —aceptó Thomas—. Vámonos.

Había espiado una vez más detrás de las misteriosas cortinas de CRUEL y no le agradó lo que había visto.

UN ESTADO DE ÁNIMO SOMBRÍO FLOTABA SOBRE ELLOS mientras atravesaban el resto de la sala de I&D: el túnel de seguridad del que les había hablado Teresa y, por último, una falsa pared detrás de un armario, que llevaba al pabellón del Grupo B. Cada vez que pensaba que ya se había acostumbrado a la manera en que funcionaban las cosas en CRUEL, se encontraba con algo como un contenedor de vidrio, en el cual crecía un monstruo abominable con tumores resplandecientes, como un feto dentro de un útero.

Era obvio que no le estaban contando todo. Claro que no: él no era un inocente idiota. Pero, a veces, parecía que no le contaban nada, que lo estaban engañando

como a todos los demás. Como si fuera un recluta cualquiera. Quién podía saber qué otros horrores les esperaban a los enviados a los dos laberintos. Penitentes, monstruos como ese que crecía en el tanque de I&D...

Lanzó un suspiro mientras Newt se recostaba contra la pared y aparecía un panel de gran tamaño. Detrás de él, había un pequeño armario, en penumbras, con una puerta que conducía a la enorme habitación común. La puerta del armario estaba entreabierta y, a través de la hendidura, alcanzó a ver literas alineadas contra las paredes.

—¿Qué haremos si se vuelven locas? —susurró—. No quiero que me ataquen cuarenta chicas al mismo tiempo.

—Yo pensé que te gustaban esas cosas —murmuró Newt. Thomas apenas lograba verlo, pero supo que su amigo sonreía.

Sacudió la cabeza, empujó a Newt hacia la puerta y fue tras él hasta el otro lado del armario. Espiaron por la puerta que llevaba al Grupo B. Los suaves suspiros del sueño se veían interrumpidos aquí y allá por algún fuerte ronquido o el crujido de los resortes con el reacomodamiento de los cuerpos.

Esperó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Estaba recorriendo la habitación cuando, súbitamente, brotó una figura delante de él. Reprimió un aullido y retrocedió trastabillando. La chica lo siguió dentro de la sombra del armario.

—¿Qué quieren? —susurró con fiereza—. ¿Quiénes son?

Thomas logró recuperarse.

—Perdónanos por irrumpir a escondidas, somos del Grupo A. Estamos aquí para que Newt pueda despedirse de su hermana antes de que comiencen las Pruebas del Laberinto —no podía ver el rostro de Newt en la oscuridad, pero imaginó que su amigo debía estar riéndose de él al verlo tan sorprendido.

—Podrían habernos advertido —repuso la chica— antes de entrar sigilosamente como si fueran secuestradores. ¿Cuáles son sus nombres? Bueno, *tú* nombre, porque él es Newt. Sabemos todo de él. Sonia es una de mis mejores amigas.

—Me llamo Thomas.

—Ah —sonó decepcionada... o enojada. Su grupo debía haber oído tanto acerca de él y de Teresa como sus amigos habían oído hablar de Aris y Raquel. CRUEL parecía haber hecho correr la voz—. Me llamo Miyoko. Voy a buscar a Sonia.

Se deslizó dentro del pabellón, una sombra entre las sombras.

—Espero que estén de nuestro lado —comentó Newt—. Esa chica podría derribar a la mitad de nosotros, ¿no crees?

Thomas no respondió; de golpe, la oscuridad del armario se volvió amenazadora. Sabía que CRUEL mantenía separados a los reclutas en grupos de varones y chicas por varias razones. Tenía que ver con la forma en que se agotarían las Variables durante las pruebas. Pero también sabía que existían más razones, y no le agradó.

Miyoko reapareció, esta vez con otra chica pegada a ella. Como una nebulosa, pasó corriendo delante de Thomas, surcó la puerta y fue directamente hacia Newt. Se

fundieron en un inestable abrazo, tropezando hacia el cuartito oscuro.

—Aquí —dijo Miyoko, empujando suavemente a Thomas fuera del paso para poder cerrar la puerta del armario. Luego, encendió una luz que pareció tan brillante como dos soles. Thomas entrecerró los ojos y se tapó la cara con la mano, cegado temporalmente.

Newt lloraba y Thomas no necesitaba ver para saberlo. El muchacho sollozaba y los sonidos quedaban amortiguados por el cuello y el hombro de su hermana. Al recuperar la vista, notó que ambos tenían lágrimas en el rostro y se abrazaban con fuerza. No sabía cuánto tiempo llevaban sin verse o si se comunicaban de alguna manera, pero, al contemplarlos, se le oprimió el corazón.

—Vamos —le dijo Miyoko tomándolo del brazo—. Démosles un poco de...

—Los odio —exclamó Newt sonándose la nariz. Se apartó de su hermana y se secó las mejillas—. ¡Los odio a todos! ¿Cómo pueden hacer esto? ¿Cómo pueden robarnos de nuestros hogares y mantenernos separados de esta manera? ¡Está mal! —gritó la última palabra y Miyoko hizo una mueca de dolor mientras echaba un vistazo a la puerta.

—No, no, no —dijo Sonia con tono tranquilizador. Colocó las manos a ambos lados del rostro de su hermano y lo miró directamente a los ojos—. No digas eso. Estás mirando las cosas mal. Nosotros somos más afortunados que el noventa y nueve por ciento de los chicos que están afuera. Ellos nos *salvaron*, hermano mayor. ¿Qué posibilidad tendríamos de estar vivos si nos hubieran dejado allá afuera? —atrajo a Newt y lo abrazó otra vez.

—Pero ¿por qué nos mantienen separados? —preguntó el muchacho, y la tristeza de su voz le partió el corazón—. ¿Para qué todas las pruebas, los juegos y la crueldad? Los odio, no me importa lo que tú digas.

—Todo va a terminar algún día —susurró la jovencita—. Recuérdalo, no eres inmune. Un día, podremos lograr que estés a salvo y volveremos a estar juntos. Vamos. Eres mi hermano mayor. Se supone que tú eres quien debe consolarme a mí.

—Te quiero, Lizzy —repuso Newt, apretándola fuerte—. Te quiero mucho —se inclinó hacia atrás y la miró.

Sonia sonrió y Newt sacudió la cabeza de un lado a otro y volvió a abrazarla. Thomas tuvo la sensación de que eso sería lo mejor que les sucedería durante un tiempo.

Fecha 229.11.12 | Hora 7.31 a.m.

FALTABAN SOLO UNOS DÍAS PARA LA INSERCIÓN. DÍAS. Thomas apenas podía dormir. Se conectaba con Teresa telepáticamente todas las noches antes de irse a dormir, pero a menudo permanecían en silencio, sin mucho que decirse. Sin embargo, la mera presencia del otro, el hecho de que estuviera *ahí* de alguna manera, siempre era un consuelo. Aparte de su madre, a quien siempre amaría, Teresa se había convertido en lo más cercano a una familia —lo más cercano a la relación entre Newt y Lizzy— que pudiera llegar a imaginar.

Lo último que recordaba antes del golpe en la puerta que lo despertó esa mañana era a Teresa tarareando para sí misma. Parecía hacerlo sin pensarlo. La vibración, el tono y la sensación de ese tarareo viajaron a través de la conexión y lo habían sumergido en un sueño profundo que hacía bastante tiempo que no disfrutaba.

Aturdido, se levantó de la cama y abrió la puerta. Era la doctora Paige y se veía preocupada.

—Lo siento —se disculpó Thomas restregándose los ojos—. Me quedé dormido. Pero créeme, lo necesitaba —habían estado trabajando hasta el cansancio para estar listos para las Pruebas del Laberinto.

—Está bien —repuso la mujer, que parecía algo distraída—. El ministro Anderson quiere reunirse contigo y con Teresa esta misma mañana. Aris y Raquel también estarán allí. Es urgente. Vístete de prisa. Puedes desayunar después de la reunión.

En ese momento, Thomas se dio cuenta de que estaba un poco desaliñada, el rostro pálido, e hizo una pausa antes de responder.

—¡Thomas, hablo en serio! —le advirtió bruscamente—. Apresúrate.

—Está bien, está bien. Estaré listo en cinco minutos.

—Que sean tres.

ERA LA MISMA SALA DE CONFERENCIAS EN DONDE HABÍA visto unos meses atrás a Aris y a Raquel por primera vez. En ese entonces, la sala estaba llena de gente. En esta ocasión, solo había tres personas además de Thomas y los otros tres candidatos de Élite. El ministro Anderson, Ramirez —el oficial de seguridad—, y la doctora Paige. Estaban sentados de un lado de la mesa, y Thomas, Teresa, Aris y

Raquel, frente a ellos, del otro. Ninguno de los presentes se veía muy contento.

—Gracias por venir —comenzó Anderson. Siempre iniciaban esas reuniones con comentarios como ese, como si Thomas y sus amigos tuvieran alguna alternativa en esa cuestión—. Me temo que tengo algunas noticias inquietantes. Y no me iré por las ramas: les hablaré en forma directa.

En vez de eso, hizo todo lo contrario. Se quedó en silencio mientras intercambiaba miradas con Ramirez y Paige. Thomas los observó hasta que se tornó casi cómico. Pero el temor en la voz de Anderson había sido genuino, y denso.

—Entonces hágalo —exclamó Aris.

Anderson asintió con rigidez.

—Nosotros pensamos... *creemos* que es probable que estemos ante un brote —se reclinó en la silla, respiró agotado y volvió a mirar a la doctora Paige.

—Un brote —repitió Teresa—. ¿De la Lllamarada?

—Paige, di algo —gruñó Anderson.

La doctora entrelazó las manos sobre la mesa y observó a los cuatro adolescentes.

—Sí, de la Lllamarada. Como pueden imaginar, ninguno de los adultos aquí presentes es inmune, de modo que hemos tomado precauciones extremas para garantizar nuestra seguridad con respecto al virus. No obstante, unos pocos meses atrás, comenzó a preocuparnos la idea de que hubiera habido una violación de la seguridad, aun cuando ninguno de los miembros de nuestro personal mostraba síntomas ni daba positivo en los análisis.

—Y entonces ¿qué fue lo que los hizo preocuparse? —preguntó Raquel. No era la primera vez que Thomas deseaba que CRUEL los dejara trabajar más a los cuatro juntos.

—¿Ustedes están enterados de la existencia de las fosas de los Cranks? —dijo Anderson en algo que pareció más una afirmación que una pregunta—. Esa es la zona de mayor riesgo de nuestras instalaciones pero, a su vez, es vital. Es una trampa y un centro de retención de los Cranks que se aventuran por nuestros terrenos, y provee de material biológico para el estudio del virus.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Thomas.

—Llevamos un inventario muy estricto —respondió Ramirez. Siempre era una sorpresa cuando el hombre huraño hablaba—. El lugar es como una antigua trampa para abejas: entran, pero no pueden salir. El centro de retención está monitoreado constantemente: tenemos cámaras en todos lados —hizo una pausa y emitió un desagradable sonido como de flema en las profundidades de su garganta—. Hay una regla estricta de no realizar ningún contacto sin el traje de contención (en realidad, ningún contacto a menos de seis metros), a menos que se trate de un Muni, por supuesto. Como ustedes —se sonó la nariz, como ofendido por sus propias palabras.

—Todavía no nos dijo qué ocurrió —señaló Teresa, sin molestarse en ocultar el desagrado que le producía ese hombre. Thomas sabía muy bien que ella (al igual que él) asociaba a Ramirez con todo lo relacionado a Randall.

—Desapareció uno de los Cranks —anunció Ramirez—. Hacemos un inventario tres veces por día, considerando la aparición de recién llegados desde los bosques aledaños y descontando a los que se apartan para las necesidades de laboratorio. Nunca ha existido una discrepancia, ni una en todos los años que llevo aquí... Hasta hace unos meses, cuando uno desapareció.

Nadie habló mientras asimilaban las palabras. A pesar de ser inmune, Thomas sintió un escalofrío. No le tenía miedo al virus... eran los Cranks los que lo aterraban. Y al pensar que uno podría estar escondido en algún lugar del interior de CRUEL, le producía un nudo en el estómago.

—No queremos alarmarlos a ustedes, ni a nadie —dijo el ministro Anderson—, pero los convocamos para informales que hemos tomado algunas decisiones. Algunas difíciles decisiones. Para empezar, hemos decidido acortar las Pruebas del Laberinto de cinco a dos años. Por mucho que hablemos de que este proceso es largo y lento, la posibilidad de un brote nos hizo pensar. Es probable que tengamos que ser un poquito más... intensos con las Variables.

Thomas nunca se había sentido tan incómodo. Anderson estaba dando vueltas alrededor de algo, pero no estaba seguro de qué. Teresa no le decía nada específico en su mente, pero le dejó ver sus emociones, le mostró que compartía su sensación de inquietud.

—Hemos estado trabajando en muchas posibilidades para una Fase Dos, e incluso una Fase Tres, si llega a ser necesario. Una vez que pasemos la etapa de las inserciones iniciales en el laberinto, veremos cómo van las cosas.

De inmediato, Thomas pensó en lo que habían visto Newt y él en el laboratorio de I&D: el contenedor con tapa de vidrio, la piel venosa, los tumores bulbosos...

Anderson suspiró y luego apoyó la cabeza en las manos antes de levantar la vista nuevamente. Thomas nunca lo había visto tan frustrado.

—A veces, siento como si hubiera demasiado que hacer —prosiguió el hombre y dio un golpe en la mesa con la mano abierta—. Miren, podemos ir solucionando los problemas durante los próximos meses mientras estudiamos y analizamos los resultados dentro de los laberintos. Basta decir que tenemos tecnología Trans-Plana, tenemos el potencial para más recursos humanos e incluso estamos haciendo un relevamiento de locaciones para impulsar más pruebas. Todo puede suceder y va a suceder, todo a su debido tiempo. Reducir las Pruebas del Laberinto de cinco a dos años es lo correcto —esbozó una sonrisa débil—. Creo que la mitad de mi frustración con este cambio se debe a que demandó tanto esfuerzo construir esas malditas cosas que es una pena ver que se utilizarán por menos de la mitad del tiempo que pretendíamos.

Está haciendo tiempo, dijo Teresa en la mente de Thomas. *Hay algo que tiene que decir pero no quiere hacerlo.*

Thomas le hizo una seña casi imperceptible. Tenía toda la razón.

—¿Qué es lo que no nos está diciendo? —preguntó Aris.

Al principio, Anderson actuó como si estuviera sorprendido ante la pregunta, pero después emitió una sonrisa cómplice.

—A veces olvido cuán perceptivos son ustedes, chicos. Les explico. Simplemente estoy nervioso, ¿de acuerdo? No debería demostrarles que lo estoy, y mucho menos admitirlo, pero es la verdad —sus ojos recorrieron velozmente la sala, y luego descansaron en la mesa antes de mirar a los chicos uno por uno y respirar profundamente—. Supongo que lo que trato de decir es que esto será duro, pero sé que todos ustedes son capaces de hacerlo.

Durante la reunión, se dijeron más cosas y se intercambió más información. Pero Thomas no escuchó demasiado, porque no eran más que palabras de relleno. Algo había cambiado o alguien se había acobardado. De alguna manera, Thomas sabía que, por alguna razón, en el último segundo, el ministro Anderson y sus dos compañeros habían decidido *no* contarles todo.

¿*Qué oculta Anderson?*, le preguntó a Teresa cuando finalmente se levantaban para marcharse. Pero luego miró a la doctora Paige y, por la extraña expresión de su rostro, descubrió que había preguntado acerca de la persona equivocada.

Fecha 229.11.22 | Hora 8.47 a.m.

MÍRALO A MINHO, LE DIJO TERESA A THOMAS.

Era la mañana anterior al gran día: la primera inserción en el laberinto. Cuarenta muchachos del Grupo A estaban en fila en el pasillo, listos para enfrentar los estudios médicos finales. Newt, Minho, Alby, Gally: todos los chicos que Thomas había llegado a conocer durante los últimos años de su vida serían parte de ese grupo. Los asistentes caminaban de un lado a otro del corredor, preparándolos para entrar a las salas médicas: les tomaban la temperatura, la presión sanguínea, les revisaban los ojos y la lengua.

Sí, lo veo, repuso Thomas. Se encontraban allí por pedido del ministro Anderson, para observar y ofrecer apoyo moral. Pero lo que sentía era una profunda tristeza de tener que despedirse de sus amigos, y se había mantenido en silencio desde su llegada.

Minho estaba a unos diez muchachos de distancia de donde se encontraban Thomas y Teresa, y había estado moviéndose nerviosamente toda la mañana. Pero ahora se había convertido en algo peor: su cuerpo le hacía acordar a Thomas a un arma lista para disparar, los músculos contraídos, como si estuviera a punto de entrar en acción.

Rayos, dijo Thomas. *No me digas que va a intentar algo de nuevo.*

Aunque sí había muchas cosas como para que su amigo se sintiera molesto. Dentro de las salas médicas, claramente visibles desde el pasillo, había dispositivos amenazadores colgando encima de las camas: parecían máscaras de robots, metálicas y llenas de tubos y cables. Thomas supuso que servían para capturar todos los tipos imaginables de mediciones de la zona letal, la base desde la cual podrían estudiar el avance en las Pruebas del Laberinto.

Sígueme, dijo Teresa. Se apartó de la pared y se dirigió hacia Minho. Thomas iba pegado a sus talones. Como desplegaba un aire de autoridad, los asistentes médicos ni la miraron. Se detuvo al llegar a Minho y le puso la mano en el hombro. El muchacho se estremeció y, por un instante, Thomas pensó que podría atacarla, pero luego sus ojos se encontraron con los de Teresa y pareció inundarlo una ola de calma, que relajó sus músculos mientras se deslizaba por su cuerpo. Para sorpresa de Thomas, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Está bien —le dijo Teresa—. No empeores las cosas tratando de pelear contra

ellos. Todo estará bien dentro del laberinto. Ya verás.

—¿Ustedes no vendrán con nosotros? —preguntó.

La pregunta los tomó por sorpresa.

—Ehh, b-bueno... —tartamudeó Teresa.

—Todavía no —intervino rápidamente Thomas, esperando que sus amigos no indagaran más. Un dejo de indignación encendió otra vez el rostro de Minhó, pero esta vez se mantuvo firme.

—¿En serio? ¿De modo que me están pidiendo a mí que no luche contra *ellos*? ¿Están seguros de que no quisieron decir *nosotros*? ¿Qué estás haciendo exactamente aquí, Thomas? No veo que a ti te estén pinchando y empujando como si fueras ganado.

A pocos metros de distancia, Alby se dio vuelta para mirar a los tres.

—Sí —dijo—. Si quieres saber lo que yo pienso, creo que tiene razón. ¿Nos arrojarán en este gran experimento y luego regresarán a su comfortable cama a relajarse? ¿Pensaban decírnoslo alguna vez? O dejarían que pensáramos que venían con nosotros y luego, ¡sorpresa!

Thomas no sabía qué decir. Había logrado convencerse a sí mismo de que era igual a sus amigos. Que a ellos no les importaba que lo mantuvieran separado, que tuviera distintas responsabilidades de las que tenían ellos. ¿Cómo podía haber creído que no les importaría? ¿Que no acabaría saliéndole todo mal?

—¿Qué? ¿Olvidaste el guion que debías seguir? —preguntó Alby—. ¿O solo te preocupa la idea de molestar a tus amiguitos? —señaló con la cabeza a los doctores y enfermeros, que continuaban trabajando como si no ocurriese nada.

—Vamos, chicos —dijo Teresa, que finalmente encontró su voz—. No somos distintos que nadie. Solo hacemos lo que nos piden.

—Pueden decir lo que los haga sentir mejor —repuso Alby. Se cruzó de brazos, se recostó contra la pared y miró hacia otro lado. Estaban comprensiblemente nerviosos.

Y entonces, la verdad estuvo tan clara como el agua. Todos los amigos de Thomas irían al laberinto y él, no. No sabía si alguna vez lo enviarían. Era distinto a sus amigos y nadie podía continuar ignorándolo. Se mantuvieron de espalda contra la pared y algunos lo miraban con furia, como si él siempre lo hubiera sabido. Como si les hubiese mentido todo el tiempo. Incluso Newt, al final de la fila, lo miraba con el rostro retorcido de indignación.

Thomas estaba absolutamente destrozado.

Minhó no había dicho nada, pero la expresión feroz, como si fuera una serpiente enroscada, había retornado. Indignación, miedo, ansiedad por lo que significaba ese nuevo cambio: Thomas comprendía cómo se sentían. Y él era la persona perfecta a quien culpar.

Minhó apartó la mano de Teresa de su hombro.

—Alby tiene razón —dijo—. Yo traté una y otra vez de creer que decían la

verdad. Pensé que serían capaces de ayudarnos. Pero ahora, es obvio lo que estaban haciendo. Durante todo este tiempo, estuvieron ayudándolos a ellos. ¡Solo se trataba de prepararnos a *nosotros* para que hiciéramos *esto*! ¿No es cierto? —se golpeó dos veces el pecho para acentuar las palabras.

—Minho, escucha... —comenzó a decir Teresa.

—¡*Apártate de mi vista!* —gritó él.

El mundo se estaba derrumbando, y a Thomas no se le ocurría nada que decir. Alby, Minho, Newt. Cinco minutos antes, los había considerado sus mejores amigos y había supuesto que comprendían lo que pasaba en su mente y en su corazón. Y ahora, todo se había desmoronado y ahí estaba él, delante de ellos, como un completo idiota. Todo lo que decía sonaba como una mentira, incluso para él.

Por el rabillo del ojo, notó que alguien se aproximaba por el corredor. Levantó la vista y era Gally. Había dejado su lugar en la fila y su rostro estaba rojo de indignación. Dos enfermeros lo seguían, tratando de alcanzarlo antes de que llegara hasta Thomas.

—¡Thomas! —gritó el muchacho, apurando el paso. Recién al estar más cerca, Thomas pudo ver que su expresión no era de indignación... sino de miedo—. ¡Tienes que ayudarnos! ¿Puedes hacerlo? —dos asistentes lo sujetaron antes de que pudiera acercarse más y jalaron de él—. Sabemos que tienes algún poder entre ellos. ¡Ayúdanos! —sonaba desesperado y luchaba para mantener los ojos posados en Thomas mientras los hombres lo hacían dar vuelta rudamente y lo arrastraban dentro de una sala de estudios médicos.

Thomas se sintió impotente. Echó una mirada a la fila de chicos que habían sido sus amigos, y su corazón se rompió una y otra vez. Minho, Alby, Newt, los ojos desbordados de resentimiento. ¿Cómo se había derrumbado todo tan abruptamente?

Tenía que decir algo, rápido. No le quedaba mucho tiempo. ¡Debía arreglar eso! Ellos tenían que saber que estaban equivocados, que Teresa y él no trabajaban realmente con CRUEL. Ellos los *ayudarían*, incluso entrarían ellos mismos al laberinto si era necesario. ¡Tenía que hablar ahora!

Abrió la boca, listo para lanzar sus palabras, sus súplicas, sus disculpas.

Pero algo ocurrió. Sintió un *click* en lo profundo de su cerebro, como si una mano se metiera en su cuerpo y comenzara a manipularlo, a jugar con sus nervios, con sus pensamientos, con todo. Como poseído por un espíritu maligno, perdió el control de sí mismo por completo; alguien o *algo* tomó el control por él y pronunció palabras contra su voluntad.

—Lo siento —dijo, el tono brotó tan extraño, como si proviniera de una persona completamente distinta—. No hay nada que yo pueda hacer.

Y luego, paralizado, impotente y aullando por dentro, observó cómo se llevaban a sus amigos.

Fecha 229.11.23 | Hora 10.28 a.m.

AL DÍA SIGUIENTE, LA DOCTORA PAIGE LLEGÓ PUNTUALMENTE. Thomas había estado despierto toda la noche pensando en lo que había ocurrido, y cada vez más enfadado. Para cuando sonó el despertador, estaba listo para descargar todas sus emociones sobre ella. Pero cuando abrió la puerta y vio la cara de la doctora, se desanimó. Lo que le había pasado lo hizo sentir medio loco y le dio miedo mencionarlo.

—No digas ni una palabra, Thomas —dijo la mujer—. Existen razones para las cosas que desconoces. También debes saber que yo no tengo la última palabra en las decisiones. Pero sí te conseguí hoy una victoria. ¿Te gustaría tomarte el día libre? Puedes dedicarlo a observar a tus amigos en el laberinto. Siento que te lo mereces.

El ánimo de Thomas mejoró, y luego volvió a caer.

—La única razón por la cual quieren que haga eso es para que *ustedes* puedan observarme a *mí* mientras los observo a ellos.

La doctora suspiró.

—¿Quieres hacerlo o no?

Thomas se tragó su orgullo.

—Por supuesto.

LA DOCTORA PAIGE CONDUJO A THOMAS A LA SALA DE observación donde había visto, hacía mucho tiempo, cómo un Penitente atormentaba a Minho. Esta vez, los monitores mostraban distintos ángulos del inmenso espacio verde en el centro del laberinto: donde ahora residía la mayoría de sus amigos. La doctora le ofreció un sillón en la plataforma de control y, al sentarse, ya estaba atrapado por las variadas escenas que se desplegaban en los múltiples monitores. Sin decir una palabra más, la mujer abandonó la sala y cerró la puerta.

Thomas se inclinó hacia delante.

Y observó.

YA HABÍAN PASADO UNA NOCHE EN SU NUEVO HOGAR, aunque ninguno de ellos había visto todavía el laberinto propiamente dicho. CRUEL aún tenía que abrir

las puertas que conducían a él. Había dejado eso para el día siguiente.

Thomas observó a los chicos vagando por el enorme patio enclavado dentro de los gigantescos muros del propio laberinto. Sus rostros lo decían todo. Sus *ojos* lo decían todo, visibles a menudo cuando un escarabajo podía acercarse lo suficiente. No tenían la menor idea de dónde se hallaban. Se veían desorientados... Y cuanto más los observaba Thomas, más le parecía que algo estaba mal. Todos se habían separado y parecían manejarse en forma individual.

Thomas concentró su atención en dos de los chicos que no conocía muy bien, que justo se cruzaban en ese instante.

—Ey, —dijo uno de ellos, con voz trémula—. ¿Sabes dónde estamos? ¿Cómo llegamos aquí?

El otro muchacho movió la cabeza en señal negativa, con aspecto de estar al borde de las lágrimas.

—Yo no... yo ni siquiera sé... —No terminó la frase, pero se dio vuelta y se alejó con rapidez.

Hechos similares sucedían en otros lugares. La mayoría de los chicos se evitaban unos a otros, pero cuando interactuaban, se comportaban como extraños. Como si no supieran quiénes eran los demás. E, incluso, quiénes eran ellos mismos. Se arrojaron algunos nombres, pero incluso esos nombres fueron pronunciados con incertidumbre.

Esas máscaras. Para *eso* habían sido esas máscaras. CRUEL había hecho algo terrible con su memoria. Debía estar relacionado con los implantes, probablemente.

Si ese era el caso, si era algo permanente, Thomas no podía imaginarse nada más horrible. Los recuerdos, eso era todo lo que *tenían*. Recordó cuando Randall le había quitado su nombre, había sido como perder una parte de su alma. Y eso era mucho, pero mucho peor. ¿Hasta dónde habrían llegado? ¿Podría ser temporario?

Encontró a Minho caminando rápidamente a lo largo de las paredes, estudiando cada centímetro de la estructura. Podía haber estado haciéndolo durante horas, desde antes de que saliera el falso sol. Estaba asustado... eso era obvio. Perder tus recuerdos sumado a que te arrojaran a una prisión de piedra: eso tenía que llenarte de un pánico más allá de lo que nadie podía imaginar. Caminó, caminó y caminó, de una extensa pared a la siguiente, luego a la siguiente y a la siguiente. No podía dejar de notar que estaba caminando en círculos.

En otra transmisión, Alby se encontraba sentado cerca del bosquecillo, la espalda apoyada contra uno de los escuálidos pinos. Estaba tan quieto que parecía casi sin vida, quebrado, y eso a Thomas lo liquidó. Ese joven, a quien él sabía feroz y decidido, siempre listo para enfrentar lo que se le presentara, CRUEL había sido capaz de convertirlo en una mera sombra de lo que era.

Newt era uno de los que erraban por el gran patio. Caminaba sin rumbo fijo, de un lado a otro, desde el establo a los campos y, de allí, a la pequeña estructura que estaba destinada a ser su hogar. No era más que una cabaña, en realidad. Tenía la misma mirada vacía que Alby. Caminó despacio hacia su viejo amigo, como si se

estuviera acercando a un completo desconocido. Thomas oprimió un botón para recibir el audio de ese monitor.

—¿Sabes dónde estamos?, —preguntó Newt.

Alby levantó la mirada bruscamente.

—No, no sé dónde estamos, —le respondió irritado, como si Newt se lo hubiera preguntado cien veces y estuviera harto de escucharlo.

—Yo tampoco, carajo.

—Sí, creo que todos nos damos cuenta de eso.

Se observaron durante un lapso prolongado y ninguno apartó la mirada. Finalmente, Newt dijo:

—Al menos yo sé cómo me llamo... soy Newt. ¿Y tú?

—Alby. —Lo dijo casi como si estuviera adivinando.

—Bueno, ¿no deberíamos comenzar a tratar de entender qué sucede?

—Sí, deberíamos. —Alby parecía tan malo como aquella noche en que los habían atrapado fuera del complejo de CRUEL.

—¿Entonces?, —preguntó Newt.

—Mañana, viejo. Mañana. Danos un día para deprimirnos, por el amor de Dios.

—Está bien. —Mientras se alejaba, Newt pateó una piedra suelta que se dispersó por el terreno polvoriento.

ESA MISMA TARDE, UNAS HORAS DESPUÉS, MINHO INTENTÓ trepar la pared. Las enredaderas eran suficientemente tentadoras y atraían a aquellos que se atrevían a escalar las lianas llenas de hojas. Minho hizo exactamente eso: se aferró con los nudillos apretados y blancos y fue encontrando peligrosos puntos de apoyo mientras ascendía lentamente. Una mano sobre la otra, trepaba desplazando los pies con cuidado.

Tres metros.

Cuatro metros y medio.

Seis metros.

Siete metros y medio.

Se detuvo. Miró hacia el cielo, estiró el cuello y luego volvió a bajar la vista hacia el suelo. Se había congregado una multitud, que lo alentaba a continuar. Un par de chicos también se habían dirigido a la enredadera y trataban de seguir el ejemplo de su compañero de prisión.

Minho miró otra vez hacia arriba y hacia abajo. A la pared. A sus manos. Y otra vez hacia el cielo. El suelo. El cielo. La pared. Sus manos. Después, sin una explicación, a pesar de la cantidad de enredadera que tenía arriba, comenzó el descenso. Saltó el último metro y luego se limpió las manos en el pantalón.

—¿Podemos terminar con esto?, —declaró—. Busquemos otro lugar.

Tres horas y las cuatro paredes después, el cielo casi oscuro, se dio por vencido.

Y lo mismo hicieron los demás.

ESA NOCHE, CUANDO LA DOCTORA PAIGE FUE A BUSCARLO, Thomas no podía creer que el día ya hubiera concluido.

—Es hora de regresar a tu dormitorio —dijo amablemente.

La doctora le había hecho llegar la comida durante el día, por lo tanto pensó en aprovechar el acuerdo logrado con ella, pidiéndole un favor. Y no quería arriesgarse a molestarla haciéndole preguntas acerca de la aparente pérdida de la memoria: dejaría eso para otro momento.

—¿Puedo volver aquí en la mañana? —preguntó—. Debo ver sus reacciones cuando se abran las puertas por primera vez. Es importante —trató de insinuar que era importante para el estudio.

—De acuerdo, Thomas. No hay problema. Puedes desayunar aquí.

Cuando se puso de pie, el corazón le pesaba tanto que sintió como si permaneciera en el sillón. Después de echar una última mirada a sus amigos —que se acomodaban para pasar la noche, hablaban en pequeños grupos y comían algo de los víveres que les habían provisto—, se alejó.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, LLEGÓ A LA SALA DE OBSERVACIÓN justo a tiempo.

El laberinto tembló por completo y Thomas se estremeció ante el sonido. De repente, la habitación en la que se encontraba se llenó de un rugido atronador y las puertas gigantescomenzaron a abrirse, una visión imposible para alguien que no la hubiera contemplado antes. Pero también fue una visión impresionante para Thomas, que había ayudado a *construir* esas puertas.

Sus amigos se reunieron en medio de la confusión. Algunos lloraban de miedo. Otros, con expresiones tan brillantes de esperanza en el rostro, que a Thomas casi se le rompió el corazón. Era muy obvio que todavía no habían recuperado la memoria.

Los observó mientras ingresaban en fila a los corredores del laberinto propiamente dicho y comenzaban a explorar el gran despliegue de pasillos, que daban vueltas formando distintos esquemas. Thomas se preguntó qué pensarían la primera vez que esos muros se movieran y formaran un esquema diferente. Imaginó los tiempos aterradores que esperaban a sus amigos y luego recordó a la criatura gelatinosa agazapada sobre Minho, y qué sucedería el día que CRUEL decidiera soltarlas en el laberinto por primera vez.

—¿Thomas?

Sorprendido ante la súbita vuelta a la realidad, se dio vuelta y se encontró a la doctora Paige detrás de él.

—Ya tendrás muchas más oportunidades de observar a tus amigos —señaló—.

Pero tus responsabilidades son la prioridad, ¿de acuerdo? Todavía tienes una agenda completa. Vamos.

Se marchó y dejó a sus amigos.

THOMAS SE SENTÓ EN EL SILLÓN, OBSERVÓ EL PANEL DE monitores que se encontraba frente a la plataforma de control y se sintió un poco mejor de lo que se había sentido en meses... lo cual no era mucho decir. Al menos, ahora quería continuar respirando en lugar de desear tal vez mejor no hacerlo, o que una misteriosa enfermedad lo fulminara en ese mismo instante. Hacía mucho tiempo que no se había sentido... bien. Y ese día, se sentía bien.

La doctora Paige continuaba permitiéndole observar a sus amigos en el laberinto, siempre y cuando mantuviera su agenda normal de clases, estudios, chequeos y todo lo demás. Ya no tenía más días de trabajo desde que se había terminado el laberinto, de modo que disponía de tiempo libre y, aunque sabía que lo estaban observando, ese era el único lugar en el que quería estar.

Los de tecno habían instalado un nuevo sistema de monitores y quizás eso fuera parte de la razón por la cual había logrado salir de su abatimiento, aunque fuera solo una fracción del día. Ahora podía elegir cualquiera de las transmisiones de los escarabajos y arrojarla en una versión sensiblemente mejorada de la pantalla central, que tenía un metro ochenta de ancho, color y definición espectaculares y audio mejorado. Le encantaba ver y oír a sus viejos amigos en ese gran primer plano del laberinto, casi como si estuviera ahí con ellos. El sistema era cien veces mejor, y sabía que ahora toda su vida se reduciría a tratar de encontrar cada vez más excusas para permanecer en esa misma sala, mirando, observando, indagando, en busca de algo que le brindara una mejor comprensión de los hechos. Por desgracia, sus amigos no habían recuperado la memoria, algo que lo irritaba enormemente.

Eligió el escarabajo número treinta y siete y lo deslizó hacia la pantalla principal. El monitor mostró a Alby y a un chico llamado George en la puerta este del laberinto, hablando y riendo mientras comían melocotones recién cultivados. Thomas nunca había hablado antes con George, pero esas eran las escenas que ansiaba ver: tomas de los Habitantes del Área disfrutando de la vida. Eso le daba esperanza, lo ayudaba a olvidar por un momento el terrible robo que habían sufrido. Y como no sucedía nada tan interesante en ningún otro lugar, se reclinó y miró mientras deseaba poder estar ahí. Solo de visita.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó y no se molestó en fijarse quién era cuando la puerta se

abrió y se cerró. Lo sabía por el ritmo de los pasos. Sin la menor duda—. Hola, Chuck —dijo sin mirarlo.

—¡Hola, Thomas! —lo saludó el niño, la voz teñida del entusiasmo habitual. Tomó una silla, la colocó apenas a tres centímetros de su amigo y se sentó de un salto con un alegre resoplido—. ¿Ya ocurrió algo emocionante?

—Lo tienes adelante —respondió Thomas—. ¿Ves eso? Observa atentamente. Mira lo que Alby y George están comiendo. No lo podrás creer.

Chuck se inclinó hacia delante y su cabello se sacudió salvajemente como siempre. Entornó los ojos y buscó con toda la seriedad que pudo reunir.

—Parecen melocotones —dijo finalmente.

—Acertaste —exclamó Thomas dándole una palmada en la espalda—. Es probable que seas el mejor analista de todo CRUEL.

—Jara-ja-ja —esa era la respuesta preferida del niño cuando Thomas se burlaba de él—. Eres tan chistoso —esa era la segunda respuesta preferida.

Thomas le había rogado a la doctora Paige que permitiera que Chuck fuera su asistente durante una hora o dos todos los días. Se había vuelto evidente que CRUEL apreciaba la perspicacia de Thomas, y él insistió en que necesitaba a alguien con quien evaluar las ideas que se le ocurrían durante esos períodos de trabajo. Teresa solía estar muy ocupada aprendiendo sobre sistemas informáticos, además del horario en que lo ayudaba diariamente.

Aseguró que estaba entrenando a Chuck para hacer grandes cosas, pero la verdad era que lo necesitaba. Estar solo a menudo hacía que los recuerdos lo asaltaran violentamente, y Chuck era un faro que iluminaba la oscuridad. La doctora Paige se mostró más que contenta de acceder, considerando el valor que tenía poder estudiar las reacciones de Chuck ante lo que contemplaba. Era puro egoísmo de parte de Thomas, pero no podía dejarlo ir. Necesitaba a Chuck de manera evidente, como un niño necesita su mantita de felpa.

El pequeño era una alegría constante en lo que habían sido un par de meses tristes desde el envío de la primera tanda de reclutas al laberinto, después de robarles sus recuerdos. De no ser por Chuck y por Teresa, Thomas no sabía cómo habría sobrevivido.

Como si el pensamiento la hubiera convocado —que podría haberlo hecho perfectamente—, Teresa le habló dentro de su mente.

Ey, ¿qué estás haciendo?, preguntó. Acabo de terminar de preparar al próximo muchacho que entrará en la Caja. Su horario de ingreso es mañana por la mañana. Pobre chico.

Estoy en la sala de observación, respondió. Te voy a dar tres posibilidades para que adivines quién está sentado junto a mí, y las dos primeras no cuentan.

¿El dulce y pequeñito Chucky-Chuck? Podía sentir la sonrisa radiante de Teresa a través de la conexión. Ambos tenían una debilidad especial por el niño. ¿Les molesta si me uno a ustedes?

¿Estás bromeando? Sin ti nunca es lo mismo.

Ella no contestó de inmediato y él supo que estaba por decir algo serio. Levemente avergonzado, esperó sus palabras.

Me doy cuenta de que te sientes mejor, dijo finalmente. Y eso me hace muy feliz.

Thomas emitió un suspiro de alivio.

A ti y a mí, a los dos, respondió. Ven ya mismo.

TERESA SE PRESENTÓ EN LA SALA DE OBSERVACIÓN UNOS pocos minutos después. Entró sin decir nada y acercó una silla. La rutina era tan cómoda como un par de zapatos muy usados. Chuck la miró, le guiñó el ojo —coquetear con una chica más grande era su idea de diversión— y luego levantó los dos pulgares.

—¿Cómo estás, Chuck? ¿Todavía no te enviaron a tu dormitorio?

—No, señora —respondió y parpadeó varias veces—. Me porto como un angelito, como siempre.

—No lo dudo —Teresa se estiró por encima del regazo de Thomas, sujetó un poco de piel de la pierna de Chuck y la retorció con fuerza.

El niño aulló de dolor, saltó de la silla y se puso a brincar de un lado a otro mientras se frotaba la pierna.

—¡No fue gracioso! —gritó—. ¡No fue gracioso!

—Eso es por robarme los huevos rellenos de la bandeja del almuerzo cuando fui a buscar la bebida —explicó Teresa, una ceja levantada de forma amenazadora—. Tú sabes que me encantan los huevos rellenos.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Cómo te...? —miró a Thomas—. Me parece que esta mujer puede leer la mente.

—No te metas con Teresa —dijo Thomas mientras movía la cabeza lentamente de un lado a otro, como impresionado por sus poderes—. Si hay una cosa que quiero que aprendas en la vida, hijo mío, es eso. No te metas con Teresa.

—Ven aquí, huevito relleno —añadió Teresa, y comenzó a perseguir a Chuck alrededor de la sala y tratando de ahogarlo con abrazos. A pesar de sus bromas insinuantes, el niño odiaba cuando Teresa le hacía eso.

Thomas se reclinó en el sillón y disfrutó de cada segundo.

Es cierto, pensó. Me siento bien otra vez.

OTRO DÍA DE INSERCIÓN.

El muchacho se llamaba Zart y era su turno de entrar a la Caja. Esa vez, era Teresa la encargada de prepararlo para la nueva inserción. El día anterior, había realizado la preparación y, temprano en la mañana, lo había hecho pasar por el Neutralizador. Thomas miró a Zart, que estaba inconsciente en la camilla. No sabía qué le daban a los chicos para dormirlos, pero parecía capaz de derribar a un rinoceronte.

Levantó la vista hacia Teresa y le sonrió. Estaban en el elevador, junto con la doctora Paige, dos enfermeros y Chuck. Una vez más, Thomas había convencido a la doctora de que permitiera ir a su compinche, lo cual a Chuck le encantó. Siempre se emocionaba ante cualquier receso que lo sacara de las clases y pruebas cotidianas. Thomas estaba cada vez más seguro de que no había que ocultarle cuál sería su futuro, que sería bueno preparar su mente, aun cuando mucho de eso terminara ocurriendo a nivel subconsciente.

Se oyó un zumbido mientras bajaban en la cabina hacia el sótano del edificio. Durante todo el descenso, nadie habló, ni siquiera Chuck, lo cual constituía un pequeño milagro. La mente de Thomas divagaba.

¿Cómo será?, se preguntó mientras observaba el rostro dormido de Zart. Qué extraño debía ser despertar con tus recuerdos borrados. La doctora Paige había explicado muchas veces cómo funcionaba, pero ¿qué era lo que se *sentía*? Eso era lo que Thomas quería saber. Tener una imagen completamente intacta del mundo y de cómo era... pero que hubieran eliminado todo lo importante. Amigos, familiares, lugares. Era algo fascinante y terrible a la vez.

Al sonar la campanilla del montacargas, ya se encontraban en el subsuelo. Thomas sintió una ligera puntada en el corazón. Era el sitio en donde se había encontrado con sus amigos una noche por semana durante mucho tiempo. Donde había pasado de ser un chico solitario y triste a una persona relativamente feliz con un grupo de amigos.

Las puertas se abrieron y los enfermeros empujaron la camilla hacia el pasillo. Thomas miró a Teresa y luego salieron detrás de la doctora Paige. Chuck salió tras ellos, los ojos muy abiertos y expectantes. Si le molestaba lo que había en su futuro, nunca lo demostró.

Las ruedas de la camilla repiquetearon contra el suelo de mosaicos mientras avanzaban por el largo pasillo hacia donde los esperaba la Caja.

—¿Por qué están tan callados? —preguntó Chuck. Cada tanto, tenía que trotar un poco para no quedar rezagado.

—Porque el sol ni siquiera apareció —respondió Teresa—. Nunca nos despertamos tan temprano y todavía no hemos tomado el desayuno.

—Ni bebido un café —agregó la doctora Paige, mostrando un extraño destello de personalidad—. Mataría a un Penitente con mis propias manos por una taza de café.

Thomas y Teresa intercambiaron una mirada sorprendida y luego divertida. La mujer acababa de hacer una broma. Tal vez *sí* era el fin del mundo.

Me da miedo, dijo Teresa inesperadamente.

¿Qué te da miedo?, preguntó Thomas.

La idea del laberinto. La inserción. Pero también me entusiasma un poco. A veces, envidio a los chicos que están en el Área. Sí, llevan una vida dura, pero se divierten.

Thomas se encogió de hombros como si nunca hubiera pensado en esa cuestión. Sin embargo, lo cierto era que últimamente había estado pensando mucho en eso. *No lo sé*, dijo. *Tú sabes que los psicólogos no dejarán que los juegos y la diversión sigan por mucho tiempo más ahí dentro.*

Al principio, Teresa no respondió y continuaron caminando por el pasillo en silencio.

Todo explotará muy pronto, concordó Teresa después de unos segundos.

Finalmente, llegaron a las amplias puertas dobles que conducían al recinto donde se encontraba la Caja. A pesar de toda la sofisticación que rodeaba a CRUEL y sus pruebas, experimentos y maravillas tecnológicas, la Caja no era ningún espectáculo en sí misma. Se hallaba en una habitación amplia y polvorienta, al fondo de un hueco que subía hasta el Área, conectada a enormes ruedas dentadas mediante cadenas y poleas. Un elevador mágico hacia un mundo nuevo y feliz.

Thomas se estremeció al pensar cómo debía ser despertar en esa caja oscura de metal, sin recuerdos. Tenía que ser aterrador.

—Aquí estamos —dijo la doctora Paige, mientras los enfermeros empujaban la camilla hacia la imponente pared de acero plateado—. Sé que las últimas semanas hemos estado enviando más reclutas al laberinto mientras los psicólogos realizaban ajustes al programa, pero luego de Zart, vamos a reglamentar las cosas un poco más. Enviaremos a un chico por mes, el mismo día y a la misma hora. Puntualmente. A menos que algo cambie.

Como siempre, no descartan ninguna posibilidad, le dijo Thomas a Teresa.

Tienes mucha razón. De alguna manera, Teresa proyectó la imagen de ella sacando la lengua y poniéndose bizca. No tenía sentido y, sin embargo, parecía la respuesta perfecta.

Los enfermeros se detuvieron justo al lado de la Caja, de unos tres metros de

altura. Uno de ellos se dirigió a un rincón y regresó arrastrando una escalera con ruedas, grande y sólida.

—¿Dónde está la puerta de esta cosa? —preguntó Chuck mientras examinaba la pared ciega que tenían más cerca y luego se aventuraba hacia los otros lados. Nadie respondió hasta que el niño rodeó todo el contenedor y terminó donde había empezado.

—Solo observa —dijo Teresa, sin ocultar su desprecio por el proceso.

—No es lo que llamaríamos glamoroso —agregó Thomas.

—¡Me muero de la ansiedad! —exclamó Chuck con júbilo excesivo. A veces, Thomas pensaba que tenía un sentido del humor más seco de lo que todos pensaban.

—Muy bien —dijo la doctora Paige—. Subámoslo a la escalera. Todo debería estar preparado. En la sala de control están todos listos.

Los enfermeros sujetaron a Zart —uno de las piernas y el otro pasó los brazos por debajo del pecho— y lo sacaron de la camilla. A continuación, subieron lenta y cuidadosamente por la escalera rodante, que se movía de forma inestable bajo su peso. Al llegar arriba, el trabajo se convirtió en un ejercicio de torpeza mientras el enfermero que sostenía a Zart por el pecho lo alzaba hasta la parte superior de la Caja y luchaba hasta lograr pasarle los brazos por encima del borde del metal para mantenerlo inmóvil. Esperó, se aseguró de que no se cayera y luego se inclinó hacia abajo para ayudar al otro enfermero a alzar al muchacho de las piernas.

Lamentable, le dijo Thomas a Teresa. *¿No se les podía haber ocurrido una forma mejor de hacer esto? Tienen implantes para el cerebro, Trans-Planas, pequeños robots escarabajos con cámaras. Y así es como...*

Cortó la frase de golpe cuando los enfermeros, accidentalmente, soltaron demasiado pronto el cuerpo de Zart, que cayó, desapareció de vista y luego chocó con fuerza contra el fondo de la Caja con un estruendo terrible, que resonó hasta lo alto del techo. Chuck lanzó una risita y luego se mostró avergonzado cuando la doctora Paige lo miró furiosa con desagrado.

—Lo siento —masculló.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer con la voz llena de enfado.

—Se ve bien —dijo uno de los enfermeros. Ambos estaban de puntillas, asomados por encima del borde, examinando el estado de Zart en el fondo del elevador—. Se hizo un ovillo y está durmiendo como un bebé.

—¿Por qué no poner una puerta al costado de la Caja? —preguntó Chuck con una voz tan dulce, que era obvio que quería decir todo lo contrario. Algo parecido a *¿Cómo pudieron ser tan estúpidos?*

—Todo lo hacemos por alguna razón —contestó Paige, pero no se esforzó demasiado por resultar convincente. *¿Acaso había sido otra broma?—. Vayamos a ver la inserción.*

—¿Y ahora qué sucede? —preguntó Chuck mientras regresaban por donde habían venido, por ese pasillo espantosamente largo—. *¿Cuándo despertará?*

Sorprendentemente, la doctora Paige respondió, satisfaciendo por una vez la desmedida curiosidad del chico.

—Más o menos en una hora —contestó—. Apenas lo haga, comenzaremos el ascenso simulado y nuestras observaciones. En los próximos dos días, deberíamos ver algunos patrones nuevos y muy interesantes.

Su humor había cambiado rápidamente, su tono y paso ligero rebosaban entusiasmo.

—Genial —exclamó Chuck.

Y continuaron la marcha.

CON TERESA A SU LADO, THOMAS OBSERVABA. HABÍAN mandado a Chuck a su dormitorio, pues no querían que viera la angustia en estado puro que sentían los chicos después de despertar en la Caja por primera vez. No había que exagerar con eso de preparar al chico para su futuro.

Juntos, Thomas y Teresa observaban e imaginaban cómo sería.

ZART DESPERTÓ EN LA OSCURIDAD, LAS CÁMARAS DE LA Caja apenas lograban captar sus movimientos. Al principio, no dijo nada, solo se desplazó como un ebrio, a los tropezones, por el compartimento de metal. Pero luego, tuvo conciencia de todo al mismo tiempo: la pérdida de la memoria, el lugar extraño, el movimiento, los sonidos. Entró en pánico y comenzó a golpear las paredes y a gritar.

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

La histeria continuó; se hizo un corte en el puño y la sangre corrió por su mano. Finalmente, se desplomó en el suelo y se arrastró hasta un rincón. Allí, atrajo las piernas firmemente contra el pecho y colocó los brazos alrededor de ellas. Al principio, las lágrimas eran apenas unas débiles gotas, pero pronto llegaron los sollozos y sus hombros se sacudieron con el llanto.

La Caja se detuvo y una burbuja de silencio llenó el aire, como si fuera a pincharse y explotar al menor contacto. Zart se llevó un gran susto cuando el techo chirrió repentinamente y dos puertas se abrieron con un crujido. La luz de diez soles ardientes lo encegueció desde arriba. Apretándose los ojos con las manos, rodó de un lado a otro en el piso mientras gemía.

Escuchó rumores, susurros y risas ligeras que provenían del cielo. Finalmente, espío a través de los dedos, pues ya podía ver. Distinguió un cuadrado de luz y siluetas de treinta chicos dispuestas a su alrededor, las cabezas inclinadas hacia abajo, observándolo. Algunos codeaban a sus compañeros, lo señalaban, reían disimuladamente.

Cayó una cuerda; un lazo atado en el extremo aterrizó justo delante de él. Se levantó, colocó el pie en el lazo y se aferró a la cuerda con las dos manos. Jalaban de

él hacia arriba, lo arrastraron por el borde de la Caja y lo ayudaron a ponerse de pie. Tres o cuatro chicos le quitaron el polvo, pegándole con más fuerza de la necesaria, pero sus expresiones de falsa sorpresa y sus risas hacían que todo pareciera que estaba bien. Eran como viejos amigos dándole la bienvenida al hogar a un alma perdida.

Un muchacho alto de cabello castaño se adelantó y estiró la mano. Zart la tomó y la estrechó.

—Me llamo George, —dijo—. Bienvenido al Área.

Fecha 230.03.15 | Hora 3.15 p.m.

EL DÍA HABÍA TRANSCURRIDO DE FORMA BASTANTE SIMILAR a los anteriores. Desayuno, un par de clases, más tiempo en la sala de observación. Almuerzo. Sala de observación. Y todo el tiempo, Teresa a su lado. A Chuck se le permitía unirse a ellos una vez que hubiera concluido las clases de la tarde.

Chuck a la izquierda.

Teresa a la derecha.

Thomas no sabía exactamente en qué se estaba transformando su rol dentro de CRUEL. Daba la impresión de que le dejaban hacer lo que quisiera e ir adonde quisiera. Solía comer en la cafetería con los reclutas que todavía no habían sido enviados al laberinto. No se llevaba tan bien con ellos como con Newt, Alby y Minho, pero en general eran simpáticos. Había dos chicos llamados Jeff y Leo que eran especialmente agradables, aunque estaban obviamente preocupados por lo que les esperaba... Habían oído rumores de cómo era el laberinto y en qué podía convertirse. Pero, en general, eran reservados.

Mientras observaba los monitores, decidió que estaba bien, satisfecho con las cosas como estaban hasta que se presentara algo mejor.

—¿Qué está pasando allá? —preguntó Teresa, sacándolo bruscamente de sus pensamientos. Señaló uno de los monitores de la derecha. Thomas lo pasó a la gran pantalla central para ver mejor.

Un grupo de chicos comandado por Alby y Newt se encontraba en actitud sospechosa contra la pared de piedra de un cobertizo hecho con restos de madera, cerca de la esquina noroeste del Área. Para comenzar, CRUEL había ayudado a los chicos construyéndoles una estructura pequeña y simple para que usaran como refugio, con la esperanza de que los reclutas le hicieran arreglos una vez que les enviaran suministros y tomaran alguna iniciativa para mejorar sus condiciones de vida. En las últimas dos semanas, ya habían comenzado a hablar sobre el tema y habían recolectado toda la madera que encontraban y la apoyaban contra la pared. Algunos chicos hasta habían dormido ahí debajo durante las últimas noches.

Pero ahora el grupo que se encontraba en la entrada más cercana a la esquina de los muros se veía... preocupado. Por un lado, estaban ubicados de manera extraña, demasiado juntos, como si no quisieran que los escarabajos captaran lo que había dentro del cobertizo. Las cabezas giraban de un lado a otro, recorriendo la zona que

los rodeaba, como delincuentes esperando el automóvil para la fuga. Alby y Newt se susurraban furiosamente uno al otro, discutiendo o mutuamente preocupados por algo.

—¿En qué andan? —susurró Thomas, inclinándose hacia delante para ver si podía distinguir algo en las sombras. Desde ese ángulo, era imposible ver nada.

Teresa se le adelantó y oprimió un botón de comunicaciones que los conectaba con la sala de control... donde trabajaba la gente *importante*.

—¿Existe alguna forma de que podamos meter un escarabajo ahí dentro? —preguntó Teresa a quien estuviera escuchando.

—Nop —respondió un hombre. Uno de los psicólogos, probablemente. Ellos no interactuaban mucho con los reclutas, si es que alguna vez lo habían hecho; ni siquiera con Thomas y Teresa—. Queremos dejar que eso avance antes de que sepan que los estamos observando de cerca.

Thomas se sintió aún más intrigado.

—¿No podemos al menos acercarnos más el plano?

—Haremos todo lo posible —contestó el hombre con sequedad—. Eso es todo —siguió un sonoro *click* que, obviamente, lo hizo audible a propósito. En otras palabras: *Déjenos en paz*. A veces, actuaban de esa manera.

Un movimiento especial en la pantalla llamó la atención de Thomas. Alby se había inclinado hacia dentro del refugio triangular y forcejeaba con algo, el cuerpo tenso por el esfuerzo. Newt se unió a él y luego arrastraron algo fuera de la oscuridad y dentro de la luz grisácea: el falso sol ya había desaparecido detrás de la inmensa pared del lado oeste y esa zona del Área había quedado en las sombras.

—¿Qué...? —dijo Teresa—. ¿Qué es eso?

—¡Es un chico! —chilló Chuck, haciendo saltar a Thomas varios centímetros del asiento.

Pero el niño tenía razón. Llevando una pierna cada uno, Alby y Newt transportaban a un chico a la intersección de las paredes del norte y del oeste. Al llegar ahí, Alby se arrodilló junto a él y le dio un golpe en la cara. Teresa lanzó un chillido y, sin pensarlo, Thomas retrocedió unos pasos con rapidez. Alby llevó el brazo hacia atrás y le pegó otra vez, y luego otra vez más. Newt lo tomó del brazo y lo apartó.

—¿Puedes ver quién es? —preguntó Teresa.

Chuck había rodeado la plataforma de control, de modo que sus ojos estaban a solo unos centímetros de la pantalla.

—Yo lo conozco —señaló—. Es George.

—¿El que le dio la bienvenida a Zart al llegar al Área? —preguntó Thomas—. Eso fue hace poco más de veinticuatro horas. ¿Cómo puede ser que todo haya salido mal desde entonces?

—¿Qué salió mal? —agregó Teresa—. Quiero decir, ¿qué rayos está pasando? ¿Por qué Alby está dándole una paliza a George?

Thomas notó que una de las vistas del lado izquierdo del monitor principal se ponía borrosa y entraba en acción; el escarabajo comenzaba a correr lo más rápido que podía por la tupida enredadera.

—Chuck, vuelve aquí —dijo Thomas bruscamente—. No puedo ver todas las transmisiones.

El niño obedeció; la expresión en su rostro oscilaba entre el miedo y el júbilo. De inmediato, Thomas tomó la pantalla que quería y la deslizó al monitor principal, en el centro. Apenas se instaló allí, el ángulo de la cámara salió de las lianas y mostró una vista aérea de Alby, Newt y George. A pesar del ruido que el escarabajo debía haber hecho en el apuro, ninguno de los chicos pareció notarlo.

Ahora, Thomas podía ver la escena con todo detalle, y podía oír la respiración y los movimientos de cada uno de ellos.

George estaba en un estado desastroso. Se retorció en el suelo, los músculos contraídos como si hubieran quedado inmovilizados para siempre de esa manera: apretados y tensos. Los ojos fuera de las órbitas; los labios apretados en una línea pálida; parecía como si se hubiera arrancado la piel de la cara, la hubiera hervido y luego acomodado de nuevo.

Thomas parpadeó y se frotó los ojos. George parecía un personaje animado, un producto de los efectos especiales de algún estudio de cine. Mientras se retorció como si sufriera el peor dolor del mundo, emitía gemidos agudos a través de la boca cerrada, que sonaban rabiosos.

—Pero ¿qué carajos le pasa a ese?, —gritó Newt.

Otro chico, que Thomas no conocía, se colocó junto a él y dijo:

—Ya les conté. Estábamos explorando el laberinto. Él siempre iba más adelante que yo. Oí unos sonidos mecánicos y luego Georgie gritó. Me costó muchísimo traerlo hasta aquí, —mientras hablaba se veía enojado, echaba chispas.

—¿Quién es ese? —preguntó Thomas. Sentía como si estuviera dentro del Área con sus viejos amigos.

—Se llama Nick —respondió Chuck—. Y se escarba la nariz.

Thomas arrancó los ojos del monitor para mirar al niño.

—¿En serio? ¿Ahora?

—¡Es todo lo que sé de él!

—No quería que los demás lo vieran, —dijo Alby y atrajo otra vez la atención de Thomas hacia la pantalla grande—. Todos se asustan. Ahora tenemos pocas posibilidades de evitar que eso ocurra.

—Bueno, ¿por qué le golpeabas la cara?, —preguntó el chico llamado Nick, todavía furioso—. Es mi amigo, ¿sabías? Necesita ayuda médica y no que un exaltado le dé una paliza.

—¡El maldito estaba tratando de morderme!, —le gritó Alby—. Muévete.

—Tranquilos, chicos, —dijo Newt interponiéndose entre los dos—. Pensemos un poco. ¿Qué hacemos?

Estaban de pie alrededor de George, que se había puesto peor. Parecía que su cabeza podría explotar en cualquier momento por la hinchazón. Estaba rojo e inflamado. Las venas sobresalían en la frente y las sienes. Y los ojos... estaban enormes. Thomas nunca había visto algo semejante.

—¿Viste qué fue lo que lo atacó?, —preguntó Alby a Nick, habiendo olvidado, en apariencia, que unos pocos segundos antes estaban a punto de pelear.

Nick hizo una señal negativa con la cabeza.

—No vi nada.

—¿George dijo algo?, —preguntó Newt.

Nick asintió.

—Bueno, sí, eso creo. No estoy seguro, pero... creo que susurraba una y otra vez *Me pinchó, me pinchó, me pinchó...* Era muy raro, viejo. Parecía estar poseído, o algo así. ¡¿Qué vamos a hacer?!

Thomas volvió a sentarse de golpe en el sillón. Por alguna razón, esas palabras lo dejaron helado.

Me pinchó.

—VAMOS, —DIJO ALBY, INCLINÁNDOSE PARA SUJETAR LAS piernas de George—. Ya no tiene sentido tratar de ocultar nada. Llévemolo al centro del Área y reunamos a todos. Veamos si alguien sabe qué hacer.

En ese mismo instante, Newt levantó la vista y miró directamente a la cámara. Thomas se echó hacia atrás y pensó, por un segundo, que su amigo había logrado verlo de alguna manera.

Newt ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Ey! ¡Quienquiera que sea que nos envió aquí! Mándennos algunos remedios. ¿Qué tal un condenado médico? Mejor aún, ¡¿por qué no nos sacan de este agujero?!

Thomas se quedó paralizado. Era una locura que Newt y los demás no supieran quién los había enviado allí. O que ni siquiera conocieran la existencia de algo llamado CRUEL. Lo único que sabían era que llevaban una vida extraña en el medio de un laberinto... y que había cámaras colocadas en unos insectos mecánicos que correteaban por el lugar. Solo que ahora también parecía que habrían de conocer perfectamente bien a los Penitentes.

Me pinchó. Nadie le había mencionado nada acerca de pinchazos. Debía tener que ver con uno de esos apéndices metálicos que se proyectaban hacia afuera del cuerpo de las criaturas.

Los chicos habían levantado a George. Tuvieron que hacerlo entre cuatro, porque lanzaba golpes muy fuertes. Y los sonidos que emitía: gemidos tan aterradores que Thomas quería taparse los oídos.

El grupo rodeó la pequeña estructura que habían comenzado a llamar Finca y se dirigió a la zona central del Área, cerca de la Caja. Otros chicos —algunos trabajaban en los jardines, otros en la parte de la granja de animales y otros simplemente deambulaban por ahí— notaron de inmediato lo que estaba ocurriendo, y enseguida los demás Habitantes rodearon a George, que había sido mitad apoyado y mitad arrojado en el suelo por sus muy frustrados transportistas.

Como de todas maneras ya los habían visto, CRUEL había dejado de lado cualquier pretexto para no observar e irrumpió con varios escarabajos. Distintos ángulos de la escena aparecieron en los monitores de la sala y Thomas eligió el mejor —deseando tener todavía una visión aérea— y lo puso en el centro del monitor principal.

—¡Oigan!, —gritó Nick. Thomas estaba un poquito sorprendido de que Alby no hubiera tomado el mando—. Georgie y yo estábamos en el laberinto corriendo por los pasillos y él se me adelantó. Algo lo atacó. Él repite que lo *pincharon*. ¿Alguien sabe algo de eso?

—Minho vio una especie de criatura, —dijo Alby—. ¿Dónde está Minho?

—Todavía está corriendo, —respondió alguien—. Es probable que esté durmiendo una siesta en uno de los Callejones sin Salida.

—Fue una de esas criaturas de las que él habló, —insistió Alby—. Seguro que fue eso.

—Realmente no importa qué fue, —Nick señaló a George, que estaba hecho un ovillo y se mecía de costado de un lado a otro—. ¿Qué haremos con él? Lo único que tenemos es un puñado de aspirinas y de vendas.

—Había algo raro entre las provisiones de la cocina que enviaron la semana pasada. —Thomas no había visto quién había hablado, pero luego un chico alto y de tez oscura salió de entre la multitud y se detuvo justo al lado de Nick.

—¿De qué estás hablando, Siggy?, —le preguntó el líder.

—¡Se llama Sartén!, —alguien gritó—. Tú eres el único que no lo llama así.

Se escucharon algunas risitas, que no podían haber sido más incongruentes con la situación, dado que el chico estaba en el suelo retorciéndose de dolor.

Nick los ignoró a todos, aunque Thomas notó que Alby echó unas cuantas miradas duras a su alrededor.

—Estaba en el fondo de una caja de cartón, —continuó Siggy, Sartén, o como se llamase—. Una especie de jeringa, tenía la palabra *suero* impresa encima. Yo pensé que se trataba de un error, que alguien la había arrojado ahí sin querer o algo así. La tiré esta mañana con las sobras de las salchichas.

Alby se acercó al muchacho, lo tomó de la camisa y lo atrajo hacia él.

—¿Lo tiraste? ¿Y no te molestaste en decírselo a nadie? No me sorprende que quieras cocinar... no tienes seso para nada más.

Siggy sonrió.

—Si eso te hace sentir más listo. De todas maneras, te lo estoy diciendo ahora, ¿no? Tranquilo.

—¿Dónde lo tiraste?, —inquirió Nick—. Tal vez, no esté roto. Por lo menos echémosle un vistazo.

—Ya vuelvo. —Siggy salió corriendo hacia la Finca.

SOLO LE TOMÓ TRES O CUATRO MINUTOS, PERO, PARA cuando el muchacho alto estuvo de regreso con un delgado cilindro metálico apretado en la mano, George había pasado de estar mal a estar peor. Más bien, de estar peor, a *lo peor*.

Se había quedado inmóvil, salvo el pecho, que se movía agitadamente mientras trataba de respirar. El mentón estaba flojo, los miembros flácidos, los músculos se

habían relajado del estado de rigidez anterior. Al muchacho no le quedaba mucho tiempo en este mundo.

—CRUEL no dejará que muera, ¿verdad? —preguntó Chuck—. Es algún tipo de prueba. Quieren ver cómo reaccionan todos.

Teresa estiró la mano alrededor de Thomas y le dio unas palmadas a Chuck en la espalda.

—Para eso es la jeringa. Estoy segura. Es mejor que se apresuren.

Miró a Thomas y le habló en la mente. *Esto no terminará bien.*

Él movió ligeramente la cabeza y luego regresó a la pantalla. Siggy le había dado la jeringa a Nick, que ahora estaba arrodillado al lado de George. El muchacho enfermo —el muchacho *pinchado*— casi ni se movía y apenas respiraba. Sus ojos se veían vacíos de vida.

—¿Alguien sabe cómo se hace?, —gritó Nick—. ¿Dónde clavarla?

—¡En cualquier lado!, —gritó Alby—. ¡Hazlo deprisa! ¡Míralo!

Nadie más se molestó en contestar, de modo que Nick tomó la jeringa, apoyó el pulgar contra ella y luego la clavó en el brazo de George. El chico ni siquiera se movió. Nick apretó el émbolo hasta que desapareció todo el fluido; después la arrojó al suelo, se puso de pie y retrocedió unos pasos. Todos le dejaron espacio a George, pero se mantuvieron cerca para observar lo que podría ocurrir, tapándole así la visión a Thomas.

—Vamos, Georgie, —dijo Nick en un tono apenas audible. Eso y el rumor de una suave brisa eran los únicos sonidos del Área.

Transcurrió un momento prolongado. Teresa le apretó la rodilla a Thomas, la mano tibia a través de los jeans. Estaba tan nerviosa como él.

Luego, los chicos se apartaron y retrocedieron en desbandada. Un rugido inhumano llenó el aire. George estaba de pie, la boca abierta, el rostro estirado en una mueca de dolor. Gritó con gran esfuerzo:

—¡Un Penitente! ¡Era un maldito Penitente! ¡Nos matarán a todos! —Las palabras brotaron de él como la percusión de explosiones lejanas.

Repentinamente, corrió hacia el chico que estaba más cerca de él, le saltó encima y comenzó a golpearlo. Thomas estaba completamente conmocionado, casi no podía creer lo que estaba viendo. Alby y Nick trataron de quitar a George de arriba del muchacho, pero él los apartaba a golpes y arremetía contra Nick, enseñándole los dientes.

—¿Qué rayos...? —susurró Teresa.

George le clavó las uñas al chico e hizo que le brotara sangre de las mejillas y de la boca. A continuación, apuntó hacia los ojos sin dejar de gritar. El chico se defendía desde abajo y también gritaba mientras intentaba retorcer el cuerpo para poder quitarse de encima a su atacante. Pero George parecía tener la fuerza de diez hombres. Inmovilizó a su víctima con una mano y le dio un puñetazo en la cara. Luego, apuntó otra vez hacia los ojos mientras aullaba como un animal.

Era demencial. Como si George hubiera pasado, en cuestión de minutos, de la gripe a convertirse en un Crank con todas las letras. Otros chicos se acercaron e intentaron apartarlo, pero ninguno consiguió sujetar alguna parte de su cuerpo, que se sacudía violentamente. Thomas vio que algo se movía desde la derecha; era Alby, que corría a toda velocidad. En algún momento, había abandonado la escena y ahora volvía a la carga.

En las manos, sostenido cerca de los hombros como si fuera un experimentado guerrero de la antigüedad, llevaba un palo de madera largo y fino. Parecía ser una escoba rota o el mango de una pala, cuyo extremo tenía una punta filosa y astillada.

—¡Apártense de mi camino!, —rugió Alby y sus pies atronaron el suelo polvoriento.

Thomas volvió a mirar a George, vio que sus manos escarbaban en los ojos de su víctima mientras el chico gritaba de dolor.

Alby llegó hasta él y clavó la improvisada lanza con tanta fuerza en la nuca de su agresor que pasó violentamente del otro lado. Los gritos de George se transformaron en gárgaras ahogadas mientras su cuerpo se desplomaba hacia el costado. El chico salió gateando de debajo de su cuerpo, cubriéndose con las manos el rostro herido.

George se retorció, gimió y luego quedó inmóvil.

La sangre oscureció la tierra y la roca que tenía debajo.

Fecha 230.03.15 | Hora 5.52 p.m.

—SANTO CIELO —MURMURÓ THOMAS, MÁS ATÓNITO QUE NUNCA.

Teresa soltó la pierna de Thomas y se desplomó en la silla con una estruendosa exhalación.

—Sí, santo cielo. ¿Qué está sucediendo?

Thomas le echó una mirada a Chuck y se le oprimió el corazón. El niño había enroscado las piernas encima de la silla y colocado los brazos alrededor de ellas. El rostro pálido, dos claros surcos de lágrimas bajaban brillando por sus mejillas. Temblaba. Una culpa insoportable se arremolinó alrededor de su corazón: no había esperado que su amigo viera algo tan espantoso. No había esperado ver algo tan espantoso *él mismo*.

—Ey, ey —dijo, volviéndose hacia Chuck y tomándolo de los hombros—. Ey, mírame. Mírame.

El muchacho lo miró finalmente, los ojos llenos de tristeza.

—Vamos a analizar qué sucedió, ¿está bien? —prosiguió—. Estoy seguro de que... no sé. Algo salió mal. Alguien metió la pata. No tenía que ocurrir. El laberinto *no* será así, ¿de acuerdo?

Chuck habló mientras se sacudía por un sollozo.

—Solo me estaba divirtiendo. Yo no... —su voz se quebró y continuó llorando en silencio.

—Lo sé, viejo. Eso fue muy duro de ver —atrajo a Chuck entre sus brazos. Teresa también estaba ahí y lo abrazaba desde el otro lado. El abrazo grupal duró casi un minuto; después, Thomas miró por encima del hombro para ver cómo reaccionaban los Habitantes ante la muerte violenta.

Algunos chicos se habían dispersado y la mayoría deambulaba en soledad. Alby estaba de rodillas, inclinado contra la lanza de madera que había utilizado para matar a George, la mirada fija en el suelo, completamente quieto. Newt estaba cerca de él, sentado sobre la tierra con las piernas cruzadas, la cabeza entre las manos, los ojos cerrados, con el aspecto más miserable que una persona pueda tener.

Un escarabajo se había deslizado más cerca del cuerpo de George y Thomas colocó esa vista en el monitor principal. De todos los chicos presentes, Nick parecía ser el que se había mantenido más calmo de todos, aun cuando George había sido obviamente un amigo cercano. Después de todo, lo había llamado «Georgie». Nick se

arrodilló junto a su compañero muerto y hurgó entre su vestimenta, lo miró a los ojos, estudió sus miembros. De repente, quedó paralizado, los ojos clavados en un punto en el medio de la espalda.

Luego de uno o dos segundos, estiró la mano, tomó la camisa del chico muerto y la palpó hasta que encontró un pequeño desgarró. Con varios tirones rápidos del brazo, agrandó el agujero y se inclinó para observar. Thomas también se inclinó en la sala de observación y fijó la mirada en la gran pantalla que tenía delante de él.

El escarabajo se acercó más, hasta que estuvo justo al lado del cuerpo, su cámara apuntaba al lugar exacto que había interesado a Nick. La piel estaba roja e hinchada, y varias venas gruesas y negras brotaban de una herida, un círculo casi perfecto de oscuridad en la carne de George. Parecía el cuerpo de una araña con las patas rotas saliendo del cuerpo. Era duro mirar esa herida virulenta durante mucho tiempo.

—*Pinchado* —dijo Teresa—. Eso sí que me parece un tremendo pinchazo.

Thomas se puso de pie.

—Eso es todo —exclamó él—. Vámonos —se alejó de la horrenda imagen proyectada en la pared y se encaminó a la puerta.

—¿A dónde vamos? —preguntó Teresa, que se hallaba a su lado.

Thomas se volvió hacia Chuck, que estaba pegado a sus talones.

—De hecho, tú tienes que quedarte aquí. En realidad, yo *necesito* que te quedes aquí.

—¿Qué? ¿Por qué? —estaba ofendido o aterrado de quedarse solo, Thomas no lo sabía bien.

—Alguien tiene que vigilar los monitores por mí. Si sucede algo (si aparece un Penitente o si alguien recibe un pinchazo o el lugar explota en mil pedazos, cualquier cosa), vienes a buscarme. ¿De acuerdo?

Sabía que Chuck era demasiado inteligente como para creer su excusa para no llevarlo con ellos, pero la aceptó sin oponerse.

—Está bien. Pero ¿adónde van? ¿Cómo los encontraré?

Thomas abrió la puerta y le hizo una señal a Teresa de que saliera.

—Voy a obtener algunas respuestas.

THOMAS GOLPEÓ LA PUERTA.

—¡Déjennos entrar! —gritó.

La sala del control central era una zona prohibida para todos los que tuvieran menos de veintiún años. Había oído a alguien decir eso alguna vez, pero le pareció que no era más que una formalidad inventada para mantenerlos lejos. Teresa, Aris, Raquel y él eran parte del «equipo» cuando les convenía. Sabía que los examinaban a todos al igual que a cualquiera de los que se encontraban en el Área.

Y después de lo que acababa de ver, comenzaba a sentirse muy incómodo con respecto a lo que sucedía.

Estaba a punto de golpear otra vez cuando se escuchó un *click*, seguido de un susurro; luego, el gran bloque de metal se abrió de golpe. Del otro lado, los recibió un hombre a quien nunca antes había visto; bajo, fornido y de cabello oscuro. Y no se veía muy contento.

—¿Cuál es el problema, Thomas? —preguntó con voz sorprendentemente calma—. Estamos un poco enloquecidos en este momento.

—Ustedes dicen constantemente que somos importantes, que somos parte de todo esto —respondió. Señaló a Teresa y luego se señaló a sí mismo—. Nosotros ayudamos en la programación de su laberinto. Y ayudamos a enviar allí a todos nuestros amigos. Y ahora acabamos de ver morir a uno de ellos sin que ustedes hicieran nada para evitarlo. ¿Por qué? ¿Por qué no fueron a ayudarlos? Alguien tiene que explicar qué ocurrió y tendrá que hacerlo ahora mismo.

Thomas temblaba mientras intentaba no perder la calma. Respiró agitadamente y esperó que el hombre contestara.

Muchas emociones atravesaron el rostro del desconocido. La última fue irritación.

—Un momento —dijo, y luego cerró la puerta sin esperar respuesta.

Thomas estiró el brazo para golpear otra vez, pero Teresa lo sujetó y sacudió la cabeza.

Van a hablar con nosotros, le dijo en la mente. Trata de ser paciente. En estas situaciones, tenemos que actuar con tanta calma como ellos si queremos lograr algo.

Avergonzado, fastidiado al saber que ella tenía razón y sintiéndose estúpido por su ridícula bravuconada, respiró profundamente, asintió y esperó.

La puerta se abrió menos de un minuto después y apareció el doctor Leavitt, tan calvo y desdichado como siempre. Pero antes de que pudiera decir algo, la doctora Paige ya se encontraba a su lado y apartó al hombre casi de un empujón.

—Thomas —dijo con amabilidad—. Teresa. Estoy segura de que deben estar tan preocupados como nosotros.

No había esperado que esas fueran sus primeras palabras, aunque no sabía decir por qué le resultaron extrañas.

—Bueno, sí, claro que estamos preocupados —repuso Teresa—. ¿Acaso ahora les parece bien andar matando chicos?

Thomas no sabía si él hubiera sido tan valiente como para decirlo de manera tan brutal, pero estaba de acuerdo. Fuera como fuera, CRUEL acababa de asesinar a George: un muchacho que no tenía ni dieciocho años.

La doctora Paige se hizo a un lado y abrió más la puerta.

—Pasen. Les explicaremos qué sucedió. Qué salió mal. Tienen derecho a saberlo.

—Sí, creo que lo tenemos —Thomas se escuchó decir, aunque en ese momento estaba un poco confundido. Lo había asaltado una revelación que nunca le había parecido tan genuina: no importaba lo que hicieran o lo que dijeran, cualquier cosa podía ser una prueba montada por CRUEL.

Era demasiado.

Entró a la sala de control detrás de Teresa, con una súbita desconfianza de lo que lo rodeaba.

—Sígueme —dijo la doctora Paige y dejó que la puerta se cerrara sola.

Leavitt continuaba a un costado y, cuando Thomas y Teresa pasaron a su lado, los observó como si fueran invasores enemigos.

Luego de recorrer un pasillo corto y angosto, llegaron a una sala amplia que se abría hacia los dos costados. A la derecha de Thomas, había una variedad de monitores, terminales de computadoras, plataformas de control y sillas. Parecía su propia sala de observación bajo los efectos de esteroides; era al menos diez veces más grande. Unas veinte personas realizaban diversas tareas en ese enorme espacio. Hacia la izquierda, había varios escritorios, una sala de reuniones con paneles de vidrio y algunas puertas cerradas que nadie podía saber qué misterios ocultaban. Thomas recordó que él solo veía una pequeñísima parte de la vasta operación que CRUEL llevaba adelante.

—No quiero que ninguna otra persona les hable de esto ahora —dijo la doctora Paige por encima del hombro, mientras caminaba por el medio de toda la actividad—. Busquemos un lugar tranquilo y les explicaré lo que ha sucedido. Desearía que confiaran en nosotros (en mí) un poquito más de lo que acaban de demostrar. Tal vez podrían concedernos el beneficio de la duda.

—¿El beneficio de la duda? —repitió Thomas, sorprendido ante la reacción de la doctora. ¿Realmente podía esperar eso de ellos? ¿Después de lo que acababan de ver?

La mujer llegó a una pequeña habitación vidriada, que tenía una mesa y cuatro sillas en el centro. Abrió la puerta, entró con ellos y les hizo una señal de que se sentaran. A Thomas no le agradó lo que estaba sucediendo: había querido irrumpir en la sala exigiendo respuestas y ahora estaban bajo las reglas de CRUEL una vez más.

—No vinimos para mantener una charla agradable —señaló—. No queremos mentiras. Queremos respuestas de *verdad*. Por favor.

—Ustedes mataron a alguien —agregó Teresa, en un tono mucho más tranquilo—. Esto no fue lo que acordamos. No acordamos que ustedes matarían a nuestros amigos. ¿Nosotros seremos los siguientes?

La doctora Paige no parecía enfadada ni culpable, ni siquiera avergonzada. En su lugar, se veía... triste. Afligida.

—¿Ya terminaron? —preguntó, la voz cansada—. ¿Ahora me dejan hablar, por favor? ¿Están hartos de mentiras y verdades a medias? Yo también. Pero ustedes vinieron aquí buscando respuestas y lo único que están haciendo son acusaciones. Si quieren que yo hable, eso tiene que terminar.

Thomas suspiró. Parecía que siempre acababan tratándolo como a un niño y no había nada que él pudiera hacer para evitarlo. Lo más enervante era que *seguía* siendo un niño a sus ojos, aunque definitivamente él no se sintiera así.

—Muy bien —había dicho Teresa mientras Thomas continuaba preocupado—. Entonces habla.

La doctora Paige asintió con una lenta inclinación de cabeza.

—Gracias. Esta es la verdad. Nosotros mutamos una versión del virus de la Llamarada que puede arraigarse en los inmunes... de formas interesantes. Formas que nos ayudarán a entender mejor al virus principal. Esa versión alterada es lo que el Penitente le inyectó a George, y es también para lo que sirve el suero, para interrumpir sus efectos. Lamentablemente, el suero todavía no se ha perfeccionado, y ustedes vieron... el desafortunado resultado.

Hizo una pausa y observó la reacción del muchacho. Thomas estaba demasiado conmocionado por la franqueza de la mujer como para ordenar sus pensamientos. Teresa también se mantuvo en silencio.

La doctora se cruzó de brazos.

—Seguiremos trabajando en eso. No queríamos que George muriera... esa es la sincera verdad. Corregiremos el suero —se detuvo para tomar aliento antes de continuar.

»Pero puedo decirles esto: obtuvimos resultados muy significativos en las horas posteriores a que recibiera el pinchazo... resultados que necesitamos y continuaremos necesitando. No solo de George, sino de todos los que vieron lo sucedido y reaccionaron ante eso —se puso de pie, apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ellos—. Y eso es lo que importa.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió, luego se dio vuelta y los miró.

—He llegado a quererlos a ambos. Como si fueran mis propios hijos. Les juro que nada en este mundo podría ser más cierto —hizo una pausa, pues estaba a punto de ahogarse—. Y haría cualquier cosa, *cualquier cosa*, para asegurarme de que, algún día, ustedes tengan un mundo al cual regresar.

Miró hacia abajo, una lágrima brillante amenazó escurrirse de sus ojos; luego salió y cerró la puerta.

Fecha 230.04.08 | Hora 7.15 p.m.

THOMAS CENÓ RÁPIDAMENTE. TENÍA PROGRAMADO EL horario de la noche en la sala de observación y no quería perder un solo minuto del tiempo disponible. Era lo más parecido a estar cerca de sus amigos, a los que tanto extrañaba. Engulló los últimos bocados y luego se dirigió corriendo a la sala.

Se sentó y se aseguró de que todos los monitores estuvieran funcionando. Hizo un rápido escaneo de los controles y las diferentes perspectivas de la pantalla.

Luego, se inclinó hacia delante.

Y observó.

ESE DÍA, MINHO Y NEWT HABÍAN SIDO LOS CORREDORES DEL laberinto. Los observó llegar por la puerta este y dirigirse a un edificio que parecía una tortuga descomunal, que habían transformado en una especie de sala de mapas. Habían pedido papel y lápices tradicionales mediante un mensaje dejado en la Caja, después de que esta les enviara los suministros semanales, y les habían concedido el pedido.

No se detuvieron hasta llegar a la amenazadora puerta del edificio de concreto. Siempre había tenido una rueda de acero que trababa la puerta, parecida a las de los submarinos, motivo por el cual lo habían elegido para almacenar los mapas que dibujaban. Minho insertó una llave, giró la rueda hasta que escuchó un chasquido y la puerta se abrió súbitamente. Ambos ingresaron, los primeros Corredores en regresar a casa. Un escarabajo entró tras ellos y Thomas pasó la cámara y el audio al monitor principal.

Mientras Minho buscaba hojas de papel, los dos chicos coreaban palabras por lo bajo. Parecía que decían «Izquierda, izquierda, derecha, izquierda, derecha, derecha, derecha» y «Una piedra grandota, luego tres a la derecha» y «Grieta arcoíris, izquierda, espacio sin enredadera, izquierda, derecha, derecha». Escribían furiosamente en sus respectivos papeles, registrando las palabras antes de olvidarlas.

—¡Puf!, —exclamó Minho, dejando caer el lápiz; estiró los brazos sobre la cabeza y bostezó—. Buena corrida la de hoy.

—No estuvo mal, —masculló Newt, riendo para sí.

Luego tomaron más hojas de papel y comenzaron a convertir sus palabras en un mapa visual.

ALBY ESTABA SENTADO EN LA BANCA JUNTO AL MÁSTIL, solo. Había caído la noche y había pasado mucho tiempo desde que se habían cerrado las puertas. Un plato vacío se encontraba junto a él; tenía la camisa salpicada de migas, los ojos cerrados, el cuerpo completamente inmóvil.

—¿Alby?, —preguntó alguien, acercándose a él.

—¡Shh!, —respondió—. Déjame tranquilo. Quiero escuchar.

—Bueno, —pero el chico se mantuvo cerca, los ojos cerrados como Alby.

Fuera del enorme recinto donde vivían, las paredes del laberinto comenzaban el proceso de cambiar de posición. El suelo temblaba y el aire se llenaba del distante rugido de las piedras, moviéndose unas contra otras. En el rostro de Alby, había algo parecido a una sonrisa.

—Truenos, —susurró.

—¿Qué?, —preguntó el visitante.

—Truenos. Recuerdo los truenos.

Una lágrima cayó lentamente por su mejilla y no se la secó.

SILENCIOSO Y TACITURNO, THOMAS ESTABA SENTADO EN una silla mientras la doctora Paige evaluaba sus órganos vitales. Ese día, tenía una montaña de clases y las esperaba con una pesadumbre que le producía ganas de llorar.

—Esta mañana estás callado —dijo la doctora.

—Lo necesito —respondió—. Por favor. Hoy necesito estar callado.

—De acuerdo —asintió ella en un susurro.

Thomas imaginó a sus amigos llevando a cabo sus tareas habituales en el Área. Trató de vislumbrar qué estarían haciendo en ese mismo instante. Y pensó en algo en lo cual había estado reflexionando durante un tiempo: seguramente, algún día se uniría a ellos. Sería lo correcto.

La doctora Paige le clavó una aguja y, esta vez, sintió el pinchazo.

CONTINUÓ CON SU VIDA EXTRAÑA, ABURRIDA, A VECES desgarradora y a veces inspiradora, siempre observando a sus amigos que soportaban las adversidades en el Área y en el laberinto. Pero también viéndolos progresar y trabajar duro para convertirlo en un lugar mejor. Se establecieron reglas, se asignaron trabajos, se armaron rutinas. La Finca era tres veces más grande que cuando comenzaron y habían nombrado a Minho como Encargado de los Corredores.

Todo eso y mucho más sucedió mientras los días se convertían en semanas, y las semanas en meses. Teresa y Chuck eran sus constantes compañeros y adoraba tenerlos cerca. Hacían que su vida fuera tolerable e incluso, a veces, divertida. Pero era difícil volverse muy frívolo cuando el lugar en el que vivías te recordaba

constantemente dos cosas: tus amigos formaban parte de un experimento, y ese experimento existía porque una enfermedad tremenda y espantosa arrasaba el mundo exterior.

Y así, se desarrollaba su vida. Todos los santos días. Monitoreaban su cuerpo, asistía a clases, hacía lo que le pedían, como ayudar a Teresa todos los meses a preparar al chico nuevo para la inserción. El sótano, de donde tenía tantos recuerdos entrañables, era ahora un lugar que solo visitaba una vez al mes. Parecía más oscuro, más frío y más húmedo que nunca. Hacía todo lo que estuviera a su alcance por encontrar tiempo para estar en la sala de observación, tomando sus propias notas de lo que veía y compartiéndolas con la doctora Paige. Cuanto mejor fuera el análisis, más sesiones obtenía.

Más que nada, se trataba de una vida de aburrimiento interrumpida por momentos de ternura con Teresa y Chuck. Tolerable por la siempre creciente generosidad de la doctora Paige, que parecía ser el único miembro de CRUEL con corazón, la única persona que recordaba cómo era ser niño. Nunca dejaba de repetirles lo que había dicho aquel día, que los quería como si fueran sus propios hijos. Pero siempre venía matizado con una sensación de peligro, como si ella supiera en algún nivel que permitirse sentir de esa manera podría ser el riesgo más grande de su vida.

Era un mundo extraño. Pero Thomas estaba vivo, y vivió.

Fecha 230.08.21 | Hora 10.32 a.m.

EL DÍA DE LOCOS COMENZÓ CON UN GOLPE EN LA PUERTA, durante un recreo matutino.

Al abrirla, se encontró con un chico que nunca antes había visto, junto a Randall, nada menos. Últimamente, el hombre se había esfumado. De hecho, Thomas estaba muy seguro de que no lo había visto desde el día en que George había muerto. Y no tenía muy buen aspecto. Estaba más delgado que antes y tenía el semblante gris. Con respecto al chico nuevo, era apenas más alto que Thomas, de cabello rubio, y sus ojos eran tan grandes y curiosos como los de un bebé.

—Este es Ben —dijo Randall—. Es uno de los nuevos reclutas que recogimos en los últimos días y tiene la edad perfecta para la inserción. La doctora Paige quiere que lo prepares antes de que realices tus chequeos y estudios diarios.

Sin esperar respuesta, Randall se alejó caminando apresuradamente por el pasillo, como si llegara tarde a una cita. El pobre Ben se quedó en el lugar, parpadeando nerviosamente.

—No te preocupes por ese sujeto —comentó Thomas abriendo más la puerta—. Siempre fue un tipo raro. Entra. Aunque no lo creas, puedo recordar lo que se siente ser el nuevo aquí.

—Gracias —entró tímidamente a la habitación y se sentó en el escritorio cuando Thomas le señaló la silla—. Me encontraron en Denver.

Y luego, en un instante, el niño se transformó y estalló en lágrimas. Se llevó las manos al rostro y los hombros se sacudieron con los sollozos.

¿*Denver*? Había estudiado mucho acerca de esa ciudad: era una zona segura, un sitio de reunión para aquellos que no tenían la Llamada. Era evidente que habían extremado precauciones para asegurarse de que no entrara ningún infectado, y estaba rodeada por muros fuertemente fortificados. El hecho de que Ben proviniera de allí le resultó... extraño. ¿Acaso eso no significaba que sus padres habían sido personas saludables? ¿Y aun así CRUEL se lo había llevado?

Thomas se dio cuenta de que el niño continuaba llorando.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, sin saber bien cómo actuar—. Lo que quiero decir es que puedes tomarte tu tiempo, pero estoy aquí para escucharte —casi puso los ojos en blanco ante la lamentable elección de palabras.

—Finalmente habíamos encontrado un lugar donde vivir —explicó Ben en medio

de las lágrimas—. Un lugar lindo. Y ninguno de mis padres tenía la Lllamarada... ¡Yo lo sé! No nos habrían dejado entrar si la tuvieran —las palabras brotaban como una catarata, las lágrimas se convertían en irritación—. Preguntaron si yo me uniría a sus estudios, mi papá dijo que no, y me sujetaron y me llevaron. Arrojaron a mamá al suelo y amenazaron con dispararle a papá. ¿Quiénes son? ¿Por qué estoy aquí?

Congelado, Thomas se sentó en la cama. No tenía la más mínima idea de qué decir. Siempre se había preguntado acerca de los padres de todos sus compañeros y parecía que sus sospechas habían sido ciertas. CRUEL decía que todos provenían de familias con los dos padres enfermos y sin nadie que se hiciera cargo de ellos. ¿Era esto una anomalía o una de tantas mentiras?

Ben se echó a llorar nuevamente y escondió la cabeza entre los brazos sobre el escritorio.

—Lo siento, viejo —dijo Thomas, sintiendo la tristeza del niño en lo profundo de su ser—. Están tratando de encontrar una cura para la Lllamarada y están desesperados —eso era todo lo que se le ocurría. No tenía la fuerza ni las palabras para pensar en otra cosa—. Pero escucha, las cosas no son tan malas, te lo prometo.

Ben levantó la cabeza, se secó las lágrimas y luego asintió.

—Vamos, te mostraré el lugar —exclamó Thomas y se puso de pie. Fue hasta la puerta, la abrió y salió con Ben al pasillo mientras se decía a sí mismo que era un gran mentiroso.

LUEGO DE LLEVAR A BEN A RECORRER EL COMPLEJO, SE sentó con el muchacho nuevo en la sala de observación y le mostró el laberinto. No se sentía capaz de ser completamente sincero y decirle que en breve lo enviarían allí, no después del despliegue de lágrimas de un rato antes. Pero estaba seguro de que no era estúpido.

Trató de mostrarse positivo.

—A la mayoría de los chicos les encanta. Dormir a la intemperie con sus amigos —no se le escapaba a Thomas que ya estaba diciendo mentiras con la misma facilidad con que parecía hacerlo CRUEL. Le molestaba, pero no sabía qué otra cosa hacer. Quería que Ben se sintiera mejor.

Sus pensamientos se evaporaron cuando algo ocurrió en el lado derecho del monitor principal. En una de las pantallas, un escarabajo seguía a Gally, que miraba continuamente por encima del hombro, como si estuviera por hacer algo malo.

—Ay no —susurró, colocando la vista de Gally en el centro de la gran pantalla.

—¿Qué sucede? —preguntó Ben.

Por unos pocos segundos, había olvidado por completo la existencia de Ben, y mucho menos que se hallaba sentado junto a él.

—Mmm, nada —contestó distraídamente—. Es solo que, eh, quiero ver adónde está yendo mi amigo —agregó. Preocupado de que sucediera algo malo que pudiera

traumatizar a Ben en uno de sus primeros días, lo acompañó de inmediato hasta el pasillo y lo hizo ubicarse a un par de metros de la puerta—. Escúchame, quédate ahí, ¿de acuerdo? Voy a llamar a una amiga para que termine la recorrida. Fue genial conocerte.

—De acuerdo —dijo el muchacho, sintiéndose comprensiblemente estúpido.

Thomas se sintió mal, pero regresó corriendo a la sala, dejando la puerta apenas abierta para oír cuando llegara Teresa, y se sentó nuevamente.

Gally había caminado hasta la puerta del sur y estaba regresando al Área examinando la zona y preguntándose obviamente si alguien lo estaba observando. Era evidente que no le preocupaban los escarabajos, sino los otros chicos. Con respecto de estar seguro de que no habían notado su presencia, concentró su atención en el lado izquierdo de la inmensa puerta, la hilera de conos salientes se cernían por encima de él.

—¿En qué andas? —susurró Thomas—. Vamos, estúpido escarabajo, consígueme un ángulo mejor.

Como si la criaturita mecánica lo hubiera oído, se precipitó hacia Gally y se deslizó junto a él a lo largo de la pared. Luego, se dio vuelta y corrió hacia atrás como para que los observadores pudieran ver claramente la cara del muchacho.

Estaba llorando, las mejillas tan mojadas que era evidente que llevaba un rato en ese estado. Thomas no entendía nada. ¿Qué hacía merodeando el territorio prohibido? Al no ser Corredor, no tenía permiso para ingresar en el laberinto propiamente dicho, y parecía tener la intención de hacerlo.

De pronto, Thomas recordó a Ben, que lo esperaba en el pasillo.

Ey, ¿estás allí?, llamó de inmediato a Teresa. Después bajó el volumen para que el niño no pudiera oír lo que estaba sucediendo. *Ven a quitarme de encima al chico nuevo. Se llama Ben y está fuera de la sala de observación. Gally anda en algo extraño.*

Bueno, fue su sencilla respuesta.

Gally acababa de romper las reglas y se había escabullido por el borde de la puerta. Ya estaba oficialmente fuera del Área. Cerró los ojos y comenzó a respirar profundamente mientras una extraña sonrisa se extendía por su rostro. Levantó los brazos y los separó hacia afuera del cuerpo, como si imaginara que podía volar. Y, de repente, Thomas comprendió. Gally había salido del Área solo por la emoción que eso implicaba.

Luego, se desató un movimiento súbito y difuso en la pantalla. A Thomas se le cortó el aliento cuando, de la nada, apareció un Penitente. Su piel húmeda y horripilante llenó de golpe la pantalla y tapó el cuerpo de Gally. Se oyó un gemido inhumano y un arranque de maquinaria. El escarabajo echó a correr; ahora su cámara solo mostraba lianas y piedra, y la imagen era inestable y poco nítida. Pero Thomas escuchó gritar a Gally. Y no era un grito de miedo, era un grito de dolor.

La imagen de la cámara se inclinó y volvió a colocarse en su lugar; el Penitente

había desaparecido. Gally se aferraba el costado con una mano mientras se arrastraba por el suelo con la otra. Le tomó algunos angustiantes segundos, pero finalmente consiguió regresar al Área propiamente dicha. Los chicos corrían hacia él. Uno llamado Clint iba al frente del grupo, acarreando un botiquín de primeros auxilios. Por fin CRUEL había descubierto la dosis apropiada para el suero y Clint sostenía una jeringa en la mano libre mientras corría.

Thomas pensó que jamás lograría olvidar los gritos de Gally.

Oyó un jadeo a sus espaldas y, al darse vuelta, vio que Ben estaba espiando por la angosta rendija de la puerta abierta, los ojos agrandados por el horror.

—¿Qué sucedió? —preguntó con voz tímida.

Thomas titubeó.

—Ah, ¿eso? Ellos, eh, a veces, hacen estos simulacros, para evaluar el tiempo de reacción. Nada de qué preocuparse.

A Thomas no se le escapó que acababa de utilizar una de las frases preferidas del doctor Leavitt.

En ese momento, llegó Teresa para llevarse rápidamente a Ben.

Pobre chico, pensó Thomas.

Fecha 230.12.17 | Hora 9.06 p.m.

ESPERÓ PACIENTEMENTE QUE LA DOCTORA PAIGE regresara, después de llevar su última muestra de sangre al laboratorio. En una situación realmente excepcional, no había nadie más con él en la habitación, ni siquiera un asistente. Después de un par de minutos de silencio, se despertó su curiosidad.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la mesada. Abrió algunas puertas y algunas gavetas. Nada se veía muy fuera de lo normal. Viales, jeringas, productos envueltos en papel. Pero luego, en la última gaveta de la derecha, encontró una mina de oro.

Una tableta de investigación.

El delgado dispositivo de treinta centímetros tenía una pantalla gris y brillante, dispuesta a revelar un mundo entero de información. Sabía que era probable que necesitara contraseñas, pero era una oportunidad que difícilmente volvería a presentarse. Negándose a considerar las consecuencias, metió el aparato en la parte de atrás del pantalón y colocó encima la camisa para ocultarlo.

Mucho antes de que regresara la doctora Paige, Thomas ya estaba otra vez en su asiento.

ESA NOCHE, LE DIJO A UN ASISTENTE QUE NO SE SENTÍA MUY bien y quería saltarse su sesión usual en la sala de observación. A nadie le preocupó mucho.

Quería sumergirse en la tableta de investigación que había hurtado. También había tomado algunos refrigerios de la cafetería para tener una noche de diversión completa. Sentado en el escritorio, sin nadie alrededor que lo molestase y masticando ruidosamente las patatas fritas, encendió la tableta y se puso a trabajar. Todavía no le había hablado a Teresa de su descubrimiento. No pensaba correr el más mínimo riesgo de que alguien le quitara su tesoro antes de mirarlo por lo menos una vez.

Para su gran decepción y justo como había sospechado, la mayor parte de los portales de información del dispositivo requerían contraseña. Y ya podía olvidarse de acceder en forma remota a los sistemas centrales de CRUEL. Pero había suficientes cosas a la vista para atraer su atención, todas archivadas en una etiqueta de acceso libre bajo el nombre de *Historia*.

Revisó los documentos y memorizó todo lo que pudo. Averiguó los nombres originales de sus amigos y rio ante algunos de ellos. Siggy, también conocido como Sartén, había sido bautizado como Toby por sus padres. Thomas no sabía por qué le pareció tan gracioso.

Había más información de interés. Diagramas del complejo CRUEL y de sus distintos edificios. Un antiguo informe militar de lo que se convertiría en los Penitentes. Datos climáticos que se remontaban al año de las llamaradas solares, así como cuadros comparativos de los promedios anteriores a esa época. Toneladas de información sobre la Lllamarada, sus síntomas, etapas e intentos previos de tratamiento.

Un comentario aparentemente casual en un memorándum captó su atención: dos miembros del personal recordaban la época en que habían tenido que «manipular los recuerdos del pobre A2 porque su primera reunión con Teresa había sido un completo desastre». Al leer eso, Thomas dejó de leer, se quedó mirando fijamente la tableta y volvió al pasado.

Recordaba el día en que había conocido oficialmente a Teresa y que se había sentido mareado por los *déjà vu*, esa extraña sensación de que ya había vivido eso antes. ¿Acaso CRUEL había estado experimentando con sus implantes y recuerdos desde tanto tiempo atrás? Era lógico, a la luz de lo que les hicieron a sus amigos cuando los enviaron al laberinto, algo para lo que deberían estar bien preparados. Pero se sintió mareado al considerar la posibilidad, al pensar que podía existir un encuentro con Teresa que hubiera sido borrado de su mente por completo. ¿Qué más podrían haberle quitado?

Cuanto más pensaba en eso, más irritante le resultaba. Se dijo a sí mismo que eso no lo ayudaba. De modo que continuó revisando la tableta en busca de información.

Después de unos cuantos archivos que no conducían a ningún lado, vio una carpeta con la etiqueta: *Com. eliminadas*.

La abrió.

Era una serie de memorándums y correspondencia que tenían que haber dejado fuera del área segura por equivocación. Comunicaciones entre los superiores de CRUEL y varias entidades que Thomas supuso que eran los predecesores de la organización. Había muchos acrónimos; algunos los reconoció de sus diversas clases de historia. IRIC (Intento de Recuperación de la Información sobre la Catástrofe), CPC (Coalición Post Catástrofe), IMIMEI (Instituto Militar de Investigación Médica de Enfermedades Infecciosas), y otras más que no reconoció. Les echó un vistazo y se sintió fascinado ante lo que debería haber sido vivir en esa época.

Permaneció así durante horas, los ojos le ardían de leer durante tanto tiempo. En un punto, comenzó a pasar por encima, a leer demasiado rápido como para poder captar mucho de lo que realmente decían los documentos.

Luego, se detuvo en algo interesante. Un par de acrónimos que nunca antes había visto, junto con las palabras ALTAMENTE CONFIDENCIAL en letras rojas. Tenía

que ser importante. Ojeó un par de memorándums mientras los latidos de su corazón se aceleraban con cada palabra que leía. Cosas que no podía creer acerca de la existencia de un virus. Que había sido creado por el hombre. Que había sido liberado a propósito. Acerca de una población que se había vuelto demasiado grande para alimentar.

—Diablos —susurró, mientras leía el último memo una vez más. Apenas podía creer lo que decía.

Memorándum de la Coalición Post Catástrofe

Fecha: 219.02.12 | Hora 19.32

Para: Todos los miembros del consejo

De: Ministro John Michael

Asunto: Borrador de decreto

Por favor díganme lo que piensan del siguiente borrador. La orden final saldrá mañana.

13.º Decreto del Poder Ejecutivo de la Coalición Post Catástrofe, por recomendación del Comité de Control de la Población, para ser considerado altamente confidencial y de máxima prioridad, bajo pena de muerte.

Por la presente, nosotros los miembros de la Coalición concedemos al CCP el permiso expreso para la implementación completa de la Iniciativa N.º 1 de CP como se presenta y adjunta a continuación. Los miembros de la Coalición aceptamos total responsabilidad por esta acción y nos encargaremos de monitorear el desarrollo de la misma y ofrecer asistencia utilizando al máximo nuestros recursos. El virus será liberado en las posiciones recomendadas por el CCP y aprobadas por la Coalición. Las Fuerzas Armadas estarán apostadas para asegurar que el proceso se cumpla lo más ordenadamente posible.

DPE N.º 13, ICP N.º 1, queda ratificado. Comienzo inmediato.

Guau.

Eso fue todo lo que dijo Teresa después de contarle lo que había descubierto.

Sí, repuso Thomas. Tienes razón: guau. Creyeron que el virus solo mataría a cierto porcentaje de la población, que la haría más manejable. No tenían idea de que mutaría y se transformaría en esta cosa monstruosa que ha arrasado con nosotros. No puedo creer todo esto. No puedo creerlo.

Teresa estaba callada. Ni siquiera le transmitía cómo se sentía ante esas revelaciones.

La peor parte, continuó, es que hay varios enlaces que lo conectan directamente con CRUEL. Como por ejemplo, ¿recuerdas a John Michael? ¿Ese tipo que vimos en las fosas de los Cranks? ¡Él fue quien ordenó la liberación del virus!

El pasado ya quedó atrás, Tom.

Sus palabras lo dejaron frío.

Al menos están tratando de arreglar lo que hicieron mal, prosiguió Teresa. Lo que digo es que ahora no podemos hacer nada.

Teresa... comenzó a decir, pero después se tropezó con un vacío. No tenía la menor idea de qué responder. ¿Acaso... ya lo sabías?

Había oído rumores.

¿Y nunca me lo contaste? Estaba perplejo. ¿Cómo podía ser que ella supiera eso y nunca hubiera dicho nada? Era su mejor amiga. La primera persona a la que recurría para todo.

Es que simplemente no le veo el sentido. Sí, tenemos razones para odiar a esta gente. Pero ¿en qué nos va a ayudar obsesionarnos con el pasado? Lo que importa es la solución.

Thomas nunca se había sentido tan conmocionado en toda su vida.

¿Acaso no aprendiste nada de nuestras clases de problemas con la señorita Denton? Para conocer la solución, tienes que conocer el problema a fondo. Y esto es un problema.

La respuesta que recibió de Teresa carecía de emoción. *Sí, supongo que tienes razón, contestó. Estoy muy cansada, Tom. ¿Podemos hablar mañana?*

Antes de que pudiera responder, ya se había esfumado de su mente.

AL DÍA SIGUIENTE, TERESA SE NEGÓ A HABLAR DEL TEMA, remarcando que prefería concentrarse en el futuro y no en el pasado. La doctora Paige también lo ignoró, argumentando que esas decisiones se habían tomado mucho antes de su época. Era como si ambas estuvieran empeñadas en olvidar.

Sin embargo, Thomas se negaba a olvidar.

Se juró a sí mismo que siempre lo recordaría.

Que siempre recordaría que CRUEL estaba tratando de arreglar un problema que sus predecesores habían creado previamente.

ESE AÑO, EL INVIERNO LLEGÓ DE A RACHAS, COMO ESOS viejos motores que se vuelven a encender después de años de estar arrumbados en la pila de mantenimiento. Pero finalmente se instaló y duró hasta mucho después de lo que debería haber sido la llegada de la primavera.

Thomas no se aventuró demasiado en el exterior —y cuando lo hizo, fue solo con un permiso especial y con por lo menos dos guardias armados a su lado— pero vio lo suficiente como para saber que el hielo, el frío y la nieve habían retornado al mundo con mucha fuerza. El meteorólogo de CRUEL decía que los patrones climáticos estaban reanudando lentamente sus ciclos en la Tierra —primavera, verano, otoño e invierno—; pero, en lugares más alejados del Ecuador, hacia el norte y hacia el sur, las estaciones eran mucho más impredecibles y extremas de lo que habían sido antes de las llamaradas solares. Describía el clima del mundo como un péndulo que ahora oscilaba más rápido y más lejos en ambas direcciones.

Thomas lo disfrutaba cuando podía; disfrutaba la sensación de la nieve en el rostro, el hormigueo del frío helado en la nariz y en las yemas de los dedos. Era como una forma de gritarles en la cara a las llamaradas solares. *¿Ven? Tengo frío. Aguántenselo.*

A comienzos de mayo —cuando el invierno aún se negaba a ceder—, Thomas dio un paseo por afuera con Chuck y Teresa. Los acompañaban dos guardias armados pegados a ellos, un hombre y una mujer. Thomas se sentía amargado.

Todo lo relacionado con CRUEL le había endurecido el corazón. Los psicólogos, las Variables, la zona letal, los paradigmas. Todo. Se había sentido así desde la noche en que había descubierto la verdad acerca de sus predecesores: que ellos habían soltado el mismo virus para el cual querían encontrar una cura. Salir un instante al exterior era un escape minúsculo.

Teresa tiritó y se frotó los brazos a través del abrigo.

—¿Estamos seguros de que este es el planeta Tierra? ¿CRUEL no nos habrá arrojado a través de una Trans-Plana y depositado en un planeta helado?

—Eso sería genial —señaló Chuck—. Extraterrestres helados. Me pregunto si se te quedará pegada la lengua contra su piel cuando los lames. Ustedes me entienden, como con los mástiles de las banderas.

Thomas le alborotó el cabello rizado mientras intentaba apartar los malos

pensamientos.

—Sí, Chuck, te entendemos. No tienes que explicarnos siempre tus bromas. A veces, son realmente graciosas. Como esa. Era graciosa. Me estoy riendo tanto por dentro que no puedo más del dolor.

—Yo también —agregó Teresa—. Estoy resoplando. Me estoy desternillando de risa. Por dentro.

Chuck gruñó como un cerdo y lanzó una risita tonta. A menudo reaccionaba así, lo cual lo hacía todavía más querible.

—Sería bueno que bajaran un poco el volumen —dijo Teresa—. No queremos despertar a los Cranks que se encuentran abajo en las fosas, ¿verdad?

—Nunca pude verlos —comentó Chuck fingiendo estar triste. Al menos Thomas *esperaba* que estuviera fingiendo.

Rodearon una esquina del complejo y se detuvieron: una vista espectacular se desplegó frente a sus ojos. Las luces del exterior del edificio de CRUEL eran lo suficientemente fuertes como para que iluminaran el bosque circundante; los pinos cubiertos de nieve brillaban bajo el reflejo. Las motas de los copos de nieve iluminaban el cielo, las olas que rompían al fondo de los acantilados parecían más distantes que nunca. Thomas sintió como si estuvieran dentro de un decorado hecho por el hombre y la bruma helada viniera de gigantescos ventiladores.

Un mundo falso, como el laberinto.

—Dios, qué hermosura —susurró Teresa.

Thomas esperó que Chuck hiciera una broma, pero también estaba absorto en la maravilla que los rodeaba.

—Nuestro mundo no está tan mal —dijo—. Una vez que CRUEL averigüe cómo hacer para que todos vuelvan a estar bien, la vida será bastante buena, ¿no creen?

Thomas asintió, la mano apoyada en el hombro de Chuck. Con la tableta robada, había realizado su propia investigación del Desierto, un lugar en donde CRUEL había montado alguna especie de operación secreta. Si Chuck pudiera ver las imágenes de ese infierno desolado, podría cambiar levemente de opinión. Pero el chico tenía razón. El mundo tenía infinidad de lugares como ese bosque sobre el acantilado, con el majestuoso océano rompiendo debajo. Lugares en donde los seres humanos podían instalarse y empezar de nuevo.

—Tom, mira hacia allá —dijo Teresa con tono urgente. Siguió la línea de su mirada hasta un grupo de árboles, a unos treinta metros de distancia.

Una figura había salido trastabillando del bosque y se había caído. Se levantó, se quitó la nieve y luego comenzó a caminar de nuevo directamente hacia el grupo. De inmediato, los guardias se colocaron delante de los chicos y levantaron las armas.

—Es mejor que regresemos —dijo la mujer.

—Es un Crank, ¿no es cierto? —preguntó Chuck. Lo dijo con calma, con valentía, y Thomas explotó de orgullo. Tanto que casi le dolió.

—Acertaste, jovencito —comentó el otro guardia—. No se preocupen, están

seguros. Entremos.

—Un segundo —dijo Teresa—. ¿Ese no es...? Creo que... es *Randall*.

Thomas entornó los ojos por el brillo intenso de las luces. Y Teresa tenía razón. Era él. Randall se tambaleaba por la nieve como si hubiera perdido algo y esperara darle una patada y lanzarlo por el aire.

La guardia mujer bajó el arma.

—Maldita sea. *Realmente* es él.

—¿Qué hace aquí afuera? —susurró Thomas.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Chuck, en voz demasiado alta. Thomas intentó callarlo, pero ya era tarde. Randall se había detenido y levantado la cabeza abruptamente. Los vio y, por un largo momento, nadie se movió.

Luego, Randall entró en acción y comenzó a luchar para abrirse paso entre la nieve y llegar hasta ellos.

—Lo siento —masculló Chuck.

—Regresemos —dijo el guardia con tono muy urgente—. Tenemos que avisarle a Ramirez.

Le dieron la espalda a Randall y corrieron raudamente hacia la entrada más cercana del imponente complejo. Se hallaban justo frente a él cuando Randall les gritó desde atrás.

—¡Deténganse! ¡Marion! ¡Moureu! ¡Solo tengo que decirles algo! —al oír sus nombres, los guardias se dieron vuelta, se colocaron otra vez delante de los chicos y levantaron las armas.

Randall salió de la zona nevada y subió a la acera con dificultad, a unos seis metros de donde ellos se encontraban. Su aspecto era espantoso: los ojos inyectados en sangre, le sangraba la nariz, las mejillas marchitas y demacradas. Tenía un corte en el borde derecho de la frente y una mancha roja teñía el costado de su rostro. Thomas observó al pobre hombre. ¿Qué podía estar haciendo ahí fuera?

—Habla rápido, Randall —exclamó la mujer—. No te ves bien. Tenemos que traerte ayuda.

—Ya no puedo ocultarlo más, ¿verdad? —dijo Randall, ahora inclinado y apoyándose en las rodillas—. ¡Es la cosa más insólita! —se enderezó de una sacudida mientras se balanceaba hacia la izquierda y luego hacia la derecha antes de recuperar el equilibrio—. Es la cosa más insólita tratar de ocultar a tus jefes que tienes la Llamada.

Thomas tomó a Chuck de la mano. La nieve pareció congelarse en el aire: ya no se arremolinaba, ya no bailaba, ya no caía.

—Muy bien, ya terminamos —dijo la guardia—. Moureu, abre la puerta. Hazlos entrar y busca un doctor. Rápido.

—¿Creen que son especiales? —aulló Randall—. ¿Realmente creen que no les harán a ustedes lo mismo que les harán a todos?

Moureu ingresó bruscamente el código de seguridad y se oyó un pitido fuerte. El

color de la pantalla cambió de rojo a verde, luego sonó un *click* en el aire y la puerta se abrió con fuerza. El guardia la terminó de abrir y retrocedió unos pasos.

Thomas empujó a Chuck a través de la entrada, tomó el brazo de Teresa y juntos atravesaron la puerta corriendo. No quería pasar un minuto más allá afuera con Randall, cuyos gritos todavía alcanzaba a escuchar.

—¿Oyeron lo que dije? —gritaba el hombre enfermo—. Están huyendo del tipo equivocado. No es a mí a quién deberían tener miedo. ¿Me oyen?

El guardia cerró la puerta mientras Randall continuaba su discurso inconexo. Thomas espió a través de la ventanita de seguridad y observó al hombre doblar la esquina y regresar trastabillando al bosque.

—HOY PUEDES DORMIR EN EL SUELO DE MI HABITACIÓN —LE dijo a Chuck. Se encontraban en el pasillo frente a su puerta—. No me importa meterme en problemas.

Teresa se había ido a su habitación para usar el baño, pero acababa de regresar para unirse a ellos. En su rostro, había una expresión de inquietud.

Preocupado, Thomas la miró.

—¿Quieres dormir aquí? Yo también estoy un poco alterado.

—En realidad...

—¿Sucede algo? —preguntó Thomas.

Teresa echó una rápida mirada a Chuck, que estaba perdido en sus pensamientos. Habló con Thomas dentro de la mente. *Hagamos que se duerma en tu dormitorio. Después tenemos que irnos. Ya.*

Espera, ¿qué?, repuso Thomas. *¿Ir adónde?*

Las cosas están peor de lo que piensas, comentó. *Mira... ponlo a dormir, por mí puedes cantarle canciones de cuna. Lo que sea necesario. Golpéame la puerta cuando estés seguro de que se durmió.*

¿Qué ocurre?, volvió a preguntar.

—¿Sabes algo? —dijo en voz alta, ignorando la pregunta. Le apartó suavemente del rostro un mechón de cabello a Chuck y el niño levantó la vista hacia ella, los ojos inundados de la pesadumbre por todo lo que acababa de ver—. Estoy cansada. Hagan ustedes dos su pijamada y los veo por la mañana. Y no te preocupes —se inclinó un poco para poder mirarlo a los ojos—. En serio. Randall está enfermo y ellos se ocuparán de él. Nosotros somos inmunes, ¿recuerdas? No hay nada de qué preocuparse —le lanzó a Chuck una sonrisa grande y cálida. Transmitía tanta tranquilidad que incluso el mismo Thomas casi le creyó.

—Buenas noches —le dijo—. Vamos, Chuck.

—Buenas noches —respondió Teresa y luego desapareció dentro de su dormitorio.

Thomas cerró la puerta y arrojó en el suelo un par de mantas para Chuck.

Mientras se instalaba en su cama improvisada, el chico le recordó otra vez que era mucho más inteligente de lo que ellos a menudo creían.

—Sí, ella tiene razón... *nosotros* somos inmunes —dijo en la oscuridad—. ¿Pero qué ocurre con todas esas personas que trabajan para CRUEL?

Fecha 231.05.04 | Hora 10.14 p.m.

TERESA ABRIÓ LA PUERTA ANTES DE QUE THOMAS LLEGARA a golpear por segunda vez.

—Entra —susurró con tono urgente, aunque su tranquilidad y concentración lo asustaron.

Entró y ella cerró la puerta.

—¿Qué ocurre?

Teresa levantó un trozo de papel. Tenía unas pocas palabras garabateadas en lápiz:

Vengan a verme. Cuanto antes.
Doctora Paige

Thomas levantó la vista y observó a Teresa.

—De acuerdo. Ahora te pregunto en serio, ¿qué ocurre?

—Deslizaron esa nota debajo de mi puerta mientras estábamos afuera —hizo una pausa para respirar—. Estoy casi segura de que la doctora Paige sabe lo que ocurrió esta noche allá afuera. Tiene que estar relacionado con Randall de alguna manera.

Thomas se recostó contra la pared. Algo estaba terriblemente mal, lo sabía. Un miedo espantoso comenzó a trepar por su pecho, clavándole las garras. Sintió una incertidumbre arrolladora, el mundo estaba cambiando.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Teresa le puso la mano en el hombro.

—Vayamos a buscar a la doctora Paige. Ella es la persona más inteligente que he conocido. Si quiere hablar con nosotros, tenemos que ir.

—De acuerdo —dijo Thomas sombríamente—. Si existe alguien en quien podemos confiar, es ella.

Teresa le hizo un gesto de aliento con la cabeza, luego abrió la puerta y abandonó la habitación.

Thomas la siguió.

GOLPEÓ SUAVEMENTE LA PUERTA DE LA DOCTORA PAIGE. LO último que

querían hacer era despertar a alguno de los demás doctores o psicólogos que se encontraban en el mismo pasillo. Como no respondió, Thomas golpeó un poco más fuerte. Finalmente, oyó una voz débil del otro lado.

—¿Quién es?

—Thomas —contestó y de inmediato lo asaltó un pensamiento: ¿Y si la nota no había sido enviada por ella?—. Y Teresa. Recibimos el mensaje...

La puerta se abrió levemente. Nunca había visto a la doctora tan... desaliñada. Tenía el cabello suelto y enredado de dormir, y no llevaba maquillaje. Abrió más la puerta y les hizo una seña para que entraran.

—Me alegra que hayan venido.

LA DOCTORA PAIGE SE SENTÓ EN EL ESCRITORIO; THOMAS y Teresa, en la cama, uno al lado del otro, esperando que ella hablara. Se descubrió pensando en Newt, tal vez el que más le agradaba de todos los que no eran inmunes. Solo había dos futuros para él: o encontraban la forma de tratar esa enfermedad, o un día se volvería loco y terminaría como Randall.

Finalmente, la mujer habló. Y si bien parecía tan calma y contenida como siempre, sus ojos decían otra cosa. Thomas vio miedo en ellos.

—Hace meses que temo la llegada de este día. Esperaba que pudiéramos aguantar un poquito más —dijo.

Se levantó y se quedó quieta un momento, pensando, y luego se dio vuelta para mirarlos.

—Existe una razón por la cual yo peleé por ustedes y busqué tantas veces su ayuda —prosiguió la doctora—. Ustedes forman parte de esta organización. Han crecido aquí, como uno de nosotros, y sé que tenemos las mismas metas. Sé que puedo confiar en que ustedes harán cualquier cosa para ayudarnos a lograr nuestra misión. Y ahora necesito que confíen en mí. ¿Pueden hacerlo?

Thomas miró a Teresa y sus miradas se encontraron. Podía sentir lo que ella estaba pensando.

Ambos asintieron.

La mujer esbozó una cálida sonrisa.

—Sí, eso pensé —señaló—. Muy bien, ya no tenemos opción. Una vez que iniciemos esto, es imposible volver atrás —se tomó un segundo para mirar a cada uno a los ojos—. De modo que tengo que preguntarles a ambos: ¿están listos?

Thomas se levantó. Teresa se levantó. Y ambos asintieron otra vez.

—De acuerdo —dijo la doctora Paige—. Hace un tiempo que sospecho que ciertos funcionarios de CRUEL nos han estado ocultando información que, potencialmente, puede destruir todo lo que estamos haciendo. Algunas de las personas más importantes hace semanas que no aparecen. Es hora de iniciar el protocolo.

Hizo una pausa antes de hablar nuevamente.
—Es hora de realizar la Purga.

Fecha 231.05.05 | Hora 12.33 a.m.

LA DOCTORA PAIGE MARCHABA POR EL CORREDOR DANDO un paso seguro tras otro; su apariencia era completamente distinta de todo lo que Thomas había visto antes. Era como si hubiera aceptado un manto de responsabilidad y lo llevara sobre los hombros. Descubrió que confiaba en que ella podía hacerse cargo de la situación.

—Debemos terminar con todo en las próximas veinticuatro horas —dijo en voz baja por encima del hombro—. Yo cuento con ayuda suficiente de mi lado y ustedes cuentan con la ayuda de Aris y Raquel.

—¿A dónde vamos? —preguntó Teresa—. ¿Qué es la Purga?

La mujer se detuvo frente al elevador, oprimió el botón, subió cuando llegó la cabina y habló mientras se cerraba la puerta.

—Lo primero es lo primero. Al final de cada día, CRUEL exige un análisis obligatorio de sangre a sus miembros. Siempre hemos entendido la importancia de monitorear la contaminación —ingresó el número del piso y el elevador comenzó a moverse—. Pero durante los últimos meses, noté una extraña actividad; hubo un trasfondo de sospecha, y luego descubrí que habían violado parte de nuestra información sobre la salud personal. Finalmente, el ministro Anderson decidió que todos los resultados tendrían que pasar por él antes de llegar al personal médico. Bueno, yo recibo un informe general todas las noche y *ni una sola persona* dio positivo. *Pero...* eso es según los informes que me llegan a través del ministro.

El elevador se detuvo, sonó la conocida campanilla y las puertas se abrieron. Thomas y Teresa salieron detrás de la doctora y la siguieron por otro pasillo.

—Pero, recientemente, comencé a notar algunos síntomas —continuó—. Incluso el mismo ministro está mostrando signos de infección. Ahora, ya estoy casi segura de que nuestro querido líder ha estado falsificando los informes. Anoche, vi a Randall en las cámaras de seguridad. Y si Randall está enfermo... Bueno, es imposible que sea el único.

La doctora Paige se detuvo delante de una puerta que Thomas solo había visto una vez: cuando lo habían invitado a conocer al ministro en persona.

—Pero ¿por qué nosotros no notamos nada? —preguntó Teresa—. Además de Randall, no hemos visto ninguna señal de que haya gente enferma.

La mujer asintió, como si hubiera anticipado la pregunta.

—Es probable que aún sea pronto para algunos. Otros más avanzados deben estar

escondidos en alguna parte. Me pregunto si Randall no salió de allí. Lo que ocurrió esta noche con él hizo que me diera cuenta de lo seria que se ha vuelto nuestra situación. Si se han falsificado los resultados como pienso, tengo que iniciar el protocolo de seguridad para asegurar que nos mantengamos saludables y que podamos continuar nuestro trabajo. Tengo que hacerme cargo. Esta noche.

Thomas no podía creer la rapidez con la que se estaban complicando las cosas.

La doctora nunca se había mostrado tan seria, tan resuelta.

—Primero, tenemos que reunir hasta el último de los resultados de los análisis de sangre; los *originales*, no de los informes. Vamos a averiguar quién está enfermo y quién no lo está. Y luego, enfrentaremos la situación.

Thomas trataba de examinar ese torbellino de información.

—¿Cómo entramos en su oficina? ¿No nos están siguiendo las transmisiones de las cámaras de seguridad?

La sonrisa de la doctora fue como si las nubes se hubieran abierto por un breve lapso.

—¿Qué pregunta debería contestar primero?

—La segunda —respondió Teresa por él—. Seguridad.

La mujer asintió.

—Solo digamos que hay mucha gente aquí que me debe favores. Eso y además, como todos tienen tanto miedo de enfermarse, dependen de nosotros para garantizarles su salud. Ramirez está aterrorizado con la idea de sucumbir a ella y piensa que yo soy la persona más apropiada para garantizar que la cura realmente *exista*. La triste verdad es que el ciclo de Anderson al frente de CRUEL ha llegado a su fin.

Thomas no sabía qué pensar.

—¿Y... esta oficina? ¿Cómo entramos sin que Anderson se entere?

En algún momento, la sonrisa de la doctora se había evaporado por completo.

—No, se enterará. Está adentro en este mismo momento. ¿Entramos? —metió la mano en un bolsillo, tomó una máscara quirúrgica y se la colocó—. Supongo que ustedes no la necesitan, ¿eh? —los ojos mostraron que la sonrisa había regresado.

Abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave, e ingresó a la oficina del ministro.

EN LA PARTE TRASERA HABÍA OTRA HABITACIÓN, UN espacio privado donde relajarse o mantener reuniones más privadas. Encontraron a Anderson allí dentro, dormido, la mitad del cuerpo tendida sobre un diván y la otra mitad colgando de manera inestable hacia la puerta.

—¿Cómo lo sabías? —susurró Teresa, en voz tan suave que Thomas apenas la escuchó.

La doctora Paige les hizo señas de que regresaran a la oficina principal y luego

cerró suavemente la puerta que daba a la habitación privada, donde dormía el ministro.

—No pueden imaginarse las precauciones que he tomado para evitar contraer la Llamarada —dijo la mujer, las palabras amortiguadas por la máscara—. Extremas. Ahora uso esta máscara casi las veinticuatro horas del día, y siempre cuando estoy en un lugar cerrado como este con otras personas potencialmente infectadas. Me lavo las manos y el rostro cada media hora. Me preparo mi propia comida... —se miró las manos—. Tengo que correr *algunos* riesgos, por supuesto. Todos los días. No podría considerarme doctora si no lo hiciera.

—Pero ¿qué pasa con... esto? —preguntó Teresa, señalando por encima del hombro hacia la habitación privada de Anderson.

—Él es una de las razones por las cuales soy tan cautelosa. He venido aquí a visitarlo aproximadamente una vez por semana durante meses. Hemos creado una... amistad... Aun antes de que todo esto comenzara. Hemos hablado horas y horas. Sobre nuestras vidas pasadas, CRUEL, el avance del plano. Dejó de preocuparse por cerrar la puerta hace poco más de un mes. Pero lo que quiero decir es que durante todo ese tiempo ha cambiado.

—¿Quién más crees que pueda tenerla? —inquirió Teresa.

—Estamos a punto de averiguarlo, si es que él no destruyó los resultados originales de los análisis —se dirigió al escritorio del ministro, que estaba cubierto de fotos enmarcadas de los seres queridos que había perdido, y que ellos ya habían visto en su visita anterior, y abrió la pantalla principal—. A pesar de todos sus temores ante la seguridad, no fue muy original en sus contraseñas —sonrió y luego se puso a trabajar, usando el teclado así como las funciones de la pantalla táctil. Un resplandor azulado cubrió la habitación de un velo fantasmal.

»No debería llevar mucho tiempo... —comentó distraídamente.

A Thomas lo asaltó un pensamiento repentino: ¿qué sucedería si no era realmente inmune, como siempre le habían dicho? De vez en cuando, lo invadía esa preocupación, pero seguramente, a esa altura, ya hubiera contraído la enfermedad. Un recuerdo de las horribles fosas de los Cranks atravesó su mente.

La doctora Paige maniobró a través de varios niveles de seguridad en la computadora, hasta que llegó finalmente a una hoja de cálculo con el listado completo de los empleados de CRUEL del complejo, desde la cafetería, pasando por los médicos y los psicólogos, hasta los propios reclutas. Revisó varios registros hasta que llegó a una etiqueta de administración; cliqueó en ella y brilló en la pantalla una imagen del rostro del ministro Anderson. Su sonrisa radiante no podría haber sido más incongruente con la situación que los ocupaba. La doctora Paige se zambulló en la información y encontró los resultados de los análisis del final del día anterior. A pesar de que ya había aceptado cuál sería, cuando Thomas vio la confirmación brillando literalmente delante de sus propios ojos —nada menos que en rojo—, sintió un escalofrío en cada rincón de su cuerpo.

El ministro Kevin Anderson tenía la Llamarada.
Y, al final, resultó ser que también la tenían varios miembros más de CRUEL.

Fecha 231.05.05 | Hora 3.42 a.m.

DIECINUEVE DE LOS CIENTO TREINTA Y UN DOCTORES, psicólogos, científicos, técnicos, enfermeros y otros empleados que trabajaban dentro del complejo de CRUEL, estaban enfermos. Todos funcionarios de alto rango; la mayoría, del círculo de Anderson. No era sorprendente que hubieran conspirado para impedir que los demás conocieran los resultados.

La doctora Paige había llevado rápidamente a Thomas y a Teresa de regreso a sus dormitorios y los había dejado encerrados. Les explicó que tenía que iniciar el protocolo de la Purga en forma completa, asegurarse de que todo estuviera en marcha y que regresaría lo antes posible. Dos horas después, volvió y traía con ella a Aris y a Raquel. Al entrar desde el pasillo, la doctora dejó cuatro mochilas cargadas en el suelo.

—¿Para qué son? —preguntó Teresa.

—Les explicaré todo —respondió la mujer—. Los necesitaré a los cuatro hoy, de manera urgente.

Thomas los saludó con una amigable inclinación de cabeza, que ellos devolvieron. Aris lucía mayor, tenía el rostro atravesado por líneas que parecían marcas de preocupación. Raquel se había cortado el cabello aún más corto y había tristeza en sus ojos oscuros. Pero su actitud era segura, y algo en ellos le sirvió de aliento.

La doctora Paige no mostraba signos de cansancio. Se había hecho cargo de CRUEL con entusiasmo.

—Esto es lo que mi gente averiguó —dijo—: Anderson ocultó a todos los infectados en el Sector D y, a juzgar por los síntomas, varios parecen estar muy enfermos. Eso explica por qué no hemos visto sus rostros por aquí últimamente. Clausuré toda esa ala del complejo.

»Revisé una y otra vez los análisis médicos originales de ayer. Además de Anderson, que aún sigue en su oficina, y Randall, en algún lugar del bosque, parece que tenemos contenidos a todos los infectados. Todos los que se encuentran fuera del Sector D están limpios.

Hizo una pausa y respiró profundamente un par de veces.

—Pero no podemos perder ni un segundo. Debemos desalojar a esa gente, y debemos hacerlo rápido. Tengo algunos guardias valientes que están dispuestos a

arriesgarse, pero no estoy dispuesta a perder una vida más por esta enfermedad. Y aquí es donde entran ustedes.

Se quedó en silencio, dejando que sus palabras flotaran en el aire y, de pronto, con la fuerza de un relámpago, Thomas comprendió lo que la mujer estaba diciendo.

—Eso significa que...

La doctora asintió, su expresión mostraba cuánto le costaba decir lo que venía a continuación.

—Todos ustedes son inmunes, y los más fuertes y grandes de los que no están en el laberinto. Estamos tratando con personas que están muy enfermas y débiles y, lo más importante, es que la mayoría están dormidas, motivo por el cual tenemos que actuar ya mismo. Esas mochilas tienen jeringas con una solución que fue preparada para esta tarea: lo único que se requiere es inyectarlas rápido en el cuello y el trabajo estará listo. Deberían poder hacerlo sin problemas.

Thomas sintió que se le aflojaban las piernas y se sentó en el suelo para ocultarlo.

Finalmente, Aris pronunció las palabras que los demás no podían.

—Entonces... ¿tendremos que matar a todos?

—Morirán de todas maneras —dijo Teresa inmediatamente y, del impacto, Thomas abandonó sus pensamientos y retornó a la realidad.

—Bueno, bueno, bueno —exclamó, levantándose otra vez. Miró a su amiga y se preguntó si eso era un intento de quitarse la culpa o si realmente había construido una dura coraza a su alrededor para protegerse—. Tenemos que pensarlo bien.

—No, Tom. No es así —repuso Teresa bruscamente—. O *somos duros ahora*, o todos morirán más tarde.

Thomas se desplomó en el suelo, tan aturdido que su visión se había vuelto un poco borrosa. No tenía respuesta. Teresa también había cortado la conexión de sus mentes. Lo único que pudo hacer fue mirarla.

—Lo siento —dijo su amiga mientras se desvanecía su ferocidad—. Lo siento, Tom. En serio. Yo... Yo sé que todo esto es horrendo, pero será menos horrendo si lo aceptamos y lo hacemos de una vez.

—Tiene razón —observó la doctora Paige—. Ustedes cuatro serán adultos pronto. Pueden enfrentarlo. Sabemos exactamente dónde están los infectados, solo tienen que ir de una habitación a otra e inyectarlos —señaló las mochilas—. Pusimos armas y también tenemos para ustedes Lanzadores de granadas. Por las dudas. Tengo que insistir en eso. Por las dudas. Creo que podrán hacerlo mientras duermen. Y tengo guardias apostados, a pesar del riesgo de infección, si las cosas salen mal.

La habitación quedó en silencio por un largo rato. La doctora les estaba dando al menos un momento para que lo pensarán.

—Cuenten conmigo —dijo finalmente Teresa.

—También conmigo —agregó Aris.

—El fin justifica los medios —comentó Raquel con cierta amargura—. Debería ser el lema oficial de CRUEL. Deberían tener un cartel gigante colgado en la entrada

principal. *El fin justifica los medios*. Pero cuenten conmigo.

—Bueno, pero es cierto, ¿no? —preguntó Aris—. Si matando a un millón de personas puedes salvar a mil millones, ¿no deberías hacerlo? Estoy hablando hipotéticamente. Si realmente tenías esa opción y dijiste que no, ¿no estarías matando *realmente* a mil millones de personas? Yo preferiría matar a un millón que a mil millones.

Esta vez le tocó a Aris recibir una mirada perpleja de Thomas. Parecía que el mundo había comenzado a girar en la dirección opuesta.

La doctora Paige les hizo una señal con la cabeza a los tres que habían aceptado su desafío.

—¿Thomas? —preguntó.

El muchacho no respondió y continuó con la mirada fija en el suelo.

—¿Tom? —dijo Teresa—. Necesito que estés conmigo en esto. Con *nosotros*. Por favor.

No se sentía bien. No se sentía nada bien. Se puso de pie. Sus pensamientos corrían a mil kilómetros por hora mientras buscaba las palabras adecuadas. Sabía que harían lo que la doctora Paige necesitaba que hicieran. Habían llegado muy lejos como para arrepentirse ahora. Tenía amigos en el Laberinto, tenía que pensar en Chuck, tenía un mundo en que pensar.

Debía hacerlo. La Purga. Tenía que hacerse. Y ahora debía decir algo inteligente, algo profundo, algo que los uniera e iniciara ese terrible camino.

—Esto es una mierda.

Fecha 231.05.05 | Hora 4.15 a.m.

UNA VEZ QUE LOS CUATRO ESTUVIERON DE ACUERDO CON la misión, la doctora Paige fue a buscar a algunos guardias de seguridad para darles instrucciones con respecto a las jeringas y las armas, y para repasar el mejor plan de ataque que coordinara todo el trabajo. Mientras esperaban, Teresa reabrió la conexión.

¿Estás bien?, preguntó.

Yo... En realidad no sé bien qué pienso de todo esto.

Ella hizo una pausa que pareció eterna y él pudo sentir la rapidez con que se movía su mente. Thomas esperó, aunque quería decir algo más.

Mira, repuso ella finalmente. Esa palabra siempre significaba que estaba a punto de poner su alma al descubierto. ¿Recuerdas cuando te conté todo acerca del lugar de donde vine? ¿Cuando me llamaba DeeDee?

Ese nombre venía acompañado de un dolor agudo, tan intenso que Thomas tuvo que acomodarse en el asiento. *Sí, lo recuerdo.*

Era un sitio horrible, Tom, continuó. Ni siquiera puedo... era horrible. Vi a infinidad de personas contagiarse la Lllamarada, recuerdo estar huyendo de Cranks, recuerdo... Lo que quiero decir es que siempre me recuerdo a mí misma que muchas partes del mundo son así en este mismo momento. Tantas niñitas, igual que yo, están experimentando todo eso ahora. Y mueren en medio de esos horrores. Y CRUEL quiere salvar al mundo de eso. Quiere salvar a todas esas niñitas y a todos esos niñitos.

Lo sé, dijo Thomas. Todos vimos cosas feas.

No como yo. Yo estaba en medio de la zona de impacto. Los infectados estaban concentrados en un lugar y el virus todavía no se había diluido. Mientras se propaga, estamos regresando a eso. Un día, todo el mundo —todos los pueblos y todas las ciudades— serán como Carolina del Norte. Y entonces, todos estarán muertos.

Thomas se puso de pie deseando encontrar la manera de escapar a esa conversación tan deprimente. *Lo entiendo, Teresa. Lo entiendo. Tenemos que encontrar una cura. ¿Realmente crees que no escuché ese discurso miles de veces?*

Se daba cuenta de que estaba decepcionada de él. *Tom, no es un discurso vacío. Tenemos que encontrar una cura, y ya no podemos mirar las cosas a corto plazo. Estamos hablando de extinción. Lo único que importa es el resultado final. Cómo llegamos ahí... lo hacemos y listo. ¿De acuerdo? Cueste lo que cueste.*

Entonces ¿los matamos?, preguntó Thomas. ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Los cuatro vamos a recorrer estos edificios y liquidar a todas las personas que tengan la Llamada?

Sí. Eso es lo que vamos a hacer.

Thomas intentó ofrecer otra solución. *¿No podemos trasladarlas a las fosas de los Cranks?*

¿En serio? ¿Crees que quieren que los arrojemos en una jaula llena de monstruos? Tom, ni siquiera estás pensando correctamente. Una ola de frustración irrumpió en la conexión, con la fuerza suficiente como para que Thomas se estremeciese.

Entonces, los matamos y listo. La sensación fue como dejar ir una parte vital de lo que los definía como seres humanos.

Así nos aseguramos de que la doctora Paige pueda mantener las instalaciones bajo control y los dos laberintos funcionando. No se trata de matar a nadie, sino de salvar.

Thomas suspiró. *Haré lo que pueda.* ¿Qué otra cosa podía hacer?

Teresa se le acercó, se inclinó hacia él y le susurró al oído.

—Esto es muy importante —dijo—. Lo más importante del mundo.

—Sí —murmuró Thomas—. Porque CRUEL es bueno.

UNOS MINUTOS DESPUÉS, SE ABRIÓ LA PUERTA. ENTRARON varios guardias seguidos de la doctora Paige.

—Ya es hora de prepararse —dijo—. Se está acabando el tiempo.

Fecha 231.05.05 | Hora 5.44 a.m.

LA MOCHILA DE THOMAS ERA PESADA. ÉL Y SUS TRES AMIGOS tenían mochilas llenas con todo lo necesario. Dos armas cada uno, cartuchos de repuesto para los Lanzadores —que llevaban colgados por arriba del hombro— y suficientes jeringas como para sacrificar a un zoológico lleno de elefantes. Mejor tener demasiadas que insuficientes.

Corrieron por los pasillos del complejo hacia el primer objetivo: el ministro Anderson. Un buen hombre, con quien Thomas nunca había tenido problemas. Un buen hombre, que ahora estaba completamente ido. Tenían que encargarse de él antes de dirigirse al Sector D.

Llevaban más de cinco minutos corriendo cuando Aris se detuvo y levantó la mano. Teresa casi lo atropella antes de frenar.

—¿Oyeron eso? —susurró.

Thomas prestó atención, tratando de captar algo inusual por encima del zumbido del sistema de ventilación y el sonido de sus agitadas respiraciones.

—Nop —respondió mientras los otros negaban con la cabeza.

—Sigán escuchando —insistió Aris, la mirada hacia el techo, como si lo que había oído hubiera venido de arriba—. Allá.

Un gemido grave, como el llanto de un niño. Una vez que lo escuchó, Thomas no podía creer que no lo hubiera notado antes. Agudo y triste, resonaba por el corredor y resultaba imposible saber de qué dirección venía. Se imaginó a un niño en el fondo de un pozo.

—Tal vez viene a través de los conductos de ventilación del Sector D —sugirió Raquel.

El sonido lastimero cesó.

—O podría ser uno de los niños —dijo Thomas—. La doctora Paige los ha hecho esconder en algún lugar.

Teresa habló con firmeza.

—Tenemos que resolver lo de Anderson antes de ponernos a pensar en cualquier otra cuestión. Vamos.

Aris no mostró objeción y los cuatro echaron a correr otra vez.

LA PUERTA DE LA OFICINA DE ANDERSON ESTABA CERRADA, pero sin llave. Teresa se adelantó y la abrió. Thomas contuvo el aliento como esperando que el hombre saltara sobre ellos como un zombi.

No había más que silencio y oscuridad. Y olor. Un olor horrible.

De un empujoncito, Teresa abrió más la puerta y entró, el Lanzador delante de ella, listo para disparar. Aris fue el siguiente, luego Raquel y último Thomas. Todavía brillaba el resplandor azul de la terminal de computadoras; nada había cambiado desde la última vez que habían estado allí. Salvo el hedor putrefacto corporal, de orina e incluso de excrementos. El hedor asaltó a Thomas y le produjo arcadas; cayó sobre una rodilla mientras se le cerraba la garganta. Trató de reponerse.

¿Estás bien?, preguntó Teresa en su mente.

Sí. ¿Está ahí dentro?, señaló la habitación del fondo.

Vayamos a ver.

Pero Aris ya estaba junto a esa puerta y la abrió con una patada ligera. Otra espantosa ola de hedor llegó volando de la oscuridad. Thomas se levantó y permaneció detrás de Aris y Teresa, mirando hacia adentro, tratando de distinguir lo que había. Raquel estaba junto a él, apretándose la nariz.

—¿Está muerto? —preguntó.

—No —profirió una voz áspera. Anderson. Una voz apenas humana—. No. No está muerto. No es su día de suerte —lanzó una serie de toses húmedas y cavernosas.

—Vamos, viejo —dijo Thomas. Su estómago no estaba manejando bien la situación—. Enciendan una luz en este lugar.

—Podría lastimar sus ojos —ese comentario vino de Aris, quien de todas formas deslizó los dedos por el interruptor. Las luces resplandecieron como si fuera mediodía.

Anderson aulló y se rasguñó los ojos. Se retorció en el suelo delante del sofá, que lucía como si el ministro llevara meses acostado ahí.

—¡Apáguenlas! ¡Apáguenlas!

Aris bajó la tensión de las luces y Thomas se lo agradeció en silencio. La vista que tenían delante era difícil de soportar. Observó al hombre que alguna vez había sido su líder. La sangre cubría su rostro y su ropa, y tenía el cabello grasoso y apelmazado. Había perdido peso, la piel estaba pálida y sudorosa. Yacía de costado, la boca inmovilizada en una mueca permanente mostrando los dientes bordeados de rojo. Y después, Thomas vio por qué.

Al hombre solo le quedaban dos dedos.

Donde habían estado los otros, solo quedaban muñones ensangrentados.

—Por Dios... —exclamó Aris al notarlo, cubriéndose la cara con la parte interna del brazo—. No lo hizo. No lo hizo.

—Lo hizo —repuso Raquel, la voz fría.

Thomas no podía mirar y se alejó hacia el monitor de la computadora del exministro. Tenía abierto el sistema de comunicación y, en la pantalla, había un memo que Anderson había estado escribiendo. Afortunadamente, parecía que no se había enviado, porque el memorándum en sí, era desgarrador.

—Chicos —dijo Thomas—. Escuchen lo que Anderson estuvo a punto de enviarles a todos mientras no estábamos —y luego lo leyó.

Memorándum de CRUEL

Fecha 231.05.05 | Hora 07.16

PARA:

DE:

ASUNTO:

Me quedan solo dos dedos.

Escribí las mentiras de mi despedida con dos dedos.

Esa es la verdad.

Nosotros somos diabólicos.

Ellos son niños.

Nosotros somos diabólicos.

Deberíamos detenernos, dejar que los Munis se queden con el mundo.

No podemos jugar a ser Dios.

No podemos hacerles esto a los chicos.

Ustedes son diabólicos, yo soy diabólico.

Mis dos dedos me lo dicen.

¿Cómo podemos mentirles a nuestros reemplazantes?

Les damos esperanzas, cuando en realidad no hay ninguna.

Todos morirán.

Pase lo que pase.

Dejen que la naturaleza gane.

—Está tan trastornado —dijo Teresa por encima del hombro de Thomas, mientras leía las palabras de Anderson.

—Yo diría que está más que trastornado —señaló Thomas.

—Mis dedos —gimió Anderson desde la otra habitación—. ¿Por qué se les ocurriría comerme los dedos?

Thomas sintió que se le oprimía el corazón mientras seguía a Teresa hasta donde se encontraba Anderson, que se había acurrucado en un ovillo y se mecía de un lado a otro.

—Solo quedan dos —dijo, las palabras brotaron en medio del delirio—. Espero que los otros ocho fueran sabrosos. Yo siempre pensé que sería yo quien se los comiera. Pero no. Tenían que ser ustedes, ¿verdad?

Thomas echó una mirada a sus amigos. Después de todo lo que habían visto, ¿era eso lo más triste? ¿Ver a un hombre que había conducido esa gigantesca operación

con semejante vigor convertido en un lunático llorón?

El cuerpo de Anderson se retorció, pareció que todos los músculos giraban sobre sí mismos. Se sacudió unos segundos y luego se relajó. Su mirada enloquecida abandonó lentamente el suelo y siguió la línea del cuerpo de Thomas desde los pies, los muslos, pasando por el torso hasta llegar finalmente a los ojos.

—Al final, te quitarán la mente —dijo Anderson—. Te la extraerán, la examinarán durante unas horas y luego es probable que se la coman. Deberías haber escapado mientras tenías la oportunidad.

Thomas no podía moverse; la repentina claridad de los ojos de aquel hombre lo asustó más que todo lo que había visto ese día.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aris. El exministro continuaba hablando, pero había vuelto a acurrucarse en posición fetal y sus palabras se perdían entre los gemidos de agonía. Se quedó mirando fijamente el suelo que tenía delante.

—Tenemos que terminar con su sufrimiento —respondió Teresa—. Y después, creo que será más fácil para nosotros... ocuparnos de los demás. Pero tenemos que ponernos en marcha.

Uno o dos meses atrás, Thomas se habría impresionado ante la insensibilidad de Teresa. Incluso unos pocos días antes. Pero ya no. Ahora estaban enfrentándose a la realidad dura y fría de su situación. Esas personas ya no eran quienes habían sido.

De pronto, Thomas decidió que él tenía que hacerlo. Él tenía que encargarse, allí y en ese instante. Si otro lo hacía, era probable que nunca más lograra reunir el valor.

—Tengo que hacerlo yo —susurró, casi para sí mismo. Ni siquiera estaba seguro de que lo hubieran escuchado. Pero sí notaron cuando se quitó la mochila de los hombros y la dejó junto a él. Se arrodilló al lado de Anderson y la sangre de sus heridas se filtró por las rodillas de sus pantalones.

Los otros no hicieron ningún movimiento para detenerlo.

Abrió la mochila, hurgó dentro y extrajo una de las jeringas con la mezcla de la doctora Paige. Quitó la tapa protectora de plástico del extremo de la aguja y luego la colocó en su mano, presionado levemente el pulgar contra el botón que controlaba el émbolo electrónico.

—¿Estamos seguros de hacerlo? —preguntó Raquel—. Lo que digo es... ¿estamos *seguros*?

—Sí —respondió Thomas, breve y cortante. No había más nada que decir.

Anderson rodó sobre su espalda temblando. Sus ojos se agrandaron mientras miraba fijamente el techo y murmuraba algo ininteligible. Thomas se acercó más y apoyó la jeringa sobre la cabeza del hombre. En su expresión, no quedaba ninguna señal de conciencia ni de humanidad.

Teresa le tocó el hombro a Thomas y él se sorprendió. La miró. Teresa tenía los ojos llenos de lágrimas.

Lo siento, le dijo ella dentro de su mente. *Estoy contigo en esto. Sé que puedes hacerlo.*

Thomas asintió, luego se volvió hacia Anderson, que continuaba temblando levemente en el suelo, nada más que unos simples escalofríos. Acercó la punta plateada de la aguja al costado del cuello y vaciló.

La mirada del exministro se desplazó y sus ojos se posaron en Thomas. Susurró algo, dos palabras, y las repitió una y otra vez, mientras la saliva formaba espuma en las comisuras de su boca.

—Por favor, por favor, por favor, por favor...

Thomas no sabía si estaba alentándolo a hacerlo o rogándole que se detuviera. Pero deslizó lentamente la aguja en la suave piel del cuello y apretó el botón que controlaba el émbolo. Se escuchó un silbido y el fluido mortal de la ampolla se escurrió de la jeringa e ingresó en el cuerpo de Anderson.

Todos observaron en silencio al anterior líder de CRUEL mientras se iba quedando inmóvil. Luego, emitió un largo y último aliento y cerró los ojos.

Fecha 231.05.05 | Hora 7.13 a.m.

FALTABAN DIECIOCHO.

Thomas y sus amigos se encontraban en la sala de seguridad, que alguna vez había estado a cargo de Ramirez y Randall. La doctora Paige y algunos de los nuevos miembros del personal examinaban las habitaciones y los corredores del Sector D.

—Todos están en la misma posición —dijo la doctora, analizando las transmisiones de seguridad—. Podríamos ponerles como objetivo llegar hasta cinco de ellos, luego regresar, reorganizarse y evaluar si algo cambió.

Thomas observaba distraídamente las transmisiones de las cámaras del laberinto mientras los otros se concentraban en el Sector D. Cerca de la Finca, a pesar de la hora, Alby y Newt se habían trabado en una discusión con Nick, que hacía ya mucho tiempo que se había distinguido de los demás como el claro líder. Sin sonido, la pelea no tenía contexto alguno. Al menos, no se habían lanzado puñetazos. El resto de los Habitantes estaba durmiendo.

—No tienen la menor idea de lo que está sucediendo aquí dentro —dijo Thomas, un poco sorprendido de haber hablado en voz alta—. Supongo que es algo bueno.

Teresa miró en su dirección. Parecía estar a punto de hacerle algún reproche —tenían cuestiones ligeramente más acuciantes—, pero luego se suavizó.

—Lo sé. Por una vez, la vida es más dura aquí que allá.

—Supongo que se han invertido los papeles —dijo Raquel.

—¿Chicos? —intervino la doctora Paige y señaló las cámaras que estaban dirigidas sobre el complejo CRUEL propiamente dicho—. ¿El plan?

—Lo siento —murmuró Raquel.

Thomas volvió a concentrar su atención en las transmisiones relacionadas con la misión.

Un guardia apuntó hacia una en particular.

—Habitación D-17. Un salón de juegos. Algunos están durmiendo allí dentro, en el suelo. Esa debería ser la primera parada después de ingresar al Sector.

—Tal vez están muertos —agregó Teresa.

La doctora se acercó más a las pantallas, moviendo los labios mientras contaba.

—Ahí están los cinco. Es un buen plan. Vayan a ocuparse de ellos, luego regresen aquí y les diremos adónde ir a continuación.

Vayan a ocuparse de ellos, pensó Thomas. Qué elegante manera de decirlo.

Tomaron las mochilas cargadas de muerte y cruzaron la puerta para dirigirse al Sector D.

UNA VEZ QUE EL GUARDIA LOS DEJÓ PASAR POR LA ENTRADA que siempre estaba cerrada, se encaminaron a la habitación asignada. Casi habían llegado cuando un movimiento al final del pasillo los hizo frenar en seco. Aris había tomado la delantera y, de repente, dio un brinco hacia atrás y empujó a todos hacia el rincón más cercano.

—Hay unas personas allá delante —susurró jadeando, la espalda contra la pared.

—Yo también las vi —dijo Teresa—. Así que es probable que nos hayan visto.

Con perfecta sincronización, un grito resonó a través del pasillo.

—¡Ey, chicos! —un hombre, la voz al borde de la histeria—. ¡Acérquense, mis pequeños reclutas!

Thomas se sintió invadido por una sensación de tanto horror que se estremeció. Una oleada de calor insoportable le cubrió la frente y los brazos de sudor.

—¿Cuántos son? —preguntó.

Aris se asomó por la esquina y luego dio un respingo y volteó hacia el grupo.

—Dos hombres. Uno está gateando por el suelo y el otro está caminando, pero se apoya contra la pared para sostenerse. Están muy cerca. Y se ven realmente trastornados, viejo.

Thomas valoró el informe detallado, pero solo lo hizo sentirse peor.

—¿Regresamos y nos reorganizamos?

—No, arremetamos contra ellos —dijo Teresa—. ¿Por qué posponerlo? Nosotros cuatro podemos bajarlos fácilmente.

Mientras Teresa hablaba, Raquel asentía, y un vistazo a Aris demostró que él también estaba de acuerdo.

Thomas suspiró derrotado.

—¿Qué quieres decir con trastornados?

—El tipo que está gateando está completamente desnudo —respondió Aris—, tiene el cuerpo lleno de arañazos. El que se tambalea por las paredes parece como si hubiera vomitado siete desayunos encima de su camisa. Y el cabello... creo que se arrancó una parte. Es repugnante.

—¿Piensas que todos estarán así? —preguntó Thomas, abrumado por la misión que tenían por delante—. No sabía que estuvieran tan cerca del Final.

Un terrible gemido de angustia se oyó por el pasillo, un prolongado gimoteo que terminó en algo parecido a unas risitas nerviosas. Estaban más cerca.

—Ya vieron a Anderson —susurró Teresa—. Estos tienen que estar tan mal como él o unos pasos todavía más lejos.

Thomas asintió, tratando de darse aliento.

—Muy bien, muy bien. ¿Qué hacemos?

Teresa se descolgó la mochila del hombro lo suficiente como para poder abrirla y mirar en su interior. Extrajo una pistola y dos jeringas; le alcanzó las jeringas a Thomas.

—Será el último recurso —señaló, levantando el arma con la mano derecha, el dedo ya colocado en el gatillo—. Aris y Raquel, ustedes les disparan primero con las granadas de los Lanzadores. Una vez que hayan caído, Thomas, tú corres hasta ellos e inyectas el veneno. Estaré a tu lado. Si hacen un movimiento, yo me encargo de ellos.

Thomas la miró, entre impresionado y aterrado de su amiga más cercana. Pero, más que nada, le estaba agradecido por hacerse cargo.

—Muy bien —dijo, demasiado inteligente como para discutir. Nada de eso iba a ser placentero, y cuanto antes lo enfrentaran, antes terminarían.

—Me parece bien —repuso Aris—. ¿Están listos?

Con una jeringa mortal en cada mano, Thomas asintió. Como respuesta, Raquel levantó el Lanzador.

—Vamos —dijo Teresa.

Aris se apartó de la pared con un resoplido y rodeó la esquina, gritando con adrenalina. Raquel fue después, el arma lista; luego, Thomas y Teresa. Su pistola era la última línea de defensa. El ruido de la carga del Lanzador llenó el aire, seguido de la explosión mientras la granada salía catapultada hacia el hombre que se movía pegado a la pared. En varias partes de la cabeza, ya tenía marcas rojas de sangre, donde se había arrancado el cabello.

La granada le dio en medio del pecho. Soltó un aullido y se vio rodeado por haces de luz que se arremolinaban alrededor de su cuerpo. Cayó al suelo, sufrió un espasmo tras otro mientras la carga del Lanzador trataba de achicharrarlo por completo.

—¡Thomas, tu turno! —gritó Aris mientras se adelantaba, apuntándole al otro hombre en caso de que Raquel fallara.

Thomas corrió hacia la víctima, se deslizó por el suelo de mosaicos y se detuvo a unos treinta centímetros de la cabeza del hombre. Aferró la jeringa, la sostuvo a pocos centímetros del rostro y esperó que se evaporaran los hilos blancos de electricidad. Oyó un segundo disparo de un Lanzador, luego un tercero, seguido de rápidos ruidos de contacto. Un grito semejante al de una bestia primitiva rasgó el aire.

Al disminuir las cargas de electricidad, Thomas notó que su oportunidad estaba debajo de él. Clavó la aguja de la jeringa en el cuello del infectado y lanzó el veneno. El Crank se movió súbitamente y pateó el suelo con los pies hasta que su espalda chocó contra la pared opuesta, y entonces se puso de pie. Los ojos del hombre giraron hacia atrás y se desplomó hacia delante. La jeringa rebotaba de un lado a otro, como si bailara sobre la aguja, girando alrededor de los suaves pliegues de su cuello.

Diecisiete, pensó Thomas. Quedaban diecisiete Cranks en el complejo.

—¡Por aquí! —gritó Raquel—. ¡Deprisa! —se encontraba encima del segundo hombre, que todavía se retorció en medio de convulsiones por el disparo de su Lanzador. Su cuerpo maltrecho y morado era como una oscura nube de tormenta;

pequeños relámpagos iban a morir a los mosaicos del suelo.

Thomas corrió hacia él. Chispas y estática envolvieron el aire mientras caía de rodillas, hundía la segunda jeringa en el cuello del hombre y liberaba la ampolla de muerte líquida.

Teresa estaba ahí, las dos manos aferraban el arma con fuerza, apuntando hacia abajo a la cabeza del hombre, por si acaso. Raquel y Aris se encontraban justo detrás de ella, luchando por recuperar el aliento.

—Creo que ya está —dijo Thomas—. Ya matamos a dos personas sin que ninguno de nosotros recibiera ni un solo rasguño.

—Crankes —señaló Teresa, permitiéndose finalmente relajarse y dejando el arma a un lado—. No son personas, son Cranks.

Thomas se puso de pie.

—No me di cuenta de que fueran dos cosas diferentes.

Teresa le echó una mirada dura que lo asustó.

—Habitación D-17 —dijo Aris en medio de los jadeos—. Hay que seguir el plan.

Teresa se alejó de Thomas para encabezar la marcha.

Fecha 231.05.05 | Hora 7.13 a.m.

—D... 17... —DIJO ARIS, OBSERVANDO LAS HABITACIONES mientras pasaban corriendo por delante. Estiró el brazo—: ¡Aquí está!

Sintiendo que todos los demás habían tomado la iniciativa más que él, Thomas se acercó a la puerta y apoyó el oído contra la superficie plana. Hizo presión, esperando no escuchar nada: los quería dormidos o muertos.

—¿Nada? —preguntó Teresa.

Negó con la cabeza y después agregó:

—No, esperen —volvió a apretar el oído contra la puerta. Se oyó un lamento grave con más claridad—. Sí, al menos hay uno despierto.

Se prepararon igual que lo habían hecho para el encuentro del corredor. Según las cámaras, había cinco Cranks inmóviles del otro lado de la puerta. Thomas sostuvo tres jeringas en su mano derecha, dos en la izquierda, y, a sus espaldas, Aris y Raquel levantaron los Lanzadores, con la carga máxima. Eso dejaba nuevamente a Teresa con la pistola, y Thomas tuvo la sensación de que, esa vez, se vería obligada a usarla.

Cuando todos estuvieron listos, Teresa utilizó su mano libre para abrir la puerta. Al empujarla, encontraron una habitación con luz tenue, y el hedor de los cuerpos y la respiración putrefacta salió volando como un viento enfermo.

Luchando contra las arcadas que le producía, Thomas apretó el rostro ante el olor nauseabundo y se deslizó en el interior. Raquel, Aris y Teresa lo siguieron, las armas listas. De un vistazo rápido, reconoció la escena, y su acelerado corazón se tranquilizó. La habitación era un sitio de almacenamiento, lleno de sillas y sofás, pantallas para entretenimiento, mesas de pool y de ping-pong. Las cinco personas que habían espiado antes estaban reunidas en el rincón del lado izquierdo. Un hombre se hallaba tumbado en un sofá, el brazo colgando de costado, y había otro hombre en el suelo, a sus pies. Dos mujeres estaban tendidas una al lado de la otra, también en el suelo, a los pies de dos sillas, los brazos sobre los hombros, como consolándose. La última persona era un hombre sentado en una silla, cuya cabeza dormida caía hacia atrás mientras sonoros ronquidos brotaban de su boca abierta.

Apuntándole con las armas, Aris y Raquel se acercaron sigilosamente al grupo. Tras un prolongado momento de silencio, los Lanzadores dispararon en rápida sucesión. El gemido electrónico tan familiar atravesó el aire, seguido de inmediato por una serie de chasquidos. Cinco ruidos sordos y distintivos señalaron que habían

dado en el blanco. Relámpagos azules iluminaron el aire mientras los cuerpos de los Cranks se retorcían con electricidad.

—¡Ahora! —le gritó Aris a Thomas—. Te ayudaré —se acercó a él, tomó las jeringas y le pasó una a Raquel. Mientras los tres se aproximaban, Teresa mantuvo la pistola apuntada sobre las cinco figuras espasmódicas.

Thomas corrió hacia los dos hombres que estaban en el piso junto al sofá; los espasmos disminuían mientras los hilos de electricidad se evaporaban y solo quedaban unas pocas chispas aquí y allá. Con una jeringa en cada mano —el pulgar apretado contra el botón del dosificador—, se arrodilló, clavó las dos agujas en el cuello de los Cranks y lanzó el veneno. Se apartó rápidamente y se puso de pie, conmocionado ante lo fácil que había resultado todo. Raquel se había encargado del hombre de la silla y Aris estaba terminando con las mujeres del piso.

Eso significaba que solo quedaban once en todo el Sector. Consciente en cierto nivel del horror de la situación, del hecho de que estaban asesinando a verdaderos seres humanos, Thomas apartó ese pensamiento y se concentró en la necesidad. Sintió que una euforia embargaba su pecho. Era probable que tuvieran éxito.

La puerta que daba al pasillo se abrió con estrépito.

Cuatro Cranks irrumpieron en la habitación, todos con aspecto suficientemente saludable como para pelear, y se dispersaron en distintas direcciones.

Una Crank saltó sobre Aris antes de que pudiera utilizar el Lanzador. El muchacho cayó de espaldas, la mujer se sentó a horcajadas sobre él y le sujetó la garganta. Raquel abandonó la idea de intentar disparar sin herir a su amigo y se lanzó entre ellos, utilizando el Lanzador para derribar a la mujer, golpeando con la punta dura el costado de su cabeza. De un chillido, la atacante cayó al suelo y Raquel le lanzó una granada en el pecho.

Aris parecía traumatizado por el ataque, destrozado por el esfuerzo. De la profundidad del bolsillo extrajo un cuchillo y, aullando de furia, giró sobre la espalda y hundió la punta de la hoja en el pecho del cuerpo electrificado que yacía junto a él. La electricidad no se había disipado lo suficiente y una descarga de energía lo hizo gritar y volar hacia atrás, arrojando a Raquel al suelo.

Todo sucedía con gran rapidez. Thomas solo podía ver a dos de los Cranks restantes, que corrían alrededor de la habitación con movimientos descoordinados. Teresa apuntó su arma al azar pero no disparó, seguramente temía fallar el disparo y herir a Aris o a Raquel.

Alguien chocó contra Thomas desde atrás y le aferró el pecho con los brazos.

Cayó de cara contra el suelo y sintió que estallaba su nariz del dolor. El aire salió silbando del pecho y lo dejó vacío. Entró en pánico y se retorció para liberarse del que lo había derribado.

Teresa gritó su nombre. Thomas vio los pies de ella junto a él.

—Ayúdame —intentó decir, pero de su boca no brotó más que un gruñido ahogado. El Crank que se hallaba a sus espaldas lo había soltado y ahora colocaba

una mano en la parte de atrás de la cabeza de Thomas y aplastaba sus labios contra la alfombra para callarlo. Solo pensaba en respirar, no entraba ni una mínima gota de aire en sus pulmones. Las rodillas hundidas en su espalda le oprimían las costillas con tanta fuerza que terminarían por romperlas.

La explosión de un disparo sacudió la habitación.

La presión cedió arriba de Thomas y luego desapareció por completo. Levantó la cabeza justo a tiempo para ver al Crank desplomarse en el suelo. Un orificio de sangre le marcaba la sien y los signos vitales ya habían huido de sus ojos. Levantó la vista hacia Teresa, que estaba temblando y continuaba apuntando la pistola al mismo lugar donde había disparado.

—Hay dos más —dijo Thomas, sintiendo el desapego en su voz.

Teresa se recobró, respiró profundamente y se colocó en posición defensiva, apuntando el arma a los otros sectores de la habitación. Thomas, con el dolor en todo el cuerpo, hizo un esfuerzo para ponerse de pie echando una mirada a su alrededor para asegurarse de no sufrir otro ataque sorpresivo.

No había rastros de los dos Cranks restantes, debían haberse escondido detrás de alguno de los muchos sillones y sillas amontonados alrededor del salón de juegos. Thomas se quitó la mochila para buscar jeringas mientras sus amigos caminaban cuidadosamente de silla en silla, de sofá en sofá, espiando detrás de ellos. Hasta el momento, no habían encontrado nada. Luego, Teresa dio un grito y, justo cuando Thomas se volvió para mirarla, pudo verla desaparecer detrás de un sofá y oír el ruido fuerte de su caída.

Corrió hacia ella con el corazón latiéndole como un rápido redoble de tambores. Había dejado todo: la mochila, los instrumentos de muerte que contenía. Tuvo la sensación de que el aire se solidificaba y reducía su velocidad. No había brotado otro sonido desde donde se hallaba Teresa, y Aris y Raquel estaban demasiado lejos como para ayudar.

Llegó a la pared, golpeó el hombro contra ella y, al mirar detrás del sofá, vio a Teresa en el suelo, el brazo de un hombre alrededor de su garganta. Ella luchaba con ambas manos, pero en vano. El Crank apretaba más y más, haciendo que sus ojos se salieran de las órbitas y horribles sonidos surgieran de su boca abierta. Sonidos de estrangulamiento, borboteos.

—¡Suéltala! —gritó Thomas. Las palabras no significaban nada para este Crank: un hombre calvo, sudoroso, con un gran corte que le atravesaba la frente. El doctor Leavitt.

Era el doctor Leavitt.

Sangre mezclada con sudor se deslizaba dentro de sus ojos, de venas rojas y feroces. Teresa, con gran esfuerzo, se estiró hacia algo que se hallaba en el suelo, no muy lejos de sus dedos.

La pistola.

Thomas la levantó y tuvo la sensación de que la vida de su mejor amiga se

esfumaba en el aire, dejándola súbitamente en los brazos de la muerte. De hecho, nunca antes había disparado un arma, y le preocupaba su habilidad para dar en el blanco. Colocando el dedo suavemente en el gatillo, volvió su atención hacia Teresa y el Crank, alguna vez conocido como Leavitt. El hombre no había cedido, su brazo era como una tenaza de carne, y la piel de Teresa mostraba una aterradora tonalidad violeta.

Sin preocuparse por el riesgo, Thomas saltó sobre ellos y aterrizó con su estómago sobre el de Teresa, el rostro de ella a pocos centímetros del suyo. Sus ojos se encontraron y compartieron el dolor y el miedo. Leavitt utilizó el brazo libre para lanzarle golpes rápidos a Thomas, pegándole con su palma carnosa en el costado del rostro. Thomas alzó la mano y fue deslizándose la punta de la pistola por el suelo, a lo largo del cuerpo de Teresa. Cada vez más arriba, por delante de la oreja de ella, hasta la cabeza del Crank, luego hacia el costado, hasta la sien.

El rostro de Leavitt se transformó súbitamente, perdió la malicia y el odio vacío, y se convirtió en una súplica patética e infantil. Luego, aflojó la fuerza del brazo con que sujetaba a Teresa.

—Por favor —gimió el hombre—, por favor, no me lastimen.

Thomas apretó el gatillo y terminó con todo. El disparo fue como el estallido de un trueno; el estallido del mundo haciéndose pedazos. Con zumbidos en los oídos, sujetó a Teresa y la apartó de su atacante muerto. De todas maneras, a Thomas nunca le había agradado demasiado.

Teresa tembló entre sus brazos, una extraña muestra de debilidad después de una experiencia tan horrenda. La envolvió entre sus brazos y la sujetó con fuerza. Aris se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro, pero Thomas no se dio vuelta.

—¿Dónde está el otro? —preguntó con gran esfuerzo—. Debería haber uno más.

—Raquel se encargó de él —respondió Aris—. No te preocupes. Están todos muertos.

Thomas se aferró a Teresa como si fuera a desplomarse hacia el centro de la Tierra si no lo hiciera.

—No puedo soportar mucho más.

Raquel anunció desde algún lugar cercano.

—Seis —dijo—. Solo faltan seis.

PARA LA HORA DE ALMORZAR, YA HABÍAN MATADO A LOS Cranks restantes. Comparado con la pesadilla de lo que habían tenido que hacer en el salón de juegos, el resto fue pan comido. Todos dormidos, sus vidas terminaron con el pinchazo de una aguja y el flujo del veneno.

Y eso fue todo.

La Purga había concluido.

EN QUÉ MUNDO TERRIBLE VIVÍA THOMAS. ENFERMEDAD, muerte, traición. Sus amigos sometidos a pruebas crueles que tal vez no tuvieran ningún sentido. Un mundo demente, en ruinas. Un mes atrás, había ayudado a asesinar a más de una docena de seres humanos en cuestión de horas. Y desde ese día, había vivido en un pozo de culpa y odio a sí mismo, evitando a sus amigos a toda costa. Aun viviendo en un complejo abarrotado de supuestos psicólogos, toda la terapia del mundo no lo había ayudado a enfrentar los horrores de la Purga. Y nunca lo haría.

Estaba cambiado. Al menos, eso sí lo comprendía.

Últimamente, hasta se había mantenido lejos de la sala de observación, demasiado deprimido como para observar el laberinto. Pero hoy, se había obligado a ir y ponerse al día. Lo primero que vio fue una pantalla que mostraba a Alby y a Newt caminando junto a uno de los gigantescos muros del Área. Pero había algo extraño: Newt se apoyaba contra Alby, que le había extendido un brazo por la espalda para ayudarlo a mantenerse de pie. Newt solo podía poner todo el peso de su cuerpo sobre una pierna. Se tambaleaba a cada paso, una mueca de dolor en el rostro.

Thomas se sentó en los controles y se tomó unos minutos para concentrarse en la forma de llevar a cabo lo que quería hacer. Luego, comenzó el meticuloso proceso de encontrar los ángulos correctos de la cámara que necesitaría para armar una historia.

¿Qué diablos le había sucedido a Newt?

MENOS DE DOS HORAS DESPUÉS, HABÍA EMPALMADO UNA serie de segmentos de las cámaras de varios escarabajos, lo más cercano a una transmisión continua que pudo lograr. Mostraba un relato que casi le rompió el corazón. En la gran pantalla principal, en el centro de la pared, comenzó la transmisión desde el principio.

Temprano en la mañana del día anterior, Newt se encontraba completamente bien. Se despidió de Minho y los demás Corredores; al parecer, era su día libre como Corredor. Cuando los distintos grupos desaparecieron en sus respectivas esquinas, Newt se dedicó a caminar alrededor del Área controlando los diferentes sectores, como si todo estuviera funcionando bien, tan bien como puede funcionar viviendo en el interior de un gigantesco laberinto. Habló con Winston en el Matadero, luego

charló con Zart en los Jardines, junto al campito de maíz. Hasta rio un poco y le dio una palmada en la espalda, como si acabara de contar un chiste genial.

A continuación, deambuló por las Lápidas, el bosquecillo situado en el rincón sudoeste delineado por esqueletos de árboles moribundos que, para Thomas, siempre parecían una premonición de las cosas malas que estaban por venir. Allí, Newt se dejó caer en una banca y permaneció sentado durante por lo menos treinta minutos. Thomas adelantó la transmisión hasta el momento en que Newt finalmente se levantó y se adentró en el bosque minúsculo. La transmisión cambió a la perspectiva a nivel del suelo de un escarabajo, que se deslizaba a poco más de un metro detrás de su amigo. Newt enfiló directamente hacia el cementerio, donde había postes de madera que marcaban los lugares en donde habían enterrado a los Habitantes que habían encontrado su fin desde la llegada al laberinto.

Se arrodilló en el suelo y se quedó mirando aturdido hacia delante con los ojos vidriosos mientras su rostro se hundía cada vez más profundamente en la desesperanza. Permaneció así durante largo tiempo y Thomas pensó que podía adivinar qué estaba sucediendo dentro de la cabeza de su amigo: debía sentir una culpa extenuante por todos aquellos que habían muerto. Pensaba que, tal vez, podría haberlos salvado de alguna manera. Era probable que experimentara tristeza por toda esa situación: el peligro, el aburrimiento, la frustración de no saber por qué estaban ahí. Frustración ante la pérdida de los recuerdos. Y, quizás, en un nivel más profundo, estaba recordando a la hermana que ellos habían borrado de su mente.

Se puso de pie. Se marchó de las Lápidas caminando tan velozmente que el escarabajo que llevaba la cámara rebotaba al tratar de apurarse para no quedar rezagado. Sin reducir la velocidad, Newt abandonó el bosque y se dirigió directamente hacia la puerta del oeste, la más cercana. Varios Habitantes agitaron la mano al verlo o le gritaron un saludo, pero él los ignoró y continuó mirando hacia delante con absoluta determinación. Conociendo de antemano el resultado final, Thomas se irguió en el sillón sintiendo una desesperante curiosidad de cómo habían sucedido los hechos.

Newt dejó atrás el Área propiamente dicha y entró en los callejones del laberinto. Su paso no aminoró, mantuvo un ritmo rápido y constante. Dobló hacia la izquierda, luego hacia la derecha y otra vez hacia la izquierda. Después de doblar varias veces más, arribó a un largo trecho rodeado a ambos lados por paredes cubiertas de una tupida enredadera. Se detuvo junto a la del lado izquierdo, se colocó frente a ella y se inclinó hacia delante sobre las manos, que desaparecieron entre el follaje. Bajó la cabeza durante un rato y luego miró hacia arriba estirando el cuello, como si quisiera ver el extremo de la pared.

Se estiró y comenzó a trepar por la enredadera.

Sus brazos musculosos hacían creer que le resultaba fácil. Aferraba una liana y se impulsaba hacia arriba lo suficiente como para encontrar algún lugar en la piedra en donde apoyar los pies. Luego sujetaba otra liana, y otra y otra, utilizando las dos

manos y los dos pies, y toda su fuerza. Escalando la piedra y la enredadera, llegó en pocos minutos hasta el punto medio entre el suelo y el falso cielo. Thomas sabía que ahí era donde pensaría que no podía ir mucho más arriba. Una combinación de ilusiones ópticas agregadas y represores pre-programados dentro del implante garantizaban que nunca llegaría a la cima. Sí trepó un par de metros más; pero luego se detuvo y miró hacia el cielo, derrotado.

Thomas observó y esperó.

Newt permaneció aferrado a la enredadera, casi todo su cuerpo desaparecía detrás del follaje. Un escarabajo que había estado escalando la pared junto a él se acercó y frenó a pocos centímetros del rostro del muchacho. No por primera vez, Thomas se puso a pensar en el software que hacía funcionar a esas criaturitas mecánicas. ¿Cómo sabía qué hacer cuando no había nadie cerca que le cargara instrucciones?

New miró directamente hacia la cámara y, por primera vez en esa transmisión reconstruida, habló, de modo que Thomas pudo escuchar sus palabras.

—No sé quiénes son ustedes, pero espero que estén contentos. Espero que les cause un placer descojonante vernos sufrir. Y después, pueden morirse e irse al infierno. Esto es culpa de ustedes.

Newt soltó las lianas, con una patada se alejó de la pared y cayó fuera de la visión de la cámara. El escarabajo se reubicó deprisa y lo único que Thomas oyó fue el crujido de sus movimientos y luego un golpe seco y duro a lo lejos. Rebotando, la vista regresó al suelo y luego se posó en Newt, que estaba tumbado de costado con una pierna levantada y los brazos alrededor de ella. Se mecía de un lado a otro mientras gemía. Los gemidos se transformaron en sollozos. Era un lamento tan profundo y lastimoso que a Thomas le produjo un dolor en el pecho.

Súbitamente, Newt emitió un aullido de angustia y luego lanzó un grito en el aire.

—¡Los odio! ¡Los odio!

Thomas apagó la transmisión. No podía soportar más. Ya sabía que alguien lo había salvado, lo había sacado del laberinto y llevado a la seguridad del Área. No podía observar un segundo más.

New, Newt, Newt, pensó mientras le parecía que el aire que lo rodeaba se estaba volviendo negro. *Ni siquiera eres inmune, viejo. Ni siquiera eres inmune.*

Fecha 231.09.22 | Hora 11.17 a.m.

THOMAS ESCUCHÓ UN GOLPE SUAVE EN LA PUERTA Y, AL abrirla, se encontró con Teresa. En el cuartel general de CRUEL, las cosas habían vuelto prácticamente a la normalidad. Bueno, eran todo lo normales que podían ser después de que hubiera sucedido algo como la Purga.

—Hola —dijo un poco atontado—. Podrías haberme llamado telepáticamente. Estaba durmiendo una siesta.

Como todo comentario, Teresa levantó una tableta.

—¿Viste esto?

—¿Eh? —no tenía la menor idea de a qué se refería.

Teresa entró en el dormitorio y rozó a Thomas al pasar junto a él, mientras el muchacho cerraba la puerta. Luego, se sentó en el escritorio.

—Ven a ver esto. ¿Tú mandaste un memorándum masivo? ¿O acaso la doctora Paige te pidió permiso para usar tu nombre?

—¿Qué? No.

—Bueno —señaló la pantalla brillante.

Thomas se inclinó más cerca para leer.

Memorándum de CRUEL

Fecha 231.05.22

PARA: Los Reemplazantes

DE: Thomas [Sujeto A2]

ASUNTO: La Purga

Tomo responsabilidad total por lo que tuvimos que hacer durante los últimos días.

Lo que debemos recordar es que CRUEL está vivo y más fuerte que nunca. El Laberinto está en pie y en funcionamiento, y nuestros estudios, en acción. Estamos en el camino y no podemos alejarnos de él. Todo lo que pido es que lo que hemos hecho aquí permanezca dentro de la organización y que nunca más se lo mencione. Lo que está hecho, hecho está, y fue piedad. Pero ahora, cada pensamiento debe consagrarse a construir el Plano.

Ava Paige es la nueva Ministra de CRUEL, con nombramiento efectivo de inmediato.

Antes de que tuviera tiempo de procesarlo en forma completa, Teresa le quitó la tableta.

—Y mira este otro que encontré —dijo, mientras buscaba algo más—. Supuestamente enviado por el ministro Anderson exactamente el día antes de haber escrito ese memo demente que vimos en su computadora, sobre sus dedos. Es imposible que haya escrito esto. Fíjate.

Le alcanzó la tableta.

Memorándum de CRUEL

Fecha 231.05.04

PARA: Socios

DE: Ministro Kevin Anderson

ASUNTO: Despedida general

Espero que cada uno de ustedes me perdone por hacer esto de una manera tan cobarde, mandándoles un memo, cuando debería hacerlo en persona. Sin embargo, no tengo alternativa. Los efectos de la Llamada son desenfrenados, vergonzantes y desalentadores. Y nuestra decisión de no permitir la Felicidad en nuestras instalaciones significa que no puedo simular el tiempo necesario para decir adiós de una manera adecuada.

Tipear estas palabras es lo suficientemente difícil. Pero por lo menos tengo la habilidad y el tiempo de escribir y editar, en los pequeños momentos de cordura que me quedan. No sé por qué el virus me afectó tan ferozmente. Me deterioré mucho más rápido que casi todos los del grupo original. Pero no importa. He sido retirado del servicio y mi reemplazante, Ava Paige, está preparada para hacerse cargo.

Los Élite están avanzados en su entrenamiento para servir como conexiones entre nosotros y aquellos que sigan manejando CRUEL. La misma Ava admite que su propósito es casi el de una figura decorativa, con nuestros Candidatos de Élite como los verdaderos dirigentes.

Estamos y seguiremos estando en buenas manos. El trabajo noble que comenzamos casi una década atrás, será completado. Nuestros esfuerzos y, para casi todos nosotros, nuestras vidas, habrán tenido sentido como sacrificio para lograr un bien superior. Se alcanzará la cura.

Honestamente, esto es más una nota personal. Para agradecerles por su amistad, su compasión y su empatía frente a tareas tan difíciles.

Una palabra de advertencia: se pone feo al final. No luchen contra su degradación. Lo hice y ahora me arrepiento. Solo váyanse y terminen el sufrimiento.

Se ha vuelto demasiado pesado.

Gracias.

Y adiós.

—¿Qué es *esto*? —preguntó Thomas completamente perplejo—. No tiene nada que ver con lo que verdaderamente sucedió. ¿Qué está tratando de hacer la doctora? ¿Reescribir la historia para que su posición luzca más legítima en el futuro?

Teresa se encogió de hombros.

—Pensé que querrías verlo.

—Vamos —dijo Thomas—. Tenemos que hablar con ella.

THOMAS GOLPEÓ LA PUERTA DE LA DOCTORA PAIGE HASTA que ella finalmente abrió. Estaba tan molesto que respiraba con dificultad.

La mujer se mostró sorprendida.

—¿Tienen algún problema? —inquirió.

—¿Por qué hiciste algo así? —preguntó Thomas, tratando de no perder la calma. Se sentía traicionado, confundido y, sobre todo, enojado—. ¿Acaso ahora te dedicas a escribir memos desde las cuentas de otras personas?

—Ayuda a los demás a enfrentar nuestra actual situación, Thomas —respondió la doctora Paige, cuya sorpresa se iba transformando en una desconcertada comprensión—. Les da una mejor sensación de orden. También muestra lo involucrado que estás tú con la organización y lo maduros que se han vuelto todos —le sonrió. Se veía que estaba orgullosa de él—. Y yo creo que es una forma simple pero simbólica de crear un puente en la mente de todos. Una conexión, entre lo viejo y lo nuevo.

Thomas no sabía cómo responder ni qué decir. ¿Por qué se refería a él como si fuera alguien muy importante? ¿Y por qué se le habría ocurrido enviar un mensaje desde su cuenta sin avisarle? Por no mencionar que había hecho lo mismo desde la de Anderson, el líder de ese momento.

—Esto logra todas esas cosas —continuó la mujer—, mientras mantiene el foco de atención de una persona. Es lo mejor de los dos mundos.

Thomas continuaba sin responder.

—¿Al menos podrías haberle preguntado antes? —dijo Teresa.

La doctora Paige les echó una mirada de arrepentimiento suficientemente genuina.

—Tienen razón. Lo siento. Me anticipé demasiado.

—No está bien lo que hiciste —dijo Thomas. Luego se dio vuelta y se alejó. Tenía miedo de decir algo de lo que después se arrepentiría. La doctora Paige estaba llena de mentiras. Llena de mentiras.

SE DIRIGIÓ A SU DORMITORIO. LE DIJO A TERESA QUE NO SE sentía bien y regresó a la cama. Cerró los ojos y trató de calmar la mente, se colocó de costado y deseó quedarse dormido. Todo parecía distinto. No podía decirle a Teresa lo que pensaba, y casi todas las personas que conocía y le importaban estaban dentro del laberinto. Y ahora esos e-mails. Era realmente *extraño*: si la doctora no era sincera acerca de eso, ¿qué más les estaría ocultando? Deseó haberle dicho más cosas cuando la enfrentó. Pero, en su lugar, se había acobardado.

Y ahí estaba, la mirada fija en la pared del dormitorio, pensando.

Pensando.

Esa era la peor parte. Si tan solo pudiera escapar con Teresa y Chuck y comenzar

una nueva vida juntos. Pero después se acordó de Newt. Su amigo se había caído de la pared y además no era inmune. Necesitaban una cura. Y si la encontraban, los liberarían a todos: Alby, Minho, Newt, Chuck, Teresa, incluso Aris y Raquel. Tal vez podrían vivir todos juntos en el mismo distrito, envejecer juntos, reunirse y atiborrarse de comida y contarles a sus hijos historias de la época en que habían salvado al mundo. Imaginó a Minho frente a un grupo grande de chicos representando la vida de un Corredor, pero, por alguna razón, se movía como si fuera un gorila gigante, haciéndose cosquillas en las axilas y golpeándose el pecho.

Si tan solo fuera así de fácil. Si bastara con imaginar a Minho haciendo tonterías delante de futuros nietos y entonces todo estaría bien. Ese pensamiento se le ocurrió nuevamente: lo que ahora, más que nunca, parecía ser lo correcto. Quería entrar al laberinto. Cualquier cosa con tal de salir de ese lugar y estar otra vez con sus amigos, y hacia la próxima etapa. Cualquier cosa con tal de conseguir esa cura de una vez, para llegar al futuro feliz. Quería mentirse a sí mismo y hacerlo.

El futuro; un mundo sin Cranks, él y sus amigos viviendo en el paraíso.

Pero qué sarta de tonterías.

Exhaló una gran bocanada de aire y luego, a pesar de que apenas era mediodía, se quedó dormido.

THOMAS HABÍA REGRESADO A SU REFUGIO: LA SALA DE observación.

Durante las últimas semanas, la culpa y el enojo no habían dejado de aumentar; unas leves gotas habían ido convirtiéndose en un diluvio, y ahora estaba ahogándose. Había una sola manera en que pudiera devolver el aire a sus pulmones: estar ahí observando a sus viejos amigos dentro del laberinto.

Últimamente, Teresa y él se habían distanciado —ella parecía haber enfrentado sus propias dificultades después de la Purga arrojándose de lleno en el trabajo, con la mente, el cuerpo y el espíritu—, pero a Thomas no le importaba. Hablaban lo suficiente a través de la telepatía y se mantenían mutuamente informados. Lo suficiente como para saber que ambos estaban haciendo lo que era mejor para ellos.

Y para Thomas, lo mejor había sido mantenerse fuera de vista el mayor tiempo posible. Tenía que respetar el régimen normal de estudios, chequeos y clases, pero, el resto del tiempo, se esfumaba. A menos que Chuck o Teresa estuvieran libres como para verlos, pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el dormitorio, leyendo o durmiendo, u observando a sus amigos en el laberinto, observando cada uno de sus movimientos. Esos movimientos se habían vuelto bastante rutinarios mientras los Habitantes del Área se instalaban en una pequeña comunidad bastante impresionante. La ley, el orden, la rutina, la seguridad. Hacía ya cierto tiempo que nadie había muerto ni recibido ningún pinchazo.

A Thomas todavía le agradaba oírlos sin que ellos lo supieran, cada vez que podía. Oírlos a escondidas cuando Alby, Minho y Newt se sentaban a comer. Le hacía sentir que formaba parte del grupo, casi como si estuviera ahí.

Y eso era exactamente lo que había estado haciendo durante toda la tarde, cambiando de cámaras y de micrófonos cuando una escena se tornaba aburrida. En ese momento, cerca de la puerta este, Newt hablaba con Minho, que acababa de volver de correr por el vasto laberinto.

—¿Algo nuevo?, —preguntó Newt, el sarcasmo obvio en el tono de voz—. ¿Apareció algún condenado Penitente y te pidió que lo besuquearas?

Minho se apoyó contra la piedra mientras trataba de recuperar el aliento.

—¿Cómo te enteraste? Le dije que quizás en otro momento... no era mi tipo.

Esos dos mantenían esa misma conversación con alguna variante casi todos los días, burlándose de la monotonía de las excursiones diarias de los Corredores. Habían

comenzado a encaminarse hacia la Sala de Mapas cuando Thomas escuchó que golpeaban la puerta a sus espaldas. Con tristeza, se despegó del mundo del laberinto y regresó a CRUEL.

—¿Quién es? —preguntó.

La puerta se abrió y asomó el cabello rizado de Chuck.

—Ey, Thomas. La doctora Campbell dijo que me daba dos horas libres para ayudarte con tus notas. Así que...

—Entra, larcho. No tienes que actuar siempre como si fuera algo muy importante.

Chuck y Thomas habían comenzado a utilizar, solo entre ellos, algunas de las palabras de la jerga inventada dentro del Área. La preferida de Chuck era *plopus*, por lejos. La doctora Paige decía que los psicólogos estaban realmente interesados en la forma en que la pérdida de la memoria afectaba a los Habitantes del Área. A veces, había sorpresas, como la invención de palabras totalmente nuevas. Varias provenían de Minho, que siempre había sido bastante malhablado, aun antes de entrar en el laberinto. El Neutralizador parecía haber exacerbado esa característica, cosa que los psicólogos también encontraban interesante.

Claro que los psicólogos encontraban que *todo* era interesante.

Chuck entró y se sentó junto a Thomas, desplomándose en su silla con un exagerado suspiro de satisfacción.

—Hoy enviaron a Frank, lo cual significa que falta solo un mes —la mezcla de miedo y entusiasmo en los ojos del niño siempre le oprimía el corazón. Era tan culpable de la parte del miedo como cualquiera de los demás... Había sido egoísta de su parte tenerlo a Chuck ahí dentro tan a menudo, viendo algunas de las cosas malas que sucedían dentro del laberinto. Pero el chico era su hermano de todo menos de sangre; sin él en su vida, Thomas se habría quebrado hacía mucho tiempo.

—Pasaré antes de que te des cuenta —dijo.

—Lo cual *significa* —comentó Chuck— que todo esto también se *terminará* antes de que nos demos cuenta.

—Sip. Así es.

—¿Qué harás hoy? —preguntó Chuck—. Déjame adivinar: chequeo médico, clases, Pensamiento crítico, observar el laberinto.

—Sip. Así es —dijo Thomas nuevamente, haciendo reír a su amigo—. Llevo una vida muy emocionante, ¿verdad?

—Solo espera a que yo llegue al laberinto —repuso Chuck—. Animaré ese lugar de inmediato —lo dijo con un entusiasmo que Thomas no pudo más que pensar que era genuino: los chicos de esa edad tenían una habilidad especial para recordar solo lo bueno.

—Sip. Así es —la tercera vez, hasta Thomas rio. Luego se puso de pie—. Lo siento, tengo una reunión a la que se supone que debo asistir.

—¡Ah, vamos, acabo de llegar! Esperaba observar a los Habitantes mientras cenaban. Creo que finalmente esta noche Gally y Alby se van a dar una paliza de

plopus.

—Lo siento, amiguito —dijo Thomas—. Y tú sabes que no puedes estar aquí dentro sin mí, de modo que vete al pabellón. Más tarde, buscaremos algo de comida, vendremos acá y espíaremos un poco más lo que sucede en el Área. Tal vez, los psicólogos envíen a un Penitente para que les haga una danza.

Chuck palideció un poco ante el comentario, pero se esforzó por disimularlo. A veces, en su entusiasmo por llegar al Área, se olvidaba de los monstruos.

—Lo siento —dijo Thomas queriendo pegarse a sí mismo—. Una broma terrible.

LA REUNIÓN ERA EN UNA PEQUEÑA SALA DE CONFERENCIAS y Thomas llegó sin saber qué finalidad tenía. La doctora Paige estaba sentada en la cabecera de la mesa, con dos personas a su izquierda que eran obviamente psicólogas. Una era de la época anterior a la Purga: una mujer llamada Campbell. La otra era una novata, de Seattle, Anchorage o algo parecido. Thomas no se molestaba por retener ese tipo de detalles deliberadamente. No podía determinar exactamente por qué.

A la derecha de la doctora Paige, había un hombre de mediana edad, cabello oscuro y tez morena, con una chica que podría haber sido su hija por la edad, pero no genéticamente. Tenía tez clara y cabello rubio ceniza, y el hombre se inclinaba hacia ella como si la conociera bien, como si hubieran estado susurrando entre ellos.

Thomas se quedó en el lugar durante un momento largo, todos los que se encontraban dentro de la sala se evaluaban entre sí.

La doctora se puso de pie.

—Thomas, gracias por venir. Estás muy desaparecido últimamente. ¿Estuviste ayudando a Chuck a preparar su gran viaje al laberinto del mes que viene? —sonrió inocentemente, como si no supiera cada uno de sus movimientos, en cada segundo del día. A Thomas ya no le gustaba tanto como antes de la Purga.

—Algo así —dijo en tono tranquilo.

—Bueno, siéntate por favor —repuso Paige señalándole una silla frente a la de ella, del otro lado de la mesa.

Después de sentarse, Thomas preguntó:

—¿Y de qué se trata todo esto?

La doctora Paige levantó un dedo con aspecto de estar molesta.

—Espera. Teresa debería llegar en cualquier momento.

En ese mismo instante, la puerta se abrió nuevamente y Teresa entró deprisa saludando con la cabeza antes de sentarse al lado de Thomas. Ella siempre parecía tan... ocupada. Tan preocupada.

Hola, le dijo mandándole tanta calidez como pudo junto con el saludo.

Me alegro de verte, respondió él. Nunca se habían pronunciado palabras más auténticas. La extrañaba.

La doctora Paige comenzó la reunión.

—Quiero presentarles a un par de amigos nuevos que colaborarán en algunos proyectos inminentes —se volvió hacia los dos recién llegados a su derecha, el hombre y la chica sobre la que él parecía estar encima.

—Ellos son Jorge y Brenda. Jorge es piloto de Bergs, y muy bueno. Y Brenda se ha capacitado un poco como enfermera y tiene grandes planes de convertirse algún día en psicóloga. ¿No es así, Brenda?

La chica asintió, sin mostrar ni una pizca de timidez o incomodidad.

—Lo que sea necesario para encontrar una cura —señaló. Pareció una respuesta extraña, pero había un dejo de angustia oculto en su mirada, algo que probablemente explicaba perfectamente por qué había respondido de esa manera.

—*Hola* —dijo el hombre llamado Jorge con un acento marcado, mirando a cada uno a los ojos por un instante—. Estoy entusiasmado de trabajar con ustedes.

—¿Trabajar con nosotros? —preguntó Teresa—. ¿Qué sucede?

El hombre había llamado la atención de Thomas, que ahora sentía una extraña curiosidad.

—Nos gustaría que nos ayudaran en una inminente expedición —explicó la doctora Paige—. En pocas semanas, Jorge, Brenda y varios más serán enviados a un lugar llamado el Desierto. Estamos muy interesados en lo que podríamos encontrar dentro de una ciudad cercana invadida por Cranks. Puede representar un significativo potencial de investigación.

—¿Una ciudad invadida por Cranks? —repitió Thomas. Tuvo una mala sensación, como si no le estuvieran diciendo toda la verdad.

—Sí —respondió la ministra y no dio ningún dato más—. Y pensamos que sería valioso tenerlos allí. Nos gustaría evaluar la efectividad de largo alcance de la tecnología de sus implantes, especialmente el monitoreo remoto de sus patrones de la zona letal y otras mediciones. Tenemos que saber si puede funcionar a larga distancia. Bueno, este es nuestro plan...

Thomas se puso a reflexionar sobre lo que acababa de oír y dejó de prestar atención. ¿Por qué necesitaban evaluar el monitoreo a larga distancia? ¿Acaso CRUEL estaba planeando mudarlos a otro sitio? Allí sucedían más cosas que no les estaban diciendo, y eso le produjo una mala sensación. Una sensación que ya tenía desde hacía un tiempo, pero recién ahora podía reconocérselo a sí mismo. Sintió náuseas.

CRUEL nunca se detendría.

Ellos jamás se detendrían.

Fecha 231.11.30 | Hora 8.32 p.m.

THOMAS CAMINÓ CON CHUCK POR EL LARGO PASILLO, QUE parecía extenderse indefinidamente delante de él. Hoy todo le parecía así: largo e interminable. Estaba realmente triste. Finalmente, el día había llegado.

Insertarían a Chuck en el laberinto.

Había pedido pasar esa hora con Chuck para compartir una especie de última comida juntos y hablar en detalle de lo que iba a suceder. Era su propia despedida. Luego, Thomas pensaba dejar a Chuck en las manos de los expertos y esfumarse. No podría soportar ver el momento en que le borrarán la memoria, cómo lo manipulaban como si fuera un cadáver, cómo lo arrojaban en la Caja como una montaña de basura. Ellos tendrían su despedida y luego podría esconderse en su dormitorio hasta que llegara la mañana siguiente.

La cafetería estaba en silencio durante la calma entre los grupos del desayuno y el almuerzo. Luego de tomar los platos con los restos del desayuno, Thomas y Chuck se sentaron junto a una de las pocas ventanas que daban al bosque de Alaska. Apenas habían hablado desde que Thomas había recogido a Chuck por su dormitorio, y ahora ambos jugaban con la comida. Todavía ninguno de los dos había dado un bocado.

—Más vale hacer la pregunta tonta antes que nada —dijo finalmente Thomas—. ¿Tienes miedo?

Chuck levantó un trozo blando de tocino y lo estudió.

—Tienes razón. Es una pregunta tonta.

—Entonces tomaré eso como un sí.

Chuck le dio unos mordiscos al tocino, su rostro hizo unas muecas de desagrado.

—Tiene gusto a plop.

—Por supuesto. Lo frieron hace como tres horas. Pero tu único deseo para hoy fue dormir hasta tarde, de modo que te dejaron levantarte tarde. Tal vez tu deseo debería haber sido que te dieran tocino crujiente. O, ya sabes, un pasaje de ida a Denver.

Chuck esbozó una sonrisa de cortesía, el gesto más adulto que había hecho en su vida.

—Vamos, viejo —dijo Thomas—. Puedes desahogarte. Dime lo que piensas, amiguito. Lo que sientes. Estoy preocupado por ti.

El niño se encogió de hombros.

—¿Es realmente necesario que nos pongamos así de cursis? Me mandan al laberinto y no hay nada que yo pueda hacer. Voy a extrañar esto, los voy a extrañar a ustedes. Pero no tiene sentido lamentarse y llorar.

—Tendrás que pasar un tiempo sin ver mi hermoso rostro todos los días. Más te valdría lamentarte y llorar. Y estoy refiriéndome a tener los ojos hinchados, la cara húmeda, que los mocos se te metan en la boca... el espectáculo completo. Si no veo eso en los próximos tres minutos, me ofenderé.

—¿Qué sucederá después de que llegue allí? —preguntó Chuck, como si no hubiera oído ni una palabra de lo que Thomas había dicho—. Lo que digo es, esto no puede seguir para siempre, ¿no?

Y así nomás, todo el aire desapareció de la sala.

—Por supuesto que no puede seguir para siempre —dijo Thomas—. Escuché que están cerca de conseguir un plano completo. Y una vez que lo tengan, la cura es lo que sigue. Estoy seguro de que nos reencontraremos en poco tiempo.

Thomas no sabía si le bastarían los dedos de una mano para contar todas las mentiras que había dicho. Pero qué importancia tenía. A Chuck le borrarían la memoria en un rato y le pareció que no hacía mal a nadie si lo ilusionaba un poco.

El niño lo estaba observando.

—¿Qué? —preguntó Thomas.

Chuck le dijo que era un mentiroso de... y no usó precisamente la palabra *plopus*.

—No es cierto —refutó Thomas—. Mira, viejo, tienes razón. No tenemos que ponernos cursis. Nos estamos diciendo adiós, pero los dos seguiremos estando dentro de este enorme complejo. Y te estaré observando, animándote. Siempre. Lo prometo.

—Yo ni siquiera te recordaré —dijo Chuck—. Así que es como si nos estuviéramos diciendo adiós para siempre.

—No, viejo, no —Thomas se levantó, fue hasta el otro lado de la mesa y se sentó al lado de su amigo—. Yo justo estaba pensando en eso. Llegará un momento, en el futuro cercano, en el que tendremos una cura y todos estaremos viviendo en el mismo distrito: ricos, gordos y felices. Todos habrán recuperado sus recuerdos y la vida será placentera. Solo tienes que anhelar que eso ocurra.

—Si tú lo dices.

—Yo lo digo.

—De acuerdo —el chico sonrió y luego apartó la mirada, una lágrima gorda amenazó con derramarse del ojo—. Suena bien.

—¿Sabes algo? —dijo Thomas—. Ni siquiera tenemos que decirnos adiós. Las despedidas son muy difíciles. Me levantaré y me iré, como si no fuera nada importante, y pronto nos volveremos a ver. Nada de *sayonara*.

Chuck asintió, pero cuando Thomas hizo el primer movimiento para ponerse de pie, se abalanzó sobre él y lo envolvió en un fuerte abrazo.

—Te voy a extrañar —dijo el niño entre sollozos—. Te voy a extrañar mucho.

Mientras Thomas lo abrazaba, sus propias lágrimas cayeron sobre el cabello de

Chuck.

—Lo sé, viejo. Lo sé. Yo también te voy a extrañar.

Podrían haberse quedado así para siempre, pero la doctora Paige envió a una mujer a buscar a Chuck. La mirada que le echó el niño justo en el momento en que abandonaban la sala le destrozó el corazón.

THOMAS PERMANECIÓ EN LA MESA DE LA CAFETERÍA durante un buen rato imaginando a Chuck en el laberinto, Chuck atacado por un Penitente, Chuck hambriento o muriendo de sed. Se imaginó a Chuck muriendo de mil maneras distintas sin que nadie hiciera nada para ayudarlo.

Pensó en Newt, en Alby, en Minho.

Pensó en Teresa.

Dentro de su pecho, algo se endureció. Por el momento, tenía que aceptar lo que CRUEL quisiera de él. Pero eso no sería siempre así.

Se le ocurrió una idea. Una idea completamente ridícula. Un plan. Mucho tiempo atrás, Teresa había dicho que algún día serían grandes. Y ya lo eran.

¿Y si los salvara?, pensó Thomas.

¿Y si salvara a mis amigos?

ERA APENAS LA SEGUNDA VEZ QUE THOMAS SUBÍA A UN Berg, y la primera era un recuerdo muy lejano.

Al principio, lo detestó —el estómago le daba vueltas, oleadas de náuseas le llenaban la boca de saliva—, pero cuando se acostumbró, le resultó bastante agradable. Después, lo detestó de nuevo. Estar dentro de esa gigantesca bestia voladora era excitante, no tenía nada que ver con cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Vivir en un mundo en ruinas te hacía apreciar algo tan poderoso que ni siquiera la gravedad podía derribar.

Teresa no había ido; se había quedado para hacer su parte, que consistía en evaluar la capacidad de largo alcance de los implantes. Cada día se distanciaban más. Ella se sumergía en CRUEL y en la misión que tenían, y Thomas a veces dudaba si contarle lo que pensaba. Pero se debían una conversación... una conversación importante. Y pronto.

Thomas miró a través de uno de los ojos de buey emplazados en el piso del Berg. Completamente asombrado, observó innumerables paisajes que se deslizaban vertiginosamente a sus pies. A pesar de la devastación infligida al planeta, seguía siendo hermoso, imponente. Los verdes, azules y anaranjados se mezclaban con los tenues castaños. Por supuesto que a esa altura no se veían los detalles. No se veían los Cranks ni la hambruna ni la pobreza ni el terror.

No era de extrañar que, antes de las llamaradas solares, todos los niños quisieran ser astronautas.

—Ey.

Levantó la vista y se encontró con Brenda, que había estado muy ocupada con Jorge preparando los suministros para la expedición a la ciudad de los Cranks. También transportaban gran cantidad de equipamiento al Desierto para CRUEL, por motivos que nadie compartió con Thomas.

—Hola —la saludó—. ¿Ustedes ya están listos?

Brenda se sentó junto a él.

—Tan listos como nunca estaremos. Jorge me hizo revisar todo unas cien veces. Le gusta estar preparado.

—¿Cuándo se supone que llegaremos? —no sabía prácticamente nada. Pero la tierra allá abajo ya había comenzado a parecerse a un desierto: diferentes tonalidades

de rojo, anaranjado y amarillo componían ahora la paleta de colores. Casi no había señales de vida ni, para el caso, de que alguna vez hubiera existido vida en ese lugar.

—Creo que más o menos en media hora —se frotó las manos y su expresión pareció cansada—. Me estoy poniendo nerviosa, viejo. Todo esto me pareció una aventura divertida hasta hace unos diez minutos.

—¿A qué podrías tenerle miedo? —preguntó Thomas—. ¿A una ciudad post apocalíptica sin gobierno ni seguridad, rodeada por un desierto y plagada de Cranks? Vamos. No seas cobarde —le lanzó una rápida sonrisa para hacerle saber que estaba bromeando.

Brenda puso los ojos en blanco.

—O... —dijo Thomas con exagerada desilusión—, podría ser aterradora.

—Deberías ser más amable con Teresa, ¿sabes? —dijo Brenda después de pasarse un rato largo observando el páramo. El zumbido de los motores del Berg era tan relajante que, de repente, Thomas sintió ganas de dormir una siesta.

—¿Qué quieres decir?

—Es obvio que te quiere mucho. Y me parece que no has sido muy agradable con ella. Perdóname si no es asunto mío.

Thomas pensó en lo que le había dicho Brenda, un tema que solía tratar de evitar en su propia mente.

—No, está bien. Ella es mi mejor amiga. Hemos estado juntos durante más de la mitad de nuestras vidas, y podemos hablar el uno con el otro... como nadie. A veces, hasta sin pronunciar palabras. Tal vez es por eso que parece que no soy amable.

Brenda asintió, como si eso le pareciera razonable.

—¿Solo amigos? ¿Después de tanto tiempo? Nunca los vi tomarse de la mano ni besarse ni nada. Eres un poco lento —rio ella ante el comentario.

—Es complicado —dijo Thomas, sorprendido ante la conversación y las cosas en que lo hacía pensar—. Ella significa muchísimo para mí y eso no cambiará nunca. Pero es difícil ser romántico cuando tienes un mundo que se muere fuera de tu casa y tus amigos están metidos adentro de un experimento.

Brenda pareció decepcionada.

—Sí, pero vamos. La gente *ama*, Thomas. En los mejores y en los peores momentos. La gente ama. Deberías asegurarte de que ella supiera lo que sientes. Eso es todo.

Thomas sintió un arrebato de emoción que no comprendió. Pensó en su mamá, en su papá y en sus amigos. Y todo eso se acumuló en su interior y las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos. No sabía qué quería de la vida ni qué se suponía que debía lograr. Lo que tenía eran amigos, y ellos eran lo único importante. Tenía que encontrar la manera de salvarlos.

Brenda notó sus lágrimas y su rostro se transformó en algo tan suave y lleno de bondad que Thomas tembló. La joven lo envolvió en un abrazo y él sintió como si estuviera abrazando a todos los que acababan de pasar por sus pensamientos. Se

quedaron así, apretados, hasta que el Berg se inclinó hacia la derecha y comenzó el descenso.

Habían llegado al Desierto.

CRUEL HABÍA ENVIADO GUARDIAS ARMADOS Y ELLOS fueron los primeros en arrojar por la rampa hacia la tierra calcinante y polvorienta. Cuando les dieron la señal de que estaba todo despejado, Thomas bajó con Brenda y Jorge, los tres con los ojos entornados ante la enceguecedora luz del sol.

—Dios mío —exclamó Brenda—. Imagínense lo que debió ser esto cuando cayeron las llamaradas solares.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros, *hermanito*? —preguntó Jorge—. Esto va a ser una fiesta.

Brenda y Jorge rieron, pero a Thomas le costaba encontrarle algo de gracia a la cuestión. Ese lugar era terrible.

El Berg había aterrizado sorprendentemente lejos de la ciudad de los Cranks, y los técnicos con los que se suponía que Thomas trabajaría estaban reuniendo sus cosas como si tuvieran la intención de ir en la dirección contraria. Y hacia ese lado, Thomas no veía más que páramo, lo cual lo ponía más que nervioso. Se encontró ansioso por volver a Alaska y esperaba que los estudios que querían realizar no les tomaran mucho tiempo.

Se protegió los ojos y echó una mirada hacia la ciudad. Parecía estar a varios kilómetros de distancia. La mitad estaba compuesta de tierra, herrumbre y vidrio triturado. Rascacielos ruinosos se elevaban hacia el cielo como dedos rotos. Era difícil creer que alguien pudiera vivir allí, incluso Cranks. Detrás de la ciudad devastada, se erguían las montañas. Era probable que las llamaradas solares les hubieran quitado algo de su flora, pero la piedra y la tierra parecían exclamar «Todavía estamos aquí. ¿Qué más tienen?».

Thomas despegó los ojos de la escena y vio a Brenda observando lo que pronto sería su nuevo hogar.

—¿Están seguros de lo que van a hacer? —preguntó—. ¿Están seguros de que quieren entrar a ese lugar? —había pretendido que fuera un comentario ligero pero, apenas salió de su boca, supo lo serio que era.

—Si tuviéramos una cura, mucha gente querida todavía estaría con vida —dijo Brenda, la mirada firme y lejana—. Personas como mi mamá y mi papá, o mi hermano.

—Lo sé, lo sé —murmuró—. Créeme, lo sé.

—Es por eso que Jorge y yo nos ofrecimos como voluntarios —prosiguió—. No fue de manera general, sino por esto —hizo un gesto con la cabeza hacia la ciudad derruida que se veía a lo lejos—. Tengo que hacer mi parte.

—Claro —afirmó Thomas.

Antes de que pudiera agregar algo más amable, Jorge les gritó que su grupo tenía que partir. Quería llegar a la ciudad mucho antes del atardecer.

—Ten cuidado —dijo Thomas tratando de comunicar con los ojos que lo lamentaba, que nadie más debería entregar su vida por esa enfermedad—. En serio, ten cuidado.

—Lo tendré —repuso Brenda—. Es difícil creer que después traerán aquí a tus amigos, ¿no? Pobres chicos. Bueno, adiós, corazón de arroz.

Agitó la mano débilmente y luego se apresuró para alcanzar a Jorge.

—Espera, ¿qué dijiste? —le gritó Thomas.

Brenda no respondió y continuó alejándose deprisa.

La miró largamente y notó que la arena se movía bajo sus pies.

—¿Qué fue lo que dijiste? —susurró.

Fecha 23.12.11 | Hora 4.40 p.m.

FASE DOS.

Eso fue todo lo que pudo sonsacarles a los técnicos de CRUEL a los que había sido asignado. *Fase Dos*. Le preguntó a cada uno de ellos sobre lo que Brenda había dicho y esas fueron las únicas palabras que recibió. Además de cosas como *Ve a preguntarle a la doctora Paige. No me corresponde hablar de eso. Solo estoy cumpliendo con mi trabajo.*

Pero nada de eso importaba porque Thomas sabía perfectamente qué estaba sucediendo. Debería haberlo visto mucho antes de que se le escapara a Brenda.

CRUEL planeaba enviar a los Habitantes del Área a ese miserable lugar para la realización de otra fase de las pruebas. Esa era la razón por la cual querían probar cómo funcionaba el monitoreo de largo alcance de los implantes, para saber cuán eficazmente podrían monitorear a los otros, una vez que *ellos* estuvieran ahí. Las mentiras formaban una montaña cada vez más alta. Las cosas eran todavía peores de lo que se había imaginado. Mucho peores.

Si antes había existido una pequeñísima pizca de duda, ahora había desaparecido por completo. Sin importar lo que costara, Thomas iba a entrar al laberinto para salvar a sus amigos.

A CADA PASO, EL DESIERTO SE VOLVÍA MÁS DESAGRADABLE.

Caminó con los técnicos de CRUEL a través de la tierra dura y muerta, sujetando una toalla debajo de la barbilla. Había envuelto el resto de la tela alrededor de la cabeza para protegerse del sol, que derramaba sobre ellos un intenso calor. El único alivio era una brisa que lamentablemente también lo cubría de arena. Se dirigían a una suerte de túnel subterráneo donde, supuestamente, tenían que hacer estudios e instalar equipos. Y ahora Thomas ya sabía para qué.

Mientras recorrían el páramo, tuvo tiempo de sobra para pensar en su incipiente plan para salvar a sus amigos. Podía concretarse. Claro que sí. Solo tenía que convencer a CRUEL de dos cosas: que lo insertaran en el laberinto y que lo hicieran sin borrarle los recuerdos. Para que cualquier plan funcionase, tenía que tener la mente intacta. Recién entonces sabría cómo sacarlos de allí.

Había detalles que resolver. Cómo, dónde y cuándo conseguir armas. Cómo

desactivar a los Penitentes. Dónde ir si *realmente* lograban escapar del complejo. Pero tenía tiempo.

Realmente podía funcionar.

Trató de mantenerse así de positivo y continuar moviéndose a través del desierto.

Un pie delante del otro, sudando abundantemente.

Continuaron la marcha sin detenerse.

—¡Aquí! —el hombre que lideraba el grupo gritó finalmente. Los demás se agruparon alrededor de él mientras caía de rodillas y palpaba la arena. Apartó una fina capa de tierra y apareció una escotilla de metal con una simple manija. Ni siquiera tenía una traba para cerrarla, pero ¿qué posibilidades existían de que alguien se topara con la entrada del túnel en medio de los escombros de la nada?

Una mujer se inclinó, aferró la manija junto con el hombre y ambos jalaron de ella hasta abrirla. Thomas se puso de puntillas para echar un vistazo por encima del hombro de alguno: distinguió un largo tramo de escalones que se perdían en la oscuridad.

—Aunque no lo crean —gritó la mujer por encima del viento—, solía haber una prisión en los alrededores. Esta era una ruta de escape construida por los cárteles. Lo que nosotros hicimos fue adaptarla a nuestros objetivos. Allá abajo, nos espera otra hora de caminata.

La mujer no dijo nada más, simplemente comenzó a descender por los escalones. Uno por uno, el grupo fue detrás de ella, Thomas en último lugar.

ERA UN LARGO DESCENSO HACIA LAS PROFUNDIDADES, sorprendentemente fresco y esperablemente aterrador, a través de un túnel interminable incautado por CRUEL. Nadie hablaba mucho mientras caminaban y caminaban, pero cuando lo hacían, era generalmente en susurros que resonaban como el persistente llamado de un fantasma.

—Ya casi llegamos —anunció un hombre llamado David, asustando a Thomas, que se había acostumbrado al silencio. La voz repentina lo sacudió de sus pensamientos.

—¿Adónde? —preguntó y el eco de su voz rebotó a través de las paredes.

—Más adelante, hay una Trans-Plana que instalamos en nuestro último viaje. Ya está lista para ser activada.

—¿Una Trans-Plana? —repitió Thomas. ¿Era así como planeaban transportar a los Habitantes hasta el Desierto?

—Sí —respondió David—. Esperemos que funcione, ¡porque así es como regresaremos a casa esta noche!

Al escuchar eso, Thomas casi tropezó.

—No tienes ni idea de cuánto cuestan esas cosas —continuó el hombre—. Antes de las Llamadas, solo los millonarios podían comprarlas. Hasta había algunos

gobiernos que hubieran deseado tener el dinero suficiente para adquirir una.

—¿CRUEL tiene tanto dinero? —preguntó.

David rio.

—Ellos no tienen que comprarlas. Se las roban a los millonarios que ya están demasiado muertos como para preocuparse por eso. O demasiado chiflados y más allá del Final. De cualquier manera, no te preocupes, una vez que está funcionando, no hay nada que temer. Es una forma genial de viajar, de eso no cabe la menor duda.

—Ya llegamos —gritó una mujer y apuntó una luz sobre una alta estructura rectangular, que parecía una enorme puerta que conducía a ningún lado. O, más precisamente, un marco al que le faltaba la puerta. Tenía un panel de control, que en ese momento estaba en la oscuridad, adosado al costado derecho del dispositivo.

David se adelantó para ubicarse al lado de la mujer.

—Hemos realizado todos los estudios imaginables. Lo único que falta es encender este maldito aparato.

Thomas se alejó del grupo mientras ellos extraían las herramientas y comenzaban a trabajar. No conocía bien a ninguna de esas personas, de modo que se sentía como un completo extraño. Se acercó a la pared del túnel, justo en el borde del círculo de luz, y se inclinó contra la tierra y la roca. Se cruzó de brazos y observó al personal mientras realizaba su labor.

Un rumor llenó el aire e hizo repiquetear sus huesos. Un resplandor verde encendió el panel de control de la Trans-Plana. El zumbido fue aumentando de volumen. No podía creer que en pocos minutos atravesaría una mágica pared de ingeniería y reaparecería a miles de kilómetros de distancia.

Estaba nervioso, le preocupaba la idea de terminar desparramado por el universo cuántico, convertido en una galaxia de moléculas y átomos que no tenían nada que ver unos con otros.

Un fuerte zumbido lo hizo enderezarse; luego, una brillante pared gris de luz titilante llenó el espacio entre el marco rectangular de la Trans-Plana. Tembló, se encendió y se apagó varias veces hasta estabilizarse. El pulso suave y continuo de su energía hizo que se le erizara la piel de los brazos. Estaba realmente seguro de querer hacerlo. Estaba realmente seguro de que atravesaría esa pared de energía.

—Todas las señales están constantes —anunció David mirando la pantalla en el panel de control—. Ahora enviaré un elemento de prueba —luego, como un chico frente a un lago con una piedra lisa, arrojó su linterna a través de la Trans-Plana. Unos segundos después, saltó hacia afuera; él la atrapó y rio—. Creo que estamos bien.

—¿Quién quiere ser el primero? —preguntó una mujer—. Thomas, ¿quieres ser tú? —y le lanzó una sonrisa burlona.

—De hecho, sí quiero —dijo, sin saber de dónde había salido esa determinación. Enderezó los hombros y caminó directamente hacia la Trans-Plana, tratando desesperadamente de no demostrar miedo ni vacilación. Pensó que si existía algún

motivo para preocuparse, lo detendrían en los pocos segundos que le llevaba caminar de un lugar al otro. Pero nadie dijo nada. Un par de personas emitieron un grito de júbilo y alguien aplaudió.

Thomas se metió en la brillante pared gris.

Fecha 231.12.11 | Hora 9.32 p.m.

UN PLANO DE FRÍO ATRAVESÓ SU CUERPO, COMO SI SE hubiera metido en un profundo estanque de agua helada. Pero acabó enseguida, tan rápido como el tiempo que llevaba atravesar una puerta cualquiera. Varias personas lo esperaban del otro lado, en una habitación que no había visto nunca. La doctora Paige se hallaba ahí, así como también Teresa y otra gente que no conocía.

Teresa lo sujetó primero y le dio el abrazo más fuerte de su vida.

—Gracias a Dios —le susurró al oído. Luego lo repitió en su mente.

Thomas le devolvió el abrazo y se sintió tan aliviado ante el caluroso recibimiento que tembló mientras la apretaba con fuerza. Quería contarle acerca de sus planes para el laberinto, y esa recepción le confirmó que lo haría pronto. Si quería llevar adelante esos planes, necesitaría la ayuda de Teresa.

—Está todo bien —la tranquilizó. Notó que la doctora Paige los observaba como una madre orgullosa—. No pasó nada malo. Estuvimos totalmente seguros.

—Lo sé, lo sé —repuso Teresa, pero no lo soltó.

—Ey —dijo Thomas lo más delicadamente posible—. ¿Qué te pasa?

Finalmente, Teresa se separó de él.

—Nada. Es solo que... tenerte tan lejos, me puso nerviosa.

—Yo también te extrañé —una respuesta poco convincente, pero esperaba que ella pudiera ver en sus ojos lo que sentía. *Tenemos que hablar*, le dijo rápido dentro de su mente. *Pronto*.

—Los resultados del monitoreo de larga distancia fueron muy positivos —dijo la doctora Paige antes de que Thomas pudiera explicar algo más. Se acercó más a los chicos con una radiante sonrisa que parecía forzada—. De hecho, las cosas están yendo muy bien en general. Estamos avanzando todos los días.

Thomas asintió mientras su mente pensaba a toda velocidad. *Si supieras*. Echó una mirada al lugar desconocido: parecía un enorme dormitorio, pero completamente distinto de los pabellones de CRUEL. Vio ladrillos, yeso y puertas de madera.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Es una nueva instalación fuera del cuartel general —respondió la doctora—. Hemos estado incorporando voluntarios para realizar más investigaciones y necesitábamos un lugar donde alojarlos.

No le creyó ni una sola palabra. ¿Por qué tendrían una Trans-Plana conectada al

Desierto si el objetivo de ese lugar era albergar voluntarios para investigación? ¿Acaso podría tener algo que ver con la Fase Dos y los Habitantes? De cualquier manera, tenía que asegurarse de que esos planes nunca se llevaran a cabo.

—Hay un autobús que regresa al complejo principal —dijo Paige—. Hay mucho trabajo por hacer —ese comentario parecía dirigido a Teresa.

—¿A qué distancia está de aquí? —preguntó.

—A unos pocos kilómetros por la carretera. Menos de tres si van por el bosque.

Thomas suspiró aliviado.

—Muy bien. Después del Desierto, necesito urgentemente una caminata al aire libre que no me achicharre los pulmones. Ustedes vayan nomás, nos encontraremos allí —le dolían las piernas por haber caminado tanto ese día, pero quería estar solo. Además, necesitaba un poco de tiempo para preparar el discurso que le diría a Teresa.

—Bueno... no hemos divisado muchos Cranks últimamente —comentó Paige mientras consideraba la idea—. Pero afuera está oscuro. Te propongo algo. Te dejo ir si llevas un Lanzador. Y a uno de los guardias. No, que sean dos.

Thomas abrió la boca para discutir pero, al verle la cara, no se molestó en hacerlo. Era demasiado pensar que lo dejaría ir solo.

Unos minutos después, con dos guardias anónimos asignados a él, abandonó el edificio.

—ES MEJOR QUE NOS PONGAMOS EN CAMINO —DIJO UNO DE los guardias. Y, para ser sincero, él y su compañero parecían respetar el claro deseo de Thomas de estar solo, pero también los habían puesto a cargo de su seguridad—. Se está haciendo tarde.

—¿Es cierto que últimamente no han visto muchos Cranks en los alrededores? —le preguntó Thomas, dándole la espalda al nuevo edificio y enfilando hacia el bosque y la oscuridad.

—Sip. Creo que los que estaban por aquí murieron o se metieron en las fosas. Pero como está oscuro y frío, creo que deberíamos apresurarnos.

A Thomas le agradó que el hombre no se comportara como un guardia rudo. Al menos, no todavía. Y el otro parecía mudo.

—De acuerdo, me parece bien. ¿Van adelante ustedes o yo?

—Yo iré detrás de ti —el guardia Parlanhín levantó su Lanzador y apuntó en dirección hacia el complejo de CRUEL, en lo profundo del bosque. Thomas tenía su propio Lanzador cruzado sobre los hombros, con una correa que se le clavaba en el cuello—. De esa manera puedo verte y observar el bosque al mismo tiempo. Xavier irá más adelante para explorar. ¿De acuerdo?

Como si pudiera elegir.

—Por supuesto. Vámonos.

Sin una palabra, el hombre llamado Xavier atravesó los matorrales con paso firme

y se metió en el bosque. Con un repentino estremecimiento por el frío, Thomas echó a andar detrás de él, con el otro guardia pegado a los talones.

TRANSCURRIÓ MEDIA HORA; EL BOSQUE ESTABA OSCURO Y silencioso. Las ramas se cernían sobre ellos como un dosel formado por innumerables brazos y dedos de madera, apenas visible en la noche sin estrellas. El pesado silencio flotaba en el aire, quebrado solamente por el suave crujido de sus pisadas sobre las hojas secas. Thomas apuntaba el haz de luz de su linterna hacia adelante y, de vez en cuando, lo dirigía hacia arriba y hacia los costados, aterrado ante la posibilidad de ver alguna criatura sobrenatural salida de un libro de cuentos. Ojos amarillos, colmillos, una aparición fantasmagórica. Estaba asustado y deseó haber viajado en el autobús con Teresa y los demás.

Una lechuza ululó tan fuerte que Thomas dio un salto. Luego rio y lo mismo hizo el guardia que iba detrás.

—¿Una lechuza? —comentó Thomas—. ¿En serio? Siento como si me encontrara dentro de una película de terror.

—Este lugar es siniestro —concordó el hombre—. Con o sin Cranks. Los niños tenían muchísimos motivos para tener pesadillas aun antes de que llegara la Lllamarada.

—Sin duda —Thomas examinó las ramas que tenía encima de su cabeza, en busca de la lechuza. A veces, olvidaba que allí afuera había todo un reino animal que no sabía nada acerca de una enfermedad denominada la Lllamarada, ni estaba preocupado por ella. El culpable no se veía por ningún lado, de modo que Thomas prosiguió la marcha.

El ejercicio lo había hecho entrar en calor y sus piernas habían perdido la rigidez. Se sentía más relajado y el día le parecía más agradable, cuando descubrió que había perdido de vista a Xavier. El guardia había girado alrededor de un inmenso pino, pero cuando rodeó ese mismo árbol, no lo divisó.

—¿Xavier? —lo llamó.

No hubo respuesta, ni señal de él en ningún lado.

A sus espaldas, un repentino alboroto de pisadas se abrió paso violentamente entre los matorrales. Mientras giraba para ver de qué se trataba, otro sonido surcó el aire, seguido de un ruido de chapoteos y chasquidos.

Y luego lo vio.

El guardia que iba detrás de él había frenado en seco y dejado caer el arma. De su boca, brotaba sangre. Tenía una rama larga clavada al costado del cuello, el extremo —impregnado de rojo— asomaba del otro lado. Mientras el hombre caía de rodillas, Thomas distinguió al atacante, que todavía aferraba el extremo de la improvisada lanza con ambas manos, sonriendo ante su presa, que se ahogaba.

El agresor levantó la vista y lo miró.

Era Randall.

RANDALL NO SE VEÍA MUY BIEN.

Estaba herido, magullado y sucio, llevaba varias capas de ropa hecha jirones. Tenía costras duras en el rostro, los ojos desencajados y el cabello pegoteado y revuelto: el semblante de pesadilla que Thomas había temido encontrar. Pero eso no era un libro de cuentos.

—Randall —susurró Thomas, como suplicándole que volviera a ser la persona que había sido antes. Pero ese hombre ya no existía. El Crank que tenía frente a él había superado la etapa Final mucho tiempo atrás.

Randall dijo algo ininteligible y, de un tirón, arrancó la lanza del cuello del guardia, dejando que el hombre se desplomara en el suelo, sin vida. Se quedó inmóvil, la sangre fue formando un charco sobre la cama de agujas de pino.

—¡Xavier! —gritó Thomas, pero seguía sin responder.

Tratando de no hacer movimientos súbitos, tomó el Lanzador, lo apoyó suavemente en sus manos y colocó el dedo en el gatillo. Randall permanecía en el lugar, mirando la sangre de su propia arma, como si estuviera evaluando la posibilidad de lamerla hasta dejarla limpia. Luego, volvió a mirar a Thomas.

—En una época —dijo, arrastrando las palabras que ahora, al menos, resultaban comprensibles—, yo era un delicioso manjar. Más delicioso que ninguno.

Con un movimiento vertiginoso, Randall salió disparando hacia los árboles y desapareció en la oscuridad antes de que Thomas atinara a hacer algo. Apuntó el Lanzador en esa dirección, apretó el gatillo y oyó la explosión y el disparo. Pero la granada pegó en un árbol y estalló en una descarga eléctrica. Cuando se desvaneció, un silencio completo envolvió el bosque. No había señales del Crank.

Thomas aferró el arma con tanta fuerza que le dolieron los dedos. La sostuvo delante de él y giró muy lentamente mientras examinaba la oscuridad entre los árboles. Había dejado caer la linterna y ahora la levantó y la apagó. No quería ser una presa fácil y no quería que su vista fuera inútil. Esperó ansiosamente que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y prosiguió girando lentamente una y otra vez, el dedo ansiando apretar nuevamente el gatillo.

No podía creer que Randall todavía estuviera vivo. ¿Cómo había logrado sobrevivir en el exterior? Dejando a un lado la supervivencia, parecía imposible que la misma enfermedad ya no lo hubiera matado. La Llamada no solo te volvía loco;

tarde o temprano, el cerebro dejaba de funcionar por completo.

En ese momento pensó en los guardias y lo asaltó una ola de tristeza y culpa. Los hombres habían muerto porque él necesitaba dar un paseo, como un mocoso malcriado y privilegiado. Más vidas en sus manos. ¿Cuántas más habría?

Su pie pisó una rama y la quebró. El crujido resonó a través de la noche. Se quedó inmóvil. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, los árboles parecían resplandecer, las siluetas de sus abundantes ramas se recortaban contra el cielo. No veía nada fuera de lo normal, pero estaba seguro de que Randall no andaba lejos: su retirada habría provocado más ruido. El Crank se hallaba cerca, era probable que lo estuviera siguiendo.

Entonces, Thomas recordó.

¡Teresa!, la llamó. ¡Teresa! Randall nos atacó. Mató a los guardias. No sé qué hacer. ¿Cómo es posible que él...?

¡Tom!, su respuesta lo interrumpió. ¿Dónde estás? Paige dice que enviará a alguien. ¿Todavía tienes el Lanzador?

Sí.

Quédate ahí. No intentes regresar. Alguien llegará pronto.

Le pareció oír un ruido a su izquierda y giró el arma en esa dirección. Pero no vio nada.

¿Tom?

Sí, de acuerdo. Seguiré dando vueltas en círculo hasta que vomite. Apresúrate.

Sigue hablándome.

No, respondió. Tengo que mantenerme concentrado. Sé que está cerca.

Está bien, pero háblame apenas ocurra algo.

Lo haré.

El bosque oscuro se cernía sobre él, casi como si flotara. Los árboles arrancados del suelo, las ramas alargándose. Sus sentidos comenzaron a engañarlo. Veía algo por el rabillo del ojo, pensaba que su propia respiración era de otra persona. Finalmente, no aguantó más.

—¡Randall! —gritó—. ¡Ya vienen! ¡Saben que estamos aquí!

Nadie respondió. No sabía por qué le había gritado: Randall no tenía más capacidad para razonar que alguno de esos árboles que lo rodeaban. Sus ojos le habían mostrado que estaba más allá del Final, como ningún otro Crank que él hubiera visto.

—Extraño los deliciosos manjares.

Thomas contuvo el aliento. Randall hablaba lentamente, pero sus palabras parecían retumbar por el aire. Thomas giró hacia la izquierda, luego a la derecha y después hizo un círculo completo, el arma siempre apuntada hacia adelante.

—¡Randall! —aulló.

Entonces algo lo golpeó y lo obligó a liberar el aire de los pulmones. Estaba encima de él, oprimiéndole la cabeza y el cuello en una dirección extraña,

provocándole dolor como si tuviera clavos en los músculos y tendones. Para protegerse, se desplomó en el suelo y soltó el Lanzador. La correa se hundió en su cuello mientras trataba de aferrar a su atacante. Los dedos se toparon con piel húmeda y cabello grasiento.

—Delicioso —la voz de Randall susurró a su oído.

Thomas gritó mientras retorció el cuerpo luchando por salir de abajo del monstruo que lo tenía inmovilizado. Un brazo se deslizó alrededor de su rostro y le cubrió la boca con el pliegue del codo. Olía a sudor y a podrido; Thomas sintió náuseas. Randall apretó más y le cortó la respiración. Consiguió abrir la boca y lo mordió con toda la fuerza de la mandíbula. Un sabor acre y agrio inundó su boca.

El Crank rugió, un sonido horrendo que estaba lejos de ser humano. Aflojó levemente la fuerza con que sostenía a Thomas, lo suficiente como para que pudiera retorcerse y librarse de él, lanzando los codos violentamente y dando un par de veces en el blanco. El Crank se tambaleó hacia atrás mientras Thomas se levantaba con dificultad, el pánico transformado en pura adrenalina. Forcejeó con el Lanzador, que había quedado dado vuelta sobre la espalda. Lo tomó, giró la correa hacia adelante del cuerpo y lo colocó en posición de disparar.

Estaba casi listo cuando el Crank arremetió contra él correteando como una araña monstruosa a través del suelo cubierto de hojas. Dio un salto en el último segundo y se estampó contra el pecho de Thomas. El borde duro del Lanzador chocó contra el esternón, quitándole otra vez el aire de los pulmones. Cayó al suelo, el Crank arriba de él. Como un violento gorila, Randall comenzó a golpearlo con los dos puños, chillando con cada golpe.

Thomas no podía defenderse de la criatura salvaje que lo atacaba. Pensó en Chuck, en Teresa, en Alby, en Minho y en Newt. Si moría ahora, nunca podría salvarlos.

Se obligó a relajarse y concentrarse. Cerró los ojos y reunió toda su fuerza. Mientras se quedaba quieto, los golpes se habían vuelto más lentos. Entonces aprovechó la oportunidad. Estiró la mano derecha y tomó la oreja de Randall, la retorció y tironeó su cabeza hacia el costado. El Crank perdió el equilibrio el tiempo suficiente como para que Thomas impulsara el pecho hacia delante y lo apartara de una patada. Se levantó de un salto, retrocedió mientras buscaba torpemente el Lanzador, lo tomó, encontró el gatillo y lo apretó.

El sonido de electricidad de la descarga llenó el bosque al tiempo que Randall corría de nuevo hacia él. Pero una granada dio en el pecho del Crank y lo arrojó al suelo. Mientras se sacudía violentamente en el suelo, aullando de agonía, los hilos blancos danzaban a través de su cuerpo.

Thomas corrió hasta él, levantó el Lanzador como si fuera un garrote y lo descargó en el rostro de quien alguna vez había sido Randall. Un crujido nauseabundo cortó los aullidos inhumanos del Crank. Su cuerpo se retorció de distinta manera, como si en su sistema de comunicación interior se hubiera producido

un cortocircuito.

Respirando con esfuerzo, Thomas levantó el Lanzador una vez más y lo descargó con toda la fuerza que le quedaba.

Esta vez, el Crank se quedó completamente inmóvil.

TERESA LO ENCONTRÓ ARRODILLADO JUNTO AL CUERPO SIN vida de Randall, observándolo transfigurado. Un hombre que alguna vez había conocido, un hombre que nunca le había agradado realmente. De hecho, no le había agradado en absoluto. Pero nadie merecía un final semejante. Nadie.

Teresa prácticamente tuvo que llevarlo hasta el transporte. Estaba aturdido tanto mental como físicamente. Agotado por completo. Planeaba dormir una semana entera.

Teresa, dijo en su mente, de regreso al complejo.

¿Sí?

Después de una larga pausa, finalmente lo dijo.

Nunca encontrarán una cura.

Fecha 231.12.13 | Hora 6.11 a.m.

THOMAS DESPERTÓ ANTES DE QUE SONARA EL RELOJ. NO quería despertar a Teresa antes de que ella consiguiera dormir una noche completa, de modo que se obligó a esperar. Inspeccionó su cuerpo, tocando con cuidado uno por uno cada lugar que tenía vendado y haciendo una mueca de dolor cada vez. El tiempo transcurría a paso de tortuga.

Se había dado a sí mismo un día entero para recuperarse, ordenar sus pensamientos y elaborar un plan preciso para convencer a Teresa. Y con cada minuto que transcurría, su determinación se había fortalecido.

El giro inesperado había surgido en una conversación que había oído de casualidad el día anterior en la enfermería. Algo sobre «criaturas luminosas». No escuchó demasiado, pero estaba muy seguro de que estaba relacionado con los receptáculos extraños y resplandecientes, llenos de extremidades venosas y protuberancias de forma bulbosa, que él y Newt habían visto en el laboratorio de I&D. Escalofriante como el demonio.

Sin embargo, eran más pruebas de lo que ya sabía: CRUEL nunca se detendría.

Finalmente, se le agotó la paciencia.

¿Estás despierta?, le preguntó.

Solo transcurrieron tres o cuatro segundos.

Sí, respondió Teresa sin reprenderlo por haberla despertado, lo cual era un buen comienzo.

Ven a desayunar conmigo apenas abra la cafetería. Siéntate cerca, solo susurros. No sabía si CRUEL podía seguir su comunicación telepática y quería asegurarse de que no escucharan esa conversación.

Okey. Esa mañana, Teresa era una mujer de pocas palabras, y a él no le molestó.

Genial. Nos vemos enseguida. Bajó de su cama y fue renqueando hasta la ducha.

EN LA CAFETERÍA, THOMAS HABÍA ENCONTRADO UN LUGAR tranquilo y apartado, lejos de donde desayunaban los pocos trabajadores y reclutas. Juguetó con la comida mientras esperaba a Teresa. Bebió tres vasos de agua. Finalmente, empujó la bandeja, se cruzó y descruzó de brazos y se movió nervioso en el asiento. Cuando su amiga apareció, pasó de largo la fila de la comida y fue a sentarse junto a él.

¿Qué pasa?, le preguntó en su mente.

—No —repuso en voz baja—. Habla normalmente.

Se sentaron hombro con hombro mientras el plato de huevos y tocino de Thomas descansaba sobre la mesa que tenían frente a ellos. Tenía que contarle acerca de sus planes y desahogarse. Se inclinó más cerca de ella y comenzó a susurrar.

—Mantén la mente abierta, ¿de acuerdo? Escúchame antes de empezar a discutir.

Teresa levantó la vista hacia él y buscó algún indicio de lo que le iba a decir. Asintió y volvió a posar la mirada en el plato de comida.

—Perdóname, Teresa, pero esto es muy importante para mí. Así que, mira... he llegado al límite de lo que puedo soportar. Al límite final. La Purga, las mentiras, la crueldad en el laberinto. Y ya escuché lo suficiente durante los últimos días como para llegar a la conclusión de que CRUEL tiene planes para una fase completamente nueva de pruebas (en el Desierto) y quién sabe qué más pueda tener. ¿Sabías algo de eso?

Teresa negó con la cabeza de manera terminante, con aspecto de estar genuinamente horrorizada.

—En realidad, yo sospechaba algo... y luego vino la expedición al Desierto, esos pabellones que construyeron, la Trans-Plana. Pero no compartieron nada conmigo — hizo una pausa y volvió a sacudir la cabeza—. ¿Estás seguro de lo que oíste?

—Totalmente.

—A veces, hacen que resulte muy difícil creer en ellos, ¿no te parece?

La reacción de Teresa le hizo pensar que había vencido el primer obstáculo.

—Exacto —respondió—. Yo *fui* al Desierto. Es horrible. Y vi a esas criaturas con bombillas que crearon en I&D. Parecen salidas directamente de una pesadilla. Esto tiene que parar, Teresa. Todo esto tiene que *parar*. Hablo en serio.

Al principio, no respondió; sus emociones resultaban imposibles de adivinar. Pero cuando Teresa finalmente habló, las palabras temblaron levemente.

—Tom, ¿qué podemos hacer? CRUEL es demasiado grande. Y hagan lo que hagan, al menos tienen una justificación para hacerlo.

—¿La cura? —se mofó Thomas—. Nunca va a ocurrir. No creo en ella. Después de todo este tiempo y todo este trabajo, ni siquiera tienen un tratamiento preliminar, ni pruebas con drogas, nada. Lo único que hacen es volverse cada vez más despiadados con sus Variables, buscando ese ridículo mapa del que siempre andan parlotando.

—¿Realmente crees que los van a enviar al Desierto? —preguntó.

—Sí. ¿Tú no?

Teresa suspiró.

—Supongo que sí.

—Esos son nuestros *amigos*, Teresa. Recuerda los buenos momentos que pasamos juntos. Dios mío, aunque más no sea, piensa que arrojarán a Chuck al Desierto, por no decir a los lobos, en esa ciudad llena de Cranks.

Eso realmente pareció conmovérsela y sus ojos se humedecieron.

—Aun así —continuó—. ¿Qué *podríamos* hacer? ¿Nosotros dos contra el poderoso imperio con todos sus guardias y todas sus armas?

Había llegado el momento de contarle. Reunió todo su coraje y se lanzó.

—Ahora viene la parte en que quiero que me escuches. Primero, convencemos a la doctora Paige de que nos mande al laberinto. La convencemos de que tienen que realizar algunos cambios importantes allí dentro. Pero nos aseguramos de que nos envíen con la memoria intacta. Esa es la clave. Les decimos que deberían permitirnos hacer algunos estudios serios desde el interior del laberinto y que podemos enviarles la información. Los psicólogos se sentirán en la gloria: imagínate las infinitas posibilidades de las Variables. Podemos volcar en eso todo nuestro entusiasmo, convencerlos de que realmente queremos hacerlo. Tal vez hasta podemos sugerirles ir por un mes y luego salir. No importa lo que digamos, solo tenemos que lograr que nos inserten en el laberinto.

—Y después, ¿qué? —preguntó Teresa. Al menos no había descartado la idea del todo.

—Preparamos todo antes de entrar. Conseguimos las llaves de una de las salas de armas, o escondemos armas cerca de la salida del laberinto. Investigamos un poco sobre los Penitentes, encontramos una manera de desactivarlos a todos en el momento correcto. Hacemos un mapa detallado de la ciudad más cercana a la que podemos escapar una vez que saquemos a todos. Después, una vez que estemos dentro, dedicaremos algunos días a explicarles a los Habitantes lo que va a suceder, hacemos un plan y lo llevamos a cabo.

—Haces que todo suene tan fácil —repuso Teresa—. Por un lado, estarán observando todos nuestros pasos y escuchando todo lo que decimos.

—Entonces nos pasaremos el día susurrando, hablando en la oscuridad, evitando a los escarabajos, lo que sea. Ellos confían en nosotros y eso es lo más importante que tenemos a nuestro favor.

Teresa se acercó a Thomas aún más y buscó su oído. La respiración de ella entibió su piel.

—¿Realmente crees que podemos entrar al laberinto, tomar a los Habitantes y salir caminando de allí sin matar a mucha gente? ¿Y sin que nos maten?

Thomas lanzó una gran bocanada de aire.

—Yo sé que parece una locura. Pero es peor quedarse sentado y dejar que esto continúe sin intentar detenerlo.

Teresa suspiró, pero no dijo nada.

—Teresa, te estoy desnudando mi alma. Es probable que haya sido Chuck quien finalmente me hizo llegar hasta este extremo. Lo quiero tanto a ese chico. No puedo... realmente no puedo permitir que CRUEL siga lastimándolo. Por no mencionar a todos los demás. No puedo. Por favor, por favor dime que estás conmigo.

Nunca le había hablado antes de esa manera. Había revelado todo lo que tenía dentro.

Teresa lo miró, los ojos cansados.

—Hablas en serio, ¿no?

—Totalmente. Decirlo en voz alta me hace sentir todavía más seguro.

En ese momento, Teresa se quedó callada. Por un largo rato.

Finalmente, se puso de pie.

—Dame veinticuatro horas para pensarlo, ¿está bien? —y después se marchó, dejando a su amigo lleno de ansiedad.

AL FINAL, SOLO NECESITÓ UNAS CATORCE HORAS.

Thomas había pasado el día aprovechando el tiempo libre. Entre los chequeos, los análisis y el tiempo de observación, registró los archivos de su tableta de investigación que no estaban protegidos con contraseñas en busca de cualquier información referente a los Penitentes. Detener a las criaturas sería un factor importantísimo si pensaban escapar. No había mucho, pero sí encontró una copia esquemática de su composición biomecánica incluida dentro de una enorme colección de información variada, fechada varios años antes.

Se hallaba en la cama estudiando el esquema para encontrar potenciales debilidades cuando Teresa lo llamó telepáticamente.

De acuerdo, anunció. Puedes contar conmigo.

Casi saltó de la cama de la emoción. ¿En serio? ¿Estamos en el mismo barco?

Sí. Lo haré por ti, por Chuck y por nuestros amigos.

Genial. Es genial. Ahora tenemos que convencer a la doctora Paige.

No te preocupes por ella. De hecho, creo que le encantará la idea de insertarnos dentro del Grupo A y a Aris y a Raquel en el Grupo B. Deja que me encargue de esa parte.

¿En serio?

En serio. Me reuniré con ella mañana temprano.

THOMAS SE ENCONTRABA EN LA SALA DE OBSERVACIÓN estudiando una toma cercana de Newt mientras cenaba en el Área, junto al gran mástil. Por algún motivo, estaba solo. Tal vez necesitaba un poco de silencio. Tal vez Chuck había estado hablando hasta por los codos... como era de esperar. Pero la cuestión era que se hallaba en la banca comiendo de a poco, masticando, tragando, la mirada perdida, enfrascado en sus pensamientos.

Thomas recordó a la hermana de Newt, Lizzy, que debía estar en algún lugar del laberinto del Grupo B. ¿No sería bueno salvarlos a los dos?

—Iré a buscarte, Newt —susurró tan débilmente que nadie podía escucharlo—.

Iré a buscarlos a todos.

AL DÍA SIGUIENTE, RECIBIÓ EL PARTE OFICIAL.

La doctora Paige había aprobado la inserción de los reclutas de Élite en las Pruebas del Laberinto.

Fecha 231.12.19 | Hora 10.37 a.m.

LA DOCTORA PAIGE SE ENCONTRABA EN LA CABECERA DE LA mesa, con Thomas y Teresa sentados de un lado, Aris y Raquel del otro. Unos pocos psicólogos y técnicos se hallaban más lejos, mayormente callados. Pero de vez en cuando, la doctora les echaba una mirada como buscando la confirmación de lo que estaba diciendo.

El plan para la inserción de los reclutas de Élite ya estaba listo y estaban repasando los últimos detalles. Thomas luchaba por mantener la paciencia, por seguirles la corriente, como si se hubiera dedicado con toda el alma a diseñar las cosas que tenían planeadas para ellos. Pero era su intención —y verdadera esperanza— que nada de eso llegara a suceder.

—Pueden mirar aquí arriba —dijo la doctora, señalando una pantalla que había en la pared a sus espaldas, donde habían proyectado un largo gráfico lleno de información—, y ver cuántas Variables nuevas y únicas han desarrollado nuestros psicólogos alrededor de esta inserción. Hemos llevado las cosas mucho más allá de tus simples sugerencias, Teresa. Vemos esto como una oportunidad única (un catalizador, si prefieren) para estimular muchos paradigmas de la zona letal que antes nunca habíamos sido capaces de medir.

Thomas observaba la pantalla con los ojos entornados para tratar de leer algunos de los ítems individuales. Pero las palabras eran demasiado pequeñas. Y, a continuación, ante una señal de la doctora Paige, la pantalla se puso negra otra vez.

La ministra continuó hablando.

—Incluso entre las primeras veinticuatro y cuarenta y ocho horas, en el Área ocurrirán eventos que nunca antes se habían visto. Eventos que trastornarán de manera significativa lo que ya se ha convertido en una rutina y estimulará el desarrollo de emociones y pensamientos nuevos. Llegarán reclutas en días sucesivos, aparecerá un miembro del sexo opuesto por primera vez... nos sentimos muy alentados por estas posibilidades. De modo que tengo que hacerle a Teresa un gran reconocimiento por lo que fue su idea —la sonrisa brillante de la mujer se posó en la amiga de Thomas.

En cuanto a él, no le importaba que Teresa se llevara todo el reconocimiento. Era probable que el plan nunca hubiera funcionado de haber sido él quien se acercara a ellos. De todas maneras, nada de eso tenía importancia. Por mucho que antes hubiera

querido a la doctora Ava Paige, esperaba pronto no tener que verla nunca más. Y también a todo aquello que estuviera relacionado con CRUEL, incluido el resto del personal.

Le echó una mirada a Aris y luego a Raquel, que no parecían muy felices. Últimamente, no habían hablado mucho y Teresa y él todavía estaban tratando de decidir si los harían participar del plan. Las cosas ya eran suficientemente complicadas, había demasiados riesgos. Pero tampoco podía imaginar *no* decírselos. De cualquier manera, tenía la intensión de salvar al Grupo B junto con sus amigos del Grupo A.

—¿Thomas?

Recuperó la atención súbitamente y se dio cuenta de que la doctora Paige —junto con todos los demás— lo estaban observando.

—Lo siento —dijo moviéndose en la silla—. Creo que me distraje. ¿Acaso me perdí algo?

La mujer lo miró con severidad.

—Pregunté si tenías alguna opinión acerca del neutralizador de memoria.

Sintió una puntada de sudor, un calor incómodo.

—¿Qué quieres decir?

—Es el único aspecto de esta inserción que todavía me da que pensar. A todos los reclutas anteriores a ti se les han borrado los recuerdos, y me preocupa la idea de romper ese ciclo de coherencia. Quería saber tu opinión al respecto.

Thomas hizo un esfuerzo por calmarse y aclarar la mente. Ese podía ser el momento más importante de su vida.

—Puedo entenderlo, pero Teresa y yo hablamos mucho de eso —incluir a ella podía fortalecer el razonamiento—. Creemos que les va a agregar nuevas posibilidades a todas las cosas que ya mencionaste. Tener a alguien dentro, cerca y al frente, que se reporte aquí, con ustedes. Esa es una perspectiva que nunca tuvimos. Yo lo veo como el próximo nivel de las incontables observaciones que hice durante los últimos dos años.

—En eso tienes razón —repuso la doctora Paige—. ¿Es realmente tan distinto?

Se esforzó por mantener la compostura.

—Pero no es solo desde ese aspecto. Todavía más importante es pensar en los análisis que nos pueden hacer a mí, a Teresa, a Aris y a Raquel. No olviden que también somos reclutas. Estudiar nuestros paradigmas *con* recuerdos, en lugar de sin ellos, dentro del Área y del laberinto, es algo que nunca antes habían sido capaces de hacer.

La doctora asentía mientras Thomas hablaba, pero no en una forma que significara necesariamente que estaba de acuerdo.

—Hay muchos otros aspectos en los que también puede ser valioso, pero esos son los más importantes —decidió terminar ahí mismo en lugar de continuar hablando y esperó que el último comentario lograra que la doctora sintiera que había muchas

otras cuestiones valiosas que habían quedado sin mencionar.

—Bien dicho, Thomas —dijo la doctora Paige—. Te sentirás aliviado al saber que la mayoría de los que nos encontramos aquí estamos de acuerdo contigo —sonrió, casi como si la pregunta hubiera sido una prueba.

Buen trabajo, le dijo Teresa.

Gracias, respondió. *En este momento mis axilas están sudando como nunca.*

La reunión prosiguió durante por lo menos una hora más. Pero al final, Thomas pensó que no podría haber resultado mejor. Se terminaron los planes y fueron aprobados.

Thomas iría al laberinto primero. Al día siguiente, lo seguiría Teresa. Ambos con los recuerdos intactos. Raquel y Aris repetirían el mismo esquema en el laberinto del Grupo B. Había obtenido todo lo que quería.

Ahora, había que ponerse a trabajar.

Fecha 231.12.31 | Hora 11.24 p.m.

FINALMENTE, HABÍA LLEGADO EL MOMENTO.

Thomas había quedado agotado con todos los preparativos.

Sabía todo lo que se podía saber de los Penitentes, incluyendo sus debilidades y su fuente de energía. Si combinaba eso con todo lo que sabía por haber construido el laberinto y conocer cómo funcionaba la escotilla de los Penitentes, confiaba en la posibilidad de enfrentar a uno y salir con vida. Con la ayuda de Teresa, había conseguido los códigos del lugar donde se guardaba una provisión de armas, muy cerca de la entrada del laberinto, desde donde escaparían con los Habitantes. Habían encontrado un pueblo de Alaska donde podrían pedir asilo, a menos de cincuenta kilómetros del complejo. Aris y Raquel conocían el plan, pero no intentarían hacer nada hasta que Thomas y Teresa fueran a buscarlos a su laberinto. Todo había cerrado perfectamente. Lo que quedaba era esperar. Nada podía suceder hasta que estuvieran dentro del laberinto y pudieran reunir apoyo entre sus viejos amigos.

Y ese momento finalmente había llegado.

Thomas se hallaba en la cama, reclinado contra la cabecera. Teresa estaba sentada en la silla del escritorio, que había acercado a la cama. Estaba inclinada hacia él, el rostro a pocos centímetros de distancia. Habían estado conversando durante horas, desde que regresaron de la cena. Era la primera vez que habían hecho algo así desde antes de la Purga.

—¿Me juras que no te vas a acobardar? —preguntó Thomas—. ¿Y no permitirás que cambien de idea con respecto al Neutralizador?

—Acabas de romper la promesa, tonto.

Habían jurado no hablar del plan de escape al menos por una noche. Y casi lo habían logrado. Recordaron su infancia, se rieron de los momentos que pasaron con Newt y sus amigos, filosofaron acerca del futuro del mundo. Incluso hablaron del espacio, de ciencia, de historia. Cosas extrañas como algunas de las famosas teorías conspirativas. Las guerras mundiales. Cómo había sido la vida alguna vez. Hablaron y hablaron y hablaron.

Hasta que Thomas había arruinado el momento y los había devuelto a la realidad.

—Sí, lo sé —dijo—. Me quedé sin temas.

—Bueno, juro por la vida de todos aquellos que alguna vez quise que estaré en el Área, contigo, veinticuatro horas después de tu inserción, exactamente como lo

planeamos: con la memoria intacta. ¿De acuerdo? Lo prometo.

—¿Sellamos la promesa con los dedos meñiques?

Teresa se echó hacia atrás.

—Espera. Esto es muy serio.

Thomas estiró el dedo meñique. Teresa entrelazó el de ella y los estrecharon.

—Uf —dijo él—. Ahora *sí* que me siento mejor.

Ella todavía no le había soltado el dedo. Habían bajado las manos hasta apoyarlas sobre el colchón de la cama.

—A veces olvido cuán dulce y ñoño puedes ser. Ojalá dejaras salir más seguido esa parte de ti.

—¿Mi parte dulce y ñoña? No sabía que tenía algo semejante. ¿Y tengo que tomarlo como un cumplido?

—Sí, deberías —Teresa le soltó el dedo pero acercó más la silla hasta que estuvo justo al lado de él—. Sé que hace meses me he transformado en una calamidad.

—Nooo —repuso Thomas, pero no consiguió sonar muy convincente.

Teresa rio.

—Es que... todavía hay una parte de mí que cree que una cura es posible. ¿Tú no sientes lo mismo? ¿Aunque sea un poquito?

—Sí, por supuesto —se sintió un poco avergonzado ante el reproche—. Pero tiene que existir otra manera. Lo único que sé es que si tienen que conseguirlo torturando a mis amigos, entonces no está bien.

—Y da la impresión de que se pondrán cada vez peor —afirmó Teresa.

De repente, Thomas sintió que lo inundaba la euforia. Se enderezó y giró las piernas por arriba de la cama para apoyar los pies en el suelo. Se colocó frente a Teresa, su pierna izquierda apretada contra la de ella.

—Es raro —señaló—. De alguna manera, estoy entusiasmado. Creo que es algo más parecido al alivio. Ya estaba tan enfermo de esperar, esperar y esperar. Ahora llegó finalmente el momento y ya no se puede volver atrás. Lo único que puedo hacer ahora... es entrar al Área y actuar. ¿Suena muy loco?

—Nop. Yo siento lo mismo —Teresa sonrió y luego se movió para quedar sentada junto a él en la cama. Le dio un abrazo y apoyó la cabeza en su hombro—. Significas tanto para mí —dijo.

De golpe, Thomas se sintió asaltado al mismo tiempo por todo lo que había vivido. Un arranque de emoción le llenó el pecho y ardió allí dentro como si fueran mil llamas. Todos los años, todos los recuerdos, todos los momentos duros y todos los buenos. Soltó un sollozo y dejó salir todo afuera mientras su cuerpo temblaba. Teresa lo sujetó con más fuerza, llorando a su vez. Y se quedaron así durante varios minutos, desahogándose. Aunque estaban cargados de tristeza, también les hizo bien. Fue estimulante. Thomas sintió que ardía con algo parecido al júbilo que nunca antes había sentido.

—Dime que sobreviviremos a todo esto —le dijo cuando finalmente consiguió

pronunciar algunas palabras—. Dime que entraremos al laberinto y rescataremos a nuestros amigos.

—Sobreviviremos —afirmó Teresa. Levantó las manos, le tomó el rostro y lo miró a los ojos—. Lo prometo.

Thomas asintió, no estaba seguro de poder decir nada más. Se abrazaron con fuerza, levantaron los pies arriba de la cama y se acostaron uno al lado del otro. Permanecieron así toda la noche, hasta que llegó la mañana y el laberinto los llamó.

—¿ESTÁ TODO EN ORDEN? —PREGUNTÓ LA DOCTORA PAIGE—. ¿Normal? ¿Fuerte?

Thomas estaba sentado en una silla de una de las salas médicas y acababa de terminar un detallado informe médico. Paige había entrado para verlo por última vez. Traía una taza humeante de té o café.

—Sí, me siento muy bien —a decir verdad, nunca había estado tan nervioso. En cuestión de horas estaría con los Habitantes del Área. Parecía imposible—. Un poco alterado, para ser sincero.

—Es por eso que te traje esto —le alcanzó la taza.

Thomas la tomó y la olfateó. Olía a frutos del bosque.

—¿Qué es?

—Una infusión de té especial que hice solo para ti. Te calmará un poco los nervios.

—Gracias —bebió un sorbo lenta y cuidadosamente—. Está muy bueno, viejo —dio otro sorbo y decidió probar suerte como actor, para desorientarla y alejarla de sus planes—. ¿Y cómo anda todo de tu lado? ¿Contenta con el plan?

—Thomas, ahora eres parte de esto. Ya no podemos compartir mucha información contigo. Para que estas cuestiones funcionen, necesitamos que exista cierta separación.

—Pero yo me reportaré con ustedes.

—Lo sé. Pero como dijiste antes, tenemos que recordar que, en todo esto, tú eres un recluta. Podemos contaminar los resultados si decimos demasiado.

Ya había tragado la mitad del té, el ardor valía la pena por la tibieza que experimentaba en todo el cuerpo. Sintió un hormiguelo, como si flotara.

—¿Puedes darme una pista? ¿Arrojarme un indicio? ¿Han planeado un final a toda orquesta para las Pruebas del Laberinto? —esperaba que su inocente entusiasmo demostrara que no había planeado nada malo.

—Conoces todos los detalles que tienes que conocer —respondió la doctora con cierta brusquedad.

—Me extrañarás, ¿verdad? —preguntó.

Pensó que ella sonreiría, pero nunca lo hizo.

—No luches, Thomas. Al final todo estará bien.

—¿Qué quieres decir? —la cabeza ya le daba vueltas.

—Es tu incalculable capacidad para confiar en los demás lo que siempre me ha conmovido —dijo mirándolo con tristeza. Su rostro había comenzado a volverse borroso—. Y siento haberme aprovechado de eso tantas veces. Siempre hice lo que había que hacer —la mujer se puso de pie, pero ahora Thomas veía tres o cuatro imágenes de ella, que se deformaban, se expandían, se replegaban.

—¿Qué le...? —trató de decir. Pero su boca ya no estaba funcionando correctamente.

—Fui yo, Thomas. Sé que no recordarás esto, pero de todas maneras quiero decirte estas palabras. Explicarme. Yo infecté al ministro Anderson y a sus directivos. Ellos querían terminar todo después de las Pruebas del Laberinto. Querían darse por vencidos. Y yo no podía permitirlo, ¿no crees? Lo que estamos tratando de lograr es demasiado importante.

—¿Qué...? —lo intentó de nuevo, pero era inútil. Ya estaba extendido en la silla, incapaz de sentarse erguido. La taza cayó de sus manos y se hizo añicos contra el piso. Sintió como si tuviera las orejas llenas de algodón de azúcar.

—Siempre fuiste mi preferido —señaló la doctora Paige. Sintió que la atención de la mujer se dirigía hacia otra persona—. Vayan preparándolo.

TRAICIONADO.

Thomas yacía tendido en una cama de quirófano, desvaneciéndose, incapaz de moverse, mirando hacia arriba al extraño dispositivo que parecía una máscara de algún infierno demente de criaturas robóticas. El dispositivo que detonaría el mecanismo de su Neutralizador, para estimular la pérdida de la memoria. Podía sentir cómo se desvanecía su conciencia, supo que pronto estaría inconsciente. Entonces, ellos bajarían la máscara y comenzaría el proceso. A su vida, como él la conocía, solo le quedaban minutos, tal vez segundos. El pánico fue una tormenta eléctrica que se desató en ardientes estallidos a través de su cuerpo y de su mente.

Sin embargo, no podía moverse.

Pronto, se habrían ido los recuerdos que tanto lo atormentaban y entristecían.

No quería que se fueran. CRUEL lo había engañado. Por supuesto que lo habían engañado. ¿Acaso no había sabido siempre que ellos eran así? ¿No era ese el motivo principal por el cual había planeado rebelarse? ¿Porque estas personas no eran más que monstruos obstinados y manipuladores? Y la doctora Paige lo había confirmado todo.

Si tan solo pudiera ver a Teresa una vez más. Las últimas palabras que le había dicho a su amiga —«Nos vemos mañana»—, eran tan dolorosas. Sí, era cierto. Al día siguiente, *volverían* a estar juntos, pero sus recuerdos habrían desaparecido. Ni siquiera la reconocería.

CRUEL había jugado con ellos hasta el final.

Lo inundó una angustia insoportable.

Luego, el alivio del sueño irrumpió con fuerza y se lo llevó.

ABRIÓ LOS OJOS DENTRO DE LO QUE ÉL SABÍA QUE ERA UN sueño. Estaba tumbado en un campo deslumbrante y sobrenatural de un color intensamente verde, el césped se mecía con la brisa suave que lo rodeaba. Arriba, brillaba un cielo azul y diáfano, interrumpido por nubes dispersas de algodón que parecían estar lo suficientemente cerca como para tocarlas. Supuestamente, todas las personas que pasaban por el Neutralizador atravesaban la experiencia de forma única y personal. Y ahí estaba él, los recuerdos aún intactos, inmerso en la belleza.

Una vez más, el pánico estalló en su interior. Pero no podía moverse. No podía gritar. Intentó llamar a Teresa, pero ahí ella no existía.

Desde la derecha, una enorme burbuja ingresó en su campo visual, a menos de un metro de distancia. Se sacudió y resplandeció con un brillo aceitoso, distorsionando el mundo que tenía detrás mientras se acercaba flotando y se detenía justo arriba de su cabeza. Dentro de la burbuja, apareció una imagen, una imagen con movimiento. Una imagen compuesta y tridimensional. A pesar de que sus sentidos le decían claramente que la imagen se hallaba dentro de una burbuja, también parecía consumirlo, rodearlo. Se relajó, como si le hubieran inyectado opiáceos en las venas.

Era un niño. Estaba sentado en un sofá junto a su padre, un libro abierto sobre las rodillas de ambos. Los labios de su padre se movieron, los ojos se encendieron con la imitación del drama mientras leía la historia que obviamente cautivaba a la versión pequeña de Thomas. Una chispita de júbilo destellaba en su pecho. No quería que terminase. *No, pensó. Por favor, no me lo quiten. Haré cualquier cosa. Por favor, no me hagan esto.*

La burbuja explotó.

Minúsculas gotitas de líquido salpicaron hacia afuera y flotaron mágicamente en el aire, atrapando luz en ligeros destellos que le hicieron entrecerrar los ojos. La confusión lo hizo parpadear. ¿Qué acababa de ver? Algo acerca de su papá. Algo acerca de un libro. Era difuso, pero todavía estaba allí. Trató de recordarlo, pero se detuvo cuando apareció otro globo.

Flotó otra vez y los colores resplandecieron sobre su superficie y distorsionaron las nubes distantes. Volvió a detenerse justo arriba de su cabeza. Apareció una imagen en movimiento, que era pequeña pero que, al mismo tiempo, llenaba todo su mundo.

Caminaba por una calle, su mano diminuta en la de su madre. Las hojas volaban por la acera. Era como si estuviera allí. El mundo ya había sido arrasado por las llamaradas solares; no obstante, se podían hacer breves salidas por afuera. Esperaba con ansiedad cada momento que pasaba al aire libre, a pesar de la tristeza y el miedo que presentía en la expresión de sus padres. A pesar del riesgo de radiación que

podían causar unos pocos minutos de exposición. Había sido tan feliz en momentos como...

La burbuja explotó. Más gotas de líquido quedaron suspendidas en el aire y se unieron a las demás. Eran decenas de chispas al sol. La confusión de Thomas aumentó. Todavía estaba consciente del proceso del Neutralizador, de que le estaban quitando esos recuerdos. Pero no desaparecieron por completo, sino que se volvieron más débiles. A pesar de la ráfaga de dulce felicidad, se enfurecía contra lo que le estaban haciendo, luchaba con su mente. Gritaba silenciosamente, mentalmente.

Más burbujas aparecieron.

Más burbujas explotaron.

Jugaba a las escondidas. Nadaba. Desayunos. Cenas. Buenos momentos. Malos momentos. Rostros. Emociones. Cosas que la doctora Paige le había dicho. Quiso gritar cuando vio a su papá volviéndose loco por la Lllamarada.

Esa burbuja explotó.

Vinieron más, pero no de a una. Pasaban volando en una ráfaga, una sobrecarga sensorial que paralizaba el ardor de su mente. Música. Películas. Bailes. Béisbol. Comida. La que le gustaba (pizza, hamburguesas, zanahorias) y la que odiaba (carne a la Stroganoff, calabaza, arvejas). Los rostros de los recuerdos comenzaron a volverse borrosos, las voces se arrastraron. Las burbujas iban y venían con tanta rapidez que le resultaba muy difícil seguirles el ritmo. Los restos de las explosiones llenaron todo el cielo que tenía encima, eran millones de gotas del desconocido líquido que las formaba.

Había olvidado qué era lo que lo había molestado tanto.

Vino un viento fuerte. Un viento brutal y huracanado. Hizo girar las gotas en un gran círculo, un ciclón de rocío se retorció sobre su cabeza. Ahora las burbujas explotaban antes de llegar a alcanzarlo, los remanentes de sus predecesoras se extendían rápidamente, arrasándolas antes de que Thomas pudiera llegar a vivir sus recuerdos. Todo eso se arremolinaba encima de él y giraba cada vez con más velocidad. Pronto, se formó una gran nebulosa, un tornado vertiginoso de neblina grisácea, desprovisto de color.

Sintió como si fuera una flor marchitándose por falta de sol. Nunca había sentido semejante confusión, semejante... vacío. El mundo giraba arriba de él. Y se sintió aún más vacío, como si le succionaran la mente, perdido en ese gigantesco tornado que lo *despojaba*. Lo despojaba de todo aquello que lo hacía ser quien era, que lo hacía ser *él*.

Borrado.

Todo se había borrado.

Cerró los ojos. Lloró sin llorar. Una negrura profunda le consumió el cuerpo y la mente. El tiempo se extendió delante de él, como un océano interminable, donde el horizonte no aparecería jamás. No había nada por delante; todo había quedado atrás.

UNAS HORAS MÁS TARDE, ABRIÓ LOS OJOS.

Estaba despierto.

De pie.

En medio de la fría oscuridad y del aire viciado y polvoriento.

Memorándum de CRUEL**Fecha 232.01.01 | Hora 3.12****PARA: Junta Directiva****DE: Ministra Ava Paige****ASUNTO: Motivos**

Quiero agradecerle brevemente a todo el personal de CRUEL. Han pasado diez años pero las pruebas previas finalmente han terminado. Han sido buenos maestros para nuestros reclutas de Élite y, a esta altura, ya estamos listos para iniciar los días finales de las Pruebas del Laberinto, que siempre consideramos de gran importancia.

Thomas y Raquel tuvieron una preparación muy completa. Todo lo que condujo a este momento, su inserción en los laberintos, no habría sido posible sin todos y cada uno de ustedes. Llegar hasta donde estamos hoy demandó largas e innumerables horas, planificación meticulosa y mucho cuidado. Gracias por el duro trabajo que realizaron incansablemente durante la última década, y especialmente durante los últimos dos años.

Nunca supimos quiénes serían los candidatos finales, pero hoy estamos felices de contar con Teresa y Aris y su lealtad para con nuestra causa. La Fase Dos es inminente y creo que nuestro futuro será más brillante que nunca.

Gracias otra vez.

Memorándum de CRUEL**Fecha 232.01.01 | Hora 2.01****PARA: Todo el Personal****DE: Teresa Agnes****ASUNTO: Una última palabra**

Acabo de despedirme de Thomas, que ya está sano y salvo en el Área. Mañana será mi turno. La doctora Paige me pidió que les enviara una nota final para compartir mis pensamientos. Me siento más que feliz de hacerlo.

Estoy de acuerdo con el plan de dejar intactas la memoria de Aris y la mía. Es necesario que haya alguien en cada grupo con quien puedan comunicarse y elaborar planes durante las distintas fases de las Pruebas. Aris y yo también podemos encargarnos de la tarea de coordinación.

Prometo mantener mi rol en secreto. Representaré mi papel como un miembro más del grupo lo mejor que pueda, y no voy a interferir con las decisiones que tomen, a menos que ustedes me den instrucciones de hacerlo.

Llevo con CRUEL bastante más de diez años, la mayor parte de mi vida. Casi no poseo recuerdos de la época anterior. La mayor parte de la gente del mundo me consideraría

afortunada por haber vivido una vida de comodidades: he tenido ropa limpia, calor, seguridad, comida. Estoy agradecida por lo que CRUEL me brindó. Estoy agradecida por los amigos que hice, amigos que son las mejores personas del mundo. Nunca haría estas cosas a menos que realmente creyera que un día ellos me entenderán y me agradecerán. Estoy agradecida por lo que aprendí, por todo lo que crecí, por tantas experiencias que conformaron la persona que soy hoy. Estoy agradecida de estar viva.

También quiero dejar en claro que creo en lo que CRUEL está haciendo.

Tengo pensado escribirme tres palabras en el brazo antes de entrar a la Caja, esperando que ese simple mensaje sea, para los Habitantes que lo vean, como una semilla. Para recordarles, incluso subconscientemente, por qué luchamos. Es una frase que vi, hace mucho tiempo, en una mañana fría y oscura, mientras las fosas de los Cranks bullían a mis espaldas. A pesar del horror, es una frase en la que creo con todo mi corazón.

Creo que saben de qué se trata.

AGRADECIMIENTOS

SIEMPRE REPITO LO MISMO, Y POR UNA BUENA RAZÓN. Estas personas han hecho de mi vida lo que es, y un simple gracias no basta como forma de recompensarlos o hacerles justicia. Esperando que nadie se ofenda, solo voy a mencionar a unos pocos para demostrarles de verdad lo que significan para mí y para mi carrera.

Krista Marino, mi editora. Este libro fue difícil y nos peleamos un poco. Y como los buenos hermanos, salimos de él queriéndonos más que nunca. Dicho sea de paso: ella siempre tiene razón.

Michael Bourret, mi agente. Es imposible describir lo increíble que es tener un agente que también sientes que es tu mejor amigo. Podrá parecer un cliché, pero él es la isla en medio de una tormenta violenta y arrasadora.

Lauren Abramo, mi agente internacional. Esta es la mujer a quien tienen que agradecer si leen este libro en otro idioma que no sea inglés. Es gracias a sus inagotables esfuerzos que ahora estamos traducidos a más de cuarenta idiomas. Además, le encanta el fútbol, lo cual la convierte en un ser perfecto.

Kathy Dunn, mi agente de prensa. Como pueden imaginarse, la vida se ha vuelto un poco loca últimamente. Y Kathy es la que se asegura de que no me vuelva loco o me sienta abrumado. Es extraño cuando un agente de prensa se preocupa más por ti como persona que por tu éxito como autor.

Y por último, y sobre todo, quiero agradecer a mi familia: Lynette, Wesley, Bryson, Kayla y Dallin. Los últimos años me enseñaron a valorarlos en un nivel que nunca antes había comprendido. Los quiero más de lo que podría expresar, sin importar cuántos diccionarios de sinónimos me arrojen.

Y a ti, lector. A ti te dediqué el libro y lo hice de corazón. Gracias.



JAMES DASHNER. Nació el 26 de Noviembre de 1972 en Georgia, EE.UU. Completó la carrera de Economía en la Universidad Brigham Young, pero al graduarse, según sus propias palabras, «una fuerza intrínseca» lo llevó a dedicarse a la escritura. Sus primeras obras, cuatro tomos de la serie Jimmy Fincher, atrajeron a miles de lectores. Con ansias de dedicar su vida a la literatura juvenil, siguió escribiendo y actualmente su biografía incluye la exitosa saga *The 13th Reality* y este nuevo desafío que tardó en ver la luz, pero ha tenido resultados sorprendentes: *The Maze Runner*.

Vive en Utah con su esposa y sus cuatro hijos, rodeado de las Montañas Rocallosas. «Soy un autor que todavía no puede creer que le paguen por hacer algo que le encanta», afirma Dashner en su sitio web.